
Ellie St. Clair
Dama de misterio
Las damas poco convencionales
Libro 1

DAMA DE MISTERIO

LAS DAMAS POCO CONVENCIONALES

LIBRO UNO



ELLIE ST. CLAIR



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
Un anticipo de Dama de fortuna

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2022 Ellie St. Clair

© de la traducción 2025

Título original: *Lady of Mystery*

Reservados todos los derechos.

Este libro, tanto completo como sus partes, no puede reproducirse de ninguna forma, ni almacenarse mediante ningún sistema, ni transmitirse por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, en fotocopias, o de cualquier otra manera, sin permiso previo del editor.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

* * *

Las damas poco convencionales
Dama de misterio
Dama de fortuna
Dama de la providence
Dama de charada

www.elliestclair.com

CAPÍTULO 1



MARZO DE 1814

—«Las mujeres no tienen ideas, excepto las personales» —recitó Lady Phoebe Winters, inclinándose hacia adelante con indignada seriedad—. Y *luego*, el artículo continúa. No os obligaré a sentaros a escuchar la totalidad, pero resumiré diciéndoos que admite que, de hecho, las mujeres tienen más *ternura* que los hombres... oh, sí.

Resopló y continuó mientras sus amigas la observaban, permitiendo que su diatriba continuara.

—Pero luego —y he memorizado esto, tan impactantes fueron estas palabras—, «Las mujeres admiran en los hombres aquellas cualidades que son necesarias para sus propias deficiencias: el valor, la capacidad de tomar la iniciativa, la actividad, la fuerza, todo aquello que puede llamarse la distinción sexual de la mente del hombre, y que halaga la ternura y envuelve con un brazo protector la debilidad de su compañera».

—¿Podéis creer semejantes tonterías? Si tan solo pudiera responder con la verdad. Porque la *verdad* es que las mujeres somos más fuertes de lo que los hombres podrían ser jamás. Debemos aguantar mientras mantenemos siempre la fachada de que todo es perfecto, de que no hay nada que nos preocupe. Y todo esto mientras lucimos inmaculadas, mantenemos modales perfectos y ocultamos todos nuestros verdaderos sentimientos. Desearía poder mostrarle una verdadera demostración de fuerza y coraje, eso es seguro.

Phoebe terminó su relato y se recostó contra los suaves cojines de seda verde del sofá, su pecho agitándose mientras la ira fluía de nuevo por sus venas. Después de contar lo que había leído esa mañana durante el desayuno, la incredulidad se filtraba por cada poro mientras hervía y su indignación comenzaba a festear nuevamente.

Cuando leyó aquellas palabras por primera vez, aunque ciertamente no estaba completamente sorprendida, casi escupió su café por todo el periódico. Al principio había apartado el papel bruscamente, pero no pudo evitar recogerlo una vez más para continuar.

Ahora miraba los rostros de sus amigas, mujeres que estaba segura estarían completamente de acuerdo con ella, pero ellas le devolvían la mirada con más simpatía que otra cosa. Su estómago comenzó a hundirse mientras la decepción se apoderaba de ella.

—Estáis de acuerdo conmigo, ¿verdad? —exigió, arqueando una ceja mientras las miraba a todas, desafiándolas a refutarla.

—Estamos de acuerdo contigo, Phoebe —la tranquilizó Elizabeth, inclinándose desde su lugar junto a ella en la esquina del sofá y poniendo una mano en su rodilla—. Por supuesto que sí, lo sabes. Es solo que artículos como el que has citado no son particularmente *in*creíbles. De hecho, me sorprendería que alguna vez se escribiera algo que lo contradijera.

Phoebe amaba a Elizabeth, verdaderamente lo hacía, pero maldita fuera su interminable practicidad.

—¿Cómo puedes decir eso? —exigió, mientras el fuego a su lado destellaba, acentuando sus palabras como si estuviera de acuerdo con ella.

—¿Cómo no podría? —respondió Elizabeth, agitando una elegante mano en el aire—. Es el modo en que funciona el mundo, Phoebe. Está establecido por los hombres. Es cómo ven a las mujeres, y escriben sus propios puntos de vista sin miedo a represalias.

Phoebe cruzó los brazos sobre el pecho y observó al resto de ellas. Julia, sentada en la silla frente a ella, le envió una dulce sonrisa, mientras Sarah se inclinaba hacia adelante en el asiento junto a Julia.

—Es irritante, Phoebe, verdaderamente lo es —dijo Sarah, mientras un largo mechón de su suave cabello color canela le rozaba la sien al inclinarse ligeramente—. Las costumbres de la nobleza... bueno, ciertamente han sido una sorpresa para mí desde que llegué a Londres, por decir lo mínimo. Pero estas son las reglas de la

sociedad, ¿no es así? Tienes que jugar entre ellas, o corres el riesgo de salir herida.

Phoebe se mordió el labio inferior, un hábito que se estaba volviendo demasiado familiar, ya que a veces le dejaba los labios dolorosamente secos.

—¿Pero quién estableció las reglas? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —respondió Elizabeth.

—Estas reglas de las que habláis, a las que debemos conformarnos... ¿cómo surgieron? No son *reglas*, sino más bien convenciones que se han convertido en parte de nuestras vidas porque todas aceptamos seguirlas, porque nadie habla de otra manera. ¿Y por qué no lo hacemos? Porque tenemos miedo.

Phoebe se apartó del sofá de caoba y comenzó a pasear por la alfombra Aubusson que cubría el suelo de su actual lugar de reunión, uno de los salones del Conde de Torrington. Phoebe y las tres mujeres que se reunían juntas se habían encontrado sentadas entre las flores de pared demasiadas veces. Pero a diferencia de las otras mujeres que bordeaban las pistas de baile con ellas, no las dejaban de lado debido a su falta de atractivo, ni a su timidez o falta de idoneidad.

No, era más bien que ninguna de ellas tenía mucho interés en los juegos del *ton*, los susurros, los coqueteos, las risitas detrás de los abanicos. Una noche, tras una o dos copas de jerez, descubrieron que su mismo desdén por lo que se consideraba atractivo y deseable para la mayoría era, de hecho, lo que las unía.

Preferían con mucho sus animadas conversaciones y debates a ver a otros hacer el ridículo, y por eso, en eventos como estos, bailes y fiestas y demás, a menudo se refugiaban en una habitación cercana donde podían hablar sin miedo al desprecio social.

Esta noche, sin embargo, iba mucho más allá de una simple conversación para Phoebe. Si estas tres mujeres, a las que ahora consideraba las personas más cercanas en todo el mundo, no entendían, ¿quién lo haría?

—No siempre fue así, ¿verdad? —aventuró a sus amigas—. Los hombres siempre han sido los líderes, los guerreros, es cierto, pero ha habido momentos en que las mujeres tenían mucho más poder

del que tenemos ahora. En la era romana, las mujeres poseían una gran influencia sobre las decisiones de los hombres. Hace solo trescientos años, algunas mujeres custodiaban fortalezas, luchaban en campos de batalla junto a sus maridos y hermanos.

Phoebe ahora agitaba las manos enfáticamente, necesitando que comprendieran la importancia de lo que hablaba.

—La mitad del mundo está compuesta por mujeres. Sin embargo, los hombres parecen poder decir lo que quieran, cuando quieran, en la forma que elijan. Los hombres, al menos los de la nobleza, reciben educación, el poder de un título, la independencia financiera para hacer lo que deseen. Y, sin embargo, las mujeres son criadas solo para complacer a los hombres. Nos sentamos y escuchamos sandeces como las de ese artículo, y se espera que no solo las creamos sino que las sigamos. ¿Por qué?

Julia la miró con la barbilla en la mano, una cascada de rizos rubios cayendo desde la parte superior de su cabeza alrededor de su rostro de duende. Era pequeña, casi infantil y angelical, pero tenía una fuerza interior que Phoebe sabía que pocos podían igualar.

—Supongo —comenzó Julia lentamente— que las seguimos porque es lo que conocemos. Porque nadie hace nada diferente. Porque ninguna otra mujer lo está desafiando.

Al ver los asentimientos de las otras dos, Phoebe detuvo su paseo y simplemente las miró fijamente, con un pensamiento inquietante tirando de un rincón de su cerebro. Lo que dijo Julia era cierto. Nadie cuestionaba tales opiniones. Nadie presentaba otra forma de pensar. Los periódicos pueden emplear escritores con una amplia variedad de opiniones, es cierto, pero además de una postura política diferente, ¿qué más separaba verdaderamente a un escritor de otro? Todos tenían las mismas opiniones ignorantes, al menos en lo que respecta a las mujeres. La esposa de un whig estaba sujeta a las mismas expectativas que la esposa de un tory.

—Exactamente —coincidió Sarah con Julia, con una sonrisa cubriendo su rostro pecoso—. Nadie ha hablado nunca de otra manera. Entonces, ¿por qué alguien tendría una opinión contraria? Tus pensamientos son muy opuestos a la mayoría, Phoebe, de verdad, debes saberlo. Sé que tus padres te criaron para ser una

mujer que crea sus propias opiniones, pero eres una excepción, como bien sabes.

Phoebe asintió lentamente, las palabras de sus amigas haciendo que una idea se formara en su mente. Se necesitaba otra voz pública para proporcionar una forma diferente de pensar, para dar a las mujeres la oportunidad de recibir conocimientos fuera de lo que se les había inculcado desde la infancia.

—Tenéis razón —dijo, señalando con un dedo en su dirección general con cierta floritura—. Es necesario compartir un nuevo punto de vista. Es hora.

Regresó al sofá, tomando asiento con un revoloteo de sus faldas. Tomó el vaso frente a ella, que contenía algún tipo de ponche que era demasiado dulce. Rebuscó en los pliegues de su falda para encontrar la cantimplora dentro de un bolsillo profundamente escondido, añadiendo ron a su bebida antes de ofrecerlo a sus amigas.

—Un brindis —dijo, levantando su copa—. Por el futuro.

La confusión reinaba en sus rostros ante sus palabras, pero levantaron sus copas de todos modos.

—Por el futuro —corearon, y Phoebe compartió una sonrisa triunfal con ellas.

—Ahora —dijo Elizabeth, levantándose con elegancia—. Debemos regresar a la fiesta, o mi madre nunca me permitirá dejar de oírlo a nuestro regreso.

—Supongo que debemos hacerlo —dijo Phoebe, poniéndose de pie y, estando más cerca de la puerta, comenzó a guiarlas hacia afuera. Llevó su mano al pomo de la puerta, pero jadeó cuando este giró por sí solo y, perdiendo el equilibrio, cayó hacia adelante a través de lo que ahora era espacio abierto, hasta que chocó con algo muy duro, muy inmóvil y muy implacable.

Miró hacia arriba. Y más arriba. Una mandíbula muy fuerte, apretada en ese momento, entró en su campo de visión. Phoebe dio un paso atrás, inclinando la cabeza para poder ver mejor el rostro de la estatua frente a ella, porque parecía que el hombre era incapaz de moverse.

Sus pómulos eran severos, su nariz pronunciada. El único rasgo suave en él era el mechón de cabello rubio arenoso que caía bajo sobre su frente. Sus ojos eran de un marrón chocolate intenso. Y actualmente la miraban con una frialdad glacial que casi la hizo estremecerse. No es que lo fuera a demostrar. Se negó a mostrarle cualquier indicio de debilidad o señal de rendición. Porque sabía muy bien quién era este hombre.

—Lord Berkley —finalmente lo saludó—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Si fuera posible, él la miró aún más por encima de su nariz.

—¿Disculpe? —Su voz era baja y grave, enviando una ola de escalofríos por su columna vertebral. No de miedo, no... era algo más, algo peculiar que no podía identificar exactamente.

—Le pregunté —dijo ella lentamente, como si él no pudiera entender las palabras que salían de su boca— si necesitaba ayuda. Porque no puedo pensar en otra razón por la que estaría parado tan inmóvil en el camino de una dama cuando está tratando de salir de una habitación.

Escuchó a una de sus amigas jadear detrás de ella, y se sobresaltó un poco, habiendo olvidado completamente que todavía estaban allí por un momento.

—Lady Phoebe, ¿verdad? —preguntó el hombre, sin moverse ni un centímetro, y ella tampoco lo hizo, ya que parecían estar encerrados en una batalla de voluntades, ninguno preparado para proporcionar al otro un atisbo de debilidad o retirada.

—Así es —dijo ella, manteniendo la cabeza alta. Era de estatura media, pero aun así este hombre se alzaba sobre ella. Le molestaba, pero no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

Finalmente sus labios se curvaron, en lo que podría considerarse una sonrisa en otro hombre, pero en él simplemente parecía como si se estuviera burlando de ella. Inclinó ligeramente la cabeza y dio un paso atrás, agitando su mano frente a él, como si les permitiera salir.

—Señoras —dijo, suavizando ligeramente su fachada mientras miraba más allá de Phoebe a las tres mujeres que estaban detrás de ella—. Perdonadme. Si me permitís.

Phoebe hizo ademán de caminar alrededor de él, pero él levantó un dedo.

—Lady Phoebe, ¿le importaría quedarse un momento? En realidad estoy interesado en hablar con usted.

Phoebe entrecerró los ojos mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para mirarlo, preguntándose qué pretendía. Lo había conocido una o dos veces, ya que estaba ligeramente familiarizada con su hermana. Sin embargo, siendo el marqués un favorito entre la sociedad educada, significaba que probablemente apenas la había mirado, y ella ciertamente nunca lo había buscado. Parecía un tipo serio, el tipo de hombre típico del *ton*, con opiniones anticuadas e intereses solo para aquellos que eran como él. A menudo tenía a una u otra joven dama en su brazo, del tipo empalagoso con sus sonrisas coquetas y risitas juguetonas. Phoebe evitaba a los hombres que parecían preferir ese molde de mujer, ya que para ellos, ciertamente resultaría ser una decepción.

Miró más allá de él a sus amigas. Elizabeth estaba negando con la cabeza en señal de advertencia, Julia encogiéndose de hombros y Sarah tratando de reprimir una sonrisa.

—Muy bien, Lord Berkley —dijo, su curiosidad superando su desdén por el hombre—. Un momento.

CAPÍTULO 2



Jeffrey Worthington, Marqués de Berkley, entró con despreocupación al salón pasando junto a Lady Phoebe, con las manos en la espalda mientras hacía un espectáculo de estudiar las pinturas militares que cubrían las paredes, las intrincadas tallas en el mármol de la chimenea y la hora en el reloj de bronce dorado sobre la repisa. Las paredes doradas eran brillantes y alegres, la alfombra de color crema que, según estimaba, probablemente requeriría mucho mantenimiento.

Finalmente se volvió, viendo que la mujer seguía de pie en la entrada, con las manos en las caderas mientras golpeaba impaciente el suelo con el pie.

—Ah sí, Lady Phoebe —dijo como si hubiera olvidado que ella estaba allí, y vio cómo la expresión contrariada en su rostro se intensificaba, sus vívidos ojos verdes se estrechaban con consternación. Deseaba que los abriera más, pues le parecían particularmente llamativos. En conjunto, era realmente bastante atractiva, consideró, mirándola de arriba abajo. Su cabello, de un castaño tan oscuro que casi parecía negro, estaba recogido en un moño pero se mantenía suelto lejos de su cabeza, con ondulados y suaves mechones enmarcando su rostro.

No pudo evitar notar cómo su vestido —que hacía juego con sus ojos— se ceñía a unas curvas que eran... la forma perfecta, se dio cuenta de repente, mientras le invadía una imagen de sus manos sobre sus caderas, acariciando su trasero.

Su rostro debió delatar sus pensamientos, porque de repente las manos de ella se movieron de sus caderas para cruzarse sobre su cuerpo como si estuviera ocultándole algo. Así que quizás la mujer era un poco más tímida de lo que aparentaba, pensó con un destello de interés.

Ella se mordió el labio mientras lo miraba, y los ojos de él bajaron desde su nariz sorprendentemente delicada hasta su rosado y carnoso labio inferior. Lo cual no fue una idea particularmente inteligente, pues no ayudó en nada a apartar su mente de sus generosas curvas o del contorno de su pecho.

—¿Ha terminado, Lord Berkley? —preguntó ella finalmente, rompiendo el silencio, y él le sonrió levemente—. ¿Hay algo de lo que realmente quiera hablar, o simplemente solicitó que me quedara para determinar si alguno de mis atributos le resulta particularmente agradable?

Él alzó las cejas. Por supuesto, no esperaba menos de una mujer como esta, que parecía desatender toda propiedad y determinar por sí misma lo que era correcto y educado.

Soltó una risa para desestabilizarla, pero ella lo ignoró mientras se dirigía a la puerta, poniendo una mano en el pomo.

—Si no tiene nada que decir, entonces me marcharé —dijo, comenzando a girar la manija.

—En realidad, Lady Phoebe, hay algo más —dijo él, y cuando ella se volvió expectante, continuó—. Verá, abrí la puerta de este salón hace unos minutos para aprovechar su privacidad, sin embargo, dentro encontré a las cuatro, inmersas en una conversación. Estaba a punto de irme cuando escuché sus palabras. Debo decirle, Lady Phoebe, que quedé horrorizado.

—¿Oh? —preguntó ella, acercándose ahora, con los ojos bien abiertos y furia acechando dentro de ellos—. ¿Y qué aspecto de nuestra conversación *privada* no aprobó, Lord Berkley? Porque debo decirle que lo que *yo* no apruebo es que caballeros —o damas, a decir verdad— anden merodeando por las puertas, escuchando asuntos que no les conciernen.

—En eso debo discrepar —dijo él, irguiéndose frente a ella, intentando intimidarla pero preguntándose si algo podría lograrlo

alguna vez—. Porque cuando una mujer comienza a cuestionar el orden de nuestra sociedad, considero que tales opiniones me conciernen, como hombre con la responsabilidad de mantener nuestra forma de vida. Usted rechaza las opiniones de los hombres hacia las mujeres, Lady Phoebe, pero debe comprender que hay razones por las que nuestra sociedad tiene la forma que tiene. Habla de mujeres guerreras, de mujeres que han influido en las decisiones de los hombres. Pero lo que no mencionó en su discurso fue que siguen siendo los *hombres* quienes siempre han tomado las decisiones. Son los *hombres* quienes tienen la capacidad de realizar cambios. Las mujeres han influido en los hombres, sí, ¿pero ha sido algo bueno? Yo argumentaría que cuando la emoción se involucra, las decisiones se desvían de una manera que elimina toda practicidad, todo argumento racional. Y las mujeres, Lady Phoebe, están compuestas de emoción, así que ¿cómo se supone que toman decisiones de manera lógica, como lo hace un hombre? La emoción solo conduce a la debilidad. Permitir a una mujer tal control y responsabilidad sería un perjuicio para toda la sociedad; debe entender esto. Sobre esa nota, le imploro que mantenga tales opiniones para sí misma, para no afectar a otras mujeres jóvenes. De hecho, fue por eso que decidí regresar y buscarla. Porque todo lo que hará será impedir que hagan los matrimonios que se esperan de ellas. Las mujeres también tienen un papel importante que desempeñar. Dan a luz a los niños y los crían, así que, por supuesto, están contribuyendo a la sociedad de una manera muy importante. Ahora, no querría perjudicar a sus amigas más cercanas con sus nociones absurdas, ¿verdad?

Complacido con su discurso, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó contra la pared, estudiando a Phoebe para determinar su reacción. Mientras él hablaba, ella había permanecido en un lugar, su expresión estoica, su cuerpo inmóvil. Solo sus puños, que se habían apretado formando bolas, delataban algún tipo de emoción. Abrió la boca una vez, dos veces, tres veces. Jeffrey permaneció de pie, sonriendo, complacido de haber logrado llegar a ella. Avanzó, asintió con la cabeza y estaba a punto de rodearla para salir de la habitación.

Hasta que ella le dio una bofetada.

* * *

Bueno, eso captó su atención.

No había sido su intención hacerlo. Realmente no. Él había sido tan presumido parado allí, creyendo que le había enseñado alguna lección. Cuando intentó pasar junto a ella, actuó sin pensar.

La violencia nunca era la respuesta, ella lo sabía tan bien como cualquiera.

Pero no podía darle la satisfacción de disculparse ahora.

Era su turno de quedarse en silencio, atónito mientras la miraba, y finalmente Phoebe encontró sus palabras. Su ira había sido tan grande, su frustración tan pronunciada, que le había tomado un momento registrar lo que él le había dicho. No era tan sorprendente que creyera lo que decía, o que realmente pensara que estaba en lo correcto en su suposición, sino que no tuviera reparos en compartir tales opiniones y se sintiera completamente en su derecho de decirle tales cosas.

—¡Hombre arrogante e imposible! —espetó, señalándolo con un dedo, avanzando hasta que lo clavó en su pecho—. ¿Realmente cree que es tan importante, tan superior a mí, que puede entrar aquí y reprenderme por palabras que ni siquiera fueron dichas en su presencia, sino en una conversación privada? Habla de cortesía, pero *usted* señor, está en el colmo de la grosería. Y permítame preguntarle esto. ¿Realmente cree que la mayoría de los hombres son incapaces de emoción? Mientras *usted*, Lord Berkley, ciertamente podría serlo, creo firmemente que la mayoría de los hombres sienten tanto amor, tanta emoción, como cualquier mujer. Es simplemente que no tienen la fuerza para aceptarlo, como lo hacen las mujeres, y por lo tanto la mayoría elige ocultarlo. Puedo decirle que soy capaz de tomar decisiones mucho mejores que un hombre *porque* uso tanto mi corazón como mi cabeza. El amor es real, Lord Berkley, y también lo es el odio, que en este momento estoy sintiendo *a montones*.

—Me ha abofeteado —dijo él asombrado, y ella pisoteó el suelo con frustración, que empeoró al saber que era una respuesta infantil. Después de todo lo que le había dicho, él no había oído ni una palabra, ya que seguía desconcertado. Sabía, tardíamente, que había cometido un error al tomar tal acción, pero su mano se había movido por sí sola antes de que siquiera supiera lo que estaba haciendo. No se arrepentía exactamente, aunque no estaba segura de qué repercusiones podría tener.

—Lo hice —dijo ella, con la cabeza en alto—. Y me alegro. Usted, Lord Berkley, personifica todo lo que está mal en nuestra sociedad. Ahora, si me disculpa, tengo cosas mucho más importantes que hacer con mi tiempo que explicarme ante usted.

Y con eso, pasó junto a él con un ondear de sus faldas verde esmeralda. Cuando su hombro chocó con el de él, una descarga de calor la recorrió, y se sintió asqueada consigo misma porque una parte de ella encontraba atractivo a este hombre, que realmente había apreciado su tosca apariencia cuando había entrado por primera vez en la habitación. Sin embargo, simplemente se recordó a sí misma sus palabras, y todos los pensamientos sobre él como algo más que un hombre terco, frustrante e idiota se desvanecieron.

Abrió la puerta de golpe, el bullicio de la sala principal retumbando por el pasillo, rompiendo la tensión silenciosa que había estado presente entre los dos en el salón. Cerró la puerta de un portazo y continuó por el corredor hacia el ruido, por una vez dándole la bienvenida a este y a las personas que lo producían.

* * *

JEFFREY SE FROTÓ la mejilla donde todavía le escocía ligeramente, y podía imaginar una mano impresa en ella. Una mano esbelta y delgada, que parecía delicada, femenina, y completamente encantadora, pero que de hecho albergaba un temperamento feroz de otro tipo. ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Quién se creía que era, que podía *abofetearlo*, a él, un marqués, por decir la verdad, una que ella necesitaba entender? Estaba tratando de ayudarla. Porque

si compartía su opinión dentro de la alta sociedad, solo sería en detrimento de sí misma.

Sacudió la cabeza mientras abría la puerta que ella había cerrado de un portazo, su rostro en una línea sombría mientras seguía su probable camino hacia el salón de baile. Necesitaba una bebida, urgentemente.

Se abrió paso a través de la amplia y cavernosa sala, llena de color esa noche por la multitud de tonalidades de los vestidos de las damas, hasta una mesa lateral que contenía un surtido de bebidas, pasteles y todo tipo de delicias gastronómicas. Lo único que le interesaba, sin embargo, era el brandy. Tomó la copa con deleite, dejando que el líquido ámbar le quemara la garganta. Mujeres.

—Vaya, Berkley, ¿qué clase de bestia te tiene atrapado?

Jeffrey se volvió, su frustración disminuyendo un poco al encontrar a su viejo amigo, el Duque de Clarence, a su lado.

—Nada que no pueda ser domado —dijo, cubriendo su inquietud con una sonrisa, y el Duque se rio, alzando su copa hacia la suya en un saludo.

—Problemas de índole femenina, entonces?

—Se podría decir eso —murmuró Jeffrey, mientras sus ojos recorrían la sala buscando un vistazo de la impetuosa dama. Cuando no encontró ningún rastro de ella, no estaba seguro si era alivio o desconcierto lo que le revolvía el estómago. Aunque no tenía idea de por qué querría ver de nuevo a una mujer como ella, con su lengua viperina y sus amenazadoras manos.

—Cuando una decepciona, siempre hay otra —dijo Clarence con un encogimiento de hombros, y Jeffrey asintió, aunque estaba seguro de que Lady Phoebe era única en su especie, una especie que debería evitar. Miró alrededor de la sala a las jóvenes y sus madres que les enviaban miradas admirativas y sonrisas invitadoras a los dos —ambos hombres elegibles, sin compromiso, poderosos del *ton*. Había muchas que no tendrían ningún problema con sus opiniones ni con sus suposiciones sobre cómo debería comportarse una joven. Sin embargo, ninguna de ellas, a pesar de su atractivo y sus formas igualmente encantadoras, encendía un fuego en él como lo hacía la dama del salón. Lady Phoebe Winters era un problema, y

necesitaba hacer todo lo posible para evitar cualquier conocimiento ulterior con ella.

Sacudió la cabeza, sin darse cuenta de que había pronunciado su nombre en voz alta hasta que Clarence lo cuestionó.

—¿Lady Phoebe? La conozco. ¿Es ella quien te está molestando tanto?

Jeffrey volvió al momento presente, dirigiendo su mirada hacia su amigo.

—Supongo que podrías decir eso. Tuvimos un... intercambio interesante hace unos momentos. Tiene una lengua mordaz, pero hay algo bastante intrigante en ella.

—La suya es una historia interesante —comenzó el Duque mientras apuraba su copa—. Sus padres murieron de enfermedades con meses de diferencia, aunque los románticos dirían que su padre murió de un corazón roto. Era un vizconde, y su título pasó al siguiente en la línea, por supuesto, algún primo, pero había amasado una fortuna considerable a lo largo de su vida, y se aseguró de que la porción no vinculada de su herencia fuera otorgada a su única hija, Lady Phoebe.

—¿De verdad? —Jeffrey había oído algo de esto, por supuesto, del fallecimiento prematuro de sus padres, pero no de la herencia. Supuso que debería prestar más atención a los chismes.

—En efecto —confirmó Clarence—. Tiene una chaperona, una tía, creo, que vive con ella aquí en Londres, que asiste a eventos como estos para que todo sea correcto. Sin embargo, por lo que sé, en su mayor parte Lady Phoebe vive como le place, actuando según sus propios caprichos.

—Eso es peligroso, una mujer sola en el mundo —murmuró Jeffrey.

—Supongo —respondió el Duque con un encogimiento de hombros—. Aunque han pasado casi un par de años ahora, y parece arreglárselas bastante bien por su cuenta. No es asunto mío, supongo, pero esa es la historia.

—Interesante —dijo Jeffrey, sus ojos escaneando la sala una vez más buscándola—. Muy interesante, ciertamente.

CAPÍTULO 3



—¡El *descaro* de ese hombre!

Phoebe estaba describiendo a su tía, con gran detalle, toda su conversación con el Marqués de Berkley. Su tía, Lady Aurelia, se mostraba algo comprensiva con su difícil situación, aunque su expresión cambió de comprensiva a horrorizada cuando Phoebe le contó que había abofeteado al marqués.

—¡Oh, Phoebe! —exclamó, llevándose la mano enguantada a la boca, surcada por profundas arrugas. Nunca se había casado, eligiendo vivir como solterona toda su vida. El padre de Phoebe, mucho más joven que Aurelia, había amado inmensamente a su hermana y se aseguró de que viviera cómodamente. Una de las estipulaciones de la herencia de Phoebe había sido que acogiera a su tía para vivir con ella, un requisito con el que Phoebe no tenía ninguna reserva.

Después de su encuentro con el marqués, Phoebe había encontrado a Aurelia entre la multitud y fingió tener dolor de cabeza, pidiendo que volvieran a casa. Ya no tenía ningún deseo de compañía, educada o no. Al ver la expresión en su rostro, su tía accedió rápidamente, despidiéndose de sus conocidos.

Ahora, sentadas juntas en el carruaje, Phoebe dejó salir toda la ira que se había estado acumulando dentro de ella, y su tía, silenciosa la mayor parte del tiempo, le permitió desahogarse.

Al terminar, Phoebe cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en los cojines. Su tía extendió una mano y apartó un mechón de

cabello que se había escapado de su moño y caído sobre su rostro.

—Phoebe, querida —comenzó Aurelia—. Lamento mucho que hayas tenido que escuchar eso, de verdad. Entiendo cómo te sientes, debes saberlo. Sin embargo, el marqués es un hombre poderoso, con muchos amigos en altos cargos, y solo habla de la verdad que conoce, la verdad en la que vive la mayoría. No estoy segura de que sea un hombre del que debas hacer un enemigo.

Phoebe se encogió de hombros.

—¿Realmente importa? No es como si fuera exactamente querida en los círculos sociales.

—No, y no estoy diciendo que tengas que serlo —dijo su tía, negando con la cabeza—. Solo te digo que tengas cuidado, querida. Y, aunque está terriblemente equivocado en gran parte de lo que dijo, hay algunos aspectos en los que tiene razón.

Phoebe abrió la boca para replicar, horrorizada de que su tía, una mujer que había compartido muchos de los mismos pensamientos respecto al papel femenino en su mundo, dijera tal cosa.

Aurelia levantó una mano antes de que Phoebe pudiera decir nada más.

—Déjame explicar —dijo con voz suave pero firme, y Phoebe, respetuosamente, se recostó para escuchar.

—Él tiene razón en que esta es la sociedad en la que vivimos. Puedes expresar tu descontento a unos pocos amigos, pero si hablas más alto, solo conseguirás ser marginada. ¿Es eso lo que realmente quieres?

Phoebe esperó un momento antes de responder. Tenía una idea, una que había empezado a formarse cuando Sarah preguntó si algo cambiaría si nadie hacía nada respecto a tales puntos de vista, si nadie presentaba otra opción. Su pensamiento era escandaloso, ahora que tenía tiempo para considerarlo mejor, pero... quizás... se requería un acto escandaloso.

—Tía Aurelia —comenzó, necesitando que su tía comprendiera, pues para que esto funcionara, necesitaría su cooperación—. Lees los boletines y revistas todos los días, igual que yo, ¿no es así?

—La mayoría de ellos —dijo su tía, mientras la pluma en la parte superior de su sombrero de terciopelo granate se balanceaba al

asentir hacia Phoebe—. Aunque no tantos como tú. No creo que nadie en todo Londres lea tanto como tú, querida.

—Y de todo lo que lees, ¿quién escribe tales publicaciones?

—Un amplio surtido de personas, diría yo —dijo Aurelia, mirando a Phoebe con curiosidad—. Leemos los periódicos de los whigs y los tories, los chismes y los reformistas. Es la única manera de entender realmente todo lo que está sucediendo en el mundo.

—No leemos las palabras de un surtido de *personas* —dijo Phoebe, levantando un dedo para señalar una clara y particular distinción—. Leemos las palabras de un surtido de *hombres*. Hombres que usan el poder de la palabra escrita para transmitir sus opiniones, para moldear los pensamientos de quienes los leen. Hombres que son amigos o conocidos de aquellos que influyen en su forma de pensar. Estamos guiadas por las mismas personas que quieren que las mujeres permanezcan en su rol particular. Ese es el problema, tía Aurelia.

Aurelia ladeó la cabeza, considerando las palabras de Phoebe.

—Tienes razón, querida, como siempre la tienes. Y eso está muy bien, pero ¿qué se supone que debemos hacer al respecto?

—Me alegra que preguntes —dijo Phoebe con una sonrisa triunfal —. Porque, de hecho, tengo una solución. *Yo* también tengo una opinión sobre el mundo. Y voy a compartirla.

* * *

Seguido por su gran y desaliñado perro, Maxwell, Jeffrey bajó por las escaleras de su casa de Londres a la mañana siguiente con un peso en el pecho. La noche anterior había sido un desastre. Aquella mujer se había metido en su cabeza, y no lo abandonaba, sin importar cuán duro intentara sacarla de allí. Después de su conversación con Clarence la noche anterior, Jeffrey había perdido todo interés en lo que ocurría a su alrededor en la fiesta. De hecho, se había encontrado completamente cansado del evento, así como de cualquier otro por venir.

De repente, todo en lo que podía centrarse era en el hecho de que repetía las mismas acciones noche tras noche. Hablaba con las mismas personas, le susurraban las mismas palabras coquetas al oído, se le acercaban las mismas mujeres, ninguna de las cuales parecía tener un pensamiento original en la cabeza. ¿Cuál era el propósito de todo eso?

Suspiró mientras rodeaba el poste de la escalera en la parte inferior, echándose el pelo hacia atrás, apartándolo de su frente. Estaba siendo ridículo. Nunca antes había tenido pensamientos como estos. Por qué una conversación con *ella* marcaría alguna diferencia, no tenía la menor idea.

Bueno, era un nuevo día. Un día en el que estaba seguro, pensó con una sonrisa irónica cruzando su rostro, que enfrentaría muchos nuevos desafíos.

No se decepcionó, porque cuando entró en el comedor para el desayuno, cuatro rostros hermosos, luminosos, aunque traviesos, le sonrieron, como si hubieran estado esperando su aparición. Su madre —igualmente hermosa y luminosa, en su opinión— también observaba, contemplando a sus hijos.

—¡Jeffrey! —gritó Annie, la más joven, ahora de dieciséis años—. Te hemos estado esperando.

—Eso parece —dijo con ironía. Amaba a su familia, de verdad, pero a veces deseaba que le permitieran al menos unos minutos para tomar su café y aclarar su mente por las mañanas antes de que comenzaran a gritarle preguntas y hacerle exigencias.

Sonrió agradecido al lacayo, que le sirvió una humeante taza de la amarga bebida, y cerró los ojos mientras la tragaba, por un momento apagando la cacofonía de voces que resonaba en sus oídos.

Abrió los ojos para encontrar cuatro pares de ojos expectantes sobre él mientras Maxwell colocaba su peluda cabeza sobre la rodilla de Jeffrey, las orejas caídas y el mentón del perro posándose sobre la pierna de Jeffrey.

—Lo siento, ¿qué decían?

—Oh, Jeffrey —Penny puso los ojos en blanco. A los dieciocho años, sentía que ya era una mujer, y negó con la cabeza, sus rizos

rubios balanceándose alrededor de su rostro—. ¿Por qué nunca escuchas?

—Sí lo hago —dijo bruscamente, mirando alrededor de la mesa, encontrando que solo su madre tenía algún rastro de simpatía en su rostro. El resto simplemente lo miraba como si les hubiera dicho que iba a casarlas a todas en ese momento. No es que alguna vez le permitieran elegir a sus maridos sin sus opiniones.

—Bien —suspiró—. ¿De qué se trata?

—Escuchamos una historia bastante interesante sobre ti anoche —dijo Rebecca, mirándolo con la barbilla apoyada en su puño y un brillo en sus ojos—. Sobre ti, encerrado en un salón con una mujer soltera.

—Eso es ridículo —dijo, negando con la cabeza y volviendo a concentrarse en los huevos y el jamón del plato frente a él. ¿Cómo demonios había sabido alguien siquiera que ambos habían estado allí? Por lo que él sabía, nadie se había enterado excepto las amigas de Lady Phoebe.

—*Y* ella no parecía particularmente complacida cuando se marchó —continuó Rebecca, inclinándose hacia él ahora—. De hecho, después de vuestra conversación, encontró a su tía y abandonó la fiesta por completo.

—No me había dado cuenta de que todas estabais tan inclinadas a creer todo lo que os cuentan los chismosos —murmuró, levantando la vista para ver que sus hermanas habían limpiado sus platos, obviamente habiendo permanecido en la mesa solo para molestarlo con esta historia, que realmente no tenía ninguna importancia en particular—. ¿No tenéis todas cosas que hacer? ¿Lecciones que atender? ¿Amigas que visitar?

—No nos iremos hasta que nos cuentes más sobre este encuentro —dijo Penny con primor, y Jeffrey golpeó su taza de café sobre la mesa mucho más fuerte de lo que pretendía, pero no obstante hizo saltar a sus hermanas y a su madre. Incluso Maxwell lo abandonó para explorar los platos de sus hermanas.

—*No hubo* ningún encuentro —dijo en un tono que les hiciera entender que no hablaría más sobre el tema—. Simplemente tuve una conversación con una mujer que se convirtió en un ligero

desacuerdo. No tiene ninguna importancia y estoy seguro de que no volveré a hablar con ella. No tiene nada que ver con ninguna de vosotras, y me complacería que simplemente lo dejarais estar. ¿Entendéis?

Miró a cada una de ellas individualmente, la más joven parpadeando ante la dureza de sus palabras. Normalmente era suave con sus hermanas; sabía que era una debilidad, pero desde que se había hecho cargo de ellas hace cinco años, cuando su padre falleció, nunca había tenido el corazón para ser particularmente severo con ellas, y ahora, quizás, estaba empezando a pagar las consecuencias.

—Muy bien —dijo finalmente Penny, y alejó a Annie de la mesa, seguida por Rebecca, aunque no antes de que ella se girara para enviarle una mirada venenosa, y aunque quería que entendieran su consternación, tuvo que ocultar su sonrisa.

Su madre se inclinó, cubriendo su puño con su mano mientras lo miraba implorante.

—No es propio de ti estar tan molesto por algo tan insignificante —dijo suavemente—. ¿Está todo bien?

—Por supuesto, madre —dijo, otorgándole una sonrisa mientras giraba su palma para agarrar la mano de ella con la suya. Todavía era hermosa, su cabello rubio, tan parecido al de él, apenas comenzaba a mostrar signos de gris entretejido cuando la luz le daba de la manera correcta. De alguna manera, le sentaba bien.

—¿Qué pensaste de Lady Phoebe? —Su hermana, Viola, finalmente habló desde el otro lado de la mesa. A diferencia de sus hermanas, era una persona seria, y era capaz de discernir sus sentimientos mejor que nadie.

—Que es grosera y debería alegrarme de no hablar con ella de nuevo —dijo, agitando su mano en el aire.

—Yo pensaría lo contrario, por la forma en que has respondido —dijo Viola, con una sonrisa tan suave como la de su madre—. De hecho, esta es la primera mujer que ha provocado *cualquier* tipo de reacción en ti en bastante tiempo.

—¿Estás interesado en ella? —preguntó su madre esperanzada, iluminándose sus ojos. Jeffrey sabía que ella había estado deseando

que pronto encontrara una mujer a la que apreciara, pero disuadió su esperanza negando con la cabeza vehementemente.

—En absoluto.

—¿Ni en ninguna mujer?

—Madre, ya hemos discutido esto —dijo pacientemente—. Tengo suficientes mujeres de las que preocuparme sin tener que inquietarme por una esposa.

—Jeffrey, sabes que somos nosotras quienes te cuidamos —bromeó Viola, y él negó con la cabeza, riendo.

—Tal vez —dijo—. Pero aún no he conocido a una joven que sea lo suficientemente atractiva como para pasar el resto de mi vida con ella. Me gustaría conocer a una mujer que, por una vez, tenga una mente propia, que no simplemente murmure lo que cree que me gustaría oír.

—Quizás simplemente no has dado a estas damas la oportunidad de ser ellas mismas cerca de ti —dijo su madre prácticamente—. Puedes ser un hombre imponente para algunas.

Para algunas. No para su familia, ni para Lady Phoebe Winters, aparentemente.

Su madre se levantó de la mesa, acercándose por detrás para colocar sus manos sobre sus hombros. Se inclinó para besarlo rápida pero suavemente en la mejilla.

—Con quien sea que elijas casarte algún día —espero que pronto —, estoy segura de que será encantadora.

Con eso, le dio unas palmaditas en los hombros y se marchó, dejando a Jeffrey sentado con solo Viola frente a él en la mesa, con los brazos cruzados mientras se recostaba y lo miraba contemplativamente.

—Así que dime la verdad —dijo ella—. ¿Qué ocurrió realmente?

Jeffrey suspiró. Viola era tan suave y gentil como parecía, pero podía ser implacable cuando quería algo.

—Su nombre es Lady Phoebe Winters y su padre era un vizconde —comenzó, y los ojos de Viola se iluminaron detrás de sus gafas.

—Por supuesto, Jeffrey. Conozco a Lady Phoebe y, de hecho, os he presentado a los dos en el pasado. ¿No la recuerdas? Es impactante.

Impactante, esa era la palabra para ella. No hermosa, pero había algo en ella que lo cautivaba como ninguna otra mujer lo había hecho hasta ahora.

—Escuché por casualidad una conversación entre la dama y sus amigas. Ella...

—¿Estabas *escuchando a escondidas*?

—Fue un accidente —se defendió—. De todos modos, ella estaba hablando sobre las mujeres, y los hombres y el lugar de las mujeres en nuestra sociedad. Parece pensar que las mujeres deberían ser iguales a los hombres, que cualquiera que diga que no tienen la capacidad de tomar las mismas decisiones o también ostentar poder está equivocado, que son absurdos. ¿Puedes creerlo? Piensa que todos deberíamos cambiar para que las opiniones de las mujeres puedan ser escuchadas. Apenas puedo imaginarlo.

Resopló, tomando un trozo de tostada, pero cuando Viola guardó silencio, volvió a mirarla para juzgar su reacción.

—Déjame adivinar —dijo ella, inclinándose sobre la mesa, sus ojos marrones fijos en él—. Discutiste con ella.

—No *discutí* —dijo indignado—. Simplemente sugerí que sería mejor si ella ya no difundiera tales ideas a otras jóvenes. Podría impedir la capacidad de sus propias amigas para encontrar una pareja si comienzan a compartir tales ideas. La propia Lady Phoebe haría bien en tener cuidado, o descubrirá que ya no tiene ningún prospecto en absoluto, si es que los tenía para empezar. Tiene suerte de que yo no compartiera ampliamente sus palabras.

Viola estaba negando con la cabeza, con mechones de cabello castaño claro escapando del moño en la parte posterior de su cabeza.

—¿Qué?

—¿Realmente crees tan firmemente que tienes razón?

—Por supuesto que sí —replicó—. ¿Qué otra respuesta podría haber?

—Bueno —dijo lentamente—. Quizás Lady Phoebe tiene razón.

Jeffrey la miró sorprendido.

—¿Estás de acuerdo con ella? No puedes, tú...

—¿Por qué no? —preguntó Viola, extendiendo las manos frente a ella—. ¿Porque soy tu hermana? Eso no significa que no tenga mis propias creencias. Piénsalo así. Si pudieras elegir confiar en uno de tus hermanos con toda tu vida —Dios no lo quiera, si llegaras a enfermarte y ya no pudieras cuidar de tu patrimonio, tus inversiones — ¿en quién confiarías?

Jeffrey guardó silencio por un momento. Por supuesto, si algo le sucediera, el título y todo lo que conllevaba recaería en su hermano, Ambrose. Pero Ambrose no era exactamente el hombre más... responsable que conocía.

—En ti —dijo finalmente de mala gana.

—¿Lo ves? —preguntó ella, una sonrisa iluminando su rostro—. Confiarías en mí, una mujer.

—Eso es diferente —dijo finalmente, sin querer encontrarse con sus ojos.

—¿Cómo es eso?

—Eres práctica, racional. Eres inteligente y no tomarías decisiones por capricho.

—¿Así que piensas que soy una anomalía, entonces? —preguntó —. ¿Que ninguna otra mujer es como yo? No importa si una persona es hombre o mujer, Jeffrey. Lo que importa es la persona.

Y con eso, simplemente negó con la cabeza —¿con pesar? ¿O consternación? No estaba del todo seguro— y se levantó de la mesa, saliendo por la puerta con la cabeza en alto y sin mirar atrás en su dirección, aunque sí se detuvo para acariciar rápidamente a Maxwell antes de continuar.

Jeffrey suspiró mientras se frotaba la sien. Este iba a ser un día largo.

CAPÍTULO 4



Phoebe cogió su taza de té, añadiendo distraídamente más azúcar mientras leía los periódicos frente a ella. Su mesa de desayuno estaba dispuesta para una persona, ya que su tía siempre prefería pasar las mañanas en su habitación, particularmente si había salido la noche anterior. A Phoebe no le importaba demasiado. Le daba tiempo para leer y ponerse al día con las noticias del día. Aunque hoy no había nada de particular interés.

Estaba a punto de saltarse las páginas de chismes —nada de lo que decían era cierto de todos modos— cuando unas iniciales saltaron de la página hacia ella, y se inclinó para verlas mejor.

Lady P.W. fue vista abandonando el salón de la casa del Conde de T. con una expresión de consternación en su rostro. Minutos después, el Marqués de B. fue visto saliendo de esa misma habitación. ¿Qué estarían haciendo los dos ahí dentro —a solas?

Phoebe arrojó el periódico de vuelta sobre la pila con disgusto. Bueno, quizás algo de lo que decían era cierto. Ya era bastante malo que el marqués hubiera escuchado su conversación privada. Al menos, sin embargo, había tenido el valor de admitirlo. No como este cobarde en particular, quienquiera que fuese, que espiaba a la gente y luego lo filtraba a las columnas de chismes... ¿y con qué propósito?

Cerró los ojos y resolvió apartar completamente de su mente todo el asunto: las palabras del marqués y el reportaje de su encuentro. Tenía cosas más importantes que atender.

Se forzó a dar dos bocados más a su tostada antes de apartarse de su circular mesa de desayuno de palisandro. Amaba esta habitación acogedora, un pequeño rincón en la esquina de la casa, junto al comedor principal. Tomaba muchas de sus comidas aquí, sola o con su tía, ya que parecía absurdo usar el comedor más grande y formal, que a menudo estaba frío y bastante lleno de corrientes de aire.

Continuó por el pasillo hacia el estudio. Una vez había pertenecido a su padre y, aunque había mantenido muchas de las pinturas en el mismo estilo que él había preferido, le había añadido su propio toque a la habitación, haciéndola un poco más suave, un poco más femenina. Ahora había un espejo de latón ornamentado en la pared donde antes se exhibía una cabeza de alce —un trofeo de caza— y el retrato de su abuelo había sido trasladado de su anterior lugar prominente a otra pared para hacer espacio a un retrato de sus padres dentro de un marco ovalado. Ahora los miró, preguntándose qué pensarían de su último plan. ¿Estarían orgullosos de ella, o fruncirían el ceño ante sus pensamientos y las acciones resultantes?

La habían criado para tener su propia mente, para creer que podía crear posibilidades para sí misma. Incluso si no hubieran aprobado completamente sus planes, sentía que entenderían que era algo que tenía que hacer. La tía Aurelia se había preocupado por la seguridad de Phoebe, más que nada, cuando le explicó la idea que rondaba por su mente.

Pero al final, Aurelia le había ofrecido su apoyo, por lo cual Phoebe estaba particularmente agradecida.

Se sentó ahora frente al escritorio de palo de satín, pasando sus manos sobre los bordes dorados. Cuando cerraba los ojos, todavía podía ver a su padre sentado allí, inclinado sobre sus libros de contabilidad y papeles, su pluma garabateando furiosamente. Lo extrañaba, extrañaba a sus dos padres. Habían sido los tres durante tanto tiempo, y luego todo cambió cuando su madre enfermó, y su padre pronto la siguió. Phoebe siempre había pensado que si hubiera luchado más, quizás podría haberlo superado. Su madre

siempre había sido tan frágil, y se fue rápidamente, pero su padre... su corazón se había ido con su madre.

Phoebe se preguntaba si alguna vez encontraría un amor como el de sus padres, con un hombre que la apoyara, que la amara por la mujer franca que era. Si no... bueno, se encogió de hombros, crearía una buena vida para sí misma. Sus padres se habían asegurado de que tuviera los medios para hacerlo, en todo caso.

Phoebe abrió el cajón superior del escritorio, sacando un trozo de papel y colocándolo sobre la superficie plana frente a ella. Mojó su pluma en la tinta y luego comenzó a hacer una lista de todo lo que necesitaba. Con las ideas comenzando a fluir, encontró una nueva hoja de papel, comenzando a organizar sus pensamientos en secciones, columnas y titulares. No estaba segura de cuánto tiempo estuvo sentada allí, garabateando en múltiples hojas de papel hasta que el escritorio frente a ella quedó cubierto de hojas llenas de notas con su desordenada caligrafía. A pesar del desorden, una oleada de propósito recorrió su ser, diferente a cualquier cosa que hubiera sentido en mucho tiempo. Esto era. Ahora, solo tenía que poner su plan en acción.

Se levantó para buscar a su mayordomo, para decirle que el mozo preparara su carruaje, pero se sobresaltó cuando él apareció en la puerta antes de que pudiera dar un paso adelante.

—¿Mi señora? Lady Julia Stone está aquí para visitarla. ¿Debo decirle que no es un buen momento?

—Oh, no, por supuesto que no —dijo con un gesto de su mano —. La recibiré en el salón de arriba. ¿Podrían traernos algo de té?

—Por supuesto, mi señora —dijo, y se fue tan silenciosamente como había llegado. Phoebe se miró a sí misma. Todavía llevaba puesto un vestido de mañana, aunque no era el mejor: un viejo vestido azul marino que era cómodo más que nada. Sus manos estaban manchadas de tinta, y ni siquiera quería saber cómo lucía su cabello en ese momento. Bueno. Julia lo entendería.

Reunió sus papeles, atándolos con un trozo de cordel mientras se dirigía por el corredor hacia el salón. Este había sido el dominio de su madre, pero de nuevo Phoebe simplemente le había dado su propio toque. Las paredes doradas daban a la habitación una

sensación de grandeza, con el revestimiento de madera, las intrincadas rosas del techo y las cornisas doradas proporcionando un toque de extravagancia. El delicado mobiliario era femenino, realzando el caro pianoforte e instrumentos musicales a lo largo de la pared, instrumentos que ella nunca tocaba, pero que su madre tanto había amado.

—¡Julia, qué encantador de tu parte visitarme! —dijo Phoebe con una sonrisa sincera, inclinándose para saludar a su amiga de toda la vida con un abrazo. Julia se veía tan hermosa como siempre, por supuesto, su cabello rubio recogido hacia atrás, con los más ligeros rizos en forma de sacacorchos alrededor de su frente, sus ojos azules bien abiertos.

—Por supuesto —dijo Julia con una sonrisa mientras tomaba asiento en el sofá estampado con motivos florales rosados. Phoebe tomó el que hacía juego frente a Julia. Phoebe notó al hacerlo que, de alguna manera, el té ya había llegado y estaba centrado en medio de la mesa frente a ellas.

—Tenía que hablar contigo sobre anoche —continuó Julia—. Te fuiste tan rápido que estaba segura de que algo inoportuno debió haber ocurrido con el marqués. ¿De qué podría haber querido hablar contigo?

—Oh, eso —dijo Phoebe con un suspiro—. Solo otro hombre beligerante dando a conocer sus opiniones.

Ya no tenía ganas de discutir toda la conversación, ahora tenía algo mucho más emocionante de qué hablar.

—Pero, oh, Julia, después de nuestra discusión de anoche, he tomado una decisión. Una que cambiará las cosas, para siempre, espero.

Julia levantó las cejas, inclinándose ligeramente ante la exuberancia de Phoebe.

—Esto suena particularmente trascendental —comentó—. Cuéntame.

—Muy bien —dijo Phoebe con una sonrisa, apreciando el interés de Julia—. Anoche estábamos discutiendo un artículo de periódico en particular, pero la verdad es que ese es solo uno de muchos. Peor

aún, la mayoría de las veces las mujeres ni siquiera son mencionadas excepto en las columnas de las páginas de chismes.

—Oh sí, hablando de eso, vi...

—Eso no importa —interrumpió Phoebe, cansada de cualquier discusión sobre el marqués—. Pero esto sí. Lo que se hizo bastante evidente es que nada va a cambiar nunca, porque todo el discurso es creado por hombres. Bueno, es hora de tomar acción. Voy a comenzar un periódico, Julia. Un periódico que solo incluye las opiniones de mujeres, escrito para mujeres. Incluirá todo lo que pueda interesarles. Artículos de noticias, desde el punto de vista de las mujeres. Artículos de opinión. Algunos artículos sobre varios pasatiempos de mujeres, muchos de los cuales no me gustan particularmente, pero entiendo que a muchas mujeres sí. Moda. Consejos. Será brillante.

Los ojos de Julia se ensancharon a medida que Phoebe hablaba, y ahora su boca se abrió con sorpresa.

—Oh, Phoebe —dijo, con su voz apenas por encima de un susurro—. Debo decir... ¡que suena magnífico! —Phoebe sonrió ante el apoyo de Julia—. Lo leería, seguro, y no solo porque soy tu amiga. A menudo me aburro con los periódicos y revistas disponibles. Si puedes hacerlo bien, esto sería de interés para tantas damas. ¡Serías la comidilla de Londres! Aunque —meditó Julia por un momento—, te encontrarías con quienes no te apoyarían. Serías considerada escandalosa. Además de eso, sería toda una empresa. ¿Cómo propondrías siquiera llevarlo a cabo? ¿Financiarlo?

—Tengo mi herencia —dijo Phoebe, levantando una mano cuando Julia parecía que iba a protestar—. Cuando —*si*— alguna vez me caso, solo iría a mi marido. Esto me permite hacer algo con ella que marcaría una diferencia, que tendría significado. Me aseguraré de que siempre haya suficiente para administrar la casa, mi vida cotidiana y proveer para la tía Aurelia, por supuesto. Además de eso, la idea es solo usarla para comenzar, y luego las ventas se harían cargo. Encontraré un edificio, contrataré personal, adquiriré una imprenta. De hecho, justo terminaba de hacer notas de todo lo que habría que hacer cuando llegaste.

Julia estaba asintiendo a sus palabras, aunque comenzó a golpear el pie en el suelo, una señal segura de que tenía pensamientos para compartir. —Debo decir, Phoebe, que cuando estás decidida a algo, no hay quien te detenga. Aunque debes tener cuidado. Si se supiera que esto es obra tuya, serías rechazada. No estoy segura de que algún caballero quisiera atarse a una mujer que está haciendo tales declaraciones. No adjuntarías tu nombre, ¿verdad?

—He pensado en eso —dijo Phoebe y, recordando la bandeja de té, cogió la tetera y sirvió una taza para Julia—. Mantendré mi nombre en el anonimato. Contrataré un editor y escritores, aunque yo misma escribiré una columna. Y si, por alguna razón, mi nombre saliera a la luz, que así sea. Prefiero hacer esto que no hacer nada más que quejarme de cómo son las cosas.

—Eres valiente, Phoebe —dijo Julia en un tono maravillado—. Te admiro por ello. Debo pedirte una cosa, sin embargo.

—Por supuesto.

—¿Tienes espacio para una columna sobre carreras de caballos?

—Ciertamente es un tema que podríamos probar —dijo, mirando a Julia con interés—. ¿Y por qué lo preguntas?

—¿Me considerarías como escritora?

—¡Por supuesto! —exclamó Phoebe, juntando las manos—. Te doy la bienvenida como la primera empleada de *El Semanario de las Mujeres*.

—Me encanta —dijo Julia con una pequeña sonrisa—. Y te lo agradezco. Lo que estás haciendo, Phoebe, es extremadamente admirable.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Phoebe con convicción—. Así que, ¿por qué no yo?

CAPÍTULO 5



Phoebe se había vestido con esmero con un modesto vestido color crema y un sencillo bonete a juego sobre sus ondas negras. Estaba decidida a que la tomaran en serio hoy, fuera mujer o no. Al encontrar a su tía despierta, pero aún sin vestir a pesar de que era bastante más del mediodía, Phoebe se había despedido rápidamente. Era cierto que Aurelia era, por una cuestión de decoro, su acompañante, pero Phoebe ciertamente no era ninguna debutante. Tras la muerte de los padres de Phoebe, quienes nombraron a Aurelia como su tutora, ella y Aurelia mantuvieron una franca conversación sobre su acuerdo. Llegaron al entendimiento mutuo de que, si bien disfrutaban pasar tiempo juntas, cada una podía seguir disfrutando de la libertad que tanto valoraban.

Ahora, como editora de una publicación periódica, Phoebe tendría a otras personas dependiendo de ella. No veía la necesidad de interrumpir la vida de Aurelia exigiéndole que la siguiera durante sus actividades de negocios.

Para su primera tarea, Phoebe sabía exactamente dónde ir: Fleet Street, donde se sabía que operaban todos los impresores y editores. Comenzó por visitar a su banquero para determinar exactamente qué fondos tenía disponibles, y luego inició su segunda misión: encontrar una oficina.

Había estado revisando los periódicos esa mañana para localizar propiedades disponibles y, con una lista de direcciones en mano, conversó con su cochero y se pusieron en marcha. El primer edificio

de su lista estaba a unas pocas calles de la ubicación deseada, pero el alquiler era bajo. No tardó mucho en determinar por qué, ya que podía oler el interior antes incluso de traspasar la puerta, y con un rápido movimiento de cabeza pasó al siguiente. Cuando ese resultó igualmente sombrío, con los tablones del suelo pudriéndose y algún líquido indeterminado goteando desde el techo, su corazón comenzó a hundirse. Quizás era un esfuerzo inútil. Debía haber una mejor manera. Su tía le había sugerido que contratara a alguien para que le encontrara un lugar, pero esto era importante, y Phoebe estaba decidida a encontrar exactamente lo que buscaba por sí misma.

La tercera propiedad era un poco más cara de lo que le hubiera gustado, pero era una pequeña oficina encajada entre dos edificios más grandes en Fleet Street, y entró para encontrar a un hombre jovial sentado detrás de un escritorio esperándola.

—Hola —dijo él con una sonrisa—. ¿Está perdida? ¿Puedo ayudarla a encontrar adónde se dirige?

Phoebe reprimió un suspiro ante la suposición del hombre pero sonrió, pues parecía amable y genuinamente interesado en ayudarla.

—¿Está usted alquilando esta propiedad? —preguntó en cambio, acercándose al escritorio.

—Así es —accedió él con un asentimiento.

—Estoy interesada en ella —dijo con una sonrisa—. ¿Qué puede contarme sobre ella? ¿Puede mostrarme el lugar?

El hombre la observó por un momento, como evaluando su sinceridad y si le estaba tomando el pelo. Finalmente, pareció determinar que ella hablaba en serio, mientras ella le devolvía la mirada directamente, con la mandíbula firme y una muy ligera curva en el borde de sus labios.

—Muy bien —dijo, poniéndose de pie—. Venga conmigo.

Una hora después, la satisfacción la invadía mientras caminaba por la concurrida calle, llena de toda clase de negocios, entre los que pronto se encontraría el suyo. Después de un recorrido exhaustivo por el edificio y una revisión cuidadosa del contrato de alquiler, Phoebe había decidido que se adaptaría a sus necesidades. Con una propiedad ya asegurada, ahora necesitaba personas para ocuparla. Eso lo haría mediante un anuncio en algunos de los periódicos

actuales, pero mientras tanto, necesitaba encontrar un impresor. Algún día, pensó con nostalgia, tendría su propia imprenta, pero eso resultaría demasiado caro para su presupuesto actual. Mientras tanto, tendría que subcontratar el trabajo, por lo que era imperativo encontrar un impresor en quien pudiera confiar. Estaba mirando los escaparates, sumida en sus pensamientos, cuando chocó contra algo tan fuertemente que casi cayó hacia atrás, salvada solo cuando un brazo largo y fuerte se extendió y la sujetó.

Jadeó, levantando la mirada para encontrarse con los ojos oscuros e inquisitivos de nada menos que el Marqués de Berkley, el mismo hombre que había pasado demasiadas horas intentando apartar de sus pensamientos.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así —dijo ella con sarcasmo, a lo que él asintió. Al menos había algo en lo que estaban de acuerdo. Después de lo que parecieron minutos aunque probablemente fueron solo unos segundos, él apartó su mirada de la de ella para mirar por encima de su cabeza.

—¿Dónde está su acompañante?

Ella casi dio un respingo. Había sido solo la noche anterior cuando escuchó su voz por última vez, y sin embargo había olvidado lo profunda y ronca que era.

—Ella no me acompaña hoy —respondió, sin ver la necesidad de darle más explicaciones. ¿Qué asunto suyo era si ella estaba sola o no?

Su ceño se profundizó, sus espesas cejas descendiendo.

—No debería andar vagando por Londres sin compañía —dijo, mostrando su clara desaprobación ante sus acciones.

—No estoy sin compañía —dijo ella con un resoplido—. Mi cochero viene detrás en el carruaje. Simplemente decidí que sería más fácil caminar de una cita a otra. Ahora, si me disculpa.

Hizo ademán de pasar junto a él, pero una fuerte mano enguantada se extendió para tomar su brazo con firmeza.

—La escoltaré a donde sea que desee ir —ordenó, y ella se erizó.

—Gracias, pero estoy bien sin usted —dijo, liberando su brazo—. Si necesitara una escolta, habría encontrado una de mi propia elección.

—No puedo permitir que continúe sola —dijo, y parte de la dureza de su rostro se suavizó ligeramente—. Solo estoy haciendo lo que le pediría a otro que hiciera por una de mis hermanas.

Su frustración se derritió ligeramente entonces al pensar en Viola, que era una chica dulce, aunque resultaba difícil creer que estuviera emparentada con el duro marqués. De alguna manera, era un desafío imaginar que él pudiera albergar emociones además del desdén y la burla.

—Muy bien —dijo, dándose cuenta de que la mejor manera de librarse de él sería simplemente permitirle pensar que había cumplido con su deber, entonces se marcharía—. Simplemente voy a la tienda de Madame Boudreau a la vuelta de la esquina para que me ajusten un vestido. Pero no permita que le aparte de sus asuntos, Lord Berkley.

—Tengo tiempo —dijo simplemente y tomó su brazo una vez más. Phoebe se mantuvo rígidamente alejada de él, y sin embargo se maldijo por sentir el ardor de su mano sobre ella, por notar cada vez que su cuerpo entraba en el más mínimo contacto con el suyo. Cuando doblaron la esquina y la tienda de la modista apareció a la vista, no pudo soltarse lo suficientemente rápido.

Se volvió y, con una ligera inclinación de cabeza, ofreció:

—Adiós, Lord Berkley. Hasta que nos volvamos a encontrar.

Y con eso prácticamente voló hacia la tienda de vestidos, donde esperó junto a la ventana, observándolo partir mientras determinaba cuánto tiempo tendría que esperar hasta poder salir de nuevo.

Él había sido generoso con su tiempo, incluso caballeroso, por lo que ciertamente no podía culparlo. Y, sin embargo, le molestaba que fuera tan inadecuado para ella caminar sola por las calles. Realmente, ¿qué podría pasarle en una calle llena de negocios en pleno día?, se preguntó mientras agradecía educadamente a Madame Boudreau por su oferta de asistencia, pero le dijo que tendría que regresar otro día cuando tuviera más tiempo para mirar. No era como si estuviera paseando por las calles de Seven Dials sin preocupación alguna. Vaya, el marqués podría haberla aprovechado tan fácilmente como cualquier otro hombre.

Frunció el ceño cuando la idea de su cuerpo contra el suyo de una manera completamente impropia no causó la consternación que habría esperado, sino más bien un cálido rubor que comenzó a inundarla. *Basta, Phoebe. Estás siendo ridícula.*

Hombres como el marqués eran la razón exacta por la que era mejor convertirse en solterona a menos que encontrara el amor verdadero. La tía Aurelia nunca se había casado y disfrutaba bastante bien de la vida, al igual que probablemente lo haría Phoebe.

Sin embargo, una sonrisa se apoderó de su rostro cuando pensó en lo que el marqués pensaría si supiera lo que realmente estaba haciendo cerca de Fleet Street. No comprando vestidos; el tumulto de colores a su alrededor era hermoso, seguramente, pero no captaba su atención como lo hacía con muchas mujeres. Oh, no, era el pensamiento de las imprentas lo que ahora hacía que su sangre corriera rápidamente por sus venas. El marqués se escandalizaría. Lo cual era exactamente el punto.

* * *

JEFFREY LE ECHÓ una última mirada larga a la tienda de vestidos, negando con la cabeza mientras continuaba su camino. Lady Phoebe. Justo cuando había logrado exitosamente omitirla de sus pensamientos, allí estaba ella, precipitándose de nuevo. No podía determinar exactamente qué era de ella lo que provocaba tanto tumulto dentro de él, pero era como una tormenta: majestuosa y asombrosa, pero también tan tumultuosa y destructiva.

Ella necesitaba a alguien que la cuidara. Él la compadecía por la pérdida de sus padres, pero no era correcto que una mujer, particularmente una joven como ella, estuviera sola en el mundo sin un hombre que la protegiera. A pesar de sus protestas, no era natural, como era evidente por su deambular por Fleet Street completamente sola, salvo por su cochero a una distancia considerable. ¿Qué clase de acompañante era su tía, permitiendo a Lady Phoebe la libertad de actuar completamente a su antojo?

Pero esta dama no era su problema, se recordó mientras continuaba unas calles más allá de Fleet para encontrarse con su hermano en la dirección que le había proporcionado en la nota que había enviado. Jeffrey tenía suficiente con lo que lidiar, incluyendo cuatro hermanas, así como un hermano que parecía decidido a destruirlo.

No tenía idea de qué tramaba Ambrose ahora. Su nota había sido críptica, pero Jeffrey temía que fuera otro de sus planes, tratando de conseguir dinero rápido. Por elección propia, Ambrose carecía de propósito alguno, y la mayor parte de su tiempo lo ocupaba gastando toda su asignación, usando la mayoría en una búsqueda insensata por hacerse independientemente rico. Cuanto más Jeffrey intentaba convencerlo de que nunca funcionaría y de que debería ganarse la vida honestamente, más decidido estaba Ambrose a demostrarle a su hermano que estaba equivocado. Jeffrey continuamente se encontraba metido en situaciones en las que tenía que salvar a su hermano, y estaba cansado de ello.

Al encontrar la dirección correcta en un pequeño edificio bastante descuidado encajado entre otros dos, llamó a la puerta, solo para que esta se abriera con su toque.

—¡Jeffrey, ahí estás!

Cauteloso, Jeffrey dio un paso lento hacia el interior, permitiendo que sus ojos se adaptaran a la tenue luz. A pesar de que el sol brillaba, las ventanas estaban ahumadas, las tablas del suelo estaban rayadas y sucias, y un extraño surtido de muebles estaba esparcido por la habitación en varios estados de desorden. Finalmente encontró a su hermano posado en una de esas desvencijadas sillas de madera, con un hombre corpulento sentado en las sombras al otro lado de la mesa entre ellos.

—Conoce a Héctor —dijo Ambrose, extendiendo su brazo sobre la mesa con un floreo—. Está a punto de hacernos ricos.

—Héctor —Jeffrey asintió hacia él antes de volver su atención a su hermano, ignorando la silla que Ambrose le señalaba—. ¿Nos hará ricos? ¿Cómo? —preguntó con sarcasmo.

—Bueno, todo lo que necesitamos hacer es darle una pequeña suma de dinero, y luego en un año, la multiplicará por más de dos.

¡Quizás incluso por tres! —El entusiasmo iluminó el rostro de Ambrose mientras Jeffrey se frotaba la frente. ¿Había despejado su tarde para *esto*?

—Vamos, Ambrose, vámonos —dijo, señalando hacia la puerta—. Disculpe, Héctor. Nuestras disculpas.

Ambrose se puso de pie pero se negó a moverse, obstinándose.

—¿No puedes ni siquiera escuchar su plan?

—No.

—Él presta dinero, Jeffrey, luego cobra intereses. Es algo seguro, porque si la gente no paga, entonces...

—Dije que no. —No queriendo discutir con su familia delante de un extraño, Jeffrey se dirigió a la puerta sin mirar atrás, abriéndola de golpe mientras salía, permitiendo que se cerrara de un portazo tras él. Estaba volviendo a ponerse los guantes, respirando profundamente para encontrar un poco de calma, cuando Ambrose finalmente se le unió.

—Eso fue terriblemente grosero, Jeffrey. Héctor no hizo nada malo, y apenas lo reconociste.

—Héctor se está enriqueciendo a costa de la desgracia ajena. Esa no es la forma en que yo hago negocios, Ambrose, y espero que tú tampoco lo hagas.

—En realidad está ayudando a la gente —intentó razonar Ambrose mientras Jeffrey comenzaba a caminar por la calle hacia donde esperaba su carruaje. El rostro encantador y guapo de Ambrose, que había utilizado para sacarse de más de un aprieto, ahora le sonreía a Jeffrey, pero ciertamente no sería engañado por su hermano. Oh, no, lo conocía demasiado bien, le había permitido demasiada indulgencia en el pasado.

—Es hora de que comiences a actuar como un adulto, Ambrose —dijo como lo haría un padre, aunque solo era dos años mayor que su hermano—. Tienes una opción.

Ambrose lo miró con cautela pero no dijo nada.

—Tienes la pequeña propiedad cerca de Peterborough. Podrías realmente asumir alguna responsabilidad por ella, hacerla crecer hasta el punto de que sea mucho más rentable.

—¡Pero está tan lejos de Londres! Yo...

—O bien, te compraría una comisión.

—¿El ejército? —Ambrose parecía horrorizado—. ¿Realmente crees que yo sería apto para el *ejército*, Jeffrey?

No, ciertamente no lo creía, aunque le enseñaría a Ambrose algunas lecciones de vida necesarias.

—O podrías continuar tu educación y convertirte en abogado.

—¿Un abogado? Jeffrey, ¿sabes cuánto trabajo implicaría eso?

Jeffrey continuó su marcha directa de regreso hacia la concurrida Fleet Street, deteniéndose para mirar a su hermano solo cuando llegó al carruaje.

—Tres opciones, Ambrose. Elige sabiamente.

—¿Y si no deseo tomar ninguno de los caminos que sugieres?

—¿Te atrae la iglesia?

Ambrose resopló.

—Continúa como estás y tu asignación será suspendida. Ahora, ¿vas a subir o no?

CAPÍTULO 6



Un mes después

Jeffrey sonrió triunfante al entrar en el comedor. Por una vez, estaba solo. Por fin se había levantado lo bastante temprano como para tener unos momentos antes de que la manada de mujeres irrumpiera para saludarle. Podría leer sus periódicos en silencio, disfrutar de su café y comenzar el día con buen pie.

Hizo un gesto de saludo a Harper, su siempre eficiente mayordomo, que permanecía en la entrada supervisando al personal. Jeffrey tomó asiento en la mesa, y Maxwell, que nunca se perdía la oportunidad de acompañar a Jeffrey durante las comidas, se acomodó junto a él, comportándose correctamente por el momento, sabiendo que quizás podría tener la fortuna de que alguna miga cayera de la mesa. Un montón de periódicos estaba doblado junto a su codo, listos para que los examinara mientras comía sus huevos y tostadas.

El primero contenía las típicas noticias del día en el *Morning Post*. Una reseña de la actuación más reciente en el Theatre Royal, debates ocurridos en el Parlamento, una lista de los oficiales muertos y heridos en batalla, información diversa de los mismos campos de batalla. Todo se contradecía, y Jeffrey esperaba recibir un informe más relevante, con suerte a su debido tiempo.

Dejando ese periódico a un lado, cogió el siguiente, frunciendo el ceño mientras lo hacía, pues no reconocía ni la tipografía ni el

tamaño y estructura del mismo. —¿Qué es esto? —murmuró mientras leía el encabezado—. El Semanario de las Mujeres.

¿Qué demonios...?

Comenzó a leer, abriendo los ojos cada vez más. Aparentemente era el número inaugural, pues la primera columna hablaba de lo que una lectora podría esperar de la publicación en adelante.

El sentido común y la razón siguen siendo dos de los atributos más venerados en un hombre. ¿En una mujer? Lejos está de poder decirse lo mismo. Pues eso contradiría lo que se espera de las mujeres. La belleza, el decoro y la modestia son cualidades apreciadas en el sexo femenino, mientras que si una mujer muestra su sabiduría o idealismo, se convierte en un escándalo. No permitamos que sea así. Mujeres, es cierto que nuestra educación a menudo es insuficiente, ya que rara vez se nos proporcionan entornos de aprendizaje que sean ni siquiera la mitad de amplios que los de los hombres. Por lo tanto, debemos instruirnos por nuestra cuenta. Nunca teman una conversación ingeniosa, ni contar un chiste escandaloso en compañía adecuada. ¿Qué estoy sugiriendo? Simplemente ser la mujer que realmente son.

Con frecuencia, las mujeres chismorrean y se envidian unas a otras, particularmente si otra es más atractiva o posee atributos que se les dice son deseables. Las insto a dejar esto de lado. Esfuércense por ayudarse mutuamente a superarse, por mostrar la fuerza que cada una tenemos juntas. Solo entonces seremos vistas como iguales.

En estas páginas, informaremos, aconsejaremos y plantearemos preguntas sobre lo que sabemos que es verdad. Política, viajes, moda, consejos e incluso un poco de chismes (verídicos) les proporcionarán todo lo que necesitan en una sola publicación. Bienvenidas.

El siguiente artículo incluía textos y publicaciones que podrían ser de particular interés para las mujeres que buscaban educarse mejor, seguido por un texto sobre el matrimonio. Afirmaba que el matrimonio era necesario para la mayoría de las mujeres para poder mantenerse, pero continuaba describiendo qué cualidades buscar en un hombre que se convertiría en un compañero de vida.

Jeffrey apenas podía creer lo que estaba leyendo. Miró el encabezado para encontrar el nombre de un autor, y al no ver nada más que "Por una Dama", dio vuelta al periódico, buscando desesperadamente.

Levantó la mirada, sorprendido al ver que tres de sus hermanas, excluyendo a Viola, ya estaban en la mesa. Había estado tan absorto en las páginas frente a él que ni siquiera había notado su llegada.

Les hizo un gesto distraído con la cabeza antes de volver a las hojas que tenía delante. Estaba a punto de continuar leyendo cuando sintió una mano en su hombro, y antes de darse cuenta, el periódico fue arrebatado de sus manos.

Se giró para encontrarse con una sonrojada Viola, que ahora sostenía el periódico detrás de su espalda, fuera de su vista.

—Viola —dijo con dureza, sus palabras cortantes, y ella se estremeció ligeramente—. ¿Qué es esa cosa escandalosa?

—No es nada, Jeffrey. Nunca debió mezclarse con tu lectura matutina. Mis disculpas. Le indicaré a Harper que se asegure de guardármelo la próxima vez.

Intentó sonreír y comenzó a alejarse, pero la voz de él la retuvo en la habitación.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué es ese montón de tonterías?

—Es simplemente un periódico, Jeffrey, muy parecido al *Ackermann's Repository.* Ya sabes, modas del día, algunos chismes, noticias generales, cómo las mujeres pueden ayudar en el esfuerzo bélico, ese tipo de cosas. Nada de qué preocuparse excesivamente.

—Sí, Jeffrey, realmente hay unos figurines de moda preciosos —intervino Rebecca—. ¡Deberías echarles un vistazo! Están en la página cuatro. Quizás entonces verás la necesidad de enviarnos a por vestidos nuevos.

—Creo que la mitad de las ganancias de la hacienda se destinaron a vestir a todas vosotras, y eso fue hace apenas unos meses —dijo Jeffrey con severidad, antes de volver al asunto en cuestión—. Leí algunas de las piezas, Viola, y contenía mucho más contenido del que has descrito. NO permitiré este tipo de tonterías en mi casa. Lo tirarás inmediatamente.

La habitación quedó en silencio, el tenedor que se cayó de la mano de Annie repiqueteó en su plato mientras todas miraban boquiabiertas a su hermano. Jeffrey sabía que era demasiado indulgente con sus hermanas, lo que quedaba demostrado por el hecho de que tal orden las hubiera sorprendido.

—¡Simplemente leíste la primera página, Jeffrey! —protestó Viola —. Te aseguro que hay mucho más. Tampoco es indecoroso. Todas las jóvenes tienen un ejemplar. Era el tema de conversación entre las mujeres en todos los salones ayer, o eso me han dicho, así que tuve que conseguir un ejemplar yo misma. Bien. Buenos días, entonces.

—¿No vas a desayunar? —preguntó, observando sus mejillas rojas y sus ganas de escapar de su presencia tan pronto como se lo permitiera.

—N-no tengo hambre en este momento —dijo con una sonrisa forzada—. Regresaré más tarde.

Y con eso, se fue. Jeffrey ya no tenía apetito ni ganas de seguir leyendo. Pensó en las ideas de Lady Phoebe sobre el tema, en la convicción y creencia de su propia hermana en el cambio de rol para las mujeres. Esto era lo que le había preocupado cuando escuchó a Lady Phoebe hablar con sus amigas sobre tales asuntos. Ahora, ¿tener una publicación difundiendo este mismo tipo de ideales inútiles que no llevarían más que a problemas? Ciertamente no era aceptable, especialmente ahora que había visto sus efectos dentro de su propio hogar. Pero, ¿qué iba a hacer al respecto?

* * *

AL NO ENCONTRAR UNA RESPUESTA, Jeffrey tomó un consejo de la columna del mismo periódico contra el que estaba luchando. A veces, era mejor encontrar fuerza en los números. Aunque no pudo encontrar la copia de Viola, compró un ejemplar a un muchacho que tenía una última copia en la mano. Por mucho que odiara la idea de apoyar a la maldita publicación, compró la cosa para llevarla consigo.

Si había un lugar donde sabía que podría encontrar a otros que estarían igual de horrorizados que él, era White's.

Caminó por St. James con determinación, luego entró por las puertas delanteras de White's, donde fue recibido por los lacayos. La calma se asentó en su alma mientras recorría el pasillo de columnas de mármol. Aquí siempre podía encontrar un momento de paz, lejos de las muchas mujeres que constantemente le daban órdenes, le decían cómo vivir su vida o le pedían una cosa u otra.

Se sorprendió al encontrar el club bastante vacío, con la excepción de la sala matutina, donde todos los caballeros parecían haberse congregado, reunidos alrededor de una pequeña mesa, con las sillas ocupadas, mientras muchos permanecían de pie.

Apenas había entrado en el círculo cuando fue notado y acogido.

—¡Ah, Lord Berkley! —le saludó el rotundo Conde de Totnes—. Me alegro de que haya llegado. Dígame, ¿ha visto ya esta basura?

Por lo visto, no había necesitado detenerse para comprar su propia copia. La publicación ya estaba extendida sobre la mesa, con hombres mirándola consternados, como si estuviera a punto de crecer garras y levantarse para atacarlos.

—Desafortunadamente, sí —dijo con sequedad—. De hecho, estaba en mi propia mesa de desayuno.

Algunos comenzaron a asentir en señal de comprensión, aparentemente habiéndose encontrado en circunstancias similares en sus propios hogares. Comenzaron a formarse palabras acaloradas, y en poco tiempo se escuchaban gritos y discusiones resonando en las paredes del club habitualmente reservado.

Finalmente, el Duque de Clarence, a quien Jeffrey no había visto hasta ese momento ya que había estado sentado detrás del resto, reclinado en uno de los amplios sillones de cuero, se puso de pie y levantó las manos.

—¡Silencio! —gritó con toda su autoridad ducal, antes de bajar la voz una vez que captó su atención—. No llegaremos a ninguna parte discutiendo entre nosotros. Solo hay una cosa que podemos hacer en este momento, y es investigar esto más a fondo y animar a los propietarios a descontinuar sus operaciones. Mientras tanto, si estamos divididos, solo daremos credibilidad a ideales como los

contenidos en esta publicación. Lo que debemos hacer es crear un plan y acabar con esto inmediatamente, antes de que gane más terreno. ¿Qué decís?

El Duque sonrió ante su resonante "Sí". Jeffrey sintió una momentánea punzada de inquietud ante la idea de que esta "dama" fuera perseguida por un gran número de hombres poderosos, pero era de esperar, ¿no es así?

—¿Y cuál es, dígame, ese plan suyo? —preguntó alguien.

Clarence dirigió una sonrisa maliciosa hacia Jeffrey y la inquietud aumentó.

—Creo que Lord Berkley puede ayudarnos en ese aspecto.

—¿Yo? —arqueó una ceja mientras estudiaba a su amigo. No era momento para bromas. ¿Qué estaba haciendo Clarence?

—Usted —confirmó con un asentimiento, luego se volvió hacia el resto de la multitud—. Parece que Berkley ya se ha informado sobre el asunto, ya que sostiene en su mano la misma publicación que estamos discutiendo. No solo eso, sino que tiene cuatro hermanas a las que debe proteger, y por lo tanto estará particularmente motivado para resolver el asunto. ¿No es así, Berkley?

Asintió lentamente. Eso no podía negarlo.

—Muy bien —dijo Clarence, juntando las manos—. El asunto está resuelto, entonces, caballeros. Berkley encontrará al propietario, explicará nuestra posición y cerrará esto. Ahora, quitemos esta publicación de la mesa y vayamos a la sala de billar. ¿Quién se atreve?

Jeffrey retrocedió. Vaya, menuda situación. Había venido aquí buscando una solución, no razones adicionales para perseguir el asunto. Una nube de tormenta comenzó a formarse dentro de él, que empezó a descargar cuando Clarence se acercó para hablar con él lejos de los otros caballeros.

—¿En qué estabas pensando? —masculló, su ira creciendo mientras Clarence simplemente se reía.

—Te conozco, Berkley. No estabas particularmente entusiasmado cuando leíste este pequeño periódico, ¿verdad?

—No —admitió a regañadientes.

—Bueno, pensé que pondría tus talentos a buen uso. Tu tarea no será del todo difícil.

Jeffrey lo miró con algo de desconcierto. —En realidad no te importa mucho esta basura, ¿verdad?

Clarence se encogió de hombros y comenzó a caminar hacia la salida mientras Jeffrey lo seguía. —No realmente. Es un inofensivo periodicucho para mujeres. Han surgido antes, y nunca duran más de unos meses antes de dejar de publicarse. ¿Qué daño hace que las damas se diviertan? Además, no están diciendo nada particularmente blasfemo. ¿Discuten que las damas tienen cerebro? Eso no es exactamente una novedad. Dime que nunca has hablado con una mujer inteligente, Berkley, una dispuesta a compartir sus verdaderos pensamientos.

Jeffrey pensó en Lady Phoebe y su franqueza, en sus propias hermanas y su disposición a decir lo que les pasaba por la mente.

—Supongo que sí —admitió a regañadientes.

—Si encuentras al propietario, obtendrás lo que quieres. Si no —Clarence tomó su sombrero de uno de los porteros, ajustándolo pulcramente sobre su cabeza—. No hay daño, Berkley. Las mujeres son criaturas místicas. Demonios, si me preguntas, el mundo podría estar mejor si se escucharan un poco más sus pensamientos. Y será muy divertido verte asumir esto. Buenos días, Berkley.

Y con su sonrisa carismática, se marchó, dejando a Jeffrey mirándolo fijamente, preguntándose qué acababa de suceder.

CAPÍTULO 7



—¿Tienes la columna de moda, Rhoda? —llamó Phoebe a través de la habitación a la mujer que estaba esbozando el orden de la lista final de artículos de esta semana antes de enviarla a la imprenta.

—¡Sí, aquí está! —respondió la mujer, con su cabeza oscura, salpicada de gris, inclinada sobre su trabajo. Phoebe no podría haber pedido una mejor editora para el periódico. La mujer era eficiente, confiable y tenía un don para saber qué interesaría a las lectoras. Viuda, había ayudado a su marido en su propia pequeña publicación antes de que falleciera, y cuando vio el anuncio de Phoebe, respondió de inmediato. Fue la primera editora potencial que Phoebe había entrevistado, así como la última. Era perfecta.

Phoebe pasaba tanto tiempo en la oficina como podía. Se sentía atraída por el trabajo, prosperaba realmente, pero tenía otros compromisos que atender también, y por lo tanto no podía estar exclusivamente allí. Su equipo, sin embargo, era talentoso, terriblemente talentoso. Y aún mejor, su primera publicación había sido ampliamente leída, a juzgar por la reacción de otras jóvenes damas de su condición. Aunque Phoebe esperaba que mujeres de todas las clases se beneficiaran de las palabras de *El Semanal de las Mujeres*, era muy consciente de que el costo por sí solo impediría que muchas lo leyeran. No solo eso, sino que la desafortunada realidad era que muchas mujeres simplemente no sabían leer, o no tenían tiempo para el ocio.

Esperaba poder ayudar a cambiar algo de eso. No sabía cómo, pero quizás con el tiempo podría hacer más. Podrían, al menos, escribir sobre tales problemas para concienciar más sobre las dificultades de muchas mujeres a las clases nobles y medias.

—¿Vendimos todas las copias la semana pasada, Rhoda? —preguntó a la mujer, acercándose para sentarse frente a la mesa donde trabajaba actualmente, mirando alrededor a las monótonas paredes de ladrillo a las que esperaba pronto dar vida.

—Así es —respondió Rhoda con una sonrisa—. Todas las mil. Odio admitirlo, pero apenas puedo creerlo. ¿Cree que deberíamos imprimir más para el próximo número?

Phoebe inclinó la cabeza, considerándolo.

—No —dijo finalmente—. Asegurémonos de que siga teniendo demanda, y luego imprimiremos más la semana siguiente.

—Muy bien —dijo con un asentimiento—. Y en cuanto a la fecha límite de la próxima semana...

—¡Señorita Phoebe! —Rhoda fue interrumpida por el joven muchacho que entró corriendo por la puerta tan rápido que casi chocó con otra de sus redactoras.

—Más despacio, Ned —lo reprendió, pero con una sonrisa—. Y pasa, por favor.

Era uno de sus repartidores. Les pagaba más de lo que la mayoría de los jóvenes de su condición ganarían, pero quería que siguieran siendo leales a ella y continuaran regresando, sin robar ninguna de sus ganancias.

—Ahora —dijo con brío una vez que él estaba sentado frente a ella—. ¿Qué ocurre?

—Había un hombre preguntando por usted, señorita —dijo, con sus ojos azules muy abiertos en su cara salpicada de suciedad. Phoebe deseaba poder hacer más por estos niños, pero al menos estaban llevando dinero a sus familias. Deberían estar en la escuela, realmente, pero si no trabajaban para ella, estarían trabajando para alguien más, robando bolsillos o algo peor.

—¿Un hombre? —preguntó con cuidado, sin querer apresurar la información, para asegurarse de que la transmitiera completamente —. ¿Preguntaba por mí específicamente?

—No, señora —dijo el chico negando con la cabeza—. Estaba preguntando sobre la publicación. Quería saber quién es el propietario y el editor. Quería saber dónde recibo mi paga, pero no se lo dije. Me ofreció un buen dinero por ello, pero le dije que no sabía nada más.

—Ya veo —dijo Phoebe, poniéndose de pie, sacando una moneda de su pequeño retículo, y los ojos del chico brillaron—. Aquí tienes, Ned, por la molestia y por tu lealtad. Ahora, dime, ¿cómo era este hombre?

—Iba vestido elegante, seguro que era un caballero —dijo Ned con un asentimiento—. Llevaba la corbata ahogándole como hacen los hombres elegantes, y una chaqueta fina. Pelo claro. Ojos oscuros. Su cara era como... escarpada. Y dura.

Eso era todo lo que Ned parecía recordar, pues luego se encogió de hombros. El corazón de Phoebe dio un vuelco en su pecho mientras escuchaba la descripción del chico. ¿Estaba simplemente visualizando al marqués como el hombre que Ned describía porque seguía infiltrándose en su mente? Él *se había* mostrado tan en contra de sus propias palabras en la fiesta. ¿Pero realmente llegaría tan lejos como para ir tras su periódico?

—¿Te dio algo, Ned? ¿Alguna forma de intentar contactarlo?

Sus ojos se iluminaron. —¡Sí! Me dio su tarjeta, dijo que lo buscara si quería hablar de algo más.

Le entregó la delgada tarjeta blanca.

—El Marqués de Berkley —leyó en voz alta las palabras grabadas mientras la inquietud y la decepción la llenaban en igual medida—. Tal como pensaba. Gracias de nuevo, Ned. Has sido más que útil. No lo olvidaré.

Se sonrojó intensamente y asintió, luego salió por la puerta y se fue tan rápido como había entrado. Phoebe caminó hacia Rhoda, quien había estado escuchando atentamente.

—Conozco a este hombre —dijo en voz baja. No había revelado a su personal su estatus particular, aunque eran lo suficientemente inteligentes como para saber que pertenecía a una posición bastante alta—. Es implacable y obstinado. Haré lo posible por mantenerme

informada de sus acciones para que no nos sorprenda. Pero si viene aquí, no podemos decirle nada.

—Por supuesto que no, señorita Winters —acordó Rhoda—. Sabía cuando vine a trabajar para usted que este tipo de publicación no sería aceptada por todos. Pero creo en lo que estamos haciendo, y continuaremos con ello.

—Gracias, Rhoda —dijo, antes de volverse para hablar con las otras dos mujeres que actualmente ocupaban escritorios en la gran sala, y trataban de aparentar que no estaban escuchando la conversación—. Ninguna de nosotras ha hecho nada malo. Esto es simplemente hombres tratando de demostrar su dominio sobre nosotras. Continuaremos adelante. Si están asustados, bueno, eso significa que estamos haciendo algo bien.

Con el periódico listo y su personal entendiendo la situación, Phoebe se echó la capa sobre los hombros y se marchó. Así que el marqués venía tras ella. Se negaba a rendirse sin luchar. Y tenía una idea de qué arma debería usar contra él.

* * *

—Lord Berkley, qué encantador verlo aquí esta noche.

El marqués se volvió lentamente hacia su voz, con una copa en la mano, sus ojos marrones duros mientras la recorrían, desde la punta de sus pies en sus zapatillas de cabritilla color crema que se asomaban del dobladillo estampado, subiendo por las faldas de su vestido de seda azul real, sobre la cintura bordada y el corpiño fruncido, donde se detuvieron un momento en su piel que se asomaba por la parte superior antes de terminar en su rostro.

Lo había hecho a propósito, ella lo sabía, para desarmarla, pero se negó a permitir que él notara que había causado algún tipo de reacción en ella. Le sonrió de manera seductora como una mujer interesada en un hombre por algo más que su conversación.

Él levantó las cejas, y ella se preguntó si había comenzado con demasiada fuerza, si se volvería sospechoso después del tono de sus encuentros anteriores. Respiró hondo mientras era su turno de

observarlo. Había olvidado lo alto que era, lo imponente que podía ser su figura.

Pero no se dejaría intimidar.

—Lady Phoebe —dijo después de enviar un asentimiento de despedida en dirección a su acompañante. Quizás la había intrigado después de todo—. Debo decir que me sorprende encontrarla buscando mi compañía después de nuestros pasados... encuentros.

Ella estaba preparada para esto.

—Simplemente quería disculparme, Lord Berkley —dijo con lo que esperaba fuera una sonrisa desarmante. ¿Debería intentar pestañear coquetamente? No, eso sería ir demasiado lejos. No era un tonto—. No le he vuelto a ver después de aquel día en Fleet Street, y desde entonces me he dado cuenta de que usted simplemente velaba por mis mejores intereses, y yo fui completamente descortés con usted. En cuanto a nuestro encuentro anterior... bueno, seguimos en desacuerdo, pero debo decirle lo interesante que fue participar en tal choque de voluntades con usted.

Una cosa que no podía hacer era desviarse de sus creencias, estar de acuerdo con sus nociones ridículas. Mejor no hablar de ello con él por ahora. Él no dijo nada por un momento, estudiándola mientras tomaba un sorbo lento de su bebida.

—Muy bien —respondió finalmente—. Me complace, aunque algo sorprende, que se sienta así. Pero, Lady Phoebe, con gusto la desafiaría a otra prueba de voluntades. ¿Le gustaría bailar?

—¿Perdón? —Phoebe lo miró boquiabierta, con la boca abierta. ¿Quería bailar con ella después de una simple disculpa? No había esperado esto, no estaba preparada para ello. Ella no bailaba. Pero, ¿no era esto lo que quería? Rápidamente cerró la mandíbula y le asintió mudamente. Un destello malicioso apareció en sus ojos mientras dejaba su bebida y levantaba la mano de ella, colocándola sobre su brazo.

La cacofonía de ruido a su alrededor, voces, música, pies con botas y risas, se mezclaron para convertirse en un coro de sonido que apenas registraba mientras le permitía conducirla a la pista de baile. Phoebe podía sentir cada una de las miradas curiosas que le

dirigían: que ella, Lady Phoebe, una mujer que vivía en las afueras del *ton*, había captado la atención de Lord Berkley, lo suficiente al menos para un baile.

No le importaban los pensamientos de los demás, se recordó mientras mantenía la cabeza alta, ignorando las miradas. Había venido esta noche a la fiesta de Lord y Lady Holderness con un propósito, y lo estaba logrando. Debería estar complacida consigo misma.

Phoebe se sobresaltó por un momento cuando el marqués se detuvo abruptamente, luego dio un respingo cuando su mano se curvó alrededor de su cintura y casi se desmayó cuando él tomó su otra mano en la suya, sintiendo calor emanar desde donde estaban conectados, incluso a través de la delgada capa de su guante blanco.

Esto es solo un juego, Phoebe. Sintió su mirada sobre ella, pero en lugar de mirarlo, permitió que sus ojos vagaran por la parte superior del salón de baile, en el mural de ángeles en nubes pintado en el techo sobre ellos, con el fondo carmesí y las paredes proporcionando una sensación de decadencia. La familia Holderness vivía en la grandeza y estaban complacidos de mostrarla.

—¿Encontró un nuevo vestido?

Phoebe giró la cabeza hacia su compañero de baile, sus ojos chocando con los de él. Maldición, era un hombre atractivo. No de manera tradicional, pero había algo en él... ¿qué estaba diciendo? ¿Un vestido? ¿Por qué un hombre le preguntaba sobre un vestido? Ah, sí, la tienda de ropa.

—Sí, Lord Berkley, gracias —dijo, evitando la necesidad de añadir detalles—. ¿Y su negocio el día que nos conocimos?

Su mandíbula se tensó. —Todo sigue en orden —dijo críptico.

Ella asintió, y al hacerlo, tropezó ligeramente. Nunca había sido una bailarina particularmente hábil, y parecía que la falta de práctica no había mejorado su destreza.

—Maldición —murmuró bajo su aliento, luego se puso rígida cuando escuchó al marqués resoplar.

—Qué elegante de su parte —dijo, con rastros de una sonrisa en sus labios.

—Nunca pretendí ser elegante —dijo con un toque de acero en su voz, y él negó con la cabeza.

—No la estoy menospreciando, Lady Phoebe —respondió—. Me sorprendió, eso es todo. He escuchado tales palabras en boca de mis propias hermanas, aunque creo que lo hacen solo para atormentarme, y continuamente les aconsejo que eviten pronunciarlas entre la buena sociedad.

—Difícilmente lo consideraría a usted *buena sociedad*, Lord Berkley, considerando nuestra historia juntos.

Las palabras salieron antes de que siquiera las pensara, y Phoebe se mordió el labio para evitar decir algo más. Se suponía que debía atraer al hombre, por el amor de Dios, no alejarlo aún más.

Pero para su sorpresa, después de un momento de silencio atónito, el marqués se rió. Una risa profunda y baja que salió rodando de él, y Phoebe solo pudo observarlo con asombro mientras sentía el retumbar en su pecho desde donde estaban conectados. Por un momento desaparecieron las duras líneas de su rostro, los ojos fríos, el porte intimidante. De alguna manera se convirtió en... solo un hombre, y ella no pudo evitar la sonrisa genuina que se extendió por su rostro en respuesta.

Miró hacia abajo por un momento antes de encontrarse con sus ojos una vez más.

—Háble me de sus hermanas. He tenido el placer de conocer a Viola, pero aún no al resto.

Y así lo hizo. Describió a sus hermanas, manteniendo la expresión suave en su rostro mientras lo hacía, y Phoebe pudo leer cuánto se preocupaba por ellas, no solo porque eran su responsabilidad, sino porque las amaba, casi más como un padre que como un hermano.

—¿Cuánto tiempo hace que se convirtió en marqués y ha estado cuidando de ellas? —preguntó suavemente.

—Cinco años ya —dijo con un encogimiento de hombros—. Es difícil algunos días, pero ellas mantienen la vida interesante, supongo. Gracias por el baile, Lady Phoebe.

Phoebe miró alrededor, dándose cuenta de que el baile había terminado, y se sintió tonta al notar que había continuado

moviéndose. Se detuvo, asintió y sonrió una vez más.

—Gracias a usted, Lord Berkley. Espero verlo pronto de nuevo.

CAPÍTULO 8



—¡Phoebe!

Oyó su nombre susurrado desde las sombras, y sonrió, sabiendo exactamente lo que venía. Tomó una copa de champán para celebrar el primer paso exitoso de su plan, y luego se acercó a la tenue luz de donde provenía la voz, encontrando a tres mujeres esperándola al otro lado de la estatua de bronce.

—¡Aquí estáis! —exclamó—. Os estaba buscando.

—Y nosotras —dijo Sarah—, te estábamos observando a *ti*. Phoebe, estabas bailando con Lord *Berkley*.

—Así es —afirmó—. Soy plenamente consciente de su identidad.

—¿Pero por qué? —preguntó Julia, inclinando la cabeza mientras la estudiaba—. La última vez que hablamos parecía que no querías saber nada de él.

—Nada ha cambiado en mis sentimientos hacia él. Sigue siendo un hombre desagradable con opiniones anticuadas —dijo Phoebe, aunque sintió una punzada de duda ante sus propias palabras. La apartó a un lado y continuó—. Pero algo más ha cambiado, y acercarme a él es la mejor solución posible.

Les contó a sus amigas, que eran una audiencia tan atenta como se podía desear, sobre cómo se enteró de que el marqués había estado preguntando por ella y por su publicación. En una de las caminatas semanales con las tres mujeres, finalmente les había contado toda la historia de su encuentro en el salón, ante lo cual todas quedaron debidamente impactadas, aunque tanto por el

comportamiento de Phoebe como por el hecho de que el marqués las hubiera espiado. Se sorprendieron menos por su reacción o sus palabras. Ahora miraban a Phoebe con los ojos muy abiertos ante su actual plan de ataque.

—La única razón por la que podría estar tan interesado en encontrar al editor de *The Women's Weekly* es porque quiere que cesemos operaciones —finalizó—. Es lo que esperaba, aunque no pensé que sería tan pronto, ni que él sería el hombre que lideraría la ofensiva. Como obtuve esta información a través de uno de mis repartidores, no podía simplemente acercarme al marqués y preguntarle por qué nos está persiguiendo. No quiero que sepa que tengo alguna participación en esto. Así que decidí que la mejor manera de determinar qué tiene planeado y cuáles podrían ser sus acciones era acercarme a él yo misma.

Terminó triunfalmente, mirando alrededor para ver a sus amigas observándola. Sarah tenía una expresión de asombro, Elizabeth parecía bastante preocupada, y Julia sonreía.

—¡Brillante! —dijo, inclinándose hacia Phoebe, pero su exuberancia se vio interrumpida cuando Elizabeth levantó una mano para protestar.

—No estoy tan segura de esto —advirtió—. Claramente no estás interesada en nada más que un coqueteo para averiguar los movimientos del marqués. ¿Cuánto tiempo planeas mantener esta farsa? En algún momento tendrás que romper la relación. Es un marqués, Phoebe, un hombre respetable, y no se relacionará con una joven durante un período excesivamente largo por algo que no pudiera potencialmente conducir al cortejo, y luego al matrimonio. Sí, matrimonio —dijo ante la expresión de asombro de Phoebe—. Esto podría llevar a un escándalo. Entiendo lo que estás haciendo, Phoebe, y te apoyo, de verdad, pero simplemente no quiero verte herida. No veo que esto termine bien, para ninguno de los dos.

Phoebe respiró hondo. Elizabeth estaba velando por sus mejores intereses, lo sabía. Y sin embargo, su amiga estaba señalando los problemas de su plan de los que ella misma no estaba segura, pero había determinado que no eran tan importantes como salvar *The Women's Weekly.*

—Entiendo eso, Elizabeth, de verdad —dijo—. Pero te prometo que no permitiré que esto se salga de control. Es un ligero coqueteo, nada más. Además, claramente no soy el tipo de mujer en la que el marqués tendría jamás un interés serio. Mira alrededor de este salón de baile, o cualquier otro, para el caso. ¿Ves a muchas otras mujeres francas que no tienen miedo de expresar sus ideales, que apenas pueden bailar un paso, que gastan su herencia en lugar de ahorrarla para una dote? No. Es porque esos tipos de mujeres no son las que se casarán con caballeros de título. De hecho, probablemente no se casarán en absoluto.

Al ver que Sarah la estudiaba con la cabeza inclinada, un lado de sus labios curvado en una mirada de simpatía, Phoebe negó con la cabeza y sonrió. —No me compadezcas. Esto es lo que elijo. Esto es lo que preferiría hacer con mi vida. Ahora, ¿alguien quiere un vaso de ponche de ron?

* * *

JEFFREY SE APOYÓ contra una columna de mármol esculpido, cambiando de posición cuando la esquina del ala tallada de un ángel se le clavó en la espalda. Estaba inquieto, pero por razones que no podía identificar fácilmente. Sabía que estaba meditabundo mientras mantenía la vista en Lady Phoebe, refugiada en un rincón con otras tres damas, las mismas con las que la había encontrado hablando en la ocasión de su encuentro en casa del Conde de Torrington. Sus cabezas estaban juntas, Lady Phoebe gesticulaba animadamente. Le recordaban a sus hermanas, por la forma en que hablaban sin reservas, seguras en una amistad inquebrantable.

¿Qué se traía entre manos? Un momento discutía con él, abofeteándole sin reservas, y al siguiente coqueteaba lindamente con él como cualquier otra joven señorita que se le acercaba. Aunque ninguna, sabía él, sería tan audaz como para acercársele sin presentación ni motivo de conversación.

Su vista de ella fue momentáneamente obstruida por un rostro, bastante parecido al suyo, pero cubierto por una perpetua —aunque

poco sincera— sonrisa.

—Jeffrey —dijo Ambrose con un asentimiento, su sonrisa aumentando al saber muy bien que su hermano prefería ser llamado por su título cuando estaban en un entorno público.

—Ambrose —respondió Jeffrey, mientras intentaba mirar alrededor de la cabeza de su hermano cuando notó que Lady Phoebe y sus amigas se alejaban de su puesto en las sombras.

—¿Algo, o *alguien*, captó tu interés por allá, hermano? ¿Una cierta heredera, quizás?

—¿De qué estás hablando? —murmuró Jeffrey.

—Vaya, está en boca de todos —dijo Ambrose antes de que sus palabras adoptaran un tono burlón—. Lord Berkley, quien no vals con nadie, quien evita mostrar interés en cualquier joven en particular, ¡en la pista de baile y durante un vals, nada menos! Y nada menos que con Lady Phoebe Winters, una joven poco popular que parece como si nunca antes hubiera bailado en sociedad educada. ¿Por qué, Jeffrey, por qué?

Hizo la pregunta con fingido interés, llevándose una mano al pecho, y Jeffrey puso los ojos en blanco. —Vete, Ambrose.

Ambrose solo se rió, y fue entonces cuando Viola pasó, interponiéndose entre los dos, conociendo su propensión a la discordia, claramente sin querer que montaran una escena en el salón de baile de los Holderness.

—¿Está todo bien? —preguntó, mirando de uno a otro, y Jeffrey no pudo evitar sonreír a su hermana. Era tan tranquila, tan gentil, y él sabía que le molestaba cuando él y su hermano se encontraban en conflicto en su presencia.

—Todo está bien, Vi —dijo para tranquilizarla—. Ambrose aquí está sorprendido de que pudiera localizar la pista de baile del salón, eso es todo. —Lanzó una mirada fulminante a su hermano—. Y justo se iba.

Ambrose hizo una reverencia burlona a su hermano, besó a su hermana en la mejilla y, afortunadamente, siguió su camino, probablemente para encontrar a una mujer que creyera que sus encantadoras palabras eran genuinas.

—¿De qué iba eso? —preguntó Viola, y Jeffrey hizo un gesto con la mano en respuesta.

—Ya conoces a Ambrose.

—No me refería a eso —dijo, mirándolo significativamente a través de sus lentes—. Lady Phoebe. Pensaba que vosotros dos no os llevabais particularmente bien, y sin embargo ahí estabais juntos, pareciendo como si realmente pudierais estar pasándolo bien.

—Solo fue un baile, Viola —dijo con un suspiro. ¿Todo el mundo lo había estado observando, o es que su familia no tenía sus propios asuntos que atender?—. Pensé que disfrutabas de tu relación con Lady Phoebe.

—Así es, pero eso no tiene nada que ver con esta conversación. Ahora tú, Jeffrey, no eres de los que invitan a cualquier joven a valsar frente a toda la *alta sociedad* —dijo, con una ceja levantada mientras lo estudiaba por unos segundos antes de continuar su camino.

Un momento a solas, en silencio, pensó Jeffrey. *Eso es todo lo que necesito. Entonces yo...*

—Berkley.

Adiós a eso.

—Clarence —respondió, apartándose del pilar. Al menos el Duque no cuestionaría su baile. Su amigo entendería que un vals no significaba nada en absoluto, era una ocurrencia tan regular como cualquier otra.

—He oído que estabas bailando con Lady Phoebe.

O no.

—Sí —dijo Jeffrey, apretando los dientes—. Así fue. Un baile. Como cualquier otro caballero baila con cualquier otra joven dama. No es algo particularmente sorprendente, ni para tomar nota.

—Cierto —dijo Clarence, parándose junto a él para examinar la escena frente a ellos. Tomó un sorbo de su bebida antes de inclinar la cabeza hacia Jeffrey—. A menos que el que baile sea un marqués que evita valses con jóvenes damas de la *alta sociedad*. Y su pareja es una mujer que, por lo que sé, no está particularmente encantada con dicho marqués y no se encuentra típicamente en la pista de baile.

Jeffrey resopló ante eso. Clarence tenía razón.

—Ella se disculpó —dijo a modo de explicación, y ahora Clarence realmente se volvió para mirarlo, con incredulidad en su rostro.

—¿Una disculpa y ya estáis en brazos el uno del otro? ¿Cómo lo haces, Berkley? Desearía tener tal habilidad con las mujeres. Tendrás que enseñarme tu técnica. Pero dime, podrías bailar con cualquier mujer en este salón. La mayoría están desesperadas por que incluso las mires. ¿Por qué elegir a una mujer que te irrita tanto?

Jeffrey contempló sus palabras por un momento. Eran ciertas, pero el problema era que él mismo no sabía exactamente la respuesta. Clarence fue paciente, y finalmente Jeffrey habló con la mayor sinceridad que pudo reunir.

—Hay algo en Lady Phoebe que no puedo explicar exactamente —dijo—. Pero la misma razón por la que capta mi atención es que no se parece en nada a la mayoría de las otras jóvenes con las que estoy familiarizado. Por lo que he percibido, es impredecible, es cierto, sostiene opiniones bastante impopulares, y no tiene miedo de hablar de ellas. Y sin embargo, me encuentro intrigado.

La incredulidad solo creció en el rostro de Clarence mientras Jeffrey hablaba, y finalmente el Duque negó con la cabeza.

—No puedo decir que te entienda completamente, Berkley, pero es bueno verte interesado en una mujer, al menos. Ha pasado demasiado tiempo para ti, al menos por lo que sé. No obstante —inclinó su bebida hacia él—, a mí me gusta saber qué esperar cuando se trata de mujeres. Creo que iré a buscar a una de esas jóvenes damas que tanto desprecias y la invitaré a bailar. Te dejaré con tu dama de misterio.

Sin querer tener que explicarse ante otro amigo o familiar, Jeffrey le pasó su bebida a un lacayo que esperaba y examinó el salón de baile en busca de una vía de escape. Las amplias puertas del jardín lo llamaban, y subió las escaleras antes de encender su puro en un candelabro de pared y empujar la puerta, con el ligero viento empujando la puerta de cristal mientras lo hacía.

El aire fresco, sin embargo, estaba frío contra su piel, refrescante después del calor cerrado del salón de baile. El aire de principios de

primavera lo pellizcaba, pero significaría que habría muchas menos posibilidades de encontrarse con alguien aquí afuera. Respiró profundamente el aire brumoso, que contenía un indicio de la lluvia que había estado amenazando toda la noche. Deambulando por el sendero del jardín, dio una calada a su puro. Lentamente sopló el humo frente a él, viéndolo enroscarse en el aire nocturno.

—Preferiría que no hicieras eso.

CAPÍTULO 9



—Lady Phoebe —pronunció con voz pausada mientras se giraba lentamente hacia ella, pareciendo saber quién estaba entre las sombras antes de ver su rostro—. Si no supiera que es imposible, pensaría que me está siguiendo.

Phoebe sonrió mientras se levantaba del banco donde había estado tomándose un momento a solas, lejos de la gente y las miradas indiscretas del salón de baile, y salió a la luz de la luna y a aquella que provenía de la casa sobre ellos.

—¿No debería ser yo quien dijera eso, Lord Berkley, puesto que yo estaba aquí primero?

Él golpeó suavemente su cigarro contra su pierna.

—Lamento la intrusión —logró decir.

Ella se encogió de hombros, ignorando sus palabras mientras observaba el ofensivo instrumento que giraba entre sus dedos.

—No entiendo el atractivo.

—¿Disculpe?

—El atractivo de esas cosas —dijo, señalando el cigarro—. Huelen horrible, y aunque a usted le gusten, todos los demás también tienen que respirar su humo. Es un pasatiempo bastante egoísta.

Él arqueó una ceja ante sus palabras antes de bajar la mirada hacia su mano. Pareció a punto de tirar el cigarro, pero luego se detuvo un momento. Le sonrió maliciosamente y, deliberadamente,

se lo llevó a los labios, inhalando profundamente sin romper el contacto visual con ella.

Ella entrecerró los ojos, sabiendo que él continuaba fumando a propósito para provocarla, pero decidió que decir algo más solo le daría placer adicional. En lugar de eso, cruzó los brazos y esperó una respuesta a su pregunta, y él finalmente cedió con un suspiro.

—Es justo como usted ha dicho: un pasatiempo. No lo practico con frecuencia, y normalmente no lo hago a menos que esté con otros que expresen un interés similar. Debo decir, sin embargo, Lady Phoebe, que muchas mujeres disfrutan del aroma, o eso me han dicho.

—¿Se lo han dicho sus hermanas?

—No —dijo lentamente.

—Bueno, yo les preguntaría qué opinan ellas, pues son las jóvenes que más probablemente sean sinceras y directas con usted —dijo, agitando una mano—. El resto, bueno, dicen lo que usted quiere oír.

—No todas —dijo, acercándose a ella—. Hay una en particular que no parece inclinada a ocultarme sus pensamientos.

A pesar de su bravuconería, cuando él se acercó, la invadió una sensación de mareo. Quizás simplemente estaba abrumada por la vertiginosa variedad de aromas que la rodeaban: el brandy en su aliento a través del humo del cigarro, que aún no se había llevado a los labios nuevamente, la especia del aroma que parecía emanar de su propio cuerpo, todo mezclado con el aire con olor a lluvia. O quizás era simplemente él. Estaba abordando todo esto de manera equivocada. Se suponía que debía coquetear con él, acercarse más, y sin embargo aquí estaba, irritándolo nuevamente. —Perdóneme, Lord Berkley, si le he ofendido.

—No me ha ofendido —dijo, y ella creyó ver que las comisuras de sus ojos se arrugaban un poco mientras le sonreía. O quizás era simplemente un truco de las sombras. Porque no estaría realmente complacido con ella por esto, ¿verdad?

—M-me alegra oírlo —respondió, frunciendo el ceño cuando escuchó el titubeo en su voz. Ningún hombre la había hecho acobardarse antes, y Lord Berkley no iba a ser el primero.

—Lady Phoebe —dijo lentamente mientras se acercaba una vez más, ahora dejando caer el cigarro en las piedras del sendero del jardín y aplastándolo con el talón—. ¿Le importaría si la visitara?

—¿Visitarme? —repitió, sonando como una idiota sin cerebro.

—Sí —dijo con una leve risa—. Es decir, ir a su casa de visita. Una visita breve. Con su tía presente, por supuesto, todo dentro de las normas.

Ella se rió también. —Creo que ya habrá notado a estas alturas, Lord Berkley, que no soy particularmente propensa a seguir las normas cuando se trata de muchas cosas.

Él sonrió entonces, y Phoebe se sorprendió por cómo cambió su semblante. La rudeza de su rostro, sus rasgos prominentes, perdieron su dureza, y pareció realmente... encantador. Incluso amigable. Sin duda atractivo.

—No, Lady Phoebe —dijo, acercando su rostro peligrosamente al de ella—. Ciertamente no lo es.

Antes de que pudiera contemplar más sus palabras o acciones, dejó escapar un jadeo, sonido que se perdió cuando sus labios descendieron sobre los de ella. La besó con cierta vacilación al principio, como si se cuestionara si debería estar haciéndolo. Pero, Dios la ayudara, por mucho que supiera que debía resistirse, fue como si su cuerpo se desconectara de su mente, y no solo correspondió a su beso, sino que se presionó más cerca de él, sintiendo su calor a través del fino material de su vestido de seda.

Este hombre no valora a las mujeres, intentó recordarse, pero entonces sus brazos la rodearon, y ella se dejó llevar. *Él cree que tu papel debe ser casarte y tener hijos, eso es todo para lo que sirves.* Pero ahora estaba besando su cuello.

Y una pequeña voz inoportuna le dijo desde lo más profundo de su mente: *también tiene cuatro hermanas a las que ama y respeta. Claramente, ¿no puede ser tan malo?*

Y entonces dejó de pensar por completo cuando su boca volvió a sus labios, y su lengua jugueteó contra la comisura y ella se abrió para él. La estaba saboreando, provocándola, con una mano aún en su espalda, la otra en su cabello, sus fuertes dedos masajeando su

cuero cabelludo mientras arrasaba su boca con el abandono de un hombre hambriento por su contacto.

Phoebe no sabía cuánto tiempo habrían continuado, prácticamente haciendo el amor en los jardines de la finca de Holderness, pero de repente una gota de humedad golpeó la parte posterior de su cuello y se estremeció involuntariamente. Sin embargo, fue solo la primera advertencia, cuando un diluvio de lluvia descendió del cielo, las nubes habiendo acumulado el agua durante todo el día, abriéndose ahora y enviándola sobre ellos, aparentemente toda a la vez.

Se separaron, mirándose con asombro durante un momento frenético antes de que él tomara su mano entre la suya y, con los dedos entrelazados, la condujera corriendo de vuelta hacia la casa. Sin embargo, en lugar de regresar al salón de baile, la llevó bajo el balcón para que estuvieran pegados a la pared, aunque no la atrajo contra él una vez más, dejándola confusamente desamparada.

—No podemos entrar allí así —murmuró, con voz ronca mientras sus ojos marrones la analizaban, y ella se llevó una mano al cabello, descubriendo que ahora todo colgaba en mechones alrededor de su cabeza, empapado. De repente, un pensamiento horrible la invadió, y bajó la mirada para ver qué efecto había tenido la lluvia en su vestido. Como temía, el vestido de seda ahora estaba pegado a su piel, el material abrazándola para revelar mucho más de lo que le habría gustado mostrar.

Al parecer, el marqués también se dio cuenta, pues tragó saliva y se aclaró la garganta antes de quitarse la chaqueta y echarla sobre sus hombros.

—¡No puedo usar esto! —protestó.

—Es mucho mejor que lo haga —respondió, mirando a lo lejos, negándose a volver a mirarla. ¿Realmente estaba tan repelido por lo que veía?— Ahora, venga —dijo—. Será mejor que la lleve directamente a su carruaje.

La condujo por un lado del edificio, con un brazo alrededor de su espalda mientras navegaban lentamente por los resbaladizos escalones y el sendero pedregoso que conducía alrededor de la casa hacia la calle de Mayfair. Finalmente Phoebe encontró su propio

carruaje, y mientras subía los escalones para entrar, comenzó a quitarse la chaqueta para devolvérsela.

Él extendió una mano, deteniéndola. —Le pediré al mayordomo que busque a su tía antes de regresar a casa yo mismo —dijo—. Recogeré la chaqueta mañana cuando venga a visitarla. Lo cual, no recuerdo que usted haya aceptado. Así que dígame, Lady Phoebe —dijo, inclinándose más hacia el carruaje, lo que de repente lo hizo sentir mucho más pequeño de lo que era—. ¿Me permite visitarla mañana?

Sí, había evitado específicamente la pregunta. Ella había querido esto, un breve coqueteo, pero nunca imaginó que se volvería tan... intenso... tan pronto. Todo estaba avanzando demasiado rápido para ella, y sin embargo, decir que no ahora no solo lo alejaría sino que también forzaría un bloqueo entre ellos.

—Muy bien —dijo finalmente—. Le veré mañana.

Ante eso, él solo asintió antes de cerrar la puerta del carruaje, dejándola con sus reflexiones en el interior.

Phoebe se obligó a recordar su primer encuentro y todo lo que él le había dicho. Este no era el tipo de hombre que necesitaba en su vida. Solo estaba entreteniendo esta farsa para mantenerse al tanto de sus movimientos.

Sin embargo, ese beso... quizás Elizabeth tenía razón. Quizás se estaba adelantando demasiado.

¿Qué iba a hacer con este hombre?

* * *

Era una pregunta que seguía dando vueltas en su mente al día siguiente mientras esperaba ansiosamente en su sala de estar. Parecía tonto estar allí esperando a un hombre cuando tenía mucho que hacer en la oficina, además de las tareas de cuidar de su propio hogar, pero no había nada que hacer al respecto. Por eso había contratado a un editor, se recordó. Pero la verdad era que disfrutaba de la gestión real de la publicación, le gustaba el bullicio de la gente trabajando a su alrededor.

Pero esto era más importante. Hoy, sin la distracción de sus brazos y labios —oh, esos labios— determinaría exactamente qué tramaba.

Y mientras tanto, escribiría su columna. Iba a escribir sobre el hecho de que no se podía precisar la naturaleza misma de las mujeres porque las mujeres, de hecho, eran tan diferentes entre sí como los hombres.

Sin embargo, le estaba costando concentrarse, y culpaba a *él* por ello. La había hecho olvidar todo lo que era importante, y no le gustaba, ni un poco.

Tía Aurelia había estado llena de preguntas cuando se unió a Phoebe en el carruaje, por supuesto, pero Phoebe no se había sentido inclinada a compartir mucho sobre su tiempo con Lord Berkeley. Le dijo a Aurelia en cambio que había salido a caminar por los jardines y la había sorprendido la lluvia. El marqués se había encontrado con ella y la había acompañado amablemente de vuelta al carruaje. Eso era, después de todo, la verdad. En su mayor parte, al menos. No estaba segura de si tía Aurelia la había creído por completo, pero finalmente había dejado pasar el asunto.

A pesar de que estaba esperándolo, cuando sonó el golpe en la puerta, Phoebe se levantó abruptamente, sobresaltada, asintiendo al mayordomo cuando anunció a Lord Berkley, así como a Lady Viola. Espera... ¿Lady Viola? No tuvo tiempo de contemplar las implicaciones de que Lord Berkley trajera a su hermana cuando ambos fueron introducidos en la sala.

CAPÍTULO 10



—¿Cuáles son, exactamente, tus intenciones con Lady Phoebe? —preguntó Viola mientras se detenían frente a la modesta pero señorial casa al otro lado de Oxford Street, cerca de Cavendish Square, en el barrio de Marylebone.

—Suenas como si fueras su padre, Vi, o al menos su madre.

—No soy ninguna de esas cosas —respondió ella acaloradamente, con la cabeza bien alta—. Soy una *amiga*.

—Soy consciente de ello —respondió él con sequedad.

—No estoy del todo segura de por qué me has traído aquí hoy, para el caso —continuó ella, empujando sus gafas hacia arriba sobre su nariz—. ¿No eres *tú* quien la está cortejando?

—No la estoy cortejando —dijo él con paciencia—. Al menos, no todavía. Simplemente le hago una visita. Y tú estás aquí porque me gustaría conocer tu opinión sobre ella.

—Ya la conozco, y estaría encantada de compartir contigo lo que pienso de ella. Es bastante...

—Me gustaría conocer tu opinión sobre... su disposición hacia mí.

—¿No eres capaz de determinar eso por ti mismo? Vamos, Jeffrey, pensaba que eras más astuto.

Él respiró profundamente mientras intentaba mantener la paciencia, luego se volvió hacia Viola y le prestó toda su atención.

—Lady Phoebe me desconcierta. En un momento es contradictoria y franca, y al siguiente es agradable y halagadora. No sé qué pensar de ella.

Viola entrecerró los ojos mirándolo.

—No es propio de ti mostrar tanto interés en una mujer, especialmente en una que te irrita tanto. Me cae bien Lady Phoebe, pero ¿por qué no buscas otra joven que te convenga mejor?

Jeffrey apretó los dientes.

—¿Me vas a ayudar o no?

—Está bien —dijo, sentándose más erguida mientras miraba por la ventana el ladrillo blanco de la casa, evaluándola—. Pero solo porque me interesa completamente saber por qué esta mujer ha captado tanto tu atención.

—Te estoy eternamente agradecido —dijo con sarcasmo, y luego se suavizó un poco—. Debes saber, Vi, que eres la única en quien confiaría para esto.

Ella puso los ojos en blanco pero permitió que la ayudara a bajar del carruaje. Aparentemente, su cumplido respecto a la opinión de ella significó lo suficiente como para que se abriera un poco.

Un mayordomo de mediana edad les abrió la puerta y los condujo a la primera habitación, que Jeffrey supuso era una especie de salón, aunque no se parecía a un típico salón londinense. Estudió el interior de la casa mientras caminaban. Era pequeña, pintoresca y decorada con colores ricos. Pinturas de tierras lejanas decoraban las paredes carmesí, mientras que las alfombras ciertamente no eran Aubusson; parecían bastante exóticas, y se preguntó de dónde habrían venido.

Al entrar en el salón, se sorprendió por la gran cantidad de curiosidades que abarrotaban la habitación: conchas tropicales, linternas mágicas y pinturas que parecían haber sido completadas con instrumentos primitivos, pero que de alguna manera resultaban extrañamente cautivadoras. Lupas y una amplia variedad de instrumentos para medir el tiempo colgaban de las paredes entre las cortinas más comunes y los muebles de fabricación inglesa. Y en medio de todo, lo más exótico de la habitación se levantó y caminó hacia ellos: Lady Phoebe.

Una vez que la encontraron, los ojos de Jeffrey quedaron fijos en ella, incapaces de apartarse, y ella se sonrojó bajo su escrutinio tanto de ella como de la habitación.

—Mi padre era algo excéntrico —dijo a modo de explicación—. Esta era su sala de estar, aunque si lo prefieren, podemos reunirnos en la de mi madre. A mi padre siempre le interesó más lo que había más allá de Inglaterra, en el resto del mundo. Le encantaba viajar, y cuando su salud le falló, otros satisfacían su amor por lo extraño con regalos. Todavía no he tenido el valor de guardar nada.

—Ni deberías hacerlo —llegó una voz desde la puerta, y Jeffrey se volvió y dio unos rápidos pasos adelante para ofrecer su brazo a la mujer que, aunque algo mayor, tenía un brillo en los ojos que denotaba el mismo espíritu que su sobrina—. Tu padre debe ser celebrado, Phoebe, no escondido.

—Por supuesto —dijo Phoebe con una sonrisa—. Tía Aurelia, permíteme presentarte a Lord Berkley. Y Lady Viola —cruzó y tomó las manos de Viola entre las suyas en un gesto de bienvenida—. Estoy tan feliz de verte de nuevo.

Los ojos de Viola se agrandaron mientras miraba hacia Jeffrey y luego de nuevo a Phoebe.

—¿Sabías que iba a acompañar a Jeffrey?

—En absoluto. Aunque en la breve ocasión en que he tenido la oportunidad de conversar con Lord Berkley, te ha mencionado específicamente, lo que me lleva a creer que eres la hermana que elegiría para traer consigo de visita.

Viola se animó ante eso, e incluso le regaló a Jeffrey una pequeña sonrisa mientras Lady Phoebe la conducía a sentarse junto a ella en los cojines color coral del sofá de palo de rosa intrincadamente tallado. Él y Lady Aurelia tomaron asiento en uno de los sillones a juego frente a ellas.

Y ahora que los cuatro estaban sentados allí mirándose en un silencio algo incómodo, Jeffrey deseó haber dejado a Viola en casa, para que quizás la tía y chaperona de Phoebe no hubiera sentido la necesidad de recibirlos. Porque anhelaba otra oportunidad de tener a Lady Phoebe a solas, de sentir sus labios bajo los suyos una vez más. No estaba seguro de qué le había ocurrido ayer. Nunca antes había actuado de esa manera con una joven. Parecía que Lady Phoebe le hacía perder la cabeza, o al menos sus reservas.

La miró, sentada frente a él con su fino vestido de muselina verde bosque que abrazaba su pecho y luego caía suavemente para recogerse holgadamente a su alrededor. Captó sus vívidos ojos esmeralda cuando ella lo miró, notando que la escrutaba. Él bajó la mirada, pero no antes de que cruzara por su mente lo mucho que le gustaría soltar la pila de mechones color medianoche sobre su cabeza, para deslizar sus dedos por sus sedosas hebras.

Sacudió la cabeza para aclararla. Esto no podía ser. No podía estar prácticamente desnudando a Lady Phoebe con la mirada en medio de un salón con su tía y su propia hermana presentes.

—Tu padre era una especie de erudito, ¿no es así? —preguntó Viola, iniciando la conversación, y Jeffrey agradeció a los cielos que al menos su hermana fuera perspicaz.

Lady Phoebe sonrió y se encogió ligeramente de hombros.—No creo que se le pudiera llamar erudito —dijo, con una mirada nostálgica cruzando su rostro al recordar a sus padres—. Pero ciertamente era un hombre curioso.

—¿Y tu madre, cómo era?

—Viola —interrumpió Jeffrey—. Quizás Lady Phoebe...

—Está bien —dijo ella con un rápido gesto de su mano—. Es encantador hablar de ellos. Mi madre era una mujer inteligente por derecho propio, aunque no en la misma línea que mi padre. Sin embargo, lo ayudaba. Le encantaba escribir, y mientras él se concentraba en sus estudios, ella tomaba notas para él. En algún lugar de esta casa tenemos diarios llenos de sus pensamientos, escritos con su puño y letra.

—¡Qué fascinante! —dijo Viola, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Me encantaría verlos alguna vez.

Ante eso, la sonrisa de Phoebe se desvaneció tan ligeramente que Jeffrey no estaba seguro de que alguien más lo hubiera notado. Pero claramente, esas obras eran privadas.

La mirada de Viola continuó vagando por la habitación, antes de finalmente posarse en la mesa frente a ellos. Phoebe aparentemente también lo estaba notando, porque de repente saltó a la acción.

—¡Lo siento mucho! ¿Alguien quiere té? Olvidé por completo servirlo.

Ante sus asentimientos, comenzó a llenar las tazas y se detuvo momentáneamente cuando Viola hizo otra observación.

—¡Oh! Tienes una copia de *El Semanario de las Mujeres* —dijo, sacando un papel de la parte inferior de una pila de revistas y periódicos. De alguna manera debió haber visto la esquina asomando.

Jeffrey intentó desviar la dirección de la conversación.—Viola, realmente no creo que...

—¿Verdad que es *maravilloso*? —preguntó Lady Aurelia, con el rostro más animado de lo que había estado desde su llegada. Jeffrey nunca había leído realmente una copia de la publicación además de los dos artículos iniciales, ni tenía intención de hacerlo. No, su intención era acabar con esa maldita cosa, no discutirla tomando el té con Lady Phoebe, su tía y su hermana.

—Es inteligente —continuó Lady Aurelia—, ingenioso, y está escrito para damas de toda condición. Creo que debería estar en el hogar de cada mujer, aunque eso sería del todo imposible en este momento. Pero sí, creo que estas mujeres deberían ser elogiadas por tener el coraje de escribir lo que creen, por alentar a las mujeres a hablar por sí mismas y a tener voz.

Hizo una pausa para tomar aire, y Phoebe intervino:—Tía Aurelia, es una publicación maravillosa, sin duda, pero eres demasiado halagadora.

—Debo decir —dijo Viola con una mirada cautelosa a Jeffrey— que yo *estoy* disfrutándola. Y es cierto, apela a todas las mujeres. Vaya, disfruto la columna de moda tanto como amo la columna que discute el papel de la mujer en el matrimonio. Y la columnista de consejos es tan divertida e ingeniosa. Espero que continúe.

—¿Hay alguna razón por la que no debería continuar? —preguntó Phoebe mientras tomaba un sorbo de té.

Curiosamente, ella no había expresado su opinión. Este era justo el tipo de publicación que una mujer con sus ideales celebraría. Quizás después de su conversación anterior, no quería plantear el asunto.

—La razón por la que *no debería* continuar es que contiene artículos que alterarán el orden de nuestra sociedad —dijo Jeffrey,

llevando sus dedos índices unidos a su barbilla.

—¿Cómo es eso? —preguntó Phoebe, ladeando la cabeza, y las tres mujeres se volvieron para mirarlo, incomodándolo mientras esperaban su respuesta.

—Bueno, si una mujer ha de esperar a casarse por amor, o perseguir sus propios intereses, entonces ¿qué pasará con las familias? ¿Quién cuidará de los hogares y de todos los que residen en ellos?

Los labios de Phoebe se crisparon.

—Nunca has leído realmente un ejemplar, ¿verdad? —preguntó, con el rostro inexpresivo.

—Leyó la primera página del primer número —dijo Viola, poniendo los ojos en blanco—. Pero no intentes convencerlo de que su opinión es incorrecta. Es bastante terco cuando se trata de temas como este.

Phoebe los contempló a ambos, mirando del hermano a la hermana y viceversa.

—Lady Viola —comenzó—. Me pareces una mujer inteligente, práctica, con buen juicio. Ahora, Lord Berkley. ¿Forzarías a una mujer como tu hermana a casarse contra su voluntad, con alguien que no le interesa?

—Claro que no —dijo él con brusquedad—. Eso es diferente.

—¿En qué sentido? —preguntó Phoebe—. Es exactamente lo mismo. Cómo desearías que trataran a tus hermanas es cómo todas las mujeres quieren ser tratadas. La única diferencia entre este periódico y otros que puedas ver o comprar es que este está escrito pensando en una lectora. Sigue informando sobre las noticias, sobre eventos deportivos a los que las mujeres tienen la oportunidad de asistir. Deberías leer un ejemplar alguna vez.

—Sí —intervino Viola, mirándolo con un brillo en los ojos—. Deberías.

Jeffrey suspiró. Estaba derrotado, con las tres mujeres pendientes de él. Asintió y se resignó al hecho de que siempre lo considerarían equivocado, sin importar lo que dijera. Viendo que esperaban una respuesta, finalmente les dijo lo que querían oír.

—Muy bien —dijo—. Lo haré.

Hablaron un rato más sobre otros asuntos: el interés de Viola por los libros, eventos sociales de la temporada, ese tipo de cosas. Lady Phoebe y su tía estaban bien informadas, a pesar de no estar excesivamente involucradas en asuntos del *ton*.

Finalmente se levantó para despedirse, y Viola también se puso de pie. Pero primero, ella tenía una invitación más que hacer.

—Lady Phoebe, Lady Aurelia, ha sido tan encantador conocerlas a ambas hoy. ¿Por qué no vienen a cenar mañana por la noche?

Jeffrey se atragantó ligeramente, pero por supuesto, decir algo contrario ahora sería el colmo de la grosería. Pero ¿Lady Phoebe en su casa, con su familia? Era demasiado, al menos por el momento. Todavía estaba intentando determinar si serían compatibles, más allá de la atracción física que claramente los unía.

—Oh —dijo Lady Phoebe, mirando de Viola hacia Jeffrey. Aparentemente interpretando correctamente su mirada de consternación, comenzó a negar con la cabeza—. Gracias por la invitación, pero realmente no quisiéramos imponernos.

—Por favor, vengan —se oyó decir Jeffrey, y Phoebe lo miró con sorpresa. Finalmente, después de compartir una mirada con Lady Aurelia, Phoebe asintió lentamente con la cabeza.

—Entonces, nos sentiríamos honradas. Muchas gracias por la invitación.

Parecía que no podía mantenerse alejado de la dama, y no estaba del todo seguro de qué hacer al respecto.

CAPÍTULO 11



—¿Estás segura de que esta es la dirección? —preguntó Aurelia mientras miraba por la ventana del carruaje el enorme edificio de ladrillo que se extendía frente a ellas. Se encontraba en el centro de Grosvenor Square, el edificio principal que hablaba de prestigio y riqueza. Incluso tenía alas, aunque ligeras, que flanqueaban la fuente en el frente de la casa.

—Esta es —respondió Phoebe—. Berkley House. Es bastante extravagante, ¿no crees?

—Supongo que lo comprobaremos cuando entremos —respondió Aurelia con toda su practicidad mientras tomaba la mano del lacayo para descender los escalones del carruaje.

Sus suposiciones resultaron ser correctas cuando entraron al vestíbulo, que claramente pretendía impresionar con su grandeza: una estatua de mármol blanco al pie de las escaleras, techos altos y expansivos sobre los que se habían pintado murales de querubines y nubes, cornisas doradas y exuberantes paisajes que Phoebe estaba segura eran las fincas y terrenos rurales de los Berkley rodeándolas.

Aurelia la miró con una ligera inclinación de cabeza y un guiño, diciéndole que sí, esto era exactamente lo esperado, la grandiosa residencia del marqués.

Phoebe se mordió el labio, mientras de repente deseó no haber venido nunca. Había querido acercarse al marqués, sí, pero ¿ser invitada a su casa para cenar? Por supuesto, habría sido la máxima descortesía rechazar, pero ahora sus familias estaban involucradas

en esta farsa. Y no estaba más cerca de lo que había estado al principio de determinar qué planeaba el marqués respecto a su publicación.

Pero ya estaban aquí, así que supuso que tendría que sacar el mejor partido de la situación. Estaban a punto de seguir al mayordomo escaleras arriba cuando un enorme cuerpo peludo bajó volando por ellas.

—¡Maxwell! —llegó un grito desde arriba—. ¡Vuelve!

Pero era demasiado tarde, pues Maxwell encontró una audiencia receptiva en Phoebe y Aurelia, quienes se detuvieron para saludarlo, y él correspondió a sus afectos presionando su cuerpo inquieto contra sus piernas mientras lamía sus manos y rostros.

—¡Es adorable! —exclamó Phoebe, a lo que Aurelia asintió en acuerdo.

—¡Maxwell, ven! —se repitió la orden desde arriba, y Phoebe creyó ver que el mayordomo ponía los ojos en blanco. Contuvo una sonrisa mientras Maxwell subía las escaleras a saltos, y ellas lo siguieron, entrando por la primera puerta, que resultó dar a una sala de estar. Apenas Phoebe había cruzado el umbral cuando se vio rodeada por un coro de voces, todas pertenecientes a jóvenes de diversas alturas y tonalidades del mismo cabello rubio que había llegado a apreciar en el marqués.

—¡Ya estáis aquí!

—¡Nos alegra tanto que hayáis venido!

—¡Eres tan bonita como dijo Viola!

—¡Penny, ya basta! —llegó una voz desde detrás de las tres mujeres frente a ella, y Phoebe sonrió, sabiendo que era Viola quien las reprendía. Aparentemente, era completamente diferente a sus hermanas.

Viola se abrió paso entre sus hermanas ahora, tomando la mano de Phoebe.

—Mis disculpas por mis hermanas —dijo, mirando a cada chica con cierto reproche—. Pueden ser... ligeramente abrumadoras a veces.

Phoebe no pudo evitar reírse. No solo Viola tenía razón, por supuesto, sino que Phoebe también estaba disfrutando del hecho de

que estas fueran las hermanas de Lord Berkley. De alguna manera se había imaginado a unas damas jóvenes recatadas y propias esperándola, sentadas en fila en el sofá, con la misma reserva que él poseía. Pero no. Miró alrededor de la habitación, finalmente encontrándolo apoyado contra la repisa de la chimenea, y él levantó un hombro con impotencia. Ella negó con la cabeza. ¿Cómo podía un hombre que, como mínimo, permitía que sus hermanas fueran mujeres de carácter, tener opiniones tan molestamente anticuadas?

Bajó la mirada cuando captó movimiento a sus pies y vio que Maxwell, amigable pero desaliñado, estaba sentado junto a él, con una de las manos de Lord Berkley sobre su cabeza. Phoebe se sintió atraída hacia el perro —no hacia el hombre, se aseguró a sí misma— y estaba a punto de acercarse cuando una elegante mujer mayor, con mechas grises recorriendo el mismo cabello claro que su hijo, entró por la puerta, ahuyentando a sus hijas mientras tomaba la mano de Phoebe.

—Buenas noches, querida, y bienvenida. Soy Lady Berkley, la madre de Jeffrey... es decir, de Lord Berkley, y el grupo que te recibió cuando llegaste está formado por mis hijos. Mis disculpas si son ligeramente abrumadores. ¡Y Lady Aurelia! Qué encantador volver a verla.

Phoebe levantó las cejas mientras miraba a su tía, quien nunca había mencionado que conocía a la familia Berkley. Su tía le guiñó un ojo antes de volverse para saludar a Lady Berkley.

—Soy Rebecca —dijo la chica que parecía ser la mayor después de Viola, mientras las tres jóvenes de cabello claro se acercaban nuevamente a Phoebe, estudiándola como si fuera una de las curiosidades en las paredes de su hogar.

—Y yo soy Penny.

—Annie —dijo la más joven.

—Es un placer conocerlas a todas —dijo Phoebe, asintiendo a cada una por turno—. Y muchas gracias por recibirme.

Incluyó a Lord Berkley en esa declaración, y él finalmente se apartó de la repisa, acercándose hacia ella con paso despreocupado y una media sonrisa en su rostro.

—¿Le estáis permitiendo respirar, niñas?

—No somos *niñas*, Jeffrey —dijo Penny con un dramático giro de ojos.

—Sí, Jeffrey, somos mujeres jóvenes —dijo Rebecca con un resoplido—. Tengo 20 años, por el amor de Dios, y ya he tenido mi primera temporada. No puedes seguir llamándonos niñas.

—Actuad como mujeres y os llamaré mujeres —dijo con indiferencia, pero sus ojos estaban fijos en Phoebe—. Lady Phoebe —dijo con un asentimiento, como si se la hubiera encontrado en un salón de baile y no la hubiera invitado a su casa.

Aunque supuso que en realidad no la había invitado. Su hermana lo había hecho, y él simplemente había hecho lo correcto y aceptado su petición.

—Lord Berkley —dijo ella con igual rigidez—. Su perro es encantador.

—Es la primera vez que escucho referirse así a Maxwell, pero gracias.

Fue su única conversación antes de pasar a la cena, ya que sus hermanas no permitieron que nadie más dijera una palabra mientras interrogaban a Phoebe sobre todo, desde cuánto tiempo llevaba "presentada" en sociedad, hasta cuándo había conocido a su hermano. No podía exactamente decir la verdad sobre eso. De alguna manera no creía que al marqués le complaciera que compartiera el hecho de que ambos habían discutido hasta el punto de que ella lo abofeteó en medio de uno de los salones del Conde de Torrington.

Las mujeres estaban igualmente curiosas sobre con quién en la sociedad Phoebe era particularmente cercana, y cuáles eran sus planes para eventos esta temporada. Intentó aplacarlas lo mejor que pudo, pero no estaban exactamente entusiasmadas con el hecho de que solo asistía a eventos ocasionales, y únicamente cuando sabía que sus amigos estarían presentes. Cuando lo pensaba, no estaba del todo segura de por qué salían en sociedad, aunque ahora era útil para revisar las columnas de moda y chismes de su periódico. No es que lo llamaría una columna de chismes. No, era más bien un quién es quién para atraer a nuevos lectores, quienes luego esperaba que continuaran leyendo el resto del periódico.

Sin embargo, ciertamente no podía explicar todo eso a las ansiosas jóvenes, y menos aún a su hermano.

Estaban entrando a cenar —Maxwell fue enviado a las cocinas para su propia cena— cuando escucharon una voz en el vestíbulo, y pronto un rostro sonriente los recibió al pie de las escaleras.

—¡Ah, llego justo a tiempo!

—¡Ambrose! —gritaron las chicas a coro.

—Llegas tarde —le reprendió Lady Berkley, aunque aún colocó una mano suave en su mejilla mientras pasaba a su lado.

—Mi hermano, Lord Ambrose —dijo Lord Berkley a Phoebe con un gesto de su mano, sin siquiera mirar al hombre mientras pasaba. Phoebe miró de él a Ambrose con cierta consternación por la animosidad entre ellos, pero antes de que pudiera preguntar algo, Lord Ambrose tomó su mano e hizo una profunda reverencia sobre ella.

—Ah, Lady Phoebe Winters —dijo con una sonrisa encantadora. Se parecía a Lord Berkley, excepto que su sonrisa parecía mucho más fácil, sus rasgos ligeramente más suaves—. Has estado en labios de mi familia desde que mi hermano fue encontrado contigo en las páginas de chismes y en la pista de baile de Holderness. Me complace finalmente tener la oportunidad de conocerte.

Lord Berkley aparentemente reconsideró su actitud hacia su hermano cuando regresó al vestíbulo, tomando la mano de Phoebe de la de su hermano y colocándola en su propio brazo.

—Si tenías tanta prisa, Ambrose, quizás deberías haber llegado a tiempo —fue todo lo que dijo, y mientras se la llevaba, Phoebe miró por encima de su hombro con una sonrisa—. ¡Un placer! —exclamó, más que nada para irritar a Lord Berkley.

Phoebe no podía recordar haber sido parte de una cena más animada, particularmente una con una familia tan prestigiosa. Miró a la tía Aurelia, que se reía de Ambrose a su lado. Aparentemente, el hombre no reservaba su encanto solo para las jóvenes damas.

—Dígame, Lady Berkley —le dijo a la mujer sentada junto a ella, quien, en su mayor parte, observaba las bromas de su familia con una sonrisa en el rostro—, ¿conoció a mis padres? ¿El vizconde y la vizcondesa de Keith?

—Por supuesto —dijo ella, con una sonrisa cálida pero confundida—. ¿No te lo dijo tu tía? Mi difunto esposo fue un gran amigo de tu padre en su juventud.

—¿De verdad? —preguntó, recostándose en su silla, ligeramente aturdida. ¿Por qué su tía no le había dicho nada durante sus viajes? ¿Y sabía el marqués de su relación?

—Sus casas familiares estaban a menos de un kilómetro de distancia cuando eran niños —continuó Lady Berkley—. Siempre disfrutamos de la compañía de tus padres cuando los veíamos en la ciudad.

—Interesante —murmuró Phoebe—. No tenía idea.

—Oh, sí —dijo Lady Berkley con nostalgia—. Puedo recordar muchos momentos juntos. Teníamos cenas, a veces solo los cuatro, a veces con otros invitados también. O asistíamos a fiestas que duraban hasta bien entrada la noche, tan tarde que las horas se convertían en madrugadas. Tu padre siempre contaba las historias más maravillosas, y tu madre tenía un alma tan gentil. Tu padre se enamoró de ella en el momento en que la vio, y ese amor nunca disminuyó.

Continuó recordando fiestas y bailes desde sus primeros días en Londres, mientras Phoebe escuchaba con atención y ojos muy abiertos.

—Gracias por compartir historias tan maravillosas —dijo, inclinándose hacia Lady Berkley—. No pretendo entrometerme, pero ¿por qué... por qué nunca la conocí?

—Oh, bueno, supongo que nos distanciamos en algún momento —dijo, con cierto pesar en su tono—. John, mi esposo, y tu padre tuvieron una pequeña desavenencia, por así decirlo, y desafortunadamente nunca se reconciliaron. Han pasado años... —su rostro se volvió nostálgico—. En fin, estoy tan contenta de tenerte aquí, para hacer las paces contigo si no con tus padres.

Phoebe simplemente sonrió, con la mente llena de pensamientos, curiosa por todo lo que Lady Berkley le había contado.

Apenas había prestado atención al resto de la mesa, y miró alrededor ahora, deteniéndose repentinamente cuando sintió los ojos del marqués sobre ella. Estaban ligeramente entrecerrados, y

sin embargo nada podía ocultar la intensidad del marrón profundo que la miraba fijamente.

Logró una leve sonrisa y una inclinación de cabeza. Se recordó a sí misma por qué estaba allí y determinó que antes de que terminara esta noche, debía descubrir qué tramaba el marqués.

Cuando se levantaron para dejar la mesa de la cena y regresar a la sala de estar —todos ellos, ya que los hombres solo consistían en el marqués y su hermano— Lord Berkley apareció a su lado, reteniéndola mientras el resto del grupo salía de la habitación.

—¿Un momento de su tiempo, Lady Phoebe? —preguntó, a lo que ella asintió. Perfecto. Tiempo para hacer sus preguntas.

La condujo por el corredor, pero se detuvo en una puerta antes de las escaleras, abriéndola para revelar lo que debía ser su estudio. Un ornamentado escritorio de caoba se encontraba en la esquina, mientras que tres de las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas. Un enorme globo dominaba una esquina, mientras que un retrato de un hombre que debía ser su padre colgaba de forma prominente entre los estantes detrás del escritorio. El fuego crepitaba alegremente en la chimenea, y el marqués la condujo hacia un par de sillones de cuero marrón de caoba situados frente a ella.

—Me doy cuenta de que no es del todo apropiado que usted y yo estemos a solas, pero no creo, Lady Phoebe, que esté particularmente preocupada por los convencionalismos.

—No realmente —rio ella—. Ahora, ¿qué puedo hacer por usted?

CAPÍTULO 12



Vaya, ciertamente fue directa al grano. Él había esperado conducirla lentamente, hacer sus preguntas con más tacto. Pero eso, al parecer, no era posible con Lady Phoebe.

No quería que ella pensara que la única razón por la que la había invitado a cenar era para interrogarla, pero después de que Viola se lo sugiriera, se había dado cuenta de la oportunidad que podía representar. Sin embargo, estaba disfrutando de su compañía más de lo que se atrevía a admitir.

Después de que él y su hermana la visitaran ayer, Viola había pasado todo el trayecto de regreso en el carruaje entreteniéndolo con las muchas cualidades maravillosas de Lady Phoebe, y lo perfectamente que encajaría en su familia —¡Ya lo verás!— le había dicho, cuando le explicó que esa era la razón por la que la había invitado a cenar. Parecía pensar que esa mujer era exactamente lo que —o quién— Jeffrey necesitaba. Jeffrey no estaba tan seguro.

Ahora golpeaba con el dedo en el brazo del sillón.

—No deseo causar discordia entre nosotros nuevamente, Lady Phoebe —comenzó—. Sin embargo, como puede saber, esta publicación de la que hemos hablado anteriormente sigue llamando mi atención. Como usted comparte... creencias similares a las del editor, esperaba que, tal vez, pudiera brindarme algo de ayuda.

Ella no dijo nada, apenas mostró reacción alguna. Asintió ligeramente para que él continuara. Él se aclaró la garganta.

—Se me ha encomendado, por así decirlo, determinar la identidad del editor, aunque está resultando bastante difícil. Cualquiera que tenga alguna aparente relación con *The Women's Weekly* mantiene la boca cerrada sobre el tema. Pensé que quizás otras personas dentro de su círculo podrían tener información respecto a quién podría estar buscando.

Lady Phoebe permaneció en silencio, estoica, mirándolo con las manos cruzadas en su regazo. El único signo de respuesta a su petición fue el ligero mordisqueo de su labio inferior. Ella bajó la mirada hacia sus dedos por un momento, y él se distrajo con sus largas y oscuras pestañas.

Ella volvió a mirarlo, encontrándose con sus ojos.

—No puedo decir si podría ayudarle o no a menos que sepa cómo se utilizaría la información —dijo ella—. Si usted descubre la identidad de este editor, ¿exactamente qué planea hacer?

—Hablar con él o ella —explicó, aunque eso no era completamente cierto. Su objetivo final era animar —o amenazar o sobornar si fuera necesario— al editor para que cesara las operaciones por completo, aunque un cese de los artículos contrarios sería aceptable—. Quizás sea posible encontrar una solución que permita al editor continuar sin poner en riesgo a toda nuestra sociedad.

—¿En riesgo de qué? —desafió ella, inclinándose ahora en su silla, con los ojos centelleantes—. ¿En riesgo de cambio? ¿Y qué tendría de malo eso?

—Podría significar agitación —contrarrestó él—. Ha habido suficiente conflicto en nuestro mundo en los últimos años, ¿por qué necesitamos añadir más? Me han dicho que esta publicación sugiere que las mujeres deberían recibir más educación. ¿Se imagina si las mujeres pasaran la misma cantidad de tiempo que los hombres en la escuela? ¿Qué pasaría con nuestros hogares? ¿Quién aprendería a criar una familia?

Su semblante estoico cambió mientras él hablaba. Lo que había sido un rostro de serenidad se volvió más tumultuoso con cada palabra, hasta que ahora sus dedos agarraban los brazos de la silla,

clavándose en los adornos florales de bronce en la curva de los brazos.

—Gracias, Lord Berkley —dijo ella, con un tono claramente nada agradecido—, por recordarme todas las razones por las que no debería querer tener nada que ver con usted.

—No pretendía molestarla. Simplemente estoy exponiendo hechos —dijo él, manteniendo el control sobre su temperamento—. Y creo que fue *usted* quien me buscó, inicialmente.

—Dígame —dijo ella, sin moverse, aunque sin ceder—. ¿Cree usted que los hombres son más inteligentes que las mujeres?

Él reflexionó sobre eso por un momento. Ciertamente estaban más educados. ¿Eso los hacía más inteligentes? Comparó a Viola con Ambrose y supo con certeza que ella era mucho más inteligente. Pero, ¿eran todas las mujeres como su hermana? Lanzó una mirada a Lady Phoebe. Esta sin duda lo era. Pero cuando la comparaba con muchas otras mujeres de la *alta sociedad*, o, al menos, con cómo se presentaban...

—No estoy completamente seguro —dijo finalmente—. Algunos lo son, otros no.

Ella asintió, aparentemente satisfecha con su evaluación. —Y cuando una mujer se casa —continuó—, ¿cree usted que su marido debería recibir toda su propiedad, todos sus fondos, todo lo que posee?

Él se encogió de hombros, frunciendo el ceño. —Así es como funciona. Entonces él puede ocuparse de todos los asuntos financieros. A menudo el marido necesita esos fondos para su propia hacienda.

—Porque él mismo la ha administrado mal.

Él suspiró y se puso de pie, con las manos en la espalda mientras deambulaba hacia la única ventana de la habitación, apartando las cortinas para mirar la oscura noche más allá.

—Ninguno de los dos va a ganar nunca esta batalla de voluntades.

—En eso, estoy de acuerdo —dijo ella, con su voz justo detrás de su oído, y él saltó ligeramente, sin haberse dado cuenta de que se había movido de la silla.

—Sin embargo, debo decirle una cosa —dijo ella, inclinándose lo suficientemente cerca para que él oliera el ligero indicio de perfume que debía estar usando. Era dulce, similar a la flor de azahar, con un toque de especia. ¿Canela, quizás? Una mezcla de lo inesperado, como quien lo llevaba—. Aunque pudiera, nunca, jamás le ayudaría en su búsqueda.

Él se volvió hacia ella y entrecerró los ojos. Esta conversación había seguido el curso que él había supuesto que probablemente tomaría, pero, no obstante, tenía que intentarlo.

—No lo entiendo —murmuró, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—¿El qué?

Había pensado que las palabras habían permanecido dentro de su cabeza, pero, aparentemente, había hablado en voz alta.

—Todo en usted está completamente mal para mí —continuó, sus manos llegando a los codos de ella tan suavemente que ni siquiera estaba seguro de que ella lo notara. Trazó las líneas de su rostro con los ojos: la nariz delicada, los pómulos definidos, el labio inferior carnoso—. Cuando llegue el momento de encontrar una esposa, necesito una mujer que sea recatada, gentil, complaciente y, por supuesto, atractiva. Usted no es ninguna de esas cosas.

Ella levantó una mano, y por un momento él temió que lo abofeteara de nuevo, pero en su lugar la puso en su pecho y comenzó a alejarse. —Sabe exactamente cómo encantar a una mujer —dijo con sarcasmo, aunque él pudo escuchar el dolor en su tono—. Estoy de acuerdo con todo lo que dice, pero eso no es exactamente algo que se le diga a una dama, a pesar de lo que pueda sentir por ella.

—No es atractiva —dijo él, ignorándola y sin soltarla—. Es hechizantemente impresionante. Es tan contradictoria y sin embargo...

Con eso, aplastó sus labios contra los de ella, tomando lo que había estado deseando desde que la besó por primera vez en los jardines de Holderness. Era tan deliciosa como recordaba, y todavía podía saborear la crema en sus labios del postre que la familia e invitados acababan de compartir.

La atrajo hacia él, sintió la voluptuosidad de su pecho presionando contra el suyo, y gimió en su boca, que ella ya había abierto para él. Las apasionadas púas que se habían lanzado el uno al otro se convirtieron en ardor de otro tipo mientras lo derramaban todo el uno en el otro. Toda la ira, la frustración, el anhelo que no podían ignorar fluía entre ellos, y sus brazos la rodearon en un esfuerzo por acercarla aún más.

Esta era una mujer. No esas chicas tontas y frívolas que decían lo que él quería oír, que agitaban sus abanicos en el aire de manera tan bonita. No, Lady Phoebe Winters no era ninguna de esas cosas, ni era el tipo de mujer que debería considerar seriamente como esposa. Pero ninguna de las otras mujeres que se ajustaban a la lista de atributos de una futura marquesa lo llamaba como Phoebe. Su cuerpo lo estaba traicionando, se dijo a sí mismo. Eso era todo. Pero mientras los brazos de ella se enroscaban alrededor de su cuello y su ardiente pasión lo abrumaba, tuvo que admitirse a sí mismo que no era solo su cuerpo. Era su alma.

Estaban en medio de su estudio, y él lentamente comenzó a moverla hacia atrás hacia el sofá frente a las sillas. No estaba exactamente construido para la comodidad —y en absoluto para encuentros románticos— pero serviría. Para qué, sin embargo, no tenía idea.

La recostó sobre él, y ella agarró las solapas de su chaqueta mientras lo atraía hacia ella. Sus manos se perdieron mientras recorrían su cuerpo, y mientras deshacía su ya no inmaculada corbata. Su mano, que hasta ahora simplemente había estado enmarcando su cabeza, se hundió en esos sedosos mechones que tanto lo llamaban. Su cabello era fino, pero había masas de él, ahora cayendo sobre sus hombros, sus clavículas y el pecho que se tensaba contra el encaje de su corpiño.

Era justo liberarlo.

Aflojó su vestido por el hombro, uno de sus senos cayendo del material de satén a su mano. Esto era mejor de lo que jamás podría haber imaginado. Pasó su pulgar sobre su pezón y ella se arqueó hacia él, su respiración llegando en cortos jadeos ahora en su oído mientras él besaba su camino por su cuello, sobre su piel delicada y

suave, buscando su otro seno, que ahora liberaba de sus confines. Cuando su boca lo cubrió, ella gimió profundamente en su oído.

Cuando la escuchó murmurar: —Lord Berkley —, él sacudió la cabeza.

Subió por un momento para susurrar: —Jeffrey.

Ella repitió su nombre, y cuando lo escuchó deslizarse de sus labios, una sensación de satisfacción lo invadió. Extendió una mano entre ellos, buscando el dobladillo de sus faldas, pero se detuvo cuando un golpe llegó a la puerta.

—¿Mi señor? —llegó la voz amortiguada de su mayordomo.

—¡Un momento! —llamó, haciendo que su voz se estabilizara mientras saltaba de encima de Lady Phoebe y comenzaba a arreglar su ropa.

—Su madre pregunta por su paradero, mi señor —continuó Harper a través de la puerta—. La fiesta está en la primera sala de estar cuando esté disponible para reunirse con ellos.

—Gracias, Harper —dijo—. Estoy atendiendo algunos asuntos urgentes, pero regresaré en breve.

—Muy bien, mi señor —respondió Harper, y Jeffrey suspiró cuando escuchó sus pasos alejándose por el corredor.

Se limpió la frente con la manga mientras se volvía hacia Lady Phoebe.

—Phoebe, yo...

Se interrumpió al descubrir que en los pocos momentos en que su atención había vacilado, ella había vuelto a colocar su corpiño en su posición adecuada y ahora estaba arreglando ese hermoso cabello lo mejor que podía, metiendo horquillas con enojo para asegurarlo.

—Lady Phoebe —dijo cautelosamente, aclarándose la garganta—. Mis disculpas si me dejé... llevar por el momento.

—No tiene nada de qué disculparse —replicó ella, poniéndose de pie, aunque ciertamente parecía perturbada—. Estaba tan "llevada por el momento", como dice, como usted.

—Muy bien —dijo él, encontrando su corbata en el suelo, e intentó torpemente arreglarla en su lugar adecuado. Ella era mucho más hábil vistiéndose que él, quien se había vuelto demasiado

dependiente de su ayuda de cámara. Pero no podía exactamente llamar al hombre a su estudio para que lo vistiera de nuevo después de esto.

—Aquí —dijo ella, poniendo los ojos en blanco ante sus torpes intentos—. Permítame.

Rápidamente plisó la corbata, doblando las arrugas con tanta pericia como su propio ayuda de cámara. Él la miró asombrado.

—¿Cómo supo hacer eso?

—Mi padre a menudo se enfrascaba en sus aficiones y descuidaba su cuidado personal —explicó ella—. Mi madre y yo nos acostumbramos a asegurarnos de que fuera lo suficientemente respetable para la buena sociedad, por así decirlo.

Ella se alejó de él, pasando sus manos sobre su vestido una vez más para asegurarse de que todo estuviera en orden. Cuando giró de nuevo, él tuvo que admitir que se había recuperado notablemente bien, aunque nada podía ocultar sus carnosos labios, completamente besados, ni la mancha rosada que cubría sus mejillas. Aparentemente, la imperturbable Lady Phoebe podía ser alterada, después de todo.

—Bien —preguntó ella—, ¿vamos?

Él simplemente asintió y la escoltó fuera de la puerta. Mejor que no pensara que habían terminado aquí. Ni mucho menos.

CAPÍTULO 13



Phoebe intentó concentrarse en las tareas que tenía por delante a la mañana siguiente mientras su doncella le recogía el cabello para sujetarlo en lo alto de su cabeza. Había elegido un vestido de muselina color lavanda, que llevaría con su capa azul marino encima. Muy práctico para la editora de un periódico. Lo cual, se recordó a sí misma, era actualmente su enfoque. Su único enfoque.

Se miró fijamente en el espejo, estudiando su rostro. Sus labios, demasiado grandes. Sus ojos, amplios y verdes, no del hermoso azul, como los de Julia, que cautivaban a los caballeros. Ciertamente no había nada que le devolviera la mirada que pudiera atraer a la mayoría de los hombres. Lo que conducía a una única conclusión. Ella y el marqués se habían encontrado en un abrazo muy... *impropio* la noche anterior no porque él deseara algo de ella en particular, sino simplemente porque habían tenido un choque de voluntades que se volvió extremadamente acalorado, lo que condujo a su encuentro.

Hundió la cabeza entre sus manos. Gracias a Dios que el mayordomo había llamado a la puerta cuando lo hizo, o no estaba segura de lo que habría sucedido en ese maldito e incómodo sofá en medio del estudio. Lord Berkley debía pensar que era una especie de ramera por la forma en que había actuado —aunque él era igualmente responsable de sus acciones, así que ¿en qué lo convertía eso a él?

—¿Mi señora? —preguntó su doncella, inclinándose hacia ella—. ¿Se encuentra bien?

—Bien, Nancy, muy bien —dijo con una sonrisa, intentando recuperar el control de sí misma—. Será mejor que baje a desayunar rápido antes de que tenga que marcharme.

Si no otra cosa, al menos había determinado que mientras el marqués intentaba encontrarla a ella —la editora de *El Semanal de las Mujeres*— no estaba llegando a ninguna parte si le pedía ayuda a ella —Lady Phoebe Winters—. Él debería haber sido muy consciente de que ella no haría nada para ayudarlo en ese sentido.

Aunque era ventajoso saber que, si fuera necesario, podría proporcionarle información que lo alejaría de ella. Tendría que pensar cuidadosamente en la mejor manera de redirigirlo sin levantar sus sospechas.

Reflexionó sobre *El Semanal de las Mujeres* mientras bajaba las escaleras hacia su asiento en la mesa del desayuno, untando mantequilla en su tostada y sirviendo su té. En realidad, estaba sorprendida por el éxito que había tenido después de los dos primeros números. Imprimirían más copias de su tercera entrega. Parecía que había funcionado para atraer a muchas mujeres con columnas de chismes —por mucho que los aborreciera— así como columnas de moda y consejos. Si leían o no sus artículos sobre la necesidad de reformas en las leyes relativas al matrimonio, la propiedad y los niños, no tenía ni idea, pero esperaba que al menos leyeran los titulares.

Sonrió cuando pensó en la respuesta que habían recibido hasta ahora a la columna de Julia. Aparentemente había más mujeres interesadas en las carreras de caballos de lo que uno podría pensar. De hecho, ya habían recibido peticiones para una columna sobre críquet también. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Todavía estaba sonriendo cuando abrió la puerta principal de su casa para dirigirse a la oficina en Fleet Street y estaba tan absorta en sus pensamientos que no notó la presencia al pie de sus escalones hasta que casi chocó con él.

—¡Oh, Lord Berkley! —exclamó, llevándose una mano al pecho—. Me ha asustado. ¿Qué... qué está haciendo aquí?

—He venido a visitarte —respondió él, con el rostro estoico e impasible.

—Es bastante temprano —dijo ella, mirando arriba y abajo de la calle, viendo que no muchos se habían levantado para el día.

—Me doy cuenta de eso —dijo él, finalmente mostrando un ligero rubor—. Sin embargo yo... maldita sea, Phoebe, necesitaba verte.

Ella alzó las cejas, sorprendida por su sincera admisión. El color había aumentado en sus mejillas, y maldición si su propio corazón no comenzaba a latir rápidamente en su pecho ante el pensamiento de que él —el Marqués de Berkley— estaba inquieto por la mera presencia de ella —Phoebe Winters, hija de un vizconde excéntrico. Todo era bastante confuso, para ser honesta. Porque ella no quería sentir nada más que frustración y fastidio hacia Lord Berkley. Su confusión se debía a lo de anoche. Él era el primer hombre al que había besado verdaderamente —además de algún beso fugaz cuando debutó en sociedad— y en cuanto a sus acciones en su estudio, bueno, fueron realmente una primera vez. Oh, ¿en qué había estado pensando?

Aparentemente, él llegó a sus propias conclusiones respecto a su silencio.

—Me disculpo —dijo él enderezándose, mirando a la distancia—. No debería haber usado tal lenguaje frente a ti. Y todo esto es muy impropio, me doy cuenta. Claramente, tienes un compromiso previo, del cual no debería retenerte.

Y en ese momento, ella solo pudo reír ante la aparente angustia que estaba causando al poderoso marqués.

Él la miró con asombro cuando las primeras risitas brotaron de su garganta, y luego, cuando se convirtió en una auténtica carcajada de diversión, finalmente sus labios se extendieron en una sonrisa de vergüenza.

—Aunque no estoy seguro de qué he hecho para causarte tal regocijo, Lady Phoebe, tu risa es contagiosa.

Su risa se apagó lentamente al darse cuenta de que él debía pensar que se estaba burlando de él.

—No es lo más elegante para una dama, como me han dicho —admitió ella—. Pero no me estoy riendo *de* ti, Lord Berkley. No debes

preocuparte por ese lenguaje delante de mí. Mi padre era muy vocal en sus emociones, sin duda. En cuanto a actuar de manera impropia... ¿pensé que ya me conocías mejor a estas alturas?

Arqueó una ceja hacia él, y él le sonrió. Oh, Señor, cuando sonreía, le hacía algo a su estómago. Era como si hubiera pequeñas aves revoloteando dentro. *Contrólate, Phoebe.* Se dio cuenta de que ahora estaba frunciendo el ceño, pero justo entonces un ruido agudo desde dentro del carruaje, estacionado detrás de él, captó su atención.

—¿Qué fue eso? —preguntó, mirando alrededor suyo—. ¿Lady Viola te ha acompañado una vez más?

Él soltó una carcajada ante su pregunta.

—Ah, no. Hice todo lo posible para evitar que viniera, de verdad, pero el bruto no había corrido aún hoy, y...

—¡Dios mío! —exclamó Phoebe cuando una cabeza muy peluda y desgreñada apareció en la ventana del carruaje—. ¡Has traído a Maxwell!

—No lo *traje* —enfatizó él—. Se subió y no quiso bajarse. De alguna manera pareció entender que íbamos a Hyde Park. O tal vez sabía que mi intención era verte. No lo sé exactamente.

Phoebe solo pudo reír y sacudir la cabeza. Para un hombre que parecía tan interesado en mantener el orden, todo en su propia vida parecía estar completamente fuera de su control.

—En cualquier caso —dijo, volviéndose del carruaje hacia ella—. Maxwell y yo íbamos a dar un paseo cerca del Serpentine, y nos preguntábamos si estarías interesada en acompañarnos.

—Oh, no estoy segura... —dijo ella, dividida. Debería decir que no. Tenía trabajo que hacer en la oficina. Pero entonces miró la cara esperanzada de Maxwell, con su lengua colgando por un lado de su boca, y simplemente no pudo resistirse.

—Está bien —concedió—. Un paseo rápido, y luego realmente debo irme.

—Muy bien —dijo él con un asentimiento—. ¿Hay una doncella, quizás, a quien estés esperando?

—¡Oh! —exclamó ella. No, no había planeado llevar a su doncella con ella a las oficinas del periódico, pero supuso que caminar por

Hyde Park a solas con el marqués podría estar cruzando la línea más allá de lo que incluso ella se atrevía—. Un momento, veré qué la está retrasando.

Después de una apresurada conversación con el mayordomo para encontrar a Nancy y hacer que se reuniera con ellos afuera, Lord Berkley tomó su codo para conducirla a su magnífico carruaje, con el escudo de armas de la familia pintado en oro en la puerta del lustroso vehículo negro. Notó a Nancy apresurándose por la puerta y recibiendo una mano del lacayo mientras la ayudaba a subir al asiento.

—Cuidado —advirtió Lord Berkley mientras le ofrecía una mano para subir los escalones. Inicialmente, pensó que se refería a los peldaños. Pero tan pronto como agachó la cabeza para entrar en el carruaje, se dio cuenta de que no eran los escalones de lo que le estaba advirtiendo, sino de la bola de pelo que venía lanzándose hacia ella, temblando de emoción.

Maxwell la lanzó contra el asiento, y ella se río mientras él bañaba su cara en su excitación.

—¡Maxwell, abajo! —llamó Lord Berkley mientras la seguía, y el perro retiró de mala gana sus patas de los hombros de ella para sentarse obedientemente junto a su amo cuando el carruaje comenzó a moverse—. Es una amenaza —dijo a modo de disculpa, pero Phoebe desestimó sus palabras con un gesto.

—Es amigable —respondió en cambio—. Me encanta. ¿Cuánto tiempo hace que lo tienes?

—Tres años —dijo, y un cambio se produjo en su rostro mientras hablaba de su perro. Ya no estaba serio e impasible, sino que parecía... casi animado, entusiasmado—. La perra de uno de mis vecinos tuvo cachorros, y él era uno de ellos. Encontró su camino hacia nuestro jardín cuando fue lo suficientemente grande para deambular y ha estado conmigo desde entonces.

—¿Qué tipo de perro es? —le preguntó, aunque su atención estaba centrada en Maxwell.

—La madre era un sabueso, en realidad —dijo, y una vez que se lo dijo, pudo verlo en él—. Pero sea lo que sea que fuera el padre,

parece haber superado cualquier atributo o instinto de sabueso. He intentado llevarlo a cazar, pero un gato callejero sería más útil.

—Bueno, ciertamente tiene un aspecto intrigante —dijo ella diplomáticamente, y él se río.

—Intrigante es una palabra muy educada para Maxwell —coincidió.

Ella aprovechó la oportunidad para hacer un examen del hombre ahora, en lugar de su perro. Llevaba una chaqueta verde bosque que le sentaba muy bien, expertamente ajustada a su alta figura. No era delgado o incluso esbelto como muchos hombres que conocía, sino que tenía un pecho y hombros anchos que llenaban su ropa. Había sentido ese pecho bajo sus manos cuando se habían besado en su estudio. Recordaba deslizar sus dedos bajo su chaleco, sintiendo el músculo duro de él debajo de su camisa de lino.

Su rostro se calentó al pensarlo, y rápidamente apartó la mirada cuando captó su mirada sobre ella.

—¿Estás bien, Lady Phoebe? —preguntó él.

—Nunca mejor, Lord Berkley —dijo ella con despreocupación—. Nunca mejor.

Se abanicó ligeramente pero dejó caer la mano cuando vio que se formaban arrugas en las comisuras de sus ojos y labios.

—Me sentiré bien una vez que estemos al aire libre —continuó ella—. Tengo un poco de malestar por el movimiento del carruaje, eso es todo.

En realidad, por una vez no lo había notado, pero no iba a decírselo.

—Estás de suerte, Lady Phoebe, porque aquí estamos —dijo él mientras el carruaje se detenía.

El lacayo abrió la puerta y Maxwell saltó fuera, un grito sobresaltado llegó rápidamente hasta ellos cuando aparentemente tomó desprevenido a alguien.

—¡Maxwell, ven! —llamó Lord Berkley, y el perro regresó después de unos momentos, con la cola meneándose exuberantemente—. Quédate conmigo ahora —ordenó, señalando con un dedo a Maxwell, quien dejó caer su lengua fuera de su boca en respuesta.

—¿Te apetece un paseo cerca del lago? —le preguntó a Phoebe, y ella asintió con una sonrisa en los labios. Nancy bajó de la parte superior del carruaje para seguirlos por detrás.

La mayor parte de su atención fue consumida por Maxwell, lo que estaba bien para Phoebe. Era una alegría verlo, y deseaba que todos pudieran vivir sus vidas con tal exuberancia. Cuando llegaron al Serpentine, Lord Berkley recogió un palo, lanzándolo lo más lejos que pudo hacia el lago, y Maxwell saltó imprudentemente con un chapoteo, nadando con todas sus fuerzas.

—Es increíble —dijo ella con una risa mientras miraba a Lord Berkley—. Hizo la elección correcta, Lord Berkley, al elegir un amo que le permitiera ser el perro que realmente es, que no forzara su increíble espíritu a salir de él.

Lord Berkley cambió el peso de un pie al otro ante eso y finalmente se encogió de hombros.

—No tuve mucha elección —dijo—. Y, Lady Phoebe, quizás... podrías llamarme por mi nombre de pila. Parece apropiado ya que nosotros... bueno, tiene sentido.

Vagamente recordaba que él se lo había sugerido la noche anterior, pero había estado en semejante bruma soñadora que apenas podía recordarlo. Además, había pensado que cualquier cosa que él dijera en ese momento eran solo las palabras de un hombre consumido por el deseo. ¿Qué quería decir al pedirle esto?

—Yo, um, supongo que podría. En privado —dijo ella—. Y no hay necesidad de llamarme Lady Phoebe. Phoebe está bien. Es como me llama la mayoría de las personas que conozco bien de todos modos.

Estaba divagando un poco ahora, pero había sido tomada por sorpresa por su petición.

—Muy bien —dijo él, con una sonrisa extendiéndose por su rostro —. Phoebe.

Mientras observaba, su sonrisa se desvaneció lentamente, su mirada se volvió mucho más intensa al concentrarse en su rostro. Su frente se arrugó, sus ojos se estrecharon y sus labios se estiraron en una línea mientras se acercaba cada vez más a ella. ¿Iba a besarla de nuevo? ¿Iba ella a permitírselo?

Cerró los ojos —aparentemente iban a hacer esto una vez más, aquí al aire libre, donde cualquiera podía verlos— pero entonces un grito rasgó el aire, y dieron un respingo sorprendidos.

—¿Qué demonios...? ¡Maxwell! —llamó, y empezó a perseguir a su perro, que estaba ocupado sacudiéndose el pelo mojado sobre un grupo de damas.

Phoebe levantó sus faldas y corrió tras ellos, curiosa por ver exactamente cómo iba a manejar el marqués esta situación.

Esto se estaba convirtiendo en una salida interesante, después de todo.

CAPÍTULO 14



Después de innumerables disculpas a un trío de mujeres muy enfadadas, ahora algo mojadas, Jeffrey chasqueó los dedos a Maxwell y señaló el suelo a su lado. Con la cabeza gacha, Maxwell siguió sus instrucciones fielmente, y Jeffrey suspiró mientras no podía evitar darle una palmadita en la cabeza al perro.

—Pobre Maxwell —dijo Phoebe con una mirada de compasión hacia el perro—. Tan incomprendido.

—Y mal educado —añadió él, mirando en su dirección.

Ella era algo especial. Ahora sostenía su sombrero en la mano, pues se le había volado cuando corrió tras él y Maxwell. Su cabello estaba medio caído sobre sus hombros, el resto aún contenido con horquillas en la parte superior de su cabeza. Sus ojos verde bosque parecían prácticamente brillar con el sol, y había un rubor bastante favorecedor cubriendo sus mejillas por sus esfuerzos.

La mayoría de las mujeres lo habrían abandonado a él y a su perro errante. La mayoría de las mujeres le habrían dicho que controlara al animal o no tendrían nada más que ver con él. Pero Phoebe Winters no era como la mayoría de las mujeres. Era directa en sus opiniones, eso era seguro. Franca. Segura de sí misma. Pero más que nada, era honesta. Decía lo que pensaba, sin reservarse nada. No ocultaba nada de su pasado. Le había contado libremente que su padre había sido excéntrico, que ella misma disfrutaba de actividades que la mayoría desaprobaría. Sus padres le habían inculcado el amor por la lectura y la escritura, y la apreciación por el

aprendizaje continuo, particularmente de otras culturas, otras personas, del mundo más allá de Londres y sus condados circundantes. Cuando no había querido ayudarlo en su investigación, simplemente se lo había dicho. Y eso, él lo admiraba.

Jeffrey suspiró mientras ella se inclinaba sobre su perro, acariciándole la cabeza como para consolarlo de las duras palabras de las damas a las que tanto había perturbado.

Que el cielo lo ayudara. Se estaba enamorando de ella.

—Deberíamos irnos —dijo con brusquedad y colocó una mano en su espalda, aunque ella se dio la vuelta repentinamente, sorprendiéndolo.

—¡Nancy! —llamó, viendo a su doncella a lo lejos, esforzándose por seguirles el paso—. Debemos esperar —le dijo, tirando de su mano fuera del camino, justo cuando otro trío entraba.

—¡Phoebe! —llamó una de las mujeres, y Phoebe se volvió, jadeando de sorpresa—. ¡Sarah, Elizabeth, Julia! Qué maravilloso verlas.

Las abrazó calurosamente, y Jeffrey inclinó la cabeza hacia ellas. Maxwell, por supuesto, se apresuró también a presentarse. Jeffrey intentó llamarlo, pero fue inútil. Estas damas, sin embargo, no parecieron tener problemas con el exceso de entusiasmo de su perro.

—Qué encantador eres —dijo la mujer de cabello castaño claro, agachándose para tomar la cabeza de Maxwell entre sus manos.

—Lord Berkley —dijo Phoebe, acordándose de él—, permítame presentarle a mis amigas más cercanas, Lady Julia, Lady Elizabeth y la señorita Jones.

—Un placer —comentó él.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó Phoebe, y la misma mujer que habló antes —la señorita Jones, creía que se llamaba— abrió los ojos con sorpresa.

—Es *miércoles* —dijo como si eso lo explicara todo.

—Oh, cielos —murmuró Phoebe, mordiéndose el labio con preocupación—. Lo es, ¿verdad? Lo siento muchísimo. —Aparentemente, el miércoles tenía algún significado.

—Está bien —continuó la señorita Jones—. Lo entendemos. Has estado tan ocupada desde que... desde que...

Ahora era la señorita Jones quien parecía nerviosa, y Jeffrey esperaba impacientemente escuchar el resto de esa frase.

—Desde que comenzaste a rediseñar parte de tu casa, has estado increíblemente ocupada —dijo Lady Elizabeth apresuradamente, y Jeffrey se volvió para mirar fijamente a Phoebe.

—Me dijiste que te gustaba cómo tus padres habían dejado la casa.

—Sí, así es —dijo ella, enrojeciéndose las mejillas—. Por supuesto. No estoy haciendo cambios en ninguna de las áreas principales de la casa, sino más bien en mis... aposentos privados. —Se sonrojó aún más, si eso era posible, y una pequeña sonrisa jugueteó en sus labios ante su timidez al respecto.

A menos que... casi lo pasa por alto, pero podría jurar que vio a Phoebe enviar una mirada de advertencia a su amiga. Negó con la cabeza. Estaba interpretando demasiado esta conversación.

—¿Qué significado tiene el miércoles? —preguntó en cambio.

—Oh, normalmente nos reunimos para pasear todos los miércoles por la mañana —respondió ella antes de volverse hacia sus amigas—. Por favor, perdonadme. Completamente...

—Creo que yo soy el culpable —interrumpió, levantando un dedo en el aire—. Lady Phoebe claramente tenía compromisos previos cuando la visité, pero me temo que la convencí de que me acompañara utilizando a mi perro como soborno. Acepten mis disculpas, señoras.

Ellas asintieron amablemente.

—Es comprensible —dijo la señorita Jones—. Sería imposible resistirse a esa cara.

—Fue encantador verlos a ambos —dijo Lady Elizabeth educadamente. La reconocía de muchos eventos, su familia era una de las más respetadas de la nobleza, su abuelo el socio principal de Clarke & Co., donde muchos del *ton* guardaban sus riquezas, o sus peniques, según el caso—. Deberíamos continuar. Que tengan un día maravilloso, y Phoebe, espero verte pronto.

—Muy pronto —prometió Phoebe antes de seguir a Maxwell fuera del parque, con Jeffrey a su lado y Nancy caminando detrás de ellos antes de subir nuevamente al asiento del carruaje.

—Deberías haberme dicho que estaba interrumpiendo una visita con tus amigas esta mañana —dijo mientras la ayudaba a subir al carruaje.

—Las veo con bastante frecuencia —dijo ella con un gesto de la mano—. Ellas lo entienden.

Tomaron sus lugares en lados opuestos del carruaje, con Maxwell en el suelo entre ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Phoebe, sintiendo su mirada sobre ella, mirando su ropa antes de llevarse la mano a su cabello. Al encontrar la mayor parte ahora suelta sobre sus hombros, dejó escapar una maldición ahogada, lo suficientemente audible como para que él la escuchara. Comenzó a ponerse las horquillas de nuevo mientras trataba de recuperar algo de control sobre los sedosos mechones negros—. Debo parecer un espanto —añadió, sin poder mirarlo a los ojos.

—Te pido disculpas si sientes que te miraba porque algo estaba mal —dijo él, inclinándose ligeramente hacia ella—. Te equivocas si eso es lo que supones. Porque solo te miraba porque, Phoebe, me siento inexplicablemente atraído por ti.

Sus manos se deslizaron hasta su regazo, sus ojos elevándose para finalmente encontrarse con los de él—. ¿Oh? —fue todo lo que dijo.

—Oh, sí —añadió él, acercándose aún más—. Me cautivas. Sabes cómo encontrar lo divertido en la vida, eres directa, eres impresionante y eres honesta. Nunca había pensado en establecerme pronto. Dios sabe que tengo suficiente de lo que ocuparme tal como están las cosas. Pero cuando pienso en dejarte ir, eso me perturba aún más.

Ella lo miró fijamente, su rostro inexpresivo e ilegible, inquietándolo. Con la mayoría de las mujeres, no tendría miedo de expresar sus emociones, pero Phoebe no era una mujer que se dejaría influir fácilmente por el título y el prestigio.

—Yo...

Sin embargo, antes de que pudiera decir nada más, ella cerró el espacio restante entre ellos y lo besó.

* * *

TENÍA que hacer que dejara de hablar. En el momento en que le dijo cuánto apreciaba su honestidad, supo que ya no podía escuchar más sus elogios. ¿Qué diría si supiera la verdadera razón por la que estaba aquí con él? ¿Que todo este cortejo se basaba en una farsa, debido a su deseo de descubrir sus motivos respecto a su periódico? ¿Que *ella* era la editora del periódico que tanto le disgustaba?

Así que había tomado la única acción posible, la que, si fuera realmente honesta, había estado en su mente desde el momento en que él apareció en su puerta. Lo silenció con su propia boca.

Inicialmente, había planeado que este beso fuera algo dulce y casto, un beso que nunca podría llevar al mismo resultado que la noche anterior. Pero lo que continuamente subestimaba era su propia atracción hacia él y el poder que él, desafortunadamente, ejercía sobre ella.

Porque cuando sus labios se encontraron con los suyos, él tomó ese beso dulce y casto, y lo convirtió en algo que hablaba mucho más que el beso de un dulce cortejo incipiente. No, su beso era uno que solidificaba las palabras que le decía, que le decía que admiraba a la mujer que era y que respondería a su fuerza con la suya propia. Oh, ¿por qué era tan fácil comunicarse a través de sus acciones y no a través de sus palabras?

Ella gimió cuando él la levantó y la colocó en su regazo como si no pesara nada, lo cual estaba lejos de la verdad. Sin embargo, a diferencia de su propio desaliento por su figura algo completa, él aparentemente estaba interesado en la sensación de su cuerpo, ya que sus manos recorrieron sus costados para acariciar sus caderas antes de tomar sus nalgas.

En cuanto a sus pechos, bueno, la noche anterior había dejado bastante claro lo que pensaba de ellos. ¿Haría lo mismo hoy, se preguntaba, en medio de su carruaje a plena luz del día?

Sus imaginaciones, sin embargo, seguirían siendo solo eso. Porque cuando su mano se elevó para apretar su cabello —el cual había arreglado momentos antes— dejó escapar un gemido de deseo, y Maxwell, aparentemente, no le gustó el sonido de ella en lo que debió haber considerado una angustia inmediata. Pronto su enorme y tembloroso cuerpo estaba frente a ellos, su cabeza insertada en el más pequeño de los espacios entre ellos, separándolos. Aparentemente no iba a estar contento hasta que estuvieran de vuelta en sus propios asientos, lejos el uno del otro.

Jeffrey soltó una maldición —ciertamente no ahogada esta vez— antes de devolverla a su asiento frente a él, y ella comenzó a arreglarse una vez más.

Maxwell se sentó de nuevo en el suelo, golpeando su cola con entusiasmo contra la madera por su éxito.

—Se supone que eres *mi* perro —murmuró Jeffrey, sacudiendo la cabeza, y Phoebe solo pudo reír.

—Eres un excelente protector, Maxwell —dijo ella, dándole un rápido masaje bajo la barbilla—. Nunca olvidaré tu valentía.

Jeffrey puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar soltar una carcajada ante sus palabras.

El carruaje se detuvo frente a la casa de Phoebe. Ella la miró a través de la ventana, considerando cómo debía verse a los ojos del marqués. Ciertamente no era algo de lo que avergonzarse. Estaba bien construida, frente a una hermosa plaza, y era una casa de tamaño decente, especialmente porque solo Phoebe y la tía Aurelia vivían en ella, aunque en algún momento, por supuesto, sus padres la habían llamado hogar en Londres.

Sin embargo, en comparación con la elegante y majestuosa mansión de Jeffrey, era bastante discreta, la fachada blanca tan similar a muchas de las otras que la alineaban a ambos lados. Era el único hogar que ahora conocía, pues la finca de campo había sido vinculada, por supuesto. El hecho de que ella fuera propietaria de una casa, sin embargo, era más de lo que la mayoría de las mujeres podían decir.

—Gracias por el encantador paseo —dijo, acariciando las orejas de Maxwell, y Jeffrey levantó una ceja antes de ayudarla a bajar los

escalones del carruaje.

—Empiezo a pensar que te divertiste más con Maxwell.

Phoebe se rio—. Eso depende de ti averiguarlo —dijo, deteniéndose ante la entrada principal de su casa—. Adiós, Lord Berkley.

—Jeffrey.

—Jeffrey —repitió ella—. Adiós, Jeffrey.

Y ante su ligera reverencia, ella subió las escaleras para reanudar su otra vida, aquella de la que él no sabía absolutamente nada.

CAPÍTULO 15



—¡Si publicamos esto en la edición de la próxima semana, seguramente atraeremos a muchos lectores adicionales! —argumentó Collette, su columnista de chismes, pero Phoebe negó con la cabeza rotundamente.

—No mancharemos la reputación de la joven.

—¡Pero se hace todo el tiempo! —La voz de Collette resonó por todo el espacio abierto donde trabajaban todas las escritoras. Eventualmente, Phoebe esperaba tener alguna separación, pero por ahora, la disposición original del edificio se mantenía. Solo ella y Rhoda tenían sus propias oficinas privadas al final del pasillo, aunque llamarlas oficinas era, quizás, bastante generoso.

—¡Es una exclusiva! Soy la única que vio su abrazo. La gente hará fila para comprar nuestro periódico. ¿Cómo podría no publicarlo, señorita Winters?

Phoebe suspiró, colocando una mano en su cadera. Este era el problema con una columna de chismes. Entendía el atractivo y apreciaba los esfuerzos de Collette, pero al mismo tiempo, su propósito no era arruinar la vida de jóvenes inocentes.

—No conocemos suficientes detalles, Collette. Quizás ella simplemente se cayó y el Duque la atrapó para evitar que se lastimara.

Collette se burló, sabiendo tan bien como Phoebe que ese *no* era el caso.

—Bien —finalmente cedió Phoebe—. ¿Qué te parece esto? Publica la pieza, pero asegúrate de que nadie pueda identificar a las personas sobre las que escribes. Y nada de "el Duque de M." y "Lady F.N." o cualquiera de esas tonterías. ¿Entendido?

La joven finalmente asintió y regresó a su escritorio, aunque continuó mirando a Phoebe con mal humor. Este era un aspecto de dirigir el periódico que a Phoebe no le agradaba particularmente. Normalmente habría dejado que Rhoda se encargara de tales asuntos, pero cuando ella estaba en el edificio y tan cerca de la fecha límite de publicación, le gustaba tener la última palabra.

Oyó abrirse la puerta detrás de ella, olió el aire de la calle londinense —una extraña mezcla de humo, especias y, curiosamente, frescura— llenar la habitación, y se dio la vuelta.

—¡Julia! —saludó a su amiga con deleite. Julia sonrió ampliamente mientras una doncella la seguía y se sentaba obedientemente junto a la puerta—. Esperaba que vinieras tú misma hoy.

Dependiendo de sus compromisos previos, Julia a veces enviaba su columna a través de un mensajero, aunque en ocasiones venía personalmente.

—Me encanta ver a todas trabajando —dijo con nostalgia, mirando a todas las escritoras—. Qué maravilloso sería poder escribir aquí entre las demás mujeres.

—Eres más que bienvenida a hacerlo —ofreció Phoebe, pero Julia negó con la cabeza, haciendo bailar sus rizos.

—Nunca podría dar explicaciones a mis padres para ausentarme tanto tiempo. Y aunque los amo, creo que esto sería demasiado para ellos.

Phoebe asintió comprensivamente.

—Pero estoy tan agradecida por la oportunidad —continuó Julia, colocando una mano enguantada en el brazo de Phoebe—. ¡Siempre he disfrutado viendo las carreras, pero nunca con el propósito que lo hago ahora!

Después de asegurarse de que Rhoda recibiera el artículo de Julia, Phoebe la guio hacia su oficina. No había cambiado mucho en la pequeña habitación desde que comenzaron a publicar;

simplemente no había habido tiempo. Era bastante horrible, lo sabía, con su silla casi rota y su escritorio marcado, pero cumplía su propósito por ahora. Julia miró la silla una vez y en su lugar se posó en la esquina del escritorio, con una sonrisa felina en los labios mientras contemplaba a Phoebe, quien tomó aire, sabiendo muy bien lo que vendría a continuación.

—Así que —dijo Julia, balanceando una pierna, con sus faldas ondeando a su alrededor mientras lo hacía—. Te veías bastante íntima con el marqués esta mañana.

Phoebe tomó su pluma y la hizo girar entre sus dedos.

—Me visitó cuando estaba a punto de salir para venir aquí —dijo con un ademán de la pluma—. Desafortunadamente, no pude pensar en una excusa a tiempo, y luego mi determinación se debilitó por culpa de ese perro suyo. Lo pasé muy bien con Maxwell.

—La forma en que te miraba —el marqués, no el perro— era mágica —dijo Julia con una sonrisa nostálgica—. Daría cualquier cosa porque un hombre me contemplara así. La pregunta es, ¿qué sientes *tú* por *él*?

—Siento que es una molestia —dijo Phoebe bruscamente, mojando su pluma en tinta. Adoraba a Julia, y en cualquier otro momento disfrutaría de la conversación, pero no tenía ganas de hablar de esto, y esperaba que Julia captara su señal de lo ocupada que estaba.

Se iba a llevar una decepción.

Julia saltó del escritorio pero ahora se apoyó en él con la cadera, bajando la voz para que nadie más pudiera oír.

—Phoebe —murmuró—. Sé por qué inicialmente comenzaste este... coqueteo con él, o como quieras llamarlo. A estas alturas debes haber avanzado lo suficiente, ¿no? ¿No deberías estar terminando las cosas pronto?

—He determinado que él no sabe nada, eso es cierto —dijo con un asentimiento, sintiendo un extraño hundimiento en el estómago al considerar que su tiempo con Jeffrey llegara a su fin—. Sin embargo, no puedo estar segura de que seguirá siendo así.

—Entonces, ¿qué harás? —preguntó Julia, extendiendo las manos—. ¿Vas a seguir cortejando al hombre? ¿Te casarás con él

eventualmente?

—Por supuesto que no —dijo Phoebe, mirando a Julia con agudeza.

—¿A dónde más crees que llevará esto? —preguntó, mirando ahora a Phoebe con una expresión similar a la lástima.

—El marqués nunca se casaría con una mujer como yo —dijo Phoebe objetivamente—. Disfruta de mi compañía, es cierto, pero ¿hacerme su esposa? Seguramente no. Soy demasiado franca, e incluso si no está al tanto de mi ocupación actual, conoce mi opinión sobre tales asuntos. Y nunca renunciaré a esto por un hombre. Es demasiado importante.

—Nunca respondiste completamente a mi pregunta —insistió Julia—. Dices que es una molestia, cierto, pero aún puedes sentir algo por una molestia. ¿De verdad no tienes emociones hacia él, ninguna atracción?

—No las tengo —dijo Phoebe con más énfasis del necesario, y Julia se sobresaltó un poco, lo que hizo que Phoebe suavizara su tono y colocara una mano en su brazo—. Lo siento, Julia. La verdad es que, tal vez —físicamente— me siento atraída por él, pero esa no es razón para que algo cambie. Ahora, si quieres quedarte, eres más que bienvenida, pero tengo trabajo que hacer si vamos a lograr que esto llegue a la imprenta a tiempo.

—Muy bien —dijo Julia, aunque miró a Phoebe con complicidad —. Sin embargo, si alguna vez necesitas hablar de esto, sabes dónde encontrarme.

Phoebe asintió, sonrió y trató de concentrarse en el trabajo que tenía delante.

* * *

PHOEBE REFLEXIONÓ sobre las palabras de Julia —así como las de Jeffrey— mientras viajaba a casa en el carruaje. Algunas de las cosas que él le había dicho habían sido bastante preocupantes. No solo porque expresaban seriedad en su persecución, sino, más que

eso, porque despertaban algo dentro de ella, le hacían sentir una especie de esperanza que no debería estar presente.

Porque ella y el Marqués de Berkley nunca podrían estar juntos. Lo sabía. Quizás debía dejar de hablar con él en eventos sociales. Tratar de distanciarse, evitar lugares que él solía frecuentar. Sí, pensó mientras entraba por la puerta principal de la casa, donde su mayordomo la recibió con un asentimiento. Eso es lo que haría.

—¡Phoebe! —llamó Aurelia cuando entró por la puerta del salón antes de prepararse para la cena—. Nunca adivinarás lo que llegó.

—¿Qué es?

—Adivina.

—Pero dijiste que nunca... está bien. ¿Una invitación para cenar con el Príncipe Regente?

Su tía le dio un golpecito con el papel que sostenía en la mano.

—Por supuesto que no, ¿por qué adivinarías eso?

Phoebe se rio y permitió que su tía continuara.

—¡Asistiremos al teatro mañana por la noche con Lord Berkley y su familia! ¡Oh, Phoebe, qué maravilloso! Has encontrado el amor con un marqués. Sé que no te interesan los títulos, pero parece ser un caballero educado, y no podrías encontrar una mejor familia de la cual formar parte.

—Pero yo no amo... no aceptaste ya, ¿verdad, tía Aurelia? —preguntó Phoebe mientras una mezcla de temor y emoción comenzaba a fluir por sus venas.

—¡Claro que lo hice! —exclamó—. Ahora, ¿qué nos pondremos?

* * *

Aurelia estaba tan emocionada por la potencial unión entre Phoebe y no solo un marqués, sino también un viejo amigo de la familia, que Phoebe ni siquiera tuvo que preocuparse por lo que usaría la noche siguiente. En cuanto entró en su habitación para prepararse, su tía estaba justo detrás de ella, moviéndose de un lado para otro mientras abría el guardarropa de Phoebe y comenzaba a revisar rápidamente el contenido.

—¿El satén plateado? —reflexionó—. No, no, no es apropiado para el teatro. ¿El tafetán amarillo? —Phoebe hizo un sonido de disgusto. El tafetán era terriblemente incómodo y la hacía sentir como una niña. Ni siquiera estaba segura de por qué todavía tenía ese vestido, y se propuso deshacerse de él tan pronto como tuviera tiempo para revisar sus cosas. Aurelia continuó murmurando para sí misma mientras examinaba los vestidos, comentando que quizás Phoebe debería tomarse una mañana y visitar la tienda de la modista para reemplazar algunas de las prendas pasadas de moda.

El guardarropa en sí estaba escondido en la esquina de la habitación. A Phoebe le gustaba bastante la sensación relajada de su dormitorio, que había sido suyo desde que era niña pero que ciertamente había crecido con ella. Las paredes blancas con paneles permanecían desnudas con excepción de las flores de lis talladas en ellas, y un dosel de amapolas carmesí sobre rayas rosadas y crema fluía desde el techo hasta la cabecera de su cama, cuya parte superior hacía juego con las cortinas que cubrían las ventanas de guillotina. Un sofá de oro, verde y crema estaba colocado frente a ella, sobre el cual Aurelia ahora estaba extendiendo todo tipo de vestidos. El tocador de Phoebe, con el pequeño espejo ornamentado en el centro, se encontraba en una esquina, su guardarropa en la otra. Encima colgaba un retrato de sus padres, la única decoración que deseaba en las paredes.

Una chaise longue descansaba cerca de la puerta, pero Phoebe casi nunca se sentaba en ella. En cambio, la mesa de escritura frente a ella era donde a menudo se encontraba en medio de la noche últimamente, cuando la atormentaban ideas para el periódico que no dejaban su mente ni le permitían descansar hasta que las había anotado.

—¡Este! Este es perfecto —exclamó Aurelia cuando finalmente se decidió por un vestido, extendiendo la seda roja con su ribete de encaje negro sobre la cama mientras la doncella de Phoebe, Nancy, esperaba pacientemente con una sonrisa en su rostro. Todos los sirvientes adoraban a la tía Aurelia a pesar de sus excentricidades, pues los trataba a todos con amabilidad—. Te da un aire de misterio. Estoy segura de que estás de acuerdo, Nancy, ¿no es así?

Nancy asintió mientras Phoebe sonreía y pasaba una mano sobre el vestido. Le encantaba este, era cierto, pero no era como si estuviera tratando de atrapar a Jeffrey para nada —más bien lo contrario, a decir verdad. Aunque aún no había compartido eso con la tía Aurelia. Una pequeña preocupación la había atormentado, una que le decía que Aurelia probablemente no aprobaría sus métodos. Nunca había imaginado que serían invitadas a socializar con la familia Worthington, o que hubiera existido una conexión previa entre ellos.

Ahora, viendo la mirada esperanzada de Aurelia, difícilmente podía decir algo que la decepcionara en ese momento.

—Es precioso, tía Aurelia, y por supuesto lo usaré esta noche —dijo, y Aurelia esbozó una amplia sonrisa—. Ahora, dime, ¿qué has seleccionado para ti?

Su pregunta consiguió la respuesta que había deseado, pues Aurelia se lanzó a un debate —consigo misma— sobre lo que sería más apropiado. Cinco minutos después, habiéndose decidido, asintió con la cabeza y salió majestuosamente de la habitación, dejando a Phoebe y Nancy compartir una sonrisa de diversión y afecto.

Una vez que se había vestido y preparado para la noche, envolviendo un chal negro alrededor de sus hombros, Phoebe tuvo que admitir, sin embargo, que Aurelia tenía razón. Este vestido *era* apropiado para la ocasión —y las circunstancias que la acompañaban.

CAPÍTULO 16



—¿No estarás intentando hacer de casamentera, verdad, madre? —preguntó Jeffrey, reclinándose en los cojines de su carruaje mientras observaba a su madre con las cejas levantadas y una ligera curvatura en los labios.

—Jamás soñaría con tal cosa —respondió ella, desviando la mirada hacia la ventana, aunque él no pasó por alto el rápido parpadeo de sus ojos, una señal inequívoca—. Eres un marqués, después de todo. Seguramente puedes manejar algo tan simple como encontrar una esposa apropiada. Aunque...

—¿Sí?

—No puedo decir que hayas estado haciendo un trabajo particularmente admirable hasta ahora.

—¡Madre! —exclamó él mientras Viola sofocaba una risa ahogada, y Rebecca ni siquiera intentaba ocultar su regocijo desde la esquina del carruaje. Afortunadamente, esta noche serían solo ellos cuatro. Podía prescindir de tener a *toda* su familia en el palco del teatro. Ya sería bastante difícil controlar la lengua de Rebecca con Phoebe presente; no quería tener que preocuparse también por sus otras dos hermanas.

Desafortunadamente, Ambrose también había prometido reunirse con ellos allí. Dónde estaba en este momento, Jeffrey no tenía idea ni deseo de saber, pero secretamente esperaba que su hermano olvidara asistir. Después de todo, Ambrose nunca había sido particularmente aficionado al teatro, y Jeffrey sabía que solo asistiría

para presenciar el intento de su hermano de cortejar a Lady Phoebe Winters.

Lo cual parecía estar haciendo, aunque todavía estaba por verse si estaba teniendo éxito. Phoebe era franca con sus pensamientos, eso era cierto, pero hasta ahora no había dicho nada respecto a su relación, aunque sus acciones demostraban que, como mínimo, ciertamente se sentía atraída por él.

—¿Realmente crees que Lady Phoebe sería una marquesa apropiada? —le preguntó a Lady Berkley, y su madre pareció algo sorprendida cuando se dio cuenta de que él estaba interesado en su honesta opinión sobre la mujer. Se sentía humilde al preguntarle, pero esta era una decisión sumamente importante, y su madre era una mujer inteligente, experta en lo que constituiría una marquesa adecuada.

—Creo —dijo lentamente—, que la esposa adecuada es aquella que te hace feliz. Con quien te sentirías agradecido de despertar cada mañana. Con quien puedes reír, y quien te permitirá ser tú mismo. Por mi breve conocimiento de ella, parece que Lady Phoebe quizás no sea la mujer más reservada y recatada, es cierto. Pero tiene un entusiasmo por la vida que, creo, sería muy adecuado para ti, Jeffrey. ¿La admiras, la respetas?

—Así es.

—¿Qué sientes cuando la miras?

Él simplemente sonrió y negó con la cabeza. *Esa* no era una conversación que tendría con su madre.

—Tu silencio habla por ti, y me dice todo lo que necesito saber —dijo ella con una sonrisa satisfecha—. ¿Y ella siente lo mismo hacia ti?

Jeffrey frunció el ceño, frotándose la frente para ocultar cualquier emoción que pudiera mostrar su rostro. La verdad del asunto era que no tenía idea. Phoebe correspondía a sus caricias, cierto, y había aceptado sus invitaciones —o las de su familia—, pero nunca había dicho nada respecto a sus sentimientos hacia él.

—No lo sé —dijo honestamente, y su madre le dirigió una mirada de consternación, aunque su atención vaciló cuando el carruaje disminuyó la velocidad, y ella se inclinó hacia adelante para mirar

por la ventana mientras avanzaban por Bow Street y se detenían frente al Theatre Royal en Covent Garden.

—No importa cuántas veces lo haya visto. Este nuevo edificio sigue siendo tan dramático como las propias obras —suspiró Rebecca mientras contemplaba las cuatro columnas acanaladas sobre las que se asentaba el pórtico.

—Es bastante ostentoso, ¿no es así? —comentó Viola de manera práctica mientras descendían del carruaje.

Jeffrey no tenía pensamientos para el edificio de mármol blanco en ese momento, sino para la noche que les esperaba.

Su madre había invitado a Phoebe y a su tía a unirse a ellos en su palco privado, y Jeffrey se encontró mirando ansiosamente en todas direcciones buscando a Phoebe mientras ascendían por la gran escalera. Cuando llegaron a la parte superior de los escalones hacia la antesala, quedó paralizado por un momento ante la visión que tenía delante.

Allí, de pie junto a la estatua de Shakespeare, había una visión más animada, más viva, que cualquier escultura o actriz en el escenario jamás podría representar. Llevaba un largo vestido rojo que realzaba perfectamente su cabello negro como la medianoche, parte del cual estaba recogido lejos de su rostro, pero la mayoría caía en cascada sobre sus hombros en rizos sueltos y artísticos. Era un look escandaloso y completamente fuera del estilo del día, y sin embargo, sabía que a ella no le importaría, que simplemente lo había peinado como le gustaba. El color de su vestido resaltaba el verde brillante de sus ojos con sus llamativas cejas encima y complementaba la exuberante rojez de sus labios.

Era una sirena. Era drama, misterio y comedia todo en uno. Ni siquiera se había dado cuenta de que había dejado de moverse hasta que sintió un dedo huesudo clavarse en su columna vertebral.

—Deja de mirarla fijamente —le susurró Viola al oído—. Estás haciendo el ridículo.

Los ojos de Phoebe estaban fijos en los suyos, y él permitió que lo atrajeran hacia ella. Para cuando llegó a su lado, con su familia junto a él, al menos había encontrado las palabras para saludarla, así como a su tía, a quien finalmente notó. Ahora lo miraba con una

sonrisa presumida, como si conociera el efecto que su sobrina tenía sobre él.

—Lady Aurelia, Lady Phoebe, estamos muy complacidos de que puedan acompañarnos esta noche —dijo con una elegante reverencia, mientras las damas intercambiaban cortesías.

—Nos espera un verdadero deleite esta noche —dijo su madre con una sonrisa—. Tanto J.P. como Charles Kemble están actuando, al igual que la señora Siddons. Debería ser fantástico.

—Aunque lúgubre —añadió Rebecca con un suspiro dramático—. *Enrique VIII*. Hubiera preferido una comedia.

—Calla, Rebecca —dijo Viola con una mirada fulminante, y Lady Berkley optó por conducir discretamente a sus hijas hacia su palco en lugar de amonestarlas en un lugar tan público.

Jeffrey ni siquiera había considerado la obra. Su madre le había indicado cuándo y dónde debía asistir. La negativa había estado en sus labios hasta que ella le dijo a quién había invitado para acompañarlos.

Phoebe caminaba detrás del resto de su grupo, que los había dejado a los dos para cerrar la marcha. Jeffrey estaba seguro de que no era un accidente, particularmente cuando notó la calculadora y autocomplaciente sonrisa entre su madre y Lady Aurelia. Quería estar molesto con ellas y sus bien intencionadas manipulaciones, pero cuando miró a Phoebe de pie junto a él, tratando de ocultar su incertidumbre, no pudo evitar sentirse complacido de tener un momento a solas con ella.

—Te ves encantadora esta noche —dijo, y cuando ella volvió la cabeza hacia él, con su perfil iluminado por la luz de la lámpara de patente, no pudo evitar añadir—: aunque eso no es del todo cierto. En realidad, eres hermosa.

—Gracias, Lord Berkley.

—Jeffrey.

—Jeffrey —dijo ella con una sonrisa—. Y gracias por la invitación de esta noche.

—Por eso, tendrás que agradecerle a mi madre —respondió él—, aunque me complació cuando escuché de tu aceptación. ¿Has estado bien?

—¿Desde ayer? —preguntó con una risa juguetona—. Sí, de hecho, lo he estado. ¿Y tú?

—Lo he estado —dijo con un asentimiento—. Aunque he estado bastante distraído últimamente.

—¿Por tu investigación? —preguntó ella, y le tomó un momento discernir de qué hablaba.

—Ah, ¿sobre el periódico de mujeres? Apenas puedo recordar su título.

—*El Semanario de las Mujeres* —proporcionó ella—. Y sí, a eso me refiero.

Esa, de hecho, era una búsqueda que había descuidado bastante últimamente, lo cual era enteramente culpa de ella. Debería haber seguido muchas más líneas de investigación. No sería del todo difícil encontrar al editor. Simplemente tenía que fingir ser un anunciante, quizás, o acudir al periódico con una historia. Pero no, todo lo que había hecho era hacer algunas preguntas a personas que podrían tener una conexión, y ante su negativa a proporcionar más información, lo había dejado estar.

Y sabía exactamente por qué lo había hecho. Porque cerrar este periódico disgustaría a sus hermanas y, sobre todo, a Phoebe Winters. Y todo lo que quería hacer en este momento era hacerla feliz.

Sus ojos bajaron más allá de lo que era apropiado, hacia el encaje que lo provocaba mientras cubría apenas lo suficiente de la parte superior de sus cremosos senos para ser apropiado. Anhelaba extender un dedo y recorrer el borde del encaje, bajarlo para sentir cuán suave era su piel debajo.

—Phoebe —dijo, aclarándose la garganta—y la mente—. Sígueme.

Tomó su mano entonces, algo sorprendido cuando ella lo permitió, ya que no parecía el tipo de mujer que típicamente seguiría el liderazgo de un hombre a ninguna parte. Dobló la esquina, mirando a través de la entrada de una fila de palcos privados. Encontrando uno vacío, la llevó adentro lo suficientemente rápido como para provocar un fuerte jadeo y la presionó contra la pared

entre las sombras, donde bajó su cabeza a la de ella y tomó esos labios exuberantes y tentadores en los suyos.

No perdió tiempo comenzando suave o gentilmente, sino que aplastó su boca sobre la de ella, lamiendo la comisura de sus labios, aunque ella apenas necesitó estímulo para abrirlos. Saboreó la mezcla de menta y bayas en su lengua, y cuando los dedos de ella se clavaron en la parte posterior de sus hombros, su deseo floreció dentro de él. No podía tener suficiente de ella, y no tenía idea de qué hacer al respecto.

Finalmente, las voces del corredor más allá lo devolvieron a sus sentidos, y a regañadientes la dejó ir. Ella lo miró, con los ojos nebulosos, las mejillas sonrojadas y los labios completamente devastados.

—Me disculparía —dijo, escuchando la aspereza de su voz mientras luchaba por recuperar el control—, sin embargo, eso significaría que lamento mis acciones, y la verdad es, Phoebe, que lo haría todo de nuevo.

—Siempre pensé que eras un hombre paciente —respondió ella arqueando una ceja, y él se preguntó cómo podía mantener tal control sobre sus emociones—. Parece que podría haber estado completamente equivocada sobre ti.

Él se rió por lo bajo ante eso y la habría besado nuevamente solo por su respuesta mordaz, pero sintió una presencia en la entrada y se volvió para encontrar al Conde y la Condesa de Torrington entrando con una mirada de cierta incredulidad en sus rostros.

—Mis disculpas, Lord Torrington, Lady Torrington —dijo con una inclinación de cabeza—. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que asistí al teatro, y parece que me he encontrado en el palco equivocado. Espero poder hablar con ustedes más tarde esta noche.

Y con eso, condujo a Phoebe fuera de la puerta, plenamente consciente de que pronto serían el tema en los labios de todos los presentes.

Ahora tenía que sobrevivir a cinco actos de una tragedia de Shakespeare con esta sirena sentada a su lado. Si Phoebe deseaba presenciar paciencia y control, bueno, estaba a punto de hacerlo.

CAPÍTULO 17



Phoebe retorcía nerviosamente las manos en su regazo mientras intentaba concentrarse en la obra que se desarrollaba ante ella, con el gran escenario lleno de elaborada escenografía y una continua exhibición de actores. Eran extremadamente talentosos, eso lo sabía bien. Le picaban los dedos por sacar su tablilla de su retículo y tomar notas. *El Semanario de las Mujeres* debería tener definitivamente una columna sobre teatro, decidió, y determinó que ella misma escribiría la primera reseña.

Pero primero, tenía que asegurarse de conocer bien aquello sobre lo que escribiría.

El palco de los Berkley estaba en el segundo nivel, con una enorme araña colgando sobre ellos. Mientras Phoebe observaba a los actores, su mirada se desviaba hacia las elegantes y altas pilastras que sostenían el arco semiéliptico, con el escudo de armas real vigilándolos a todos desde arriba. Sabía que la construcción de este edificio había sido un éxito triunfal tras el incendio del primer teatro unos años antes. Sin duda, contenía una ingeniería maravillosa, donde el más mínimo sonido resonaba por todo el teatro, como los susurros del hombre frente a ella que miraba descaradamente el escote de la mujer sentada a su lado. Esperaba que fuera su esposa, aunque Phoebe lo dudaba bastante.

Esto era ciertamente un espectáculo, y no se refería a la obra que tenía delante, sino a los actores que llenaban el teatro. ¿Cómo sería, se preguntaba, estar sentada en el patio de butacas? Qué

diferente sería la vida. Anotó mentalmente estos pensamientos también, determinando que harían un intrigante apartado complementario a su reseña de la obra. O quizás la reseña debería ser el complemento. Se mordió el labio mientras contemplaba la idea.

—Deja de hacer eso —le susurró Jeffrey al oído, y ella se volvió bruscamente hacia él, arqueando una ceja en señal de interrogación —. Eso que haces con tu labio —le explicó en un susurro casi imperceptible directamente en su oído—. Me está volviendo loco.

Ella se detuvo inmediatamente, pero durante el resto del acto solo pudo pensar en él y en aquel beso en el palco privado de los Torrington. Realmente, ¿en qué había estado pensando? Si no tenía cuidado, Collette la incluiría a ella en la próxima columna de chismes. Aunque quizás eso vendería más periódicos.

Phoebe estaba tan distraída que apenas sabía con quién estaba casado el Rey Enrique cuando llegó el intermedio. Salieron al salón más allá de los palcos privados, que de repente se llenó con una sinfonía de voces mientras todos los asistentes emergían con la misma misión: determinar quién estaba presente y qué podrían llevarse como el chisme de la noche.

Phoebe giró la cabeza de un lado a otro para ver si reconocía a alguien, pero entonces sintió un leve toque en su brazo.

—Lady Phoebe, ¿le importaría que tuviéramos unas palabras? — Phoebe asintió sorprendida ante la petición de Lady Berkley, curiosa por saber qué querría hablar con ella la madre de Jeffrey en privado. De mutuo acuerdo, se alejaron hacia una esquina contra la pared. Phoebe dio un respingo cuando sintió algo clavarse en su espalda, pero al girarse descubrió que solo se había acercado demasiado al pie de una estatua que se erguía sobre una columna.

—Es una obra bastante intrigante, ¿no cree? —le preguntó a Lady Berkley con una sonrisa, a lo que la marquesa asintió.

—Lo es. La he visto muchas veces, pero nunca con actores tan vívidos en escena, que la hacen demasiado real. Una olvida que esto realmente ocurrió hace muchos años —dijo, con una mirada soñadora en su rostro, antes de sacudir la cabeza como si la estuviera despejando. Tomó un profundo respiro y el corazón de

Phoebe latió un poco más rápido, aunque no tenía idea de por qué debería estar nerviosa por hablar con aquella mujer tan amable.

—Estoy siendo bastante atrevida al hablarle de esto, Lady Phoebe —dijo nerviosamente—. Y realmente, no debería hacerlo en absoluto. Por favor, no le cuente a mi hijo sobre esta conversación, pues se sentiría mortificado. Es solo que... Jeffrey no ha mostrado mucho afecto por ninguna mujer en particular desde que alcanzó la mayoría de edad. Su padre murió bastante joven, dejando a Jeffrey con una gran cantidad de responsabilidades, incluidas cuatro hermanas que son, como estoy segura de que usted misma ha podido comprobar, un grupo bastante indisciplinado, en su mayoría.

»Jeffrey siempre ha estado tan centrado en su trabajo, en cuidar del resto de nosotros, ¿sabe?, que no ha dedicado mucho tiempo a velar por su propio bienestar, ni por su propio corazón. Últimamente, ha parecido un poco más distraído de lo habitual, lo cual considero algo bueno. Como madre, solo quiero que mis hijos sean felices, y con usted, Lady Phoebe, él parece estarlo. Feliz, quiero decir. Está encantado con usted, aunque parece inseguro de sus propios sentimientos hacia él. Todo lo que le pido, Lady Phoebe, es que cuide su corazón. Le cuesta bastante compartirlo y solo deseo que no sea lastimado.

Phoebe la miró con los ojos muy abiertos mientras Lady Berkley terminaba su discurso, e inconscientemente se clavó los dientes en el labio inferior con tanta fuerza que se sobresaltó ligeramente. La culpa comenzó a invadirla. Había jugado a sabiendas con Jeffrey, sin imaginar jamás que él llegaría a sentir algo por ella además de indignación. ¡Le había dado una bofetada, por el amor de Dios!

Su fogosa discordia desde el principio ciertamente había llevado a momentos apasionados en los que se demostraban mutuamente cuánto se deseaban físicamente, pero en cuanto a lo que realmente sentía por él... Buscó por la sala, encontrándolo de pie con sus hermanas y su tía. Su cabello castaño claro sobre su figura alta y ancha destacaba entre la multitud. Debió haber sentido su mirada, porque le devolvió la mirada, con una ligera sonrisa cruzando sus labios, cambiando su rostro de su semblante duro e imponente a uno cálido y acogedor.

Suspiró mientras su corazón latía con un ritmo traicionero en su pecho. Lo anhelaba, no podía negar eso por mucho que quisiera. También era plenamente consciente de que su deseo por él corría mucho más profundo que una simple atracción superficial. Tenía que ponerle fin.

¿O no?

Por supuesto que sí, pensó, recordándose a sí misma que aquel hombre estaba dispuesto a destruir su publicación y todo aquello en lo que ella creía. Él mismo creía todo tipo de mentiras sobre las mujeres. Nunca funcionaría. Además de todo eso, en el momento en que descubriera sus secretos, perdería cualquier tipo de atracción que hubiera sentido por ella. Porque eso era todo lo que había. Su madre estaba siendo esperanzada, incluso fantasiosa.

Se volvió hacia Lady Berkley y la suave sonrisa en su rostro, pues claramente había sido consciente del examen que Phoebe había hecho de su hijo, probablemente creyendo que era una mirada amorosa.

—Yo... —comenzó Phoebe, pero se detuvo, sin saber qué más decir. No quería mentir a la mujer, pero tampoco podía contarle la duplicidad que había iniciado todo esto—. Creo que todo saldrá como debe ser —logró decir—. Tiene una familia maravillosa, Lady Berkley, y el marqués ha demostrado ser todo un caballero.

Lady Berkley sonrió radiante y puso una mano en el brazo de Phoebe.

—Gracias, querida —dijo, y luego se inclinó y dijo cálidamente—: Creo que eres exactamente lo que él necesita.

¿Lo que él necesita? Habría pensado que era la última mujer en la tierra que un hombre como Jeffrey necesitaría. ¿De qué estaba hablando la marquesa?

Al regresar con el resto del grupo, Phoebe tuvo que parpadear para contener las lágrimas mientras las palabras de Lady Berkley dejaban su corazón y su mente en guerra el uno con la otra. Bien podía decirse a sí misma todas las mentiras que quisiera.

Pero la verdad del asunto era que se estaba enamorando de Jeffrey Worthington, Marqués de Berkley, y no había nada que el pensamiento racional pudiera hacer para detenerlo.

* * *

JEFFREY ANSIABA SABER de qué habían estado hablando su madre y Phoebe en la esquina del salón. La mayoría de los hombres verían tal conversación como algo temible, pero Jeffrey tenía una ventaja única sobre la mayoría de los otros hombres, que era el hecho de que su madre era realmente una mujer sensata que se preocupaba por más que solo las perspectivas matrimoniales de sus hijos y por asegurar la posición social más alta posible.

Y Phoebe no parecía particularmente molesta por la conversación. Si acaso, parecía... contemplativa. Cuando ella y su madre se reunieron con ellos, buscó en el rostro de Phoebe, y ella respondió con una pequeña curvatura de sus labios. Bueno, eso era alentador, supuso.

Cuando fue hora de regresar al teatro, tomó su brazo y la acercó, inclinando su cabeza hacia la de ella.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió ella antes de volverse para mirarlo con una ceja arqueada de forma peculiar—. ¿Y tú?

—Tengo a una hermosa mujer en mi brazo y el amor de mi familia rodeándome —dijo con toda seriedad—. ¿Qué más podría pedir un hombre?

Sus propias palabras resonaron en su mente mientras volvían a ocupar sus asientos. Porque había más que un hombre podría pedir. Podría pedir una vida con esta mujer. Lo imaginó, despertando cada día con ella acostada a su lado, sus cabellos negros como la medianoche extendidos sobre su almohada mientras el sol se asomaba por el hueco de las cortinas, bañando sus hermosas curvas con su luz.

Su corazón latía rápidamente mientras su mente divagaba, viéndola abrir sus ojos verdes para sonreírle mientras se levantaba de su cama y se acercaba a él. Su ensoñación lo tenía inclinándose sobre ella, besando esos deliciosos labios rojos cuando quisiera, porque ella era su esposa, y estaría con él por el resto de sus días.

En su mente, Jeffrey le hacía el amor, sus jadeos en su oído más reales en este momento que la obra que había reanudado en el escenario debajo de ellos. Mientras imaginaba a ella retorciéndose debajo de él, alargó la mano en su realidad y tomó la de ella en la suya, apretando su agarre mientras en el sueño Jeffrey y Phoebe entraban en los paroxismos del éxtasis.

Después, bajarían a desayunar, donde compartirían una conversación íntima —esto era su sueño, así que no tenía que preocuparse por el hecho de que probablemente tendrían que compartir la mesa del desayuno con sus cinco hermanos y su madre — y él se reiría de su ingenio antes de que ambos pasaran la mañana juntos leyendo los periódicos del día.

No, los periódicos no eran algo en lo que debería pensar, ya que eso solo lo llevaba a considerar el hecho de que todavía había mucho en lo que no estaban de acuerdo. Los periódicos no, entonces. Se retirarían a la biblioteca, donde compartirían su secreta afición por la última novela de Waverly.

Ahí estaba Maxwell ahora, estirado sobre la alfombra que había costado una fortuna y que no debería estar acumulando pelo de perro y huellas embarradas, pero por supuesto Jeffrey no podía obligarse a alejar a Maxwell.

Phoebe, sentada junto a él en el sofá, se inclinaba hacia él, y él estaba más que listo para volver a tener esos labios bajo los suyos, aunque se contentaba con simplemente mirarla, con oírla reír por algo que él había dicho.

Lo único que finalmente lo sacó de sus reflexiones y lo devolvió al teatro fue la mano de Phoebe en su brazo, sacudiéndolo.

—¿Estás bien? —susurró suavemente, sus ojos grandes y preocupados.

Debía parecer que estaba sufriendo, lo cual era cierto en cierto sentido, pero no del tipo de dolor que ella imaginaba. Era un dolor de otro tipo: desesperación y frustración por el hecho de que las vívidas imágenes en su mente solo lo dejaban deseando desesperadamente más.

Jeffrey la miró ahora. Su sueño podría haber sido solo eso —un sueño—, pero el rostro que lo miraba, la mujer que estaba sentada a

su lado con su cálida mano en su brazo, era tan real como la mujer en su mente. Apenas podía creerlo, pero pensaba que tal vez —solo tal vez— se estaba enamorando de ella.

Se inclinó hacia ella, sus labios acercándose lo suficiente para rozar la parte superior de su oreja. Las palabras salieron de su boca antes incluso de que tuviera tiempo de pensar en lo que estaba diciendo.

—Cásate conmigo.

CAPÍTULO 18



Phoebe se quedó inmóvil. Debía haber oído mal. Porque si había escuchado correctamente, Jeffrey Worthington, Marqués de Berkley, acababa de pedirle matrimonio. Lo cual era absurdo. Porque no solo él jamás se casaría con una mujer como ella, sino que ciertamente no le pediría matrimonio en medio del teatro, rodeado de su madre, sus hermanas y su tía. Y definitivamente no mientras Enrique VIII estaba en el escenario divorciándose de su esposa y despojando al Cardenal Wolsey de todos sus títulos y posesiones.

Pero la mirada insistente de Jeffrey no la abandonaba, y se sintió abrumada por el aroma almizclado y especiado de su colonia, la cálida mano sobre la suya, los duros planos de su rostro y la firme línea de sus labios. Cuando finalmente levantó la mirada para encontrarse con sus ojos, estos escudriñaban los suyos suplicantes.

—¿Lo harás? —susurró él.

—Yo... yo... —no tenía idea de qué decir. Porque su corazón —su traicionero y rebelde corazón— le decía que dijera que sí. Que asintiera con entusiasmo e inclinara la cabeza hacia atrás lo suficiente para que él pudiera inclinarse y besarla aquí, frente a todo un teatro lleno de espectadores. Celebrarían con sus familias y anunciarían su compromiso, antes de tener una hermosa boda en St. George, y ella pasaría el resto de sus días como marquesa.

Pero, ¿serían días felices? Su mente intervino ahora. ¿Cómo podría estar con un hombre con creencias tan vastamente diferentes a las suyas? Ambos simplemente habían evitado volver a la

conversación en la que primero habían chocado durante algún tiempo. Cada vez que ella sacaba el tema, él rápidamente lo cambiaba, o evitaban por completo la discusión.

Sin embargo, no podrían escapar de lo inevitable durante toda una vida. ¿Y qué haría Jeffrey cuando se diera cuenta de que ella, si no le había mentido, había estado evadiendo la verdad —que ella era la mujer que él buscaba, la editora de *The Women's Weekly*, que tanto odiaba?

Sin embargo, no podía decir que no. Las palabras no le salían.

—¿Más tarde? —suplicó en cambio, pidiéndole algo de tiempo para considerarlo, para determinar qué debía hacer. Una ligera decepción nubló sus ojos, pero él asintió comprensivamente y se reclinó en su asiento, aunque no soltó su mano, lo cual ella agradeció.

Por supuesto, prestar atención a la obra ahora estaba totalmente fuera de cuestión. En su lugar, los pensamientos giraban en su mente, mientras dos futuros muy distintos se extendían ante ella. Uno como su esposa, organizando eventos y recibiendo niños, despertando cada día con su rostro. El otro como una mujer creando cambios, siguiendo sus pasiones y marcando la diferencia.

Logró terminar la velada sin tener que proporcionar ningún tipo de respuesta. Con sus familias presentes, así como el flujo de conocidos que se acercaban a saludarlos después de la obra, no hubo un momento para que los dos estuvieran a solas.

Cuando Phoebe y Aurelia se despidieron, Jeffrey levantó su mano enguantada hasta sus labios, presionando un suave beso contra ella, y pudo sentir la promesa que dejaba junto con él, así como su esperanza de algo más.

Lo pensaría durante la noche, decidió Phoebe. Por la mañana, sabría qué hacer.

* * *

PERO POR SUPUESTO, en eso estaba completamente equivocada. Despertó después de una noche inquieta sin estar más cerca de

saber qué debía hacer respecto a la petición del marqués.

En lugar de prepararse para ir a las oficinas de *The Women's Weekly*, se preparó para una reunión de un tipo diferente. Envió notas de invitación a sus tres amigas. Necesitaba desesperadamente consejos, y no había otras personas a las que prefiriera recurrir.

Y así se encontró, un par de horas más tarde, rodeada de las damas en lo que consideraba la sala de estar de su madre. El salón de su padre era demasiado distractor. Al principio, había pensado en reunirse en alguna tetería, pero la posibilidad de que hubiera oídos indiscretos a su alrededor era un riesgo demasiado grande. Tal como estaban las cosas, esperaba que Aurelia estuviera ocupada en otro lugar.

Julia estaba sentada junto a ella, mientras que Elizabeth y Sarah estaban lado a lado en el sofá de rayas coral y blanco frente a ellas. Una bandeja de té se encontraba entre ellas, y Sarah ya se estaba sirviendo uno de los pasteles que cubrían la bandeja.

—Bueno, Phoebe, debo decir que mi curiosidad está ciertamente despierta. Nunca antes nos has convocado con tanta urgencia —dijo Elizabeth, con su cabello castaño rojizo recogido en un pulcro moño, sin un solo cabello fuera de lugar.

—No diría exactamente *convocado* —dijo Phoebe con delicadeza —. Solicitado.

—Muy bien —respondió Elizabeth—. Ahora, continúa. Apenas puedo esperar un momento más para saber qué es lo que te preocupa tanto.

—Lord Berkley me ha pedido que me case con él.

Podría haberse puesto a gritar como si estuviera completamente loca y no creía que provocaría tanta sorpresa como lo hizo con esa simple declaración.

Phoebe miró a sus amigas, quienes la miraban con las bocas y los ojos muy abiertos. Sarah se había detenido con el pastel a medio camino de sus labios, mientras que Elizabeth permanecía inmóvil y Julia se inclinaba ligeramente más cerca.

—¿Puedes repetir eso? —preguntó finalmente Julia en voz baja.

—El Marqués de Berkley me ha pedido que me case con él —repitió Phoebe, con voz tan objetiva como antes.

—Pero qué... cuándo... cómo... ¿qué le *dijiste*? —logró decir Sarah finalmente.

—Anoche. Dije: "Más tarde".

—¿Disculpa? —preguntó ahora Elizabeth—. ¿El Marqués de Berkley te pidió que te casaras con él y tú le dijiste "Más tarde"?

—Sí —dijo Phoebe, negándose a bajar la cabeza con cualquier tipo de vergüenza mientras se defendía—. Me tomó desprevenida. Estábamos en medio del Teatro Real en Covent Garden, nuestras voces probablemente resonando por todo el teatro. ¡*Enrique VIII* estaba en el escenario, por el amor de Dios! No iba a aceptar una propuesta de matrimonio frente a un rey que decapitó a sus esposas.

—Era una *obra*, Phoebe —dijo Julia con un suspiro, mientras inclinaba la cabeza—. Oh, qué absolutamente romántico. Te lo pidió por *impulso*. Su corazón estaba tan sobrecogido de emoción por ti que no podía esperar ni un momento más. Oh, debes aceptar.

—¡Pero el periódico! —protestó Sarah—. ¿Sabe lo del periódico?

—No —dijo Phoebe, mordiéndose el labio—. Y ahí reside el problema. Una vez me dijo que lo que más aprecia de mí es mi honestidad. Bueno, ciertamente le he mentido. Me preguntó si conocía a la editora de *The Women's Weekly*, y le dije directamente que no, que no la conocía. Pero sabía que si le decía que era *yo*, probablemente nunca volvería a hablarme.

—¿Y no querías alejarlo porque necesitabas información sobre sus movimientos con respecto a la publicación, es eso? —preguntó Elizabeth de manera enigmática.

—Supongo que al principio fue por eso —dijo Phoebe lentamente —. Aunque debo admitir que desde el principio, hay algo en él que me atrae, algo que ni siquiera puedo expresar con palabras. Al principio me volvía loca querer estar cerca de un hombre tan irritante, sin embargo, debo admitir que he llegado a disfrutar nuestro tiempo juntos. No es quien pensé que era originalmente. Puede ser amable y considerado. La forma en que es con sus hermanas, su madre, incluso con su perro. Es difícil reconciliar al hombre que conocí primero con el hombre que he llegado a conocer.

—Pero ese hombre sigue ahí —insistió Elizabeth—. El hombre al que abofeteaste por sus comentarios despectivos hacia ti.

—Hacia las mujeres —corrigió Phoebe—. Pero sí, supongo que sigue ahí. ¿Ves ahora mi dificultad?

—Phoebe —dijo Elizabeth con cuidado—. Sabes que te quiero, de verdad. Y odio decir que te advertí que esto pasaría pero...

—Pero me advertiste que esto pasaría —dijo Phoebe con un suspiro—. Lo sé.

Todas permanecieron en silencio por un momento mientras contemplaban su dilema. Parecía que ninguna de ellas poseía respuestas rápidas.

—¿Lo amas? —preguntó Julia suavemente.

—¿Perdón? —dijo Phoebe, levantando bruscamente la cabeza hacia ella.

—¿Lo amas? —repitió Julia—. ¿Puedes imaginar una vida con él?

Phoebe miró sus dedos.

—Puedo imaginar esa vida, sí —respondió en voz baja—. Pero la imagen de satisfacción, de amor, lentamente se convierte en una en la que los dos discutimos, en la que me aburro simplemente siendo la señora de una casa. El propósito que siento ahora con lo que estoy haciendo... es lo que siempre he anhelado, y nunca me he sentido tan completa. Y sin embargo... hay algo que falta.

—Él —dijo Sarah simplemente.

—Sí —dijo Phoebe, exhalando rápidamente—. ¿Es demasiado querer tener ambas cosas?

—Es más de lo que la mayoría de los hombres permitirían —dijo Elizabeth de manera práctica.

—Aunque, Phoebe, debes saber —dijo Sarah, inclinándose hacia adelante y poniendo una mano sobre su rodilla—, que *The Women's Weekly* es algo de lo que estar muy orgullosa. En apenas un par de meses, has creado cambios. No solo las mujeres tienen ahora un recurso que les importa, en términos de moda y consejos —e incluso carreras de caballos —dirigió una pequeña sonrisa a Julia—, sino que las mujeres ahora están hablando de nuestro papel en este mundo. Las conversaciones en los salones y las salas de estar se están expandiendo más allá del chisme, el teatro y los patrones de costura

hacia asuntos del Parlamento, la difícil situación de los menos afortunados, el papel de las mujeres en toda nuestra sociedad. *Tú* has hecho eso. No lo olvides. No estoy sugiriendo que renuncies al amor. Solo sugiero que no renuncies a lo que has creado.

Phoebe parpadeó para contener las lágrimas ante las palabras de Sarah. Estaba *orgullosa* de su trabajo, era cierto, pero escuchar tal elogio de alguien a quien amaba y respetaba significaba más que las palabras de un extraño, y ayudaba a borrar algunas de las palabras de odio que a menudo se lanzaban hacia ella y el periódico, la mayoría de las veces a través de cartas dirigidas a la publicación.

—Creo que tienes dos opciones, Phoebe —dijo Elizabeth, con la cabeza inclinada en contemplación.

Phoebe levantó la mirada esperanzada, agradecida por una posible respuesta a su difícil situación.

—La primera es que elijas entre tu pasión y el marqués.

A Phoebe no le gustó del todo esa sugerencia.

—La segunda es que le digas la verdad, le expliques lo que anhelas. O bien estará de acuerdo o te obligará a elegir de todos modos.

—O, quizás, no querría saber nada más de mí.

—Esa es otra posibilidad —dijo Elizabeth con un asentimiento, su boca firme.

Phoebe cuadró los hombros y respiró profundamente.

—Bueno —dijo—. Supongo que yo soy la culpable de estar en este lío desde el principio. Ahora debo salir de él. Pero tienes razón, Elizabeth. Ya no puedo esconderme dentro de mi miedo. Se lo diré —dijo con un asentimiento decisivo—. Y entonces... que sea lo que tenga que ser.

—Que sea lo que tenga que ser —estuvo de acuerdo Elizabeth, llevando su taza de té a los labios.

CAPÍTULO 19



—¿Con la cabeza en las nubes, Berkley?

Jeffrey volvió al presente, mirando a través de la mesa de fieltro verde de White's a su amigo, el Duque de Clarence. Como siempre, el cabello del Duque estaba perfectamente peinado, su ropa inmaculada. El duque se enorgullecía de su apariencia, tanto de sus rasgos físicos exteriores como de su propio comportamiento.

—No es propio de ti estar tan distraído —continuó Clarence mientras tomaba un sorbo de su brandy—. Pero parece haberse convertido en un hábito tuyo últimamente.

Jeffrey resopló. Desafortunadamente, era demasiado consciente de la verdad en las palabras de su amigo. Y todo era a causa de cierta Lady Phoebe Winters.

Hoy tendría su respuesta. Cuando apareciera en los escalones de su vestíbulo, ella le diría, de una manera u otra, si deseaba una vida con él como su marquesa.

Apenas podía creer que estuviera persiguiendo a una mujer que potencialmente podría decirle que no, rechazarlo. Él era un hombre al que todas deberían decir que sí. Podría tener a cualquier número de jóvenes del *ton* y había sido perseguido por ellas y sus madres durante años. Desafortunadamente, ninguna de ellas le atraía. Ahora, el hecho de que incluso estuviera considerando esta idea de matrimonio con *Phoebe*, que estaba lejos de ser algo seguro... sacudió la cabeza. Pero no podía evitarlo. Estaba fascinado con ella.

—Aunque no soy de los que se suscriben a las columnas de chismes o escuchan las conversaciones de las mujeres, uno tendría que estar sordo para no oír los rumores que rodean al Marqués de Berkley y a cierta Lady Phoebe Winters. Bailes, visitas al teatro, una cena con tu familia en tu casa, un paseo por Hyde Park. No has sido precisamente discreto.

—No sabía que se me exigía serlo —dijo Jeffrey malhumorado.

—Por supuesto que no —dijo Clarence con una risa—. Solo quería decir que no es difícil intuir la razón de tu angustia. Tienes a una mujer en tu mente. Sin embargo, ¿no debería ser eso motivo de celebración? No recuerdo la última vez que mostraste más interés en una mujer elegible que un baile por obligación o palabras corteses en una fiesta.

Jeffrey hizo una pausa antes de llevarse su propia bebida a la boca, vaciando el contenido del vaso antes de dejarlo firmemente sobre la mesa.

—Le he pedido que se case conmigo.

Clarence se atragantó con su brandy, casi —pero no del todo— escupiendo el contenido sobre su prístina corbata blanca. Jeffrey simplemente se recostó y disfrutó del espectáculo hasta que Clarence finalmente se recompuso.

—Bueno —dijo, aclarándose la garganta—. Ciertamente te tomaste tu tiempo para compartir tus noticias. Felicidades, hombre.

Extendió su mano, pero Jeffrey no hizo ningún movimiento para estrecharla.

—Guárdate ese pensamiento —dijo—, porque la dama aún tiene que aceptar.

—¿Qué? —Clarence frunció el ceño—. ¿A qué te refieres?

—Quiero decir que aún no he recibido una respuesta a mi pregunta —dijo lentamente—. Cuando se lo pedí, no fue exactamente un momento adecuado para discutir el asunto. Dijo que me daría una respuesta más tarde, y hoy determinaré exactamente cuál es esa respuesta.

—Estaría loca si te rechazara —comentó Clarence, a lo que Jeffrey asintió.

—Puede ser, pero puede ser una mujer impredecible —murmuró —. Por qué la quiero, solo el Señor lo sabe.

Aunque eso no era del todo cierto. La quería porque era brillante, inteligente, honesta y notablemente vivaz.

—Bueno —dijo Clarence, con una amplia sonrisa en su rostro—. Te deseo suerte. Y me alegro muchísimo de no estar en tu lugar.

Hace unas semanas, Jeffrey habría pensado exactamente lo mismo.

Se despidió de Clarence y se levantó para marcharse cuando el Conde de Totnes se acercó, con un periódico en la mano y dos lores que Jeffrey reconoció tras él.

—¡Berkley! ¿Un momento? —preguntó, y Jeffrey volvió a sentarse con fastidio y aprensión. Sabía demasiado bien de qué se trataba, y preferiría no tener que discutir esto, porque estaba tan decepcionado como cualquiera por haber sido demasiado negligente en encontrar respuestas.

—¿Sí?

—¿Has visto la última basura que destroza estas finas hojas de papel prensa? —preguntó el conde, arrojando el periódico sobre la mesa entre Jeffrey y Clarence como si estuviera cubierto de estiércol.

—Hasta esta mañana, no —admitió.

—Léelo —ordenó el conde, y Jeffrey lo miró, levantando una ceja ante el hecho de que el hombre se atreviera a ordenarle hacer cualquier cosa.

—Si fuera tan amable —rectificó el conde, y Jeffrey abrió la publicación que tenía delante, examinando su contenido.

—¿Hay algo en particular a lo que quiera dirigir mi atención? —preguntó con impaciencia, deseando salir de White's y dirigirse a la casa de Phoebe ahora que era una hora aceptable para visitar.

—Aquí —dijo Totnes, clavando un dedo carnoso en las páginas, y los ojos de Jeffrey cayeron hacia la parte inferior de la página.

A todas las mujeres de Londres y más allá, consideren esta una carta personal, escrita directamente para ustedes por una dama.

Ya sea que pertenezcan a la nobleza, a la alta burguesía terrateniente o sean hijas de un hombre sin título pero con medios

suficientes, es probable que se espere que hagan solo una cosa con su vida: casarse y tener hijos. Lo entiendo. Es lo que se ha esperado de las mujeres durante generaciones.

Si bien es cierto que algunas mujeres trabajan para ganarse la vida, hay pocas ocupaciones que sean aceptables y estén disponibles para las jóvenes damas. Muchas mujeres deben trabajar para mantener a sus familias y normalmente se encuentran realizando trabajos laboriosos. Aunque suena como una vida difícil, a veces envidio a estas mujeres. Debe ser gratificante tener la capacidad de mantenerse a una misma sin depender de un hombre para proporcionar los fondos necesarios para la supervivencia, lo que luego le otorga a él la capacidad de determinar qué hará una mujer con cada momento de su vida.

No todos los caballeros piensan así, por supuesto, pero muchos sí lo hacen. ¿Es esta la forma en que nuestro mundo debe continuar? ¿Por qué las mujeres no tienen la capacidad de expresar sus opiniones, de tomar las acciones que deseen, de casarse con quienes ellas elijan y si lo eligen? Cuando lo hacen, ¿no deberían poder conservar lo que aportan al matrimonio, sin tener que renunciar a todo en favor de sus maridos?

No estoy sugiriendo que los caballeros no sean capaces de respetar a las mujeres o sus opiniones, pues ciertamente hay algunos que son comprensivos. Lo que estoy diciendo, señoras, es que debemos dar los próximos pasos para luchar por nuestros derechos a hablar de lo que creemos. Para efectuar cambios. Para trabajar si así lo desearíamos. Para tener una voz que cree los cambios que deben ocurrir en nuestro país, en el Parlamento, para crear una vida mejor para todos, no solo para aquellos que ostentan todo el poder.

Juntas, todo es posible.

Jeffrey se pasó una mano por el pelo. Esto no era bueno, para nada bueno. Estaba metido en un lío de problemas, eso era seguro. ¿Por qué tenía que ser él el encargado de esta ingrata posición? ¿Quizás otro podría investigar más? No solo tenía suficiente para mantener su atención en este momento, sino que también tenía una

casa llena de mujeres, así como una posible prometida, que no estarían del todo complacidas si tomaba esta ruta de persecución.

Pero alguien tenía que hacerlo. Porque esto tenía todos los elementos de agitación que él había estado tan consciente de prevenir. ¿Qué diría Phoebe sobre este artículo? No era una gran pregunta. Estaría de acuerdo con él, estaba seguro. Aunque estaba convencido de que Viola también lo estaría. ¿Cómo había logrado rodearse de mujeres con opiniones tan fuertes, a veces ignorantes?

—¿Y bien? —lo desafió Totnes, con las manos en las caderas, con la barbilla temblando mientras miraba a Jeffrey, a quien no le agradaba particularmente que el hombre decidiera cuestionarlo así, frente a muchos otros.

—Bien —dijo Jeffrey, poniéndose de pie para enfrentarlo, sabiendo que se alzaría sobre el Conde—. Dije que investigaría el asunto. Lo he estado haciendo y continuaré haciéndolo. Pero realmente, Totnes, ¿es tal artículo tan perturbador para usted? ¿Está amenazando su virilidad?

—¡Pensé que estabas de acuerdo conmigo! —dijo Totnes, con los ojos entrecerrados.

—Lo estoy —dijo Jeffrey fríamente, equilibrando el calor que Totnes estaba lanzando—. Sin embargo, estoy siguiendo este asunto porque creo que es lo correcto, no porque tenga miedo de cómo puedan afectarme unas cuantas mujeres intentando causar problemas.

—Siempre has pensado que eras mejor que el resto de nosotros —se burló Totnes.

—No que la mayoría de ustedes —corrigió Jeffrey con una mirada directa al hombre—. Solo ciertos hombres en particular.

Y con la carcajada de Clarence tras él, Jeffrey salió del edificio.

* * *

Mientras conducía su faetón a la residencia de Phoebe, Jeffrey compuso mentalmente una lista de acciones que podría tomar para poner fin a esta publicación. Podría redactar una carta a la oficina,

identificándose como anunciante y pidiendo reunirse con el editor. Simplemente necesitaba una manera de establecer contacto. Ese sería su punto de entrada, y luego razonaría con la mujer, le ayudaría a entender que sus palabras eran peligrosas. Estaba seguro de que la amenaza de un marqués, así como de otros hombres de la nobleza, sería suficiente para preocuparla.

Primero, necesitaba encontrar la dirección de la maldita publicación. ¿Tenía que ser realmente tan difícil? Los pilluelos callejeros que repartían el periódico no habían sido de mucha ayuda. En realidad, se había sorprendido por su lealtad. Su editora debía pagarles bien, porque normalmente no hacían falta muchas monedas para conseguir información de ellos, incluso sobre sus empleadores.

Encontrándose ahora frente a la casa de Phoebe, detuvo su faetón al otro lado de la calle, junto a la plaza, y miró el periódico que descansaba a su lado en el asiento. Lo recogió, hojeando las páginas, examinándolas en busca de alguna pista sobre con quién podría estar tratando. *Publicado por una Dama*, era todo lo que decía, y se preguntó si acabaría conociendo a la mujer. Siempre había asumido que sería de clase media, pero quizás estaba equivocado.

Hojeó las páginas, sin encontrar nada y casi arrojando el periódico con disgusto. Pero justo entonces se detuvo; allí, en la parte inferior de la última página, había una pequeña marca. La miró más de cerca, viendo que era un león y un sello posados sobre una bola. Qué demonios... una marca de imprenta. Jeffrey sonrió triunfante al darse cuenta de lo que había encontrado, aunque se reprendió ligeramente por no haber considerado esto antes. Era su estado distraído, pero ya no más. Después de esta visita con Phoebe, sabía exactamente adónde iría.

CAPÍTULO 20



Jeffrey admiraba la casa de Phoebe. Era evidente que ella había sido meticulosa con su mantenimiento tras el fallecimiento de sus padres, y de alguna manera le quedaba perfecta, con su sendero ordenado, sus tradicionales ladrillos y la hiedra salvaje que se extendía por el muro lateral.

Sonrió mientras caminaba hacia la puerta principal, preguntándose qué harían con la casa después de casarse. ¿Se quedaría Aurelia, o preferiría unirse a su hogar? Se estremeció ligeramente ante la idea de añadir no solo a Phoebe, sino a *dos* mujeres más a su casa, pero al menos disfrutaba de la compañía de la tía de Phoebe.

El mayordomo lo dejó entrar, y esta vez Jeffrey fue conducido a una habitación diferente, no al salón lleno de curiosidades de su padre, sino a una sala de estar mucho más suave, más femenina. Supuso que había sido utilizada por su madre, y se preguntó qué habitación preferiría Phoebe.

Le preguntó precisamente eso cuando ella entró en la habitación, encontrándola vestida con un sencillo vestido azul de mañana que, de alguna manera, favorecía su exótico aspecto con su simplicidad.

—No sabría decir —respondió ella, con los ojos muy abiertos por la sorpresa ante su pregunta—. Disfruto usando ambas, porque cada una es única y me recuerda a mis padres y quiénes eran.

—¿Y qué hay de una habitación que se adapte a ti?

—Tengo mis aposentos privados para eso —dijo, haciendo una pausa antes de sonreír algo tímidamente, y él tragó saliva con dificultad pero se recuperó rápidamente.

—Ah sí, ¿los aposentos que estás redecorando actualmente?

—¿Redecor...? —pareció confundida por un momento, pero luego su mirada se aclaró—. ¡Ah, sí! Solo unos pequeños cambios, en realidad. No es nada particularmente disruptivo.

Su expresión cambió por un momento mientras miraba la mano de él.

—¿Qué tienes ahí?

Él mismo miró hacia abajo, sorprendido al encontrar que el periódico seguía aferrado entre sus dedos.

—Lo tenía conmigo en el faetón —explicó—. Estaba sentado junto a mí en el asiento y debo haberlo recogido sin pensar cuando llegué. Solo es un periódico.

—Eso no parece un periódico cualquiera —dijo ella, entrecerrando los ojos para mirarlo—. Para mí parece *El Semanario de las Mujeres*. ¿Estás interesado en consejos de moda, Jeffrey?

—Oh, ¿*El Semanario de las Mujeres*, dices? —preguntó con una risa débil—. Ah, debo haberlo recogido accidentalmente. Viola lo ha estado leyendo, aunque por supuesto yo la desaconsejo que lo haga.

—¿Por supuesto? —dijo, alzando una ceja mientras cruzaba los brazos sobre su pecho—. ¿Y por qué no? Viola es una mujer independiente, ya es mayor de edad. Puede hacer lo que le plazca, o, al menos, leer lo que quiera, ¿no es así?

—Vamos —dijo él, dejando emerger su exasperación después de haber evitado este tema durante tanto tiempo—. Las mujeres en este periódico pueden tener ideales, pero nada de esto va a llegar a ninguna parte. Todo lo que ocurrirá es que saldrán lastimadas y crearán ideas infundadas en las mentes de otras mujeres que no llevarán a ningún lado.

—¿Has leído realmente algo de esto? —preguntó ella, caminando hacia él, y por un momento él se distrajo con el verde esmeralda de sus ojos. Pero luego brillaron con tanta ira que lo devolvieron al presente.

—Algo, sí.

Bueno, quizás tres artículos de todo lo que se había publicado, pero no iba a admitir tanto.

—¿Y con qué estás en desacuerdo? ¿Con que las mujeres deban tener opiniones propias?

—No —dijo algo incómodo. Hace poco tiempo, habría discutido con mucha más vehemencia, pero había aprendido que le producía mucho más placer disfrutar del lado amable y brillante de esta mujer, y era reacio a entrar en una batalla de voluntades, particularmente porque ahora sabía que había muchas posibilidades de que ella ganara—. Pero ¿qué pasaría si, como sugiere este periódico, las mujeres mantuvieran su propiedad en el matrimonio? ¿Sabes cuántas propiedades se arruinarían sin la dote prometida de una potencial esposa?

—¿Y por qué caen en ruina tales propiedades? —lo desafió ella—. ¡Porque a los señores les gusta mucho más pasar su tiempo apostando y frecuentando prostitutas en lugar de cuidar adecuadamente lo que tienen la fortuna de poseer!

Posiblemente tenía razón, pero él no estaba dispuesto a admitirlo.

—La mayoría de las mujeres disfrutan del estatus que se les proporciona y de la oportunidad de pasar sus vidas criando a sus hijos y preocupándose únicamente por qué estilo de vestido usar en el próximo baile —dijo, paseando ahora por la habitación—. ¿Por qué tú no te sientes igual?

—Sabías desde el momento en que nos conocimos que yo nunca sería una mujer que se sintiera de esa manera —dijo ella, claramente enojada y aun así manteniendo un tono uniforme—. ¿Te parezco el tipo de mujer que estaría satisfecha con una vida en la que mi decisión más importante sea elegir entre usar azul o rojo?

Ciertamente no lo era.

—Si las mujeres y los hombres fueran iguales —continuó él—, ¿qué vendría después? ¿Mujeres peleando a puñetazos o enzarzándose en riñas cada vez que estuvieran en desacuerdo?

—Por supuesto que no —dijo ella con un resoplido—. Estás siendo ridículo. En primer lugar, los hombres no lo hacen cada vez

que discuten. En segundo lugar, las mujeres son mucho más civilizadas que eso.

—Entonces admites que hay una diferencia entre hombres y mujeres —dijo él, deteniéndose y volviéndose hacia ella con una sonrisa de satisfacción.

—Si estás generalizando, entonces a menudo, sí la hay —admitió ella—. Pero eso no significa que no deban ser iguales y respetados de la misma manera.

—Un verdadero caballero no hace *más que* respetar a las mujeres, ¿no lo entiendes? ¿Y qué hay de esta idea de que las mujeres solo se casen con hombres de su elección? —preguntó, levantando una ceja—. Tal como están las cosas, las mujeres no son *obligadas* a casarse. La mayoría de ellas eligen hacer lo que sus padres les piden. Si todas las mujeres eligieran por sí mismas, encontrarías a personas de todo tipo de clases casándose entre sí, ¡y toda nuestra sociedad estaría en desorden!

—Si el estatus es una preocupación tan grande para ti, entonces ¿por qué deseas casarte *conmigo*? —preguntó ella, con fuego ardiendo desde su interior mientras su cuerpo prácticamente temblaba—. Soy una dama, es cierto, pero la hija de un vizconde excéntrico. Seguramente un poderoso señor como tú podría conseguir algo mucho mejor. Pero ¿sabes, Lord Berkley, que tu madre no sufre de las mismas aflicciones y ego que tú? Es una lástima que no hayas heredado su gracia.

Él se llevó una mano a la cabeza, frotándose la sien donde había comenzado a dolerle. Suspiró y se sentó en uno de los sofás florales rosa. —No quiero discutir contigo, Phoebe —dijo, llenándose de derrota—. Y supongo que al final, no pensamos tan diferente como puedas creer. Solo me preocupan las repercusiones de que todas las mujeres se sientan así.

Levantó la mirada para encontrarla simplemente mirándolo, con el rostro impasible, y él levantó su mano, con la palma hacia arriba, en señal de súplica. Después de dudar un momento, ella la tomó y le permitió que la atrajera para sentarse en su regazo. Todavía podía sentir la tensión que irradiaba del cuerpo de ella, pero no lo apartó, y eso, consideró, era una victoria.

—Oh, Phoebe —dijo, llevando un dedo a su barbilla, inclinando su rostro para que lo mirara. Sus ojos verdes nadaban con pasión frente a los suyos—. ¿Qué vamos a hacer?

* * *

Si tan solo él supiera el alcance de su pregunta. Para él, era simplemente una cuestión de desacuerdo en sus visiones del mundo. Por muy importante que eso fuera, no era el fin de todo. Pero para ella, había mucho más involucrado. Estuvo a punto de decírselo, de soltar el hecho de que esas palabras que él tanto deploraba eran las suyas propias, pero él ya estaba bastante enfadado por el hecho de que una dama en general las hubiera escrito, y que ella creyera en ellas.

Cerró los ojos para bloquear la intensidad de su mirada, sus pómulos cincelados y su mandíbula tan tensa, y tomó un par de respiraciones profundas para controlar su temperamento y determinar sus siguientes palabras.

—Creo, Jeffrey —comenzó—, que tú, junto con tantos otros hombres, estáis asustados. Tenéis miedo del poder que las mujeres pueden tener y ejercer. La vida puede cambiar, sí, pero solo puede cambiar para mejor cuando todas las personas son iguales. No estoy diciendo que las mujeres vayan a desplazaros en el Parlamento o como dueños de vuestros estados, ciertamente no. Pero quizás nuestras opiniones deberían importar un poco más, sino otra cosa.

Levantó sus manos desnudas para acunar su rostro, la piel de él calentando sus palmas y la áspera barba incipiente de su mandíbula raspando sus manos.

—No seas como los demás, Jeffrey —dijo, su voz saliendo como un susurro urgente—. Sé mejor. Sé valiente. Conoces el poder de las mujeres mejor que nadie. Muestra a otros lo que puede suceder cuando un hombre como tú da ese paso que todos los demás tanto temen.

Sus ojos estaban llenos de confusión e indecisión, pero no refutó sus palabras. En cambio, llevó su mano grande y ancha a la parte

posterior de su cabeza, colocó su frente contra la de ella, y después de un momento de simplemente sostenerla con sus cabezas juntas, la besó. Ella colocó las manos en su pecho para alejarlo (estaban discutiendo momentos antes sobre todo en lo que ella creía, por el amor del cielo), pero entonces la lengua de él tocó la suya, y en lugar de empujar, sus dedos agarraron las solapas de su chaqueta y lo acercaron más.

Él suspiró en su boca y ella se relajó contra él —oh, ¿por qué era tan fácil permitir que todo se desvaneciera cuando este hombre la tocaba?—, pero entonces un rápido golpe en la puerta la hizo saltar hacia atrás.

Phoebe acababa de sentarse en su propio espacio en el sofá cuando su tía Aurelia abrió la puerta, con una amplia sonrisa adornando su rostro.

—¡Oh, Lord Berkley, qué maravilloso verlo! —dijo, entrando en la habitación, o bien ajena a lo que había estado ocurriendo antes de que entrara, o eligiendo ignorar la tensión en la habitación. Phoebe supuso que era lo segundo. Aurelia ciertamente no era la más estricta de las acompañantes, aunque probablemente había calculado su visita en consecuencia, ya que, como siempre le decía a Phoebe, le *había* prometido a su padre cuidar de ella—. Debemos agradecerle la maravillosa noche en el teatro. Vaya, no he disfrutado de una actuación así en mucho tiempo.

Jeffrey asintió hacia ella, y Phoebe se sorprendió de lo rápido que había recuperado el juicio. Quizás estaba acostumbrado a hacerlo con algunas hermanas rebeldes, por no mencionar a un perro que a menudo causaba literalmente un desastre.

Mantuvieron una conversación cuidadosa, educada por supuesto, pero Aurelia siempre sacaba un sentido de ligereza de todos, según había observado Phoebe. Cualquier tensión que quedara en la habitación tanto por su discusión como por el beso que había sido prematuramente interrumpido pronto se disipó, aunque los nervios de Phoebe permanecieron algo alterados. Ella había tenido la intención de contarle a Jeffrey sobre su papel como editora de *El Semanario de las Mujeres*, y ciertamente no era una conversación que quisiera tener con la tía Aurelia en la habitación. Quizás podría

ser una buena idea, ya que Jeffrey tendría muchas menos probabilidades de enfadarse, pero Phoebe preferiría tener la oportunidad de tener una discusión honesta y directa sobre ello, cualquiera que fuera el resultado.

—Bueno —dijo finalmente Jeffrey, levantándose—. Debería irme. Tengo algunos asuntos que atender.

—Te acompañaré a la salida —dijo Phoebe, colocando una mano en su brazo, sintiendo el calor que irradiaba de él.

Permanecieron en silencio hasta que llegaron al vestíbulo de entrada.

—Supongo —dijo Jeffrey, finalmente volviéndose y mirándola con una pequeña sonrisa— que si todas nuestras discusiones terminarán en un beso así, no debería estar del todo disgustado con la idea de tenerlas.

Ella se rio. Si no otra cosa, disfrutaba del hecho de que él pudiera, cuando así lo decidiera, aportar ligereza a tal situación.

—Jeffrey... —comenzó, sin saber exactamente cómo abordar el tema, o si este era siquiera el momento y lugar adecuados, pero él la interrumpió alcanzándola y colocando su dedo sobre sus labios.

—Lo sé —dijo él—. Pensaré en tus palabras y las tomaré en consideración.

Ella tragó saliva y asintió. —Haz lo que necesites hacer, Jeffrey. Al final, es tu decisión en tales asuntos, a pesar de mis sentimientos respecto a ellos.

Porque si él decidía perseguirla a ella y a *El Semanario de las Mujeres*, bueno, entonces su papel y su potencial matrimonio no importarían mucho de todos modos, ¿verdad?

—Lo sé —asintió, y abrió la boca como si fuera a preguntarle algo más, y su corazón latió con fuerza. Porque si se trataba de matrimonio, no tenía la menor idea de cómo debería responder. Sin embargo, él pareció considerar mejor no hacerlo, ya que se volvió para marcharse, aunque se detuvo en el vestíbulo de entrada, con un pie entre la entrada y el descansillo. Se volvió hacia ella, mirando de un lado a otro detrás de ella, aunque por qué, no estaba segura, tal vez buscaba la presencia de alguien más.

—Phoebe —dijo suavemente, con los ojos en los pies de ella antes de alzarlos para encontrarse con los suyos—. Solo quiero que sepas que me importas mucho.

Y con esa declaración, salió por la puerta y se dirigió hacia su faetón sin mirar atrás. Phoebe solo pudo quedarse allí mirándolo, con la boca abierta y su mente y corazón en tumulto.

CAPÍTULO 21



Le costó todo lo que tenía no darse la vuelta para ver su reacción, pero en lugar de eso, Jeffrey agitó las riendas y se marchó, intentando reorientar sus pensamientos hacia su siguiente plan de acción. Fleet Street. Era donde todos los impresores parecían haberse establecido, y donde la mayoría de los periódicos hacían negocios. Allí, esperaba encontrar respuestas y determinaría sus propios siguientes pasos.

Había estado a punto de preguntarle una vez más sobre su propuesta de matrimonio, de decirle con mucha más elocuencia todo lo que fluía por su mente, pero las palabras que ella le había dicho le revelaron algo completamente distinto: que, quizás, su decisión sobre este maldito periódico afectaría los pensamientos de ella.

Y así, en lugar de preguntar lo que realmente quería saber, simplemente le dijo cómo se sentía, marchándose rápidamente para que no hubiera presión sobre ella para corresponder sus palabras de una manera u otra.

Jeffrey tenía ahora la marca del impresor, pero no estaba totalmente seguro de por dónde empezar. Le lanzó unas monedas a un muchacho con promesa de más para que cuidara su faetón, y luego comenzó a caminar rápidamente por la calle, mirando en un escaparate y luego en el siguiente hasta que finalmente encontró lo que buscaba. Este debía ser un taller de impresión, a juzgar por los anuncios que se mostraban en la ventana. Empujó la puerta,

esperando un momento hasta que finalmente un hombre salió a recibirlo.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarle, mi señor? —preguntó el hombre, su espeso bigote moviéndose al ritmo de sus palabras.

—Eso espero —respondió Jeffrey, mostrando el periódico—. Estoy buscando al editor de este periódico. No estoy seguro de dónde encontrar la ubicación del edificio, pero esperaba que pudiera ayudarme. Esta es la marca del impresor, ¿sería la suya?

—No, mi señor, lo siento, pero no puedo ayudarle —dijo el hombre negando con la cabeza—. Si mira nuestro cartel, tenemos una marca completamente diferente. —Hizo una pausa por un momento—. Si continúa calle abajo unas cuantas puertas, creo que encontrará al impresor que busca. Aunque si necesita impresiones propias, ¡asegúrese de volver aquí a Flynn's!

Jeffrey asintió agradecido antes de continuar con su búsqueda, viendo pronto el letrero que el impresor anterior le había señalado. Cuando entró en este establecimiento, parecía no tan limpio, no tan eficiente, pero probablemente era menos costoso, lo que sería importante para una publicación incipiente.

—¿Mi señor?

Jeffrey se sorprendió cuando una mujer salió de la trastienda para saludarlo. Bueno, pensó, recuperándose, esto tenía mucho más sentido. Por supuesto, *El Semanario de las Mujeres* elegiría una imprenta en la que una mujer, si no era la propietaria, estuviera firmemente establecida dentro del negocio. Aunque esto podría dificultarle la obtención de la información que buscaba.

—Hola —dijo con todo el encanto que pudo reunir, aunque era consciente de que no le salía exactamente de forma natural—. Esperaba que pudiera ayudarme.

—Espero poder hacerlo también, mi señor.

—Soy un admirador de una de las publicaciones que ustedes imprimen, y espero ponerme en contacto con la editora para ofrecer mi apoyo.

Ella lo miró con recelo. Aparentemente, no era una petición habitual.

—¿Qué publicación le interesa, mi señor?

—*El Semanario de las Mujeres*.

Sus ojos se ensancharon, y luego lo sorprendió al soltar una risotada. —Estoy segura de que así es, mi señor. Desafortunadamente, no puedo ayudarle.

—¿No? —preguntó él—. Es una lástima. Tengo una donación financiera sustancial que ofrecerles.

Su risa se apagó mientras lo consideraba. —¿Y qué buscaría un hombre como usted con el apoyo a semejante periódico?

—Tengo la bendición de cuatro hermanas que disfrutan enormemente de la publicación —dijo—. Me gustaría hacer la donación en su nombre.

—¿Qué le parece esto? —preguntó ella—. Si me deja su información, se la enviaré a la editora y haré que se ponga en contacto con usted.

—Muy bien —dijo Jeffrey, dándose cuenta de que no conseguiría avanzar más con esta mujer, que era tan leal como todos los demás a esta editora tan esquiva. Le entregó su tarjeta—. Le agradecería que fuera lo más rápido posible.

Ella asintió y le deseó buen día, observándolo atentamente mientras salía del edificio. Sin embargo, él no continuó hacia casa. No, en su lugar esperó a la vuelta de la esquina. Llevó algún tiempo, más del que le hubiera gustado. Pero fue recompensado por su paciencia cuando, poco después, vio a un joven muchacho —sin duda un mensajero— salir corriendo por la puerta principal. Jeffrey tuvo que apretar el paso para seguirlo, pero afortunadamente no pasó mucho tiempo hasta que el muchacho abrió la puerta de un edificio calle abajo: 53 Fleet Street. Era bastante discreto, sin mostrar nada de su verdadera identidad en el exterior. Ante la fachada gris pizarra, puntuada únicamente por una ventana ahumada, se preguntó por la prosperidad de la editora. Aunque claramente no habría sido el inmueble más caro disponible para oficinas, se preguntaba de dónde sacaría una mujer tales fondos. Quizás el título de "dama" era simplemente una artimaña, y había un hombre detrás del esquema, obteniendo una suma significativa de la publicación que aparentemente las mujeres compraban en masa.

¿Debía llamar a la puerta de entrada de tal establecimiento? No, decidió, empujando la puerta, que crujió ligeramente al hacerlo. Un pequeño escritorio de madera marcada por cicatrices estaba cerca de la puerta, con una silla detrás, pero nadie estaba sentado esperándolo a él ni a ninguna otra visita. Caminó por el corto pasillo, mirando para encontrar una habitación pequeña, tenue y vacía, luego otra, antes de que finalmente una puerta abierta revelara un espacio bastante grande, lleno de filas de escritorios, con un banco de ventanas largas y estrechas a lo largo de la pared lateral, sin mostrar nada más allá que otro edificio al lado.

Aquí, un par de mujeres estaban sentadas en las mesas, una garabateando en el papel frente a ella, la otra alineando filas de hojas de papel, y se preguntó si estaba determinando el diseño para el próximo número. El muchacho al que había seguido estaba a punto de pasar la nota a una de las mujeres, pero se detuvo cuando Jeffrey entró.

—Disculpen —dijo Jeffrey en el silencio de la habitación, y ambas mujeres jadearon, la que estaba de pie girándose hacia él mientras se agarraba el pecho.

—Mis disculpas, mi señor —dijo ella algo sin aliento—. No le oí entrar.

—No había nadie en la puerta cuando entré —explicó él, y ella asintió.

—Es cierto —dijo ella—. Es cierto. Lo habrá a su debido tiempo.

Si se refería a más tarde ese día, o más adelante en el futuro, no tenía ni idea, pero no lo cuestionó más: no le suponía mucha diferencia.

—Estoy aquí para hablar con su editora —dijo, y los ojos de la mujer se estrecharon ligeramente mientras lo examinaba. Era un poco regordeta, de la edad de su madre, pensó, su cabello oscuro con un toque de gris. Pero parecía bastante... competente, decidió, y se preguntó si había encontrado a la mujer que buscaba—. ¿Sería usted la mujer que busco? —preguntó cuando ella no dijo nada.

—No —dijo, negando con la cabeza, no tanto en negación de sus palabras, sino como si se estuviera sacando de una especie de

trance—. Perdóneme. Soy la señora Ellis. Rhoda Ellis, y soy la redactora de este periódico.

—Es un placer —dijo él con toda la cortesía con la que había sido criado.

—¿Puedo preguntar qué asunto tiene con nuestra editora? —preguntó sin rodeos, sin compartir ninguna información sobre si estaba disponible o no.

—Es un asunto personal —dijo él—, uno que requiere una conversación directamente con la editora. Verá, soy un defensor del periódico, y deseo hablar con ella sobre lo que podría hacer posiblemente para ayudar a asegurar el éxito de esta publicación.

La señora Ellis cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó contra una de las mesas. La otra mujer presente —una joven, con cabello rubio peinado hacia atrás, observaba su intercambio con interés.

—Nuestra editora... no está en este momento —respondió la señora Ellis, y Jeffrey almacenó esa información: así que la editora era una mujer, como había sospechado inicialmente. Pero, ¿cómo manejaba una mujer una operación como esta?—. De hecho, es el día en que muchas de nuestras escritoras están fuera recopilando material para sus columnas e historias. ¿Quizás podría volver mañana?

—Muy bien —dijo él—. Quizás lo haga. Señora Ellis, ¿no supongo que podría mostrarme las oficinas? Si voy a ofrecer mi apoyo, me gustaría ver dónde se necesita.

Estaba algo aprensiva por su petición, podía notarlo, pero finalmente asintió con la cabeza y agitó una mano para que la siguiera.

—No hay mucho, realmente, no en este momento —dijo mientras caminaban de vuelta al pasillo—. Acabamos de estar en la sala donde se reúnen las escritoras cuando están en el edificio, aunque muchas eligen escribir sus columnas en sus propias casas y enviárnoslas. También nos reunimos allí de vez en cuando. Solo otras dos oficinas están actualmente en uso. Esta es la mía, a su izquierda, y luego junto a mí, una puerta más allá, está la de nuestra editora.

Entró en la oficina de la editora, sin encontrar apenas nada de interés con la excepción de papeles dispersos por el escritorio, una pluma de ave en la superficie, y manchas de tinta en la madera asomando por debajo de todo.

Jeffrey se inclinó sobre el escritorio en un intento de ver qué podría haber en la parte superior de la pila, al menos, pero la señora Ellis era claramente consciente de su intención cuando se interpuso firmemente frente a él, una sonrisa forzada cubriendo su rostro mientras extendía un brazo para indicarle que saliera por la puerta.

—Eso es todo lo que hay que ver —dijo educadamente, aunque con cierta tensión.

—No escuché el nombre de su editora —dijo él con toda la naturalidad que pudo mientras continuaban hacia la entrada principal.

—Eso es porque no se lo dije, mi señor —respondió ella—. ¿Y el suyo?

—Perdóneme —dijo él, encontrando una tarjeta en su bolsillo y pasándosela—. Jeffrey Worthington, Marqués de Berkley. Ha sido un placer conocerla, señora Ellis. La veré de nuevo mañana.

CAPÍTULO 22



Para cuando Phoebe llegó al número 53 de Fleet Street, aún no había logrado controlar sus emociones. Tenía tendencia a dejar que sus pensamientos y opiniones se le escaparan, causando que dijera cosas que no debía, o mostrara *demasiado* pensamiento o emoción. Lo que era nuevo para ella, sin embargo, era esta indecisión que la atormentaba. Normalmente no tardaba mucho en tomar una decisión y seguir adelante con los siguientes pasos.

Empujó la puerta de las oficinas, doblando la esquina para encontrar que algunos de sus escritores estaban en el edificio, con Rhoda saltando a sus pies en el momento en que Phoebe entró en la habitación.

—¡Señorita Winters! —dijo, acercándose mientras la consternación de Phoebe aumentaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, leyendo la preocupación en el rostro de Rhoda.

—El hombre... el que estuvo preguntando por usted antes, del que Ned nos habló. Pues bien, estuvo aquí.

—El marqués —fue una afirmación, no una pregunta, y Phoebe sacó una silla y tomó asiento, dándose cuenta de repente de que Ned estaba en la habitación, sentado junto a la ventana, con los pies colgando sobre el suelo.

—Ned —dijo, extendiendo una mano—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, señorita Phoebe —dijo—. Muchas gracias a usted. Mi madre me pidió que le diera las gracias también.

—Por supuesto —dijo Phoebe, conociendo las circunstancias de Ned: que en casa solo estaba su madre, sin nadie más para mantenerlos. Ella era costurera, pero con un par de pequeños más, le resultaba difícil mantenerse. Phoebe sabía que no era exactamente la mejor práctica empresarial pagar a Ned —o a los otros chicos— tanto como lo hacía por distribuir el periódico una vez a la semana, pero al menos estaba ayudando a marcar la diferencia en familias que necesitaban una mano.

—Cuando Ned pasó por su paga, le pedí que se quedara un momento para que usted pudiera determinar si era el mismo hombre, pero parece que ya conoce bien su identidad —dijo Rhoda, y Phoebe asintió, recostándose en la silla.

—Pidió hablar con usted —continuó Rhonda—. Bueno, no específicamente con usted, sino con la editora. Dijo que estaba aquí para reunirse con usted sobre proporcionar apoyo financiero al periódico, y fue bastante convincente, pero no estaba completamente segura. Le dije que usted volvería mañana si quería hablar directamente con usted. No estaba segura si eso era lo correcto. Lo siento si no lo fue.

—No hay nada de qué disculparse, Rhoda —dijo Phoebe, levantándose de su silla—. Este no debería ser un problema que tengas que manejar. De hecho, él tiene razón al preguntar por mí, pues como editora, este es mi papel: manejar estas situaciones, mientras tú te ocupas de la parte editorial. Conozco al hombre y hablaré con él.

—¿Nos cerrará? —preguntó Collette desde detrás de Rhoda, con los ojos muy abiertos—. Necesito este trabajo, señorita Winters. Tengo que trabajar para vivir, y si no estoy escribiendo, bueno, mis opciones son bastante limitadas, me temo. No tengo formación en nada más que en convertirme en esposa algún día, siendo parte de la alta burguesía y todo eso, pero ahora manteniéndome a mí misma...

Aunque se detuvo, Phoebe podía prácticamente leer sus pensamientos. Collette se había negado a casarse con el marido que sus padres habían elegido para ella, y por eso le dijeron que la única otra opción era marcharse. Ya no la mantendrían, no cuando habían

encontrado a un marido que lo hiciera en su lugar. Collette había abandonado su hogar en el campo y se había abierto camino hasta Londres. Le dijo a Phoebe que no tenía ni la paciencia ni la habilidad para convertirse en institutriz, probablemente la despedirían el primer día como sirvienta, sus habilidades de costura eran pésimas, y convertirse en amante era demasiado aterrador de soportar.

Cuando Collette había visto el anuncio para un escritor, había sentido como si todas sus oraciones hubieran sido respondidas.

Y ahora Phoebe ciertamente no quería decepcionarla, ni a ninguna de las mujeres o jóvenes que trabajaban aquí, y especialmente no a las personas que leían y apoyaban *El Semanario de la Mujer*.

—No permitiremos que él ni nadie más amenace nuestra existencia —dijo con firmeza, aunque en verdad no estaba ni de lejos tan segura como parecía exteriormente. Hombres como Lord Berkley y sus pares tenían un poder que ella nunca podría imaginar —. Déjalo en mis manos.

Y, confiando la preparación de los artículos para la edición de esta semana a las capaces manos de Rhoda, se dirigió a su oficina, encontrando una hoja de papel y una pluma. Garabateó una nota, la selló y luego escribió en el exterior una de las direcciones más respetadas de todo Mayfair. Esta noche Jeffrey sabría no solo de su papel, sino de su determinación a no perderlo.

* * *

Jeffrey se sentó cansadamente en la amplia silla de cuero detrás del escritorio en su estudio con un suspiro. Paz y tranquilidad, por fin.

Después de su visita con Phoebe y luego a las oficinas del periódico, Jeffrey estaba lleno de indecisión. Al entrar por el vestíbulo de su casa, apenas tuvo un momento para tomar aliento antes de que sus hermanas cayeran sobre él. Como siempre, estaban ansiosas por preguntarle sobre los últimos compromisos a los que habían sido invitadas, su necesidad de encontrar un vestido nuevo que estuviera tanto a la última moda como completamente

diferente de lo que cualquier otra mujer llevaría, y por cuestionarle sobre lo que él mismo había hecho durante todo el día.

—No es justo —suspiraban respecto al hecho de que Jeffrey pudiera hacer lo que quisiera, mientras que ellas tenían que pedir permiso y una carabina que las acompañara dondequiera que fueran.

—Soy un marqués —les recordaba, aunque ellas no estaban tan impresionadas por el hecho como la mayoría de las otras personas, porque solo ponían los ojos en blanco y continuaban con su incesante charla. Después de conseguir escapar de ellas, hizo las cortesías necesarias con su madre y luego se recluyó en su despacho. Allí, encontró correspondencia esperándole, por supuesto. Nunca terminaba. Sin embargo, su corazón se aceleró cuando notó una nota en la parte superior con lo que se había convertido en una letra bastante familiar cubriendo su exterior.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —se preguntó en voz alta, y Harper, que andaba trajinando por la oficina para asegurarse de que todo estaba en orden para su señor, aunque Jeffrey le aseguró que no tardaría mucho, levantó la vista con una pregunta en sus ojos.

—Mis disculpas, Harper, estaba hablando conmigo mismo en voz alta.

El mayordomo asintió, pero luego Jeffrey continuó:

—¿Cuándo llegó esta última correspondencia?

—Poco antes de que usted llegara, mi señor.

—Muy bien —asintió, preguntándose qué tendría que decir Phoebe que no se hubiera dicho ya en su conversación de hoy. Estaba seguro de que ella estaba esperando averiguar qué había decidido hacer con su búsqueda para derribar *El Semanario de la Mujer*. Sabía que a ella le gustaba leer el maldito periódico, pero ¿realmente significaba tanto para ella? ¿Más que un matrimonio con él? Aunque en el fondo, era muy consciente de que era más que el periódico. Era la diferencia en las creencias que estaban inculcadas en cada uno de ellos.

Estaban en un punto muerto, y si esto iba a ir más lejos, uno de ellos tenía que ceder, o si no... No quería pensar en ello. Dejó de preguntarse qué podría ser y leyó su nota rápidamente garabateada.

No era una carta de amor, eso era seguro, sino más bien estaba solicitando que él fuera a verla esta noche, mucho después de una hora social aceptable, particularmente para que un hombre visitara a una joven soltera. ¿Estaría su tía presente, o era esta una petición para la conversación que él esperaba, que ella aceptaría su propuesta de matrimonio a pesar de lo que él eligiera hacer con respecto a sus responsabilidades como par? Porque de eso se trataba, y nada más.

* * *

Como se le había pedido, Jeffrey se encontró en la puerta de la casa que bordeaba Cavendish Square exactamente a las diez en punto. ¿Debería llamar? Al instante se sintió como un idiota por siquiera pensarlo. Por supuesto que debería llamar. No estaba aquí para alguna cita secreta. Había sido invitado aquí para una educada discusión con la dama de la casa. Es cierto que no era exactamente convencional, pero era Phoebe quien lo había invitado, y como había comprobado anteriormente una y otra vez, ella no era una mujer particularmente convencional.

Se sorprendió ligeramente cuando ella misma abrió la puerta. Solo pudo quedarse allí por un momento mientras la contemplaba. Sus ojos verdes parecían como si le estuvieran haciendo señas, la forma en que lo miraba a través de la tenue luz. Llevaba un vestido de azul medianoche que, aunque de corte modesto, sin guantes y con su cabello oscuro flotando alrededor de sus hombros, lo atraía como una sirena llamando a los marineros hacia las rocas: llena de peligro pero completamente imposible de resistir. En este momento ella podría pedirle cualquier cosa y él no sabía cómo podría negarse.

Ella le devolvió la mirada en igual medida, una solitaria lámpara en la pared detrás de ella delineando su silueta, hasta que finalmente pareció darse cuenta de que aún no había dicho nada.

—Oh, perdóneme —dijo, sacudiendo la cabeza mientras una sonrisa ligeramente avergonzada jugueteaba en sus labios y abría más la puerta—. Entre, por favor.

Lo hizo, volviéndose hacia ella una vez que estuvieron dentro del pequeño e interesante vestíbulo.

—Gracias por venir —dijo ella, aunque él estaba teniendo dificultades para concentrarse en algo que no fuera el rojo de sus labios mientras se movían. Luego ella extendió la mano y deshizo los lazos de su capa, extendiendo su mano para que él se la quitara y se la pasara junto con su sombrero. No estaba seguro de exactamente cómo navegar por esto, nunca antes había entregado su ropa de abrigo a una mujer.

—¿Dónde está su mayordomo? —preguntó en cambio.

—Se ha retirado —dijo ella—. Es bastante anciano, y se agota pasadas las nueve.

—¿Y aún lo mantiene?

—¡Por supuesto! —respondió, algo indignada—. Glover ha estado con nosotros desde hace siglos, y permanecerá con nosotros hasta que él determine que es hora de dejar sus funciones. Ha sido leal a mi familia durante años, y ciertamente no lo abandonaré.

—Nunca quise sugerir...

—Mis disculpas —dijo ella, su rostro perdiendo su dureza mientras tomaba su capa de su mano antes de que él pudiera protestar—. Estoy un poco nerviosa esta noche y me temo que está sacando lo peor de mí.

—¿Exactamente de qué tienes que estar nerviosa? —preguntó, esperando que fuera porque tenía una respuesta para él, pero sin querer hacerse demasiadas ilusiones.

Ella no dijo nada, pero, habiendo guardado sus prendas, se volvió hacia las escaleras y comenzó a subir.

—Ven —dijo, haciendo un gesto con la mano, y por supuesto él fue incapaz de resistirse—. Evitaremos el salón de mi padre esta noche, creo. El otro es mucho más cómodo.

En realidad, a él le gustaba bastante el salón de su padre, aunque era tan excéntrico como el hombre mismo. Era interesante, a diferencia de cualquier otro que hubiera visto antes en toda Inglaterra. Pero hizo lo que ella dijo, siguiéndola por el pasillo. Dondequiera que ella eligiera llevarlo, parecía inclinado a seguirla, si era honesto.

La habitación en la que entraron estaba débilmente iluminada, el rugiente fuego en el hogar proyectando un resplandor por toda la habitación, iluminando los finos muebles, las paredes doradas y el rostro de la mujer que se sentaba en el sofá frente a él. Por mucho que anhelara sentarse a su lado, pasar sus dedos por su rostro mientras observaba sus expresiones cambiantes, tenía la sensación de que esta era más una ocasión para una conversación seria, y así en su lugar tomó asiento frente a ella, donde esperaba poder concentrarse mejor en lo que ella tuviera que decir.

—¿Se unirá Lady Aurelia a nosotros? —preguntó, aunque sabía la respuesta antes de que ella comenzara a negar con la cabeza.

—No, la tía Aurelia está en un compromiso esta noche —respondió.

—¿Y elegiste no asistir con ella?

—No —dijo con otra negación—. Es una reunión entre amigos con los que ha estado bien relacionada durante años. Me temo que si la acompañara, yo sería la más joven por un par de décadas. ¡No tienen ningún deseo de que asista!

—Creo que siempre serías una invitada bienvenida en las fiestas —murmuró, y entrecerró los ojos en la tenue luz para determinar mejor si sus mejillas se habían vuelto rosadas. ¿Estaba Phoebe sonrojándose por un simple cumplido suyo? Realmente estaba fuera de sí esta noche.

—No diría que ese es siempre el caso, Lord Berkley.

—Jeffrey.

—Sí, Jeffrey, mis disculpas —dijo, sonrojándose aún más—. Pero verás, a veces se me puede encontrar discutiendo y abofeteando a marqueses muy educados y respetados en los salones de bailes, lo que no me convierte en la invitada ideal.

Él se rio de eso, y la tensión en la habitación disminuyó un poco. Le encantaba que ella pudiera sacar esto de él: el lado despreocupado que tan a menudo estaba oculto bajo el peso de sus responsabilidades.

Ella tomó aire, se levantó y luego se sentó a su lado en el sofá. Oh, deseaba que no hubiera hecho eso. Ahora estaba demasiado cerca, y su aroma a naranjas y canela llenaba sus sentidos,

emanando de su cabello suelto. Sus pensamientos bien ordenados y calculados comenzaron a huir, reemplazados solo por pensamientos de ella, con él, debajo de él... tomó una brusca inhalación de aire.

—Phoebe —murmuró, tomando sus manos en las suyas y llevándolas a su regazo—. Antes de que digas algo, siento que hay algunos aspectos de nuestra... relación que debería aclarar. Cuando te susurré esas palabras en el teatro, parecieron impulsivas y quizás presuntuosas. Así que me gustaría explicarte mejor mis pensamientos.

Miró profundamente en sus ojos, que estaban tan turbios como las aguas de un estanque de campo. Ocultos en ellos estaban sus pensamientos con respecto a él y sus palabras, pero no podía distinguirlos más de lo que podía determinar un patrón de las estrellas en el cielo nublado.

—Cuando nos conocimos, fue... apasionado, supongo que podrías decir, aunque no de la manera que uno podría esperar. Todo lo que te oí decir iba en contra de toda mi moral, todas las creencias arraigadas con las que mi padre me crió. Y sin embargo, había algo en ti que me atrapó y no me dejaba ir. Te negaste a abandonar mi mente, y cada vez que te veía, en realidad encontraba más cosas que me gustaban de ti, que me atraían aún más. Te llevas muy bien con mi familia, que puede ser bastante difícil. Amas a mi perro, que la mayoría encuentra bastante exigente, y eres amable. Eres generosa, honesta y buena. Defiendes aquello en lo que crees. E incluso si no comparto esas mismas creencias, bueno, un esposo y una esposa están destinados a discrepar una y otra vez, ¿no es así? Mientras se preocupen el uno por el otro y por sus familias, eso es lo que realmente importa. Así que, por favor, sé mi esposa, Phoebe Winters.

Sus ojos se humedecieron mientras él hablaba, y sonrió suavemente hacia ella, porque sabía que, a pesar de su duro exterior, el corazón de Phoebe era verdadero.

—Oh, Jeffrey —dijo con un pequeño gemido, y él tomó eso como aceptación, e inclinándose, rozó suavemente sus labios sobre los de ella. Simplemente saboreó al principio, mordisqueando lentamente su labio inferior, lamiendo suavemente el superior. Las manos de ella

llegaron a su pecho, y por un momento tuvo una extraña preocupación de que ella lo apartaría, pero en su lugar sus dedos se clavaron en su pecho, y su respiración se entrecortó.

Envolvió sus brazos alrededor de ella y la acercó, embriagado con el pensamiento de que todo lo que esta mujer era —difícil, pero verdadera— sería suyo, para siempre.

CAPÍTULO 23



Realmente no debería estar haciendo esto. No, debería detener este beso, apartarlo y decirle la verdad - su verdad. Mientras él le hablaba, sus palabras habían provocado en ella la más extraña combinación de emociones: culpa, sí, pero también pasión y un remolino en su pecho que tardó un momento en reconocer. Mientras la besaba, con su cuerpo pegado al suyo, irradiando su calor masculino hacia ella, casi se sobresaltó ante la repentina revelación que inundó su mente. Lo amaba. Amaba a Jeffrey Worthington, ese hombre contradictorio e imposible. Maldita sea. Esto no era bueno, nada bueno. Porque cuando él la rechazara, y estaba segura de que lo haría, demonios, dolería más que cualquier cosa que pudiera imaginar desde la muerte de sus padres.

Díselo, Phoebe. Apártalo y díselo ahora mismo.

Pero, oh, era delicioso, su sabor una mezcla de brandy y café que sorprendentemente le resultaba atractiva. Sus manos se movieron desde su pecho hasta rodear su cuello, y en ese momento detestó la corbata que tan cuidadosa y apretadamente ocultaba la piel debajo. Quería deslizar sus dedos por su cuello, su pecho, sentir la fuerza de los músculos que solo podía imaginar escondidos bajo sus capas de ropa.

Cielos, ¿qué le estaba haciendo? La estaba convirtiendo en una tonta aturdida, al parecer, mientras los pensamientos volaban de su cabeza, para ser reemplazados solo por la necesidad de estar más cerca de él, de tener más de él. Claramente no estaba sola en sus

sentimientos, pues Jeffrey colocó una mano detrás de su espalda mientras lentamente la recostaba sobre el sofá, crujiendo la madera dorada bajo su peso.

El estrecho mueble ciertamente no estaba hecho para que dos personas se estiraran a lo largo, y Jeffrey gruñó con evidente frustración mientras intentaba mantener a ambos sobre el pintoresco sofá. Cuando levantó una mano para llevarla a su cabello, ella casi se cayó del maldito mueble y soltó un chillido de sorpresa.

—Maldita sea —murmuró, y entonces, con asombrosa fuerza, la levantó antes de depositarla sobre la alfombra Aubusson a sus pies. Él se cernió sobre ella, una rápida sonrisa extendiéndose por sus labios—. Mucho mejor —dijo, antes de descender una vez más.

Ahora que tenía pleno uso de sus manos, parecían estar en todas partes al mismo tiempo: recorriendo sus brazos desnudos, acariciando la parte superior de su hombro, pasando por su cabello. Pronto sintió sus mechones rozar sus hombros sorprendentemente desnudos, y sus labios se movieron para acariciar su clavícula, antes de bajar hasta la parte superior de su corpiño. Su aliento le hacía cosquillas en el levantamiento de su pecho sobre el vestido, y la sorprendió al tomar la parte superior de su corpiño entre sus dientes antes de bajarlo lentamente para que sus pechos quedaran expuestos ante él. Con evidente deleite en su rostro, ahuecó uno y luego el otro, acariciándola reverentemente con sus pulgares.

—Eres exquisita —susurró, con el rostro lleno de éxtasis, y un estremecimiento la recorrió ante la idea de que tal mirada hacia ella provocara esos sentimientos en él. Sabía que debería cubrirse, esconderse de él, pero descubrió que quería que la mirara, necesitaba ver ese deseo evidente en sus ojos, que se habían oscurecido tanto que parecían casi negros.

Llevó sus labios a uno de sus pechos, y ella casi se elevó del suelo con la sensación que la recorrió como resultado. ¿Qué demonios...?

—¿Te gusta eso? —murmuró.

—Quizás.

Él se movió hacia su otro pecho, esta vez raspando ligeramente su pezón con los dientes, y ella dejó escapar un gemido.

—Tomaré eso como una respuesta afirmativa —dijo, inclinando su rostro para mirarla y sonriendo maliciosamente. Ella tragó saliva con dificultad, sin querer nada más que él lo hiciera de nuevo, una ola desconocida de calor llenándola cuando él cumplió con su pensamiento no expresado.

Esto era diferente a cualquier cosa que hubiera sentido antes, y sin embargo, de alguna manera, quería más incluso que esto. Sus dedos llegaron a esa maldita corbata, desatándola y quitándola con un gran tirón antes de arrojarla a un lado, exponiendo la piel que tan urgentemente quería explorar.

Sus manos rodearon su cuello, deslizándose sobre la barba incipiente que se extendía sobre su nuez de Adán, antes de encontrar la piel suave que conducía a un ligero remolino de vello en la parte superior de su camisa. Agarrando las solapas de su chaqueta una vez más, la empujó hacia abajo sobre sus brazos, antes de que sus dedos comenzaran a desabotonar el chaleco debajo. Cuando solo quedaba su camisa, dudó por un momento, repentinamente tímida, pero cuando sus dedos comenzaron a deslizarse por sus piernas, que estaban desnudas debajo de su vestido de muselina y enagua, se envalentonó una vez más y se deshizo rápidamente de los botones de su camisa.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó él con una ceja arqueada, y ella negó con la cabeza enérgicamente.

—No, pero soy una mujer eficiente y decidida, Jeffrey —dijo Phoebe, guiñándole un ojo, y él dejó escapar un ruido que era en parte risa, en parte gemido mientras dejaba sus piernas tranquilas por un momento para levantar su camisa por encima de su cabeza, y ahora era el turno de ella de empujarlo hacia atrás en el suelo, levantándose sobre él para poder verlo mejor.

Había tenido razón. Esos músculos que ella había imaginado tan sólidos debajo de su camisa estaban tan definidos desde su pecho hasta la parte inferior de su torso que se le secó la boca mientras sus ojos lo recorrían. El patrón de vello en su pecho era tan rubio como el cabello de su cabeza, y ella extendió la mano para pasar sus dedos por él, fascinada por esta, su primera vista de un hombre medio vestido de cerca. Bueno, ciertamente él había tenido razón en

una cosa. Había diferencias entre hombres y mujeres que no podían negarse. Y sin embargo, incluso aquí, sus dos cuerpos encajaban, se complementaban entre sí, como debería ser en todos los aspectos de la vida, ¿no?

Sus pensamientos se desvanecieron mientras continuaba por su cuerpo, notando que el vello se reducía sobre su abdomen, excepto por un ligero sendero que iba desde su ombligo hasta debajo de la cintura de sus pantalones. Los ojos de Phoebe se ensancharon mientras lo asimilaba, sus dedos volviéndose ligeramente menos valientes a medida que vagaban en esa dirección.

Sintiendo su vacilación, él aprovechó. Cubrió sus dedos con los suyos, haciéndolos rodar a ambos para que quedaran sobre la lujosa alfombra lado a lado, sus rostros nivelados. Sin romper el contacto visual, volvió a sus caricias anteriores, sus dedos alcanzando hacia abajo para levantar su pierna un poco más alto para un mejor acceso. Envolvió su mano alrededor de su tobillo, acariciándolo con su pulgar, y ella agradeció estar usando solo su sencillo vestido de día con una enagua debajo. Sus dedos se deslizaron lentamente hacia arriba, aparentemente sin dejar ninguna sección de su pierna sin explorar mientras continuaba.

Cuando coronó su rodilla, sus nervios parecían tan expuestos, su cuerpo tan inquieto, que quería incorporarse de un salto y salir corriendo de la habitación, pero la mirada segura del chocolate cálido de sus ojos la tranquilizó, manteniéndola en su lugar. Sabía con absoluta certeza que podía abrir la boca y decirle que se detuviera, que ya no deseaba esto y él haría lo que ella dijera, pero eso sería más mentira que cualquier otra cosa que le hubiera dicho anteriormente. Su respiración se aceleró cuanto más alto subía su mano, su corazón latiendo tan fuerte y rápido que estaba segura de que él podía oírlo, más fuerte incluso que el tictac del reloj de bronce dorado en la repisa de la chimenea.

Pero entonces notó que él también jadeaba ligeramente, y le resultó curioso el hecho de que estuviera tan afectado cuando era él quien le estaba haciendo esto a *ella*. Cerró los ojos por un momento, tanto para esconderse de él como para deleitarse con las

sensaciones, pero entonces él susurró su nombre, y sus párpados se abrieron de golpe para encontrarlo de nuevo.

Jadeó cuando sus dedos llegaron entre sus muslos, y él levantó su rodilla para apoyarla entre las de ella para abrirla hacia él. ¿Era una ramera por querer que él continuara, por no alejarlo? Pero no, se dio cuenta mientras mantenía su mirada fija, sus ojos bien abiertos en su rostro, que ahora había adoptado una expresión tensa. Esto era lo que significaba estar con alguien por quien te preocupabas enormemente o incluso amabas. Porque lo hacía. Lo amaba.

Sus pensamientos huyeron cuando sus dedos alcanzaron entre sus pliegues y encontraron el lugar más sensible de todo su cuerpo. Su pulgar la acarició, y finalmente rompió sus miradas entrelazadas, echando la cabeza hacia atrás con un grito mientras él continuaba sin piedad acariciándola, su pulgar aumentando la presión mientras se movía en círculos, llevándola a la locura. Si así se podía sentir solo con sus dedos...

Inquieta, llevó su mano a la abertura de sus pantalones, y él negó con la cabeza.

—Phoebe —murmuró—, déjame complacerte. No tienes que...

—Quiero hacerlo —susurró, mirándolo urgentemente como para asegurarle su deseo—. Y no hago nada que no desee hacer —añadió.

Él asintió, sus ojos fijos en ella.

—Si en algún momento quieres parar, solo dilo —dijo con voz baja y ronca, y ella asintió, comprendiendo completamente y confiando en lo que él le decía. Sus manos se apartaron mientras le permitía desabotonar torpemente la abertura de sus pantalones, y él rodó encima de ella, hasta que estuvo entre sus rodillas, y su cuerpo, en la luz parpadeante de la lámpara en la pared y la vela encima de la mesa junto a ellos cruzándose sobre él, era asombrosamente hermoso.

Ella extendió la mano para atraerlo hacia ella, y él accedió. Se preparó para que él entrara en ella, pero en cambio, después de primero levantar sus faldas para acomodarlas alrededor de su cintura, sus manos la encontraron una vez más, esta vez mucho más

insistentemente, mucho más urgentemente, y ella se encontró alejándose del presente para perderse en sensaciones como nunca antes lo había hecho. Fue solo cuando todo su cuerpo comenzó a pulsar, con olas de las más finas llamas que jamás podría imaginar recorriéndola, que él se enfundó dentro de ella, y ella dejó escapar un jadeo mientras dolor y placer se entremezclaban.

Él apoyó su frente contra la de ella, besando sus labios suavemente antes de hacer llover besos sobre sus mejillas, nariz y barbilla, luego inclinando su cabeza para encontrar sus pechos una vez más, succionando y haciendo que el deseo comenzara a construirse de nuevo. El dolor comenzó a retirarse, y ella se movió tentativamente contra él muy lentamente para experimentar cómo se sentiría. Y era... bueno. Se sentía muy, muy bien.

Jeffrey la miró con interrogación, y cuando ella asintió, él comenzó a moverse, un lento vaivén, y era casi tortuoso. Su ritmo comenzó a aumentar, hasta que finalmente, justo cuando ella pensaba que no podía soportar más, se arqueó hacia él casi al mismo tiempo que él daba un grito, y cayeron juntos en las olas esta vez.

CAPÍTULO 24



Phoebe rió con alegre abandono, y la visión de su brillante sonrisa calentó a Jeffrey completamente por dentro. Le sorprendió cuánto la felicidad de otra persona podía traerle felicidad a él mismo. Una ligera sensación de culpa comenzó a inundarlo —no arrepentimiento, pues nada le encantaría más que repetir todo aquello, pero aun así, quizás debería haberlo terminado antes de que comenzara. Aunque una vez que ella le había dado su consentimiento —no, más que eso— su propio deseo, no creía que hubiera nada que pudiera haberlo detenido de cumplir lo que ella quería de él.

—Phoebe... —comenzó, queriendo disculparse, pero sin saber cómo. Sin embargo, ella aparentemente entendió sus pensamientos, porque llevó un dedo a sus labios, silenciándolo mientras negaba con la cabeza.

—Ni se te ocurra expresar ningún arrepentimiento por eso, Jeffrey —prácticamente le ordenó, y ante su evidente mirada persistente de incertidumbre, continuó—. Acabamos de hacer el amor, y fue mágico, mejor que cualquier cosa que jamás hubiera podido imaginar. Lo deseaba, te lo pedí, y si te disculpas, lo tomaré como una señal de falta de respeto. ¿Entendido?

Asintió débilmente ante sus palabras, comprendiendo que Phoebe Winters nunca haría algo que no eligiera completamente por sí misma.

Ella levantó su corpiño para cubrir aquellos gloriosos senos, antes de alcanzar la ropa de él, que estaba esparcida por la alfombra, con su camisa extendida sobre el decantador de brandy y las copas en la mesa.

Sin embargo, cuando volvió a mirarlo, su rostro se había suavizado, y le dedicó la sonrisa más hermosa.

—Gracias, Jeffrey —dijo, con otro rápido beso en sus labios. Le colocó la camisa por encima de la cabeza, pareciendo disfrutar ayudándole a vestirse casi tanto como había disfrutado al desvestirlo. La sonrisa que llevaba parecía algo triste, aunque no tenía idea de por qué.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Como una mujer diferente a la que era hace una hora —dijo casi en un susurro, y compartieron un rápido beso, hablándose sin palabras del secreto que quedaría entre los dos.

Finalmente él estaba vestido, aunque no tan inmaculadamente como lo habría estado con un ayuda de cámara, a pesar de la habilidad de Phoebe con la corbata. Phoebe se paró frente a él, con los dedos entrelazados, y dio un paso hacia él.

—Jeffrey... —comenzó, pero entonces hubo un golpe en la puerta y la tía Aurelia entró como un vendaval.

—Phoebe, querida, yo... oh.

Todos se quedaron allí mirándose mutuamente, hasta que Jeffrey, habiendo sido criado y educado con modales impecables, rompió el silencio.

—Lady Aurelia —dijo, caminando hacia la puerta, tomando su mano y besándola—. Es encantador verla.

—Y a usted, Lord Berkley, aunque no estoy exactamente segura de que esto sea apropiado, que ustedes dos estén solos a las once de la noche en una casa sin ninguna carabina.

—Eso sería culpa mía —dijo Phoebe, acercándose a la pareja que estaba junto a la puerta, y Jeffrey negó con la cabeza. Apreciaba el hecho de que ella estuviera dispuesta a ser honesta sobre las circunstancias originales de su encuentro, pero tenía una necesidad abrumadora de proteger su nombre, incluso si era solo frente a su

tía, quien estaba seguro la conocía mejor que casi cualquier otra persona.

—En realidad, Lady Aurelia, me temo que fue culpa mía. Vine a visitar a Lady Phoebe, sin estar seguro de si usted estaría en la residencia —dijo, lo cual era, de hecho, completamente verdad—. Debería haberme marchado al descubrir que no estaba en casa, pero no pude evitar tener un momento con su encantadora sobrina. —Estaba orgulloso de no haber dicho ni una palabra de mentira a la tía de Phoebe, aunque su «momento» estaba enormemente subestimado.

—Ahora, supongo que debería irme —dijo, saliendo por la puerta, girándose para dar unos pasos hacia atrás a través del umbral—. Fue maravilloso verlas a ambas. Phoebe... Lady Phoebe... debemos hablar de nuevo pronto. *Muy* pronto.

Le dirigió lo que esperaba fuera una mirada significativa, y supuso que ella lo entendió cuando asintió ligeramente.

—Buenas noches —dijo, manteniendo sus ojos fijos en ella.

—Buenas noches —susurró ella suavemente, y con eso él bajó las escaleras, encontró su sombrero y capa, y salió por la puerta hacia su carruaje. Pensó en detenerse en White's pero decidió que lo que acababa de experimentar con Phoebe era tan puro, tan maravilloso, que no quería estropearlo yendo al club y teniendo que hacer amabilidades sin poder compartir lo que realmente estaba en su corazón. Porque ahora lo sabía. La amaba, y no podía esperar hasta que ella fuera verdaderamente su esposa. Ordenó a su carruaje regresar a casa, silbando una alegre melodía todo el camino.

* * *

—¡Buenos días, encantadoras damas! —saludó Jeffrey a sus hermanas y a su madre mientras se sentaba a desayunar a la mañana siguiente—. Y, por supuesto, buenos días también para ti, Ambrose. Es maravilloso verte despierto a esta hora. ¡Muy alegre comprobar que estás vivo!

Se rió mientras se servía café, pero luego levantó la mirada cuando no escuchó más que silencio. Seis rostros con diversas expresiones de incredulidad lo miraban fijamente. Penny tenía su tenedor a medio camino hacia su boca, y ahora el bocado de huevo que estaba a punto de comer se deslizó lentamente de vuelta a su plato.

Los ojos de Viola estaban bien abiertos detrás de sus gafas, la boca de Rebecca estaba abierta formando una "O" grande, y Ambrose había levantado la vista de su plato. La madre de Jeffrey llevaba una ligera sonrisa llena de confusión, e incluso Maxwell, que yacía a sus pies, había levantado la cabeza, mientras que normalmente la mantenía baja hacia el suelo en busca de una miga de comida caída, a propósito o no. Annie fue la primera en finalmente romper el silencio.

—¿Estás bien, Jeffrey?

—¡Por supuesto! —dijo con un poco de fanfarronería—. ¿Qué podría pasarme? Son todos ustedes los que me preocupan, sentados ahí mirando como si hubieran perdido todas las palabras que normalmente revolotean por la mesa a esta hora.

—Es solo que... —comenzó Rebecca, mirando alrededor a sus hermanas en busca de apoyo—. Estás casi *jovial* esta mañana. ¿Ha ocurrido algo?

—¡Siempre soy jovial! —se defendió, y Penny resopló ante eso, llevándose una mano frente a la boca cuando su madre le lanzó una mirada de consternación—. ¿No es así, Viola?

Jeffrey buscó apoyo en su campeona habitual, pero ante su vacilación, se dio cuenta de que iba a carecer de defensa incluso de ella, y se sintió ligeramente disgustado por un momento.

—Ciertamente eres agradable, Jeffrey —dijo ella con su diplomacia habitual—. En cuanto a jovial, bueno, no usaría necesariamente esa palabra para describirte, especialmente en la mesa del desayuno. Prefieres refunfuñar y leer tus periódicos. Lo cual está bien. No todos podemos estar alegres por la mañana.

Refunfuñó un poco, entonces, pero ni siquiera el asombro de su familia podía quebrar su espíritu. La mujer que deseaba más que a cualquier otra persona o cosa que jamás había deseado antes

correspondía sus afectos y iba a ser su esposa. Sus asuntos, su familia, su hogar estaban en orden. ¿Qué más podría pedir un hombre? Bueno, estaba el asunto de esa maldita publicación, pero se preocuparía por eso después.

—Es la mujer, ¿verdad?

Jeffrey miró a Ambrose, quien ahora se recostaba en su silla, con una sonrisa astuta cruzando su rostro. Parte del espíritu alegre de Jeffrey disminuyó ligeramente. Conocía esa sonrisa, y no era una de la que estuviera particularmente encariñado. Porque cuando Ambrose sonreía así, hablaba de problemas.

—Creo que te refieres a Lady Phoebe, Ambrose —reprendió ligeramente Lady Berkley a su hijo, y Jeffrey sonrió a su madre, siempre la pacificadora, como tenía que ser con seis —bueno, más bien cinco— hijos algo indisciplinados, y luego él mismo.

—Muy bien, entonces —corrigió Ambrose, aunque el brillo en sus ojos permaneció—. La encantadora Lady Phoebe. ¿Ha sucedido algo?

Todos miraron a Jeffrey, sus expresiones de asombro transformadas en expresiones expectantes. Jeffrey se movió ligeramente en su silla. Él y Phoebe no habían tenido la oportunidad de *discutir* realmente su compromiso, y se sentía algo incómodo compartiendo la noticia con su familia hasta que tuviera la oportunidad de hablar con ella nuevamente. Y, sin embargo, nunca les había mentido, y no iba a empezar esta mañana.

—Ha sucedido algo, sí —dijo, y una de sus hermanas —Annie o Penny, no estaba del todo seguro cuál— chilló desde el otro extremo de la mesa, mientras su madre jadeaba y Viola y Rebecca sonreían. Ambrose simplemente lo miraba con una expresión calculadora en su rostro.

—¿Y? —insistió Rebecca, pero él negó con la cabeza.

—Por el momento no puedo decir nada más —respondió, pero acompañó sus palabras con una ligera sonrisa—. Pero tengan la seguridad de que serán los primeros en saber si hay nuevos acontecimientos.

—¡Oh, Jeffrey, puedes ser positivamente exasperante! —exclamó Penny, y él le guiñó un ojo, ante lo cual ella no supo exactamente

cómo responder, ya que Jeffrey no era del tipo que guiñaba el ojo a nadie, y menos aún a sus hermanas.

Sintió una mano suave y fresca sobre su brazo.

—Mientras seas feliz, Jeffrey, eso es todo lo que importa —dijo su madre con suavidad, y él le sonrió. Sabía lo afortunado que era de haber sido criado por una mujer como ella. También había amado a su padre, por supuesto, pero de una manera diferente. Se había sentido impresionado por él, lo respetaba, pero el marqués había esperado tanto que Jeffrey siempre sintió que se había quedado corto en lo que el anterior Lord Berkley requería de un heredero. Aunque, de nuevo, la mayoría de los jóvenes caballeros no asumían su título a la edad de dieciocho años, así que suponía que si hubiera tenido más tiempo antes de hacerlo, su padre podría haber apreciado un poco más sus esfuerzos.

Pero eso no venía al caso en este momento.

—Gracias, madre —fue todo lo que dijo.

—Oh, Jeffrey —llamó Rebecca desde el otro extremo de la mesa —. No has olvidado la fiesta de los Dennington esta noche, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo, esperaba que con cierta indignación, aunque, de hecho, *había* olvidado todo sobre eso. Se preguntó si Phoebe asistiría, y esperaba fervientemente que así fuera.

—Bien —dijeron sus hermanas, aprobándolo por una vez, pensó, y negó con la cabeza con melancolía mientras dejaba que la charla ociosa y las especulaciones sobre el estado actual de su relación continuaran a su alrededor.

CAPÍTULO 25



Phoebe caminaba de un lado a otro en el foso de escritura de *El Semanario de las Mujeres*, como habían dado en llamarlo, el lugar donde todas ellas se congregaban. Notaba que Rhoda y las otras escritoras la miraban de reojo desde sus páginas una y otra vez, pero no había nada que pudiera decirles. Porque, ¿cómo podía explicar que se había enamorado del hombre que intentaba poner fin a su sueño? Él podía destruir no solo la publicación, sino también sus medios de vida y lo que más apreciaban: las convicciones morales que ella las había empujado a compartir, aquellas por las que arriesgaban sus propias reputaciones para defender.

La puerta crujió al abrirse —Phoebe hizo una nota mental para mandarla arreglar para que no hiciera tanto ruido— y unos pasos resonaron por el pasillo. Julia entró con una sonrisa en el rostro. Phoebe nunca se había alegrado tanto de ver a su amiga. Necesitaba consejo más que nada en ese momento.

—¡Julia! —exclamó, caminando hacia ella y tomando sus manos entre las suyas—. Es *maravilloso* verte.

Julia sonrió radiante.

—Semejante bienvenida ciertamente hace que una se sienta apreciada, Phoebe —dijo, y luego habló en un susurro para que nadie más pudiera oírla—. ¿Ocurre algo?

—Todo —respondió Phoebe con desaliento, y las cejas de Julia se alzaron de sorpresa.

—Eso no es exactamente lo que esperaría de ti, Phoebe —dijo, continuando con su tono bajo, pero Phoebe ya había tenido suficiente de las miradas inquisitivas de sus escritoras, así que tomó a Julia del brazo y la llevó de vuelta por el pasillo hasta su oficina.

—He venido a entregar mi columna en persona. Me encanta la idea de formar parte de esto, con las otras escritoras, pero si no me equivoco, parece que se me requiere por algo más que mi amor por las carreras y mis sorprendentes habilidades de escritura —comentó Julia, sentándose cuidadosamente en la segunda silla de la oficina, aquella desvencijada de madera que parecía que se rompería incluso bajo el diminuto cuerpo de Julia.

—Siéntate aquí —dijo Phoebe, guiándola en cambio hacia su propia silla que, aunque descolorida y fea, no parecía que fuera a desmoronarse—. Yo misma ya no puedo sentarme más.

Siguió con su paseo, aunque resultaba significativamente más difícil en su despacho, que era mucho más pequeño que la sala más grande del pasillo.

—Phoebe, tienes que decirme qué ocurre antes de que te desplomes por tus esfuerzos o hagas un agujero en el suelo —exigió Julia, con una voz sorprendentemente fuerte y feroz, y Phoebe obedeció, deteniéndose para mirarla de frente.

—Amo a Jeffrey. Y me entregué a él.

Julia permaneció allí, atónita y en silencio mientras miraba a Phoebe, quien podía sentir que las lágrimas comenzaban a picarle en los ojos.

—¡Oh, di algo, maldita sea!

Julia se levantó y se acercó a Phoebe. Aunque no dijo nada, la envolvió con sus delgados brazos, apretando tan fuerte que Phoebe apenas podía respirar. Con su amiga brindándole el apoyo que tanto necesitaba, Phoebe finalmente dejó que las lágrimas comenzaran a caer por su rostro, y Julia simplemente la sostuvo, permitiéndole sentir todo lo que necesitaba expresar.

Finalmente, Phoebe asintió contra su hombro, indicándole que estaba bien, y Julia dio un paso atrás, ofreciéndole un delicado pañuelo. Phoebe aceptó el ofrecimiento y se secó los ojos y la nariz

antes de sentarse, derrotada, en la vieja silla desvencijada que, a pesar de su aspecto cuestionable, fielmente la sostuvo.

Julia se sentó en el borde del escritorio frente a ella, con una mirada comprensiva en su rostro. Colocó sus manos bajo el mentón de Phoebe y le levantó la cara.

—Sé que estás en un tormento ahora mismo, Phoebe, pero ¡por un momento, celebra el hecho de que estás enamorada! ¿No se siente maravilloso?

Phoebe sonrió con tristeza.

—Esa parte, supongo, es bastante encantadora.

—Y —continuó Julia, con una mirada traviesa en los ojos—, *debes* contarme cómo fue entregarte a un hombre. ¡Apenas puedo esperar!

Phoebe se rió ante eso, aunque descubrió que no podía decir mucho al respecto. Lo que había sucedido era algo que debía mantenerse entre ella y Jeffrey, y resultaba demasiado difícil murmurar una palabra sobre ello incluso a su más íntima amiga.

—Honestamente, Julia —dijo en cambio—, no hay palabras que puedan describir con precisión lo que es entregarse a un hombre por quien albergas tales sentimientos. No es que sepa cómo es estar con un hombre a quien *no* amo, pero aun así... no se parece en nada a lo que podría haber esperado, y nadie podría haberme preparado adecuadamente para algo así.

Julia sonrió entonces soñadoramente, antes de volver a la difícil situación de Phoebe cuando esta sorbió por la nariz en el pañuelo.

—En cuanto a tu dilema con Lord Berkley —dijo Julia, atendiendo al asunto que sabía estaba arruinando las esperanzas de felicidad de Phoebe—, puedo entender cómo podrías estar en tal angustia.

—Oh, Julia —comenzó Phoebe, pasándose la mano por el pelo, que hoy llevaba recogido en un moño desaliñado, pues esta mañana no había tenido la paciencia para permitir que su doncella dedicara mucho tiempo a arreglarlo—. Mi tiempo con él fue glorioso, y sin embargo mi corazón se rompía con la certeza de que probablemente sería la primera y última vez que estaría con él. ¿Valió la pena? Sí. Porque si bien no he podido expresar con palabras lo que siento por él, pude demostrárselo con nuestro amor físico. Me propuso

matrimonio una vez más, me dijo todo tipo de cosas adorables, pero ni una sola vez dijo que me amaba, así que difícilmente podía decir yo las palabras primero, ¿no es así?

—¡Por supuesto que podrías haberlo hecho! —exclamó Julia desde su sitio en el escritorio—. Eres demasiado orgullosa, Phoebe.

—Quizás —dijo Phoebe con un suspiro—. Pero él sigue hablando de mi maldita honestidad, y aquí he estado mintiéndole durante semanas. Cuando todo salga a la luz, no creerá nada de lo que le haya dicho. Tenía la intención de contárselo todo anoche, Julia, de verdad, pero entonces las cosas se me fueron de las manos, y tía Aurelia entró...

—¿Aurelia entró? ¿Durante...? —la expresión de sorpresa de Julia hizo que Phoebe estallara en carcajadas, y negó vehementemente con la cabeza.

—No, gracias a Dios. Después, cuando estaba a punto de hablarle una vez más sobre el periódico y mi papel como editora. Luego él se marchó, y ahora debo hacer un esfuerzo nuevamente. Nunca respondí exactamente a su petición de matrimonio, pero supongo que ahora cree, por mis acciones, que estoy de acuerdo.

—Bueno, por supuesto —dijo Julia, asintiendo—. Un hombre como el marqués no se tomaría tales libertades con cualquier mujer, ni esperaría que fueran correspondidas por una dama. Pero con una que fuera su prometida... bueno, es más probable.

—Intentó disculparse después, pero rápidamente le dije que eso era absurdo y que si me respetaba, debía desechar esos sentimientos de culpa de inmediato —dijo Phoebe con un gesto afirmativo—. En cualquier caso, ahora debo elegir. Porque incluso si, después de decirle la verdad, decide que aún quiere casarse conmigo, entonces su búsqueda para acabar con *El Semanario de las Mujeres* habrá concluido. Porque sabes tan bien como yo que si fuera mi esposo, todo esto —levantó las manos en el aire para señalar su entorno— se convertiría en suyo. El edificio, el personal, el periódico, todos mis fondos que están vinculados a esto, e incluso los que no lo están. Puede hacer lo que quiera con todo, y sabemos que no lo mantendrá en funcionamiento. ¿Vale mi corazón todo esto? ¿Tiene el mismo valor que el cambio que estamos haciendo,

los trabajos de las mujeres que escriben para mí, la esencia misma de todo lo que siento que es tan importante para marcar una diferencia en la sociedad? ¿Es egoísta de mi parte elegir el amor?

Ahora respiraba pesadamente, tan apasionada se sentía por lo que estaba diciendo, y Julia asintió, de acuerdo.

—Comprendo, Phoebe, de verdad —dijo—. Y me temo que no tengo las respuestas que buscas. Todo lo que puedo sugerir es que sigas a tu corazón, que hagas lo que sientas que es correcto. Y quizás, una vez que hables con él, todo no estará tan perdido como ahora sientes que está.

—No lo sé, Julia —dijo Phoebe, sacudiendo la cabeza tristemente —. Simplemente no lo sé.

Pero aun así, a pesar de su melancolía, independientemente del conocimiento de lo que el futuro podría traer, escribió una nota con una caligrafía deliberadamente pulcra —completamente diferente de su habitual garabato— solicitando una reunión con el Marqués de Berkley mañana a las 2 de la tarde, en las oficinas de *El Semanario de las Mujeres*. Firmado: Una Dama, la Editora.

* * *

JEFFREY ESTABA a punto de salir del Parlamento para comenzar su camino hacia el número 53 de Fleet Street cuando fue interceptado por un secretario con una carta para él. Se alegró mucho por lo que encontró dentro: una invitación para reunirse con la editora de *El Semanario de las Mujeres*, mañana. Espléndido. Era exactamente lo que buscaba: una oportunidad para razonar con la mujer, para hacerla entender su punto de vista. Era mucho más preferible tener una invitación que tener que abrirse paso por la puerta sin ser invitado.

Silbaba mientras deambulaba por el corredor. Todo iba muy bien en la vida de Jeffrey Worthington, se dio cuenta, aunque su ánimo disminuyó un poco cuando encontró a su hermano esperándolo fuera de las puertas del Palacio de Westminster.

—Ambrose —lo saludó con un gesto de cabeza, aunque no se detuvo—. ¿Qué puedo hacer por ti hoy?

—Esperaba tener unas palabras con el gran Marqués de Berkley —dijo Ambrose, apartándose de la pared y poniéndose a su altura mientras giraban por Abingdon Street.

—Tienes mi atención cuando quieras, ya que vivimos en la misma casa, aunque debo decir que ya es hora de que encuentres tu propio alojamiento —dijo Jeffrey, mirando hacia adelante al bullicio de gente en la acera frente a él—. Seguramente debes tener una buena razón para buscarme aquí, en medio de Londres, después de que tuve que atender asuntos.

—No entiendo cómo lo haces todos los días —dijo Ambrose con un suspiro, negando con la cabeza—. Lo encontraría demasiado aburrido.

—Por eso es afortunado para todos nosotros que seas el segundo hijo y que aún no me haya ocurrido nada desafortunado —dijo Jeffrey con una sonrisa rígida, y Ambrose sonrió con pesar.

—Supongo que es cierto —asintió—. Y a pesar de tu noble comportamiento, soy muy consciente de que no siempre asistes cuando hay sesiones.

—Tengo una asistencia menos que perfecta, lo admito —dijo Jeffrey—. Pero hago lo mejor posible, como la mayoría de los lores similares a mí. Ahora, ¿qué puedo hacer por ti hoy, Ambrose?

La boca de Ambrose estaba fijada en una línea sombría, y cuando no respondió inmediatamente, Jeffrey solo suspiró, preguntándose en qué se habría metido Ambrose esta vez.

—¿Qué sucede, Ambrose?

—Recuerdas a Héctor, ¿verdad?

—¿Héctor? —Jeffrey luchó por ubicar el nombre, buscando en su memoria al hombre al que su hermano podría estar refiriéndose.

—El hombre que podría hacernos ganar dinero, al que ignoraste tan groseramente.

—Ah, sí —dijo Jeffrey, haciendo una mueca—. Esperaba no tener que volver a esa desafortunada circunstancia.

Oyó a Ambrose resoplar a su lado, enfadado por sus palabras, pero a Jeffrey no le importaba demasiado. Ambrose había sido

imprudente al siquiera considerar la idea de que Jeffrey contemplaría desprenderse de fondos para una fuente tan poco respetable.

—Bueno —continuó Ambrose—, pensé que era una buena idea, a pesar de tu reticencia, así que invertí algo con él de todos modos.

Jeffrey dejó de caminar entonces y se volvió hacia su hermano. Su tono era mesurado y parejo, pero no pudo ocultar la ira de su voz.

—¿Has hecho qué?

—He invertido con el hombre —dijo Ambrose, manteniendo la barbilla alta—. Y Héctor dice que la inversión va bien. Solo necesita un poco más...

—Oh, maldita sea, Ambrose —dijo Jeffrey, levantando las manos al aire y continuando su avance hacia donde lo esperaba su faetón, dejando atrás a Ambrose. Mientras su hermano continuaba siguiéndolo, divagando sobre todos los beneficios de invertir en este desafortunado plan, Jeffrey finalmente se volvió hacia él una vez más, con un dedo apuntando a su pecho.

—Te dije cuáles eran tus opciones, Ambrose: la propiedad de Peterborough, un puesto en el ejército, o continuar tus estudios. Te he dado suficiente tiempo para reflexionar sobre todo esto, así que dime ahora, ¿qué eliges?

Ambrose lo fulminó con la mirada, los dos hermanos enzarzados en una batalla de voluntades.

—Elijo seguir mi propio camino.

—Bien —dijo Jeffrey, sus palabras saliendo entre dientes apretados—. Entonces haz lo que quieras. Pero no lo harás con ninguna ayuda de mi parte. Puedes vivir en Berkley House, pero tu asignación queda suspendida. Tendrás lo que necesites para sobrevivir, pero no malgastarás más de los fondos de nuestra familia, ¿entiendes?

—Siempre fuiste tan orgulloso y altivo, Jeffrey —le espetó Ambrose—. Pero bien, si eso es lo que deseas, que así sea.

Ambrose se dio la vuelta y se alejó en la otra dirección, y mientras Jeffrey lo observaba, su ira se desvaneció, para ser reemplazada solo por tristeza y algo de arrepentimiento.

CAPÍTULO 26



Jeffrey acompañó a cinco damas a la fiesta de los Dennington esa noche. Aunque cada una de ellas era absolutamente encantadora y las amaba con todo su corazón, deseaba tener a otra mujer en su brazo, una a la que buscó en el momento en que llegó a la casa que estaba a solo dos calles de distancia.

No era un evento oficial y, por lo tanto, todas sus hermanas asistieron. Rebecca estaba decidida a pasar toda la noche en la pista de baile, confiando en que todos los caballeros estarían ansiosos por llenar los espacios en su tarjeta de baile. Jeffrey esperaba que así fuera. Sus hermanas eran todas mujeres hermosas, pero también eran conocidas por causar algunos problemas, con excepción de Viola, por supuesto. Dependería de él ayudarlas a encontrar hombres que fueran dignos de ellas y que, al mismo tiempo, pudieran manejarlas bien. No era una tarea que le entusiasmara, pero tampoco se la confiaría a ninguna otra persona.

Jeffrey escudriñó ahora la multitud, buscando los rizos negros como la medianoche del cabello de Phoebe, pero aunque había muchas bellezas de cabello oscuro, no pudo encontrar a la impresionante mujer que tanto captaba su atención. Suspiró, con la esperanza de que simplemente llegara tarde, mientras se abría paso entre la multitud para buscar una bebida. Una vez con su brandy en mano, el Duque de Clarence lo encontró apoyado contra uno de los cuatro pilares que sostenían el techo, pintado con lo que se suponía era una escena del cielo.

—Berkley.

—Clarence.

Inclinaron sus bebidas el uno hacia el otro antes de dar un sorbo cada uno. Conversaron un poco sobre todo y nada antes de que Jeffrey partiera en busca de Viola, con la esperanza de que quizás ella hubiera visto a Phoebe mientras recorría la sala con sus amigas.

—Vi —dijo, agarrando su brazo cuando ella pasaba, y se sintió tanto intrigado como complacido al ver algunos garabatos en su tarjeta de baile.

Sin embargo, ella no debió haberlo escuchado, pues continuó caminando, y Jeffrey fue retenido por un momento por conocidos que querían saludarlo. Para cuando alcanzó a su hermana, ella estaba inmersa en una conversación con un círculo de sus amigas más cercanas.

—¿Qué opinas de ello? —escuchó preguntar a una de las mujeres, y un coro de voces respondió, pero Jeffrey oyó la voz de su hermana por encima del resto.

—Creo que es una propuesta intrigante —dijo Viola—. ¿Cambiar la *Ley Matrimonial*? La vida de las mujeres nunca sería la misma. Las mujeres tendrían responsabilidad, tendrían la capacidad de tomar decisiones por sí mismas, sin temor a lo que el matrimonio podría significar para ellas.

Escuchó un susurro a su lado, y apareció Ambrose. Jeffrey puso los ojos en blanco pero levantó un dedo para silenciarlo, deseando escuchar más de esta conversación. Por una vez, Ambrose, bendito sea, cumplió con la petición de Jeffrey.

—¿Y qué cambios sugería el artículo? —preguntó una de las jóvenes, a lo que otra respondió—: Simplemente que cuando una mujer se casa, todas sus posesiones no tengan que ser entregadas directamente al hombre. Que ella pueda tener sus propias finanzas, sus propias posesiones que conserve para sí misma. Seguiría habiendo dote, por supuesto, pero ya no tendría que sacrificarlo todo.

—¿Crees que eso sería prudente?

—Lo creo —afirmó Viola—. Porque entonces, una mujer no tendría tanto miedo de entrar en el matrimonio. No solo sabría que

un hombre la ama de verdad, sino que también podría construir una vida para sí misma y conservarla. Piensen en las mujeres que trabajan, que han ganado por sí mismas. Deben tener tanto miedo de que el matrimonio les quite todo. Podrían entrar en una unión voluntariamente, sin ese temor. Sé que no es probable que suceda pronto, pero es una posibilidad intrigante.

Ambrose resopló a su lado, y Viola se volvió rápidamente, atrapando a ambos con su mirada. Jeffrey sintió que su rostro se calentaba ligeramente al ser descubierto escuchando a escondidas, pero aun así, sonrió a su hermana.

—Buenas noches, señoritas —dijo a las otras mujeres, quienes lo miraban con rostros embelesados. El título de marqués provocaba ese efecto—. Vi —dijo, inclinándose hacia su hermana—, ¿no habrás visto a Lady Phoebe esta noche?

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. Ni he oído que vaya a asistir. Ahora —su mirada se oscureció mientras fulminaba con los ojos a sus hermanos—, ¿podríais dejar de escuchar mis conversaciones privadas? Tú, Jeffrey, has desarrollado últimamente un hábito muy poco *noble* de escuchar a escondidas.

Tenía toda la razón, y se sintió como un colegial reprendido por haber sido descubierto. Continuó su camino con Ambrose pisándole los talones, y se preguntó qué era lo que su hermano quería. Ambrose claramente no había estado contento con él el otro día, aunque Jeffrey dudaba que estuviera aquí para pedir su perdón.

—Espero que estés avanzando en derribar ese horrible periódico —dijo Ambrose, una vez que estuvieron a una buena distancia, y Jeffrey se volvió hacia él con sorpresa.

—No sabía que tuvieras una opinión al respecto —dijo, y Ambrose se encogió de hombros.

—¿Te imaginas a una mujer guardando fondos para sí misma? ¿Qué haría con ellos? ¿Comprar más sombreros y vestidos de baile? Es ridículo, realmente.

Jeffrey guardó silencio por un momento. Las palabras que salían de la boca de sus hermanos esta noche —primero los pensamientos sensatos de Viola y ahora la bravuconería de Ambrose— lo hacían pensar. La opinión que Viola expresó sobre la *Ley Matrimonial* era en

realidad algo válida, por mucho que no quisiera admitirlo. Causaría revuelo si algo llegara a cambiar, eso era cierto, pero no alteraría por completo el orden de la sociedad. Otro punto de discusión para tratar con esta editora, pensó con ironía, y Ambrose entrecerró los ojos hacia él.

—*Estás* siguiendo adelante con esto, ¿verdad?

—Absolutamente —dijo, lo cual no era mentira. Estaba dando seguimiento a la situación. Solo que no sabía hasta qué punto—. De hecho, tengo una reunión con el editor mañana.

—Oh, bien —dijo Ambrose—. Dale un infierno, Jeffrey. —Colocó una mano en el hombro de Jeffrey, mirándolo con ojos que eran como un reflejo de los suyos—. Es lo que padre hubiera querido. Estaría orgulloso de ti.

Y con un guiño, se fue, dejando a Jeffrey preguntándose qué tramaba su hermano.

Ambrose tenía razón. Su padre estaría orgulloso de saber que estaba acabando con semejante periódico. Pero su madre, ¿sentiría lo mismo? ¿O sus hermanas? Y sobre todo, ¿Phoebe?

Suspiró y terminó su bebida, lamentando la hora tardía y el hecho de que Phoebe aún no había llegado, lo que significaba que probablemente no lo haría. Iba a ser una noche larga.

* * *

JEFFREY LLAMÓ a la puerta del número 53 de Fleet Street al día siguiente exactamente a las dos en punto, y la mujer de cabello gris —la señora Ellis, si recordaba correctamente del día anterior— lo hizo pasar. Su rostro era agradable, pero ciertamente no parecía como si le estuviera sonriendo, sino que, quizás, estaba un poco ansiosa. Claramente, ella no creía su historia del otro día de convertirse en un partidario del periódico, y no la culpaba. Sabía que no había sido muy convincente.

No dijo mucho mientras lo guiaba por el corto pasillo, deteniéndose frente a la pequeña habitación en la que había entrado durante su visita anterior, la oficina del editor. La señora Ellis

extendió su brazo, indicándole que entrara en la pequeña oficina. No había mucho que ver, su propietario claramente no la había ocupado durante mucho tiempo. Una ventana cuadrada dejaba entrar algo de luz a través del cristal, que obviamente había sido frotado, aunque quedaban rastros que aparentemente habían resistido el esfuerzo. Esta vez notó la silla más fea que había visto en su vida detrás del escritorio de roble con cicatrices, mientras que una silla tan desvencijada que no se atrevía a probarla estaba frente al escritorio. Una vieja estantería torcida en la esquina contenía pilas de papeles y algunas cosas sueltas.

La señora Ellis captó su mirada y sonrió ligeramente.

—No llevamos mucho tiempo aquí y estos muebles son de los inquilinos anteriores —dijo, con cierta disculpa—. Estamos esperando que lleguen los nuevos muebles.

Él asintió comprensivamente.

—El editor estará con usted en unos momentos, milord —dijo, luego se dio la vuelta y continuó por el pasillo, sus pasos resonando tras ella, y mientras Jeffrey esperaba, contempló lo que iba a decir. Inicialmente, cuando había comenzado esta búsqueda, estaba decidido a cerrar este maldito periódico. Todavía sentía que era algo molesto, pero entre Phoebe y sus hermanas, se había inclinado hacia la idea de que tal vez no era del todo justo que él —o cualquier hombre, realmente— les quitara a las mujeres la oportunidad de tener algo propio. Como sus hermanas habían señalado, había artículos dentro del periódico sobre moda, consejos y otros temas que difícilmente interesarían a los caballeros.

Eran los artículos que incitaban al cambio, que sugerían que las mujeres deberían desafiar el tejido mismo de la sociedad que las había mantenido unidas durante años, los que le molestaban un poco. Si pudiera razonar con el editor, convencerla de ser un poco menos controversial, entonces todos podrían coexistir pacíficamente, ¿no es así?

Jeffrey permaneció esperando, con las manos detrás de la espalda, mientras escuchaba pasos que avanzaban por el pasillo muy lentamente, y esperó impaciente. ¿Qué le estaba tomando tanto tiempo a la mujer? Pues asumía que el editor era una mujer.

La puerta de roble, que la señora Ellis había dejado ligeramente entreabierta, se abrió de par en par. Y Jeffrey solo pudo mirar con sorpresa.

CAPÍTULO 27



—¿Phoebe? ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Jeffrey, mirando a su alrededor para determinar si el editor se acercaba. ¿Lo había seguido Phoebe hasta aquí? No la había visto desde que hicieron el amor, y había deseado desesperadamente hablar con ella, pero compromisos previos —como este mismo— se lo habían impedido—. ¿Te importaría terriblemente si habláramos después? Estoy esperando a una mujer con quien llevo mucho tiempo intentando concertar una reunión. Una vez que termine, te encontraré en la entrada.

Se veía impresionante, por supuesto, como siempre. Hoy llevaba un fino vestido carmesí, y su cabello estaba recogido en lo alto de su cabeza, con algunos rizos cayendo alrededor de su barbilla. Sin embargo, por mucho que pudiera quedarse todo el día admirándola, no sería apropiado presentarse con su prometida a cuestas, y además, no estaba completamente seguro de que los tres cupieran en esta habitación al mismo tiempo.

Phoebe no dijo nada, pero avanzó hacia la oficina, cerrando firmemente la puerta tras ella. Lo asombró al rodear el escritorio y tomar asiento en la fea silla verde.

—Jeffrey —dijo lentamente, juntando las manos frente a ella sobre el escritorio, y él solo pudo mirarla fijamente mientras la obvia verdad de la situación comenzaba a filtrarse en su mente, por mucho que quisiera negarla.

—No... —comenzó, pero no supo qué más decir mientras miraba alrededor de la oficina, posando sus ojos nuevamente en los estantes. No había libros, es cierto, pero ahora al mirar de nuevo vio algunas cosas sobre la madera: una pequeña lupa, una estatua tallada en caoba, objetos curiosos muy similares a los que se encontraban en el salón de su casa.

Ella asintió, y él podría jurar que un brillo de lágrimas cubría sus ojos, o tal vez era solo un truco de la tenue luz que se filtraba por la ventana.

—Querías reunirte con el editor de *The Women's Weekly* —dijo ella, y una parte de su conciencia notó lo fuertemente que apretaba sus dedos—. Bueno, aquí estoy.

Ella soltó una pequeña risa, pero fue tan forzada que sonó hueca.

—Lo siento, Jeffrey, de verdad lo siento. Nunca pretendí mentirte. Nunca pensé que formaríamos tal vínculo el uno con el otro, y para cuando me di cuenta de mis sentimientos hacia ti, bueno, ya era demasiado tarde. Con lo que sientes sobre esta publicación, sabía que si estuvieras al tanto de mi participación, ya no querrías saber nada de mí, y era un pensamiento difícil de soportar.

Tomó una respiración profunda.

—Pero una vez que me propusiste matrimonio, necesitabas saber la verdad. No podía decir que sí hasta que lo supieras, por mucho que quisiera aceptar. Traté de decírtelo, tantas veces, pero siempre parecía ocurrir algo o nos interrumpían, y nunca encontré la oportunidad. Así que aquí estamos.

Dejó de hablar entonces, simplemente sentada y mirándole, mientras él permanecía de pie.

—Tienes que estar bromeando —finalmente logró decir, con las palabras ahogadas, y ella negó con la cabeza.

—Nunca bromearía sobre algo tan importante —dijo, poniéndose de pie ahora, aunque él seguía siendo una cabeza más alto que ella —. Tienes que entender. Siempre pensé que las cosas deberían ser diferentes, que alguien debería hacer algo para impulsar el cambio. Entonces un día, pensé, ¿por qué no debería hacerlo *yo*? Casi nadie

sabe de mí, a nadie le importan mis movimientos, y tengo la capacidad de hacerlo. No todos podemos quedarnos sentados preguntándonos si alguien más será quien tome acción. Así que, aquí estoy, la editora de *The Women's Weekly*. ¿No vas a decir algo, aparte del hecho de que sigues creyendo que te estoy engañando?

Abrió la boca para hablar, pero no salió nada, así que se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo.

—Phoebe... esto es una locura. Eres una dama. No puedes publicar un periódico como este.

—¿Por qué no?

Intentó pensar racionalmente a través de la niebla que había llegado a rodear su cerebro.

—Porque... será difícil financiar tal operación.

—Me dejaron una herencia bastante significativa cuando mis padres fallecieron y la estoy usando para un propósito con el que espero que ellos estuvieran complacidos. Además, el periódico ha estado funcionando mucho mejor de lo que inicialmente anticipé, y por lo tanto ahora operamos con ingresos y la inversión inicial pronto se recuperará.

—Bueno —dijo con un suspiro—. Qué... afortunada eres.

—Me gusta pensar en ello como trabajo duro y el coraje para tomar las acciones necesarias para hacer lo correcto.

—Pero ¿cómo sabes que lo que haces es correcto? ¿Y si alteras todo el orden?

—Ese, Jeffrey, sería el objetivo. Dime, ¿qué querías de esta reunión, no con Lady Phoebe, la mujer que has llegado a conocer, sino con la señorita Phoebe Winters, editora de *The Women's Weekly*?

—Bueno —comenzó, contemplando exactamente qué debería decirle, orgulloso de mantener su comportamiento tranquilo mientras su interior estaba en completo tumulto—. No vine con la intención de detener la publicación, aunque eso es lo que algunos de mis colegas preferirían que hiciera. Simplemente esperaba que, tal vez, fueras un poco menos vocal en algunas de tus ideas más controvertidas. Como la idea de cambiar *The Marriage Act*, por ejemplo.

—¿Preferirías tener control sobre todas las finanzas y propiedades de tu esposa? —preguntó con una ceja levantada, y él notó que no se refería a sí misma como su esposa, sino a una mujer en general.

—Phoebe, hay un aspecto de lo que estás haciendo que no tiene sentido —dijo, sin contestar su pregunta mientras ella continuaba mirándolo con las cejas levantadas—. Si quieres cambios dentro del Parlamento, darle esta noción a las damas no va a revolucionar nada, ya que son incapaces de hacer cualquier tipo de diferencia.

—Cierto —respondió—. Pero sus padres y hermanos lo harán, y algunos hombres escuchan a las mujeres en sus vidas. De hecho, he oído de buena fuente que muchos hombres incluso buscan tales consejos.

Le dirigió una mirada significativa, y él pensó por un momento en sí mismo buscando la opinión de su madre, o de Viola, y pudo entender sus palabras. Pero, se dio cuenta, mientras un sentimiento irreconocible de pavor continuaba acumulándose en la boca de su estómago, todo de lo que estaban hablando palidecía en comparación con un asunto de mucha más importancia: el de su corazón. Porque Phoebe había tomado su confianza, su creencia en ella y en quien él había asumido que era, y había roto todo eso ocultándole un secreto tan importante, uno que era una parte tan esencial de quién era ella.

—Phoebe —dijo, intentando con todas sus fuerzas mantener su voz impasible, como si nada le molestara en lo más mínimo—. Hay argumentos a favor y en contra del contenido de tu periódico, lo entiendo, pero eso no es lo que más me preocupa.

—¿No lo es?

—En absoluto —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho—. Te he dicho, una y otra vez, cuán importante es la honestidad para mí, cuánto la he admirado en ti. Ahora descubro que has estado mintiéndome completamente durante semanas, fingiendo ser alguien que no eres.

—¡Eso no es cierto en absoluto! —dijo ella, sus palabras mucho más acaloradas que las suyas, aunque él sentía la misma emoción que ella—. Soy la misma mujer que siempre he sido. De hecho, las

palabras que me oíste pronunciar a mis amigas la misma noche que nos conocimos son las mismas que leerás en mi periódico cada semana. Simplemente he tomado esta oportunidad y la he convertido en algo mucho más grande que yo misma, algo de lo que estoy terriblemente orgullosa. Dejaste tu opinión abundantemente clara, y no parecía que fueras a cambiar tus pensamientos solo porque llegaste a conocerme. ¿Qué debía hacer? Porque decírtelo solo habría significado que habrías intentado arruinar el periódico mucho antes, ¿no es así?

Se pasó la mano por el pelo, sin saber qué decir. Porque gran parte de lo que ella decía era cierto, de eso estaba seguro. Y, sin embargo, ella todavía había mentido, y eso le irritaba profundamente.

Jeffrey caminó de un lado a otro, sus emociones alteradas, cada nervio aparentemente al borde. Ella lo había tomado desprevenido, y necesitaba tiempo para procesar todo esto, para pensar en su revelación.

Ahora que sabía la verdad, su propia estupidez le irritaba. Todo tenía sentido. Las opiniones de Phoebe, su propensión a decir lo que sentía, su determinación para marcar la diferencia, para cambiar el mundo. Sus frecuentes salidas diurnas no del todo acordes con una mujer de su posición. Sabía que el editor probablemente era una mujer, y firmaba con su propio nombre como "una dama". ¿Por qué nunca se le había ocurrido?

Porque no habría querido aceptar la verdad, ni siquiera subconscientemente, se admitió a sí mismo. Quería *casarse* con ella*,* y ¿cómo podría estar casado con una mujer que no solo apoyaba, sino que realmente publicaba, un periódico tan escandaloso?

Gimió en voz alta mientras se sentaba en la vieja silla desvencijada que crujió peligrosamente bajo su peso, y colocó la cabeza entre las manos mientras se apoyaba en el viejo escritorio. Phoebe tomó asiento frente a él, sin decir nada por un momento, mientras permitía que sus palabras resonaran en él.

—¿Lo ves ahora? —preguntó suavemente—. Si te lo hubiera dicho desde el momento en que nos conocimos, ¿qué habría pasado? No habrías querido saber nada de mí, y nunca habríamos

tenido la oportunidad de desarrollar... sentimientos el uno por el otro. Sigo siendo la misma mujer con la que querías casarte, Jeffrey, y he deseado tanto aceptar tu propuesta, pero no podía. No con este secreto entre nosotros. Soy muy consciente de cómo esto puede cambiar tus sentimientos hacia mí, pero por favor, sabe que sigo siendo la misma mujer a la que le pediste matrimonio, la misma mujer que quisiera aceptar. Mis ideales nunca han cambiado, simplemente el hecho de que realmente he dado el paso para hacer algo al respecto.

—¿Cesarías esta producción si nos casáramos? —preguntó.

No estaba seguro de que realmente le pediría que lo hiciera; de hecho, no estaba del todo seguro de nada en este momento. Pero seguramente le diría cuánto le importaba realmente, si era más que esta maldita publicación.

—Yo... no querría hacerlo —dijo ella, bajando la mirada por un momento, mirando sus manos—. Esperaría que no me lo pidieras. Sin embargo, si fuera una condición para casarme contigo... consideraría dar un paso atrás, pero no abandonarlo por completo, ni destruirlo jamás. Me aseguraría de que quedara en buenas manos.

—Ya veo —dijo, reclinándose en su silla ahora, cruzando los brazos una vez más y asintiendo con la cabeza. No era la respuesta que había estado buscando, pero tampoco era un rechazo absoluto hacia él—. Al menos ahora estás siendo honesta conmigo.

—¡Nunca *pretendí* ser deshonesta! —exclamó—. ¿Cómo podría haberte dicho la verdad? Una vez que supe que eras tú quien estaba tratando de encontrar al editor de *The Women's Weekly*, para *destruir* el periódico que tanto me esforcé en construir, sabía que si te enterabas de lo que estaba haciendo, harías todo lo posible para derribarme, para destruir esto.

La miró intensamente entonces, mientras sus palabras despertaban un pensamiento dentro de él.

—Fue entonces cuando comenzaste a perseguirme —dijo, poniéndose de pie una vez más e inclinándose sobre el escritorio, mirando profundamente a sus ojos, estudiando su rostro para determinar su reacción a sus palabras—. Después de que supieras

que yo era el lord que estaba interesado en saber más de la publicación. Antes de eso, me odiabas. ¡Me abofeteaste! Y luego este repentino interés. Tus apariciones en eventos que yo frecuentaba, donde nunca te había visto antes. Tus miradas coquetas, tus ligeros roces, tu aparente interés en mi vida, en mi *familia*. —Hizo una pausa por un momento mientras leía la culpa en sus ojos—. Por Dios, me utilizaste.

—Yo... no fue...

—*Pretendías* estar cerca de mí. Querías saber cuáles eran mis acciones, de qué estaba al tanto. No solo eso, sino que, quizás sin saberlo, te lo concedo, me distrajiste de mi objetivo. Y como un tonto, caí en tus juegos, en tus mentiras. No solo eres una escritora talentosa, Phoebe, sino también una actriz inteligente.

Horrorizado, retrocedió del escritorio, la realización de su completa y absoluta estupidez cubriéndolo como un manto que no podía quitarse del cuerpo.

—Pensé que tu deshonestidad era simplemente que no me dijiste de tu papel aquí, pero ahora me doy cuenta de que es mucho, mucho más grande que eso. Toda nuestra relación es una mentira.

—Jeffrey —finalmente interrumpió Phoebe, con desesperación escrita en todo su rostro y lágrimas acumulándose en sus ojos mientras se ponía de pie y rodeaba el escritorio. Levantó sus manos hacia él, pero él las apartó, incapaz de soportar la idea de que lo tocara en ese momento.

—Jeffrey, lo que dices... bueno, no puedo negarlo. Sin duda hay verdad en tus palabras. Excepto que debes saber que me he sentido atraída por ti desde el momento en que nos conocimos, incluso durante esa terrible conversación que tuvimos en el salón del Conde de Torrington. Y sí, es cierto que quería estar al tanto de cualquier progreso que estuvieras haciendo en tu investigación, por así decirlo, pero una vez que comencé a conocerte, el hombre que realmente eres, aparte de tus creencias absurdas sobre las mujeres, entonces me sentí mucho más que atraída por ti. Comencé a enamorarme de ti, Jeffrey. Nunca pensé que pudieras querer tener algo que ver con una mujer como yo más allá de un coqueteo, así que créeme, nadie se sorprendió más que yo por el hecho de que no solo me cortejaras

sino que luego me pidieras que me casara contigo. Cada vez que estamos juntos, yo solo...

Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro, y él se mantuvo firme, decidido a no ceder ante su dramatismo. Porque eso era lo que eran, ¿no? ¿Más deshonestidad mientras intentaba hacerlo sentir lástima por ella?

—¿Tú solo qué?

—Solo me enamoro más de ti.

La miró, con sus mejillas manchadas de lágrimas, sus manos manchadas de tinta, su rostro impresionante que había llegado a apreciar tanto, y solo pudo pensar en cómo todo había sido una mentira.

Jeffrey negó con la cabeza con desaliento, se alejó de ella, y antes de que pudiera decir otra palabra, salió lentamente por la puerta.

CAPÍTULO 28

Phoebe estaba hecha un ovillo en su cama a la mañana siguiente, con las rodillas pegadas al pecho y las sábanas fuertemente agarradas a su alrededor. Oyó que llamaban a la puerta, pero mantuvo los ojos cerrados con fuerza, sin estar lista para enfrentar el día.

De hecho, apenas había podido dormir durante la noche. Después de que Jeffrey saliera de su oficina, se había desplomado en el suelo y había dejado que las lágrimas fluyeran libremente al darse cuenta de cuánto dolía saber que lo había perdido. Aunque él nunca había dicho las palabras, ella lo había sentido en lo más profundo de su alma. No había sido consciente de la profundidad de sus sentimientos hacia él hasta que sus sueños de un futuro juntos comenzaron a desvanecerse. No era justo, había pensado, negando con la cabeza ante la verdad de todo aquello. ¿Por qué no podía seguir sus pasiones y marcar la diferencia, mientras encontraba el amor verdadero que nunca creyó que existiría para ella?

Lo peor de todo era que podía ver la situación desde el punto de vista de Jeffrey. Ella *lo había* utilizado. Ella *le había* mentido. Había hecho todo de lo que él la acusaba, y no tenía sentido discutir con él, porque todo lo que podía decir era que él tenía razón, y que todo había cambiado para ella.

Pero, ¿por qué iba a creerla ahora?

Con todos estos pensamientos dándole vueltas en la mente después de que Jeffrey se marchara, Phoebe no estaba segura de

cuánto tiempo había permanecido sentada en su horrible escritorio. Finalmente había vuelto en sí cuando escuchó un suave golpe en la puerta. Ante la tranquila pregunta de Rhoda sobre si todo estaba bien, Phoebe se repuso lo suficiente para responder que todo estaba en orden, y después de que pasara el tiempo suficiente, se recompuso, recogió sus pertenencias y se marchó, diciéndole a su personal que no se encontraba bien y que regresaría al día siguiente.

Desde entonces, había estado intentando desesperadamente determinar cómo podría salvarlo todo. Para cuando se había metido en la cama, física y mentalmente agotada, no se le había ocurrido ninguna idea brillante, y había temido despertar al día siguiente para enfrentarse a todo de nuevo.

Pero lo hizo. Porque así es como funciona el tiempo, ¿no?

Y ahora... bueno, por el momento tendría que dejar a un lado su propio corazón, o lo que quedaba de él, y centrarse en otros asuntos. Porque al revelarle a Jeffrey quién era, no solo había arriesgado su corazón sino también su periódico entero. Ahora estaba en sus manos, y ella no tenía idea de lo que eso significaría para ella o su personal. Qué haría él con la información que había obtenido ayer. Podía esperar y ver. Pero tendría que ser ella quien hablara con las personas que trabajaban para ella, para prepararlas para lo que pudiera venir.

Nancy entró rápidamente después de que Phoebe tocara la campanilla, y Phoebe logró esbozar una pequeña sonrisa para la joven, quien probablemente había estado esperando fuera de la puerta, consciente de que su señora no estaba en su mejor estado de ánimo.

—Buenos días, mi señora —dijo Nancy en voz baja, y con su eficiencia de alguna manera pausada, comenzó a buscar en el armario para elegir la ropa de Phoebe para el día—. ¿Irá hoy a la oficina? —preguntó, a lo que Phoebe asintió. No quería ir. No quería enfrentarse a todo aquello. Preferiría con mucho quedarse allí y llorar por el amor que nunca había buscado pero que había encontrado y perdido de todos modos, todo por su propia culpa. Y, sin embargo, la vida continuaba. Otras personas dependían de ella.

Así que se pondría una máscara de valentía junto con su ropa para el día, atendería los asuntos en la oficina del periódico, y luego regresaría a casa donde podría permitirse *sentir* nuevamente en privado.

—El gris, creo, Nancy —dijo Phoebe, eligiendo un elegante vestido del mismo color que su estado de ánimo. Nancy asintió, encontrando el vestido así como los accesorios para acompañarlo, y Phoebe se levantó de la cama con desgana para comenzar a vestirse. Después de que Nancy arreglara su cabello en un moño apretado que Phoebe sentía que tiraba de su cabeza pero le permitía sentirse bastante eficiente, bajó a desayunar, suspirando cuando vio que, por una vez en su vida, Aurelia había decidido bajar a primera hora de la mañana. Amaba a Aurelia, de verdad, pero ¿por qué hoy, de todos los días, había decidido acompañarla, cuando Phoebe preferiría sentarse en su propio y miserable silencio?

—Buenos días, querida —dijo, y Phoebe intentó sonreír mientras tomaba asiento. No pasó por alto el astuto examen que Aurelia hizo de su rostro.

—Buenos días, tía Aurelia.

—¿Y cómo estás hoy?

—Estoy bien, gracias.

—¿Lo estás?

Phoebe sabía que no estaba exactamente en su mejor momento, pero no creía que hubiera algo particularmente extraño en su aspecto. Quizás Aurelia la había estado buscando anoche cuando se había quedado en sus habitaciones.

—Me siento mejor que ayer. Debí tener algún tipo de migraña o algo así.

—Nunca tienes migrañas.

—Parece que ayer sí tuve.

¿Por qué Aurelia la interrogaba tanto hoy? Normalmente su tía la dejaba ocuparse de sus propios asuntos, sin ninguna interferencia.

—Phoebe —Aurelia extendió la mano por encima de la mesa y la colocó sobre la suya, y Phoebe la miró sorprendida, deteniendo el tenedor en su otra mano mientras lo movía de un lado a otro del plato.

—¿Sí?

—¿Ha pasado algo? Puede que sea una vieja solterona, pero sé cómo luce el rostro de alguien después de que le han roto el corazón. ¿Ha ocurrido algo entre tú y el marqués?

Y con su tía mirándola con tanta compasión, Phoebe dejó el tenedor. Comenzó a armar una historia que contara la verdad omitiendo algunos detalles, pero pronto las lágrimas empezaron a fluir una vez más, y todo salió a borbotones: cada detalle, desde sus intenciones originales y su deshonestidad, hasta enamorarse de Jeffrey y su visita a la oficina ayer, hasta su miedo por el periódico y su deseo de continuar con su misión. Solo omitió los detalles íntimos.

—Oh, Aurelia, ¿qué hago ahora?

—Bueno —dijo Aurelia con naturalidad después de consolar a Phoebe—, lo primero que debes hacer, que *tienes que* hacer, es seguir viviendo tu vida. Porque revolcarte en la autocompasión no ayudará a nadie, incluida tú misma. En segundo lugar, si lo amas tan sinceramente como dices, debes decírselo de nuevo, después de que haya tenido tiempo de asimilar todo lo que compartiste con él. Y por último, Phoebe, no puedo decirte lo orgullosa que estoy de ti y de todo lo que has hecho. Debes salvar esa publicación. Apenas puedo creer que Jeffrey haría algo para arruinar todo lo que has construido, pero otros vendrán a por ti. No se puede evitar. Puedes protegerlo y puedes luchar por ello. No te rindas.

Phoebe la miró, con los ojos llenos de lágrimas aún no derramadas, pero asintió. Eso era algo que podía hacer, algo sobre lo que tenía cierto control. *El Semanario de las Mujeres* no caería, no bajo su vigilancia.

—Tienes razón —dijo, ahora con determinación—. No puedo fracasar. Me niego a hacerlo. ¿Me deseas suerte?

—Tú, Phoebe Winters, no necesitas suerte —dijo Aurelia con una sonrisa cariñosa mientras apretaba con fuerza la mano de su sobrina —. Simplemente necesitabas un empujón en la dirección correcta. Con tu inteligencia y tu determinación, puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Ahora ve.

Phoebe se levantó, rodeó la mesa para darle un rápido beso en la mejilla a su tía, y luego se dirigió a Fleet Street donde pondría todo en orden.

* * *

—¿Qué quieres decir con que debemos empaquetar todo?

La voz de Collette, ligeramente estridente, se elevó por encima del murmullo de charlas en la sala de redacción. Phoebe sabía que ella sería una de las pocas que la cuestionaría, y estaba preparada para ello.

—Tengo razones para creer que algunos nobles, que no están exactamente encantados con nosotras, pueden intentar clausurar nuestra publicación —explicó Phoebe con calma—. Y todas sabemos lo que eso podría significar para nosotras, ¿no es cierto? No quiero perder este periódico, y asumo que ninguna de ustedes tampoco.

La mayoría en la sala asintió, algunas expresando su acuerdo con ella, lo cual la complacía. Rhoda estaba a su lado apoyándola. Las dos habían hablado en privado de antemano, determinando el mejor mensaje para compartir con su pequeño grupo de escritoras. No querían perder a ninguna de ellas y, de hecho, estaban haciendo todo lo posible para protegerlas y proteger sus medios de vida.

—Hemos mantenido todas sus identidades ocultas lo mejor que hemos podido —dijo Rhoda, aunque ella misma quizás era quien más riesgo corría ya que Jeffrey conocía su nombre—. Así que como individuos no deberían tener nada que temer. No creemos que legalmente se pueda hacer nada para provocar nuestra desaparición como negocio; sin embargo, cuando los lores poderosos se unen, bueno, parece que nada es imposible.

Phoebe notó bastantes miradas preocupadas por toda la sala, e intentó sonreír de manera tranquilizadora.

—No tenemos mucho que mover, en caso de que sea necesario, ya que seguimos siendo una operación pequeña, y por supuesto no utilizamos nuestra propia imprenta; esa conexión es en realidad lo que condujo a nuestro descubrimiento. En cualquier caso, nuestra

dirección es ahora conocida, y tenemos algunos suministros, y por supuesto copias del periódico en sí y material para próximas ediciones. Sugiero que empaquetemos gran parte de ello para que, si es necesario, podamos sacarlo fácilmente del edificio hasta que encontremos nuevas instalaciones a las que trasladarnos.

—¿El edificio no está alquilado a su nombre, señorita Phoebe? —preguntó una escritora, y Phoebe asintió.

—Entonces su nombre es conocido.

—He sido discreta, pero sí, es probable.

—Apreciamos cuánto está arriesgando —dijo Rhoda, quien sabía más sobre la identidad de Phoebe, y probablemente sospechaba más respecto a su relación (o relación anterior) con Jeffrey de lo que cualquiera de las demás sabría, con la excepción de Julia, quien también había venido cuando Phoebe le había escrito sobre la urgencia de su reunión esta mañana. Julia ahora miraba a Phoebe con una expresión abatida, y Phoebe sabía que la romántica Julia probablemente estaba tan, o más, disgustada por la pérdida del amor de Phoebe que por la posible pérdida del periódico.

—Vale la pena —dijo Phoebe con énfasis, y miró alrededor de la sala a todas las escritoras—. A veces aparece algo más grande que uno mismo, y tienes la oportunidad única de formar parte de ello. Puede ser difícil ver esto a través de las tareas diarias, pero lo que estamos haciendo podría crear cambios y afectar las vidas de muchas mujeres. Mujeres que están en matrimonios en los que son maltratadas, que no tienen derechos para sí mismas ni para sus hijos. Mujeres que se sienten solas, sin esperanza, en cualquier situación en la que se encuentren. O mujeres que simplemente necesitan algo que las ayude a pasar el tiempo, que les muestre que este mundo está hecho para algo más que para los hombres.

Vio cabezas asintiendo, y sus ánimos comenzaron a levantarse ligeramente, al saber que sus palabras estaban surtiendo efecto.

—Todo lo que podemos hacer, además de empacar un poco, es continuar con nuestro trabajo, con el conocimiento de que nuestras palabras están siendo leídas, comprendidas y discutidas. Quiero agradecer a cada una de ustedes por el trabajo que hacen para que

este no solo sea el mejor periódico femenino de Inglaterra, sino el mejor periódico de todos.

La sala estalló en una ronda de aplausos, y Phoebe les sonrió a todas, esperando que sus palabras resultaran ser ciertas. Finalmente, sintiendo que el ánimo se había levantado un poco, Phoebe regresó a su oficina, necesitando decidir su propio siguiente curso de acción.

CAPÍTULO 29



Jeffrey miraba cabizbajo la copa frente a él mientras permanecía sentado en su biblioteca, solo, casi a oscuras. Había pasado un día desde que habló con Phoebe, y no había hecho mucho de nada. Bueno, había atendido su papeleo, se había reunido con su secretario, había desayunado con su familia —quienes estaban llenos de comentarios sobre cómo compensaba su anterior alegría volviéndose incluso más hosco de lo habitual— e incluso había dado un paseo con Maxwell por el parque cercano. Pero ahora estaba sentado, meditabundo. Maxwell dormitaba a sus pies, estremeciéndose de vez en cuando mientras emitía ladridos soñolientos, probablemente soñando con perseguir pájaros y conejos, pensó Jeffrey con una sonrisa irónica. Si tan solo la vida fuera tan simple como la de un perro.

Pero, por supuesto, no lo era. No, la vida estaba llena de mujeres que no deberías desear pero que deseabas de todas formas, que te sorprendían a cada paso. Estaba llena de responsabilidades que nunca pediste, pero que otros harían cualquier cosa por arrebatarte. Y estaba llena de indecisión, al menos para él. Sobre cuál era la acción correcta a tomar, sobre si debía seguir su corazón o su cabeza. Sobre las grandes preguntas de la vida, como si la sociedad estaba fundada sobre los cimientos correctos.

Phoebe Winters había puesto todo su mundo patas arriba — bueno, cada parte de su mundo que no estuviera ya caótica.

Aquellos aspectos que él pensaba que tenía completamente bajo control. Ahora... ya no estaba tan seguro de nada.

Hubo un golpe en la puerta y Jeffrey no dijo nada, esperando que si permanecía lo suficientemente callado, quienquiera que deseara entrar se marcharía y él podría seguir hundido en el suave cuero de su sillón de caoba. Sin embargo, no tuvo tanta suerte, ya que la puerta se abrió lentamente, y Maxwell despertó y dio un traicionero ladrido alegre de bienvenida.

—Calla —dijo mientras tomaba otro sorbo de su bebida. Whisky esta noche. Necesitaba algo más fuerte que el coñac, del que normalmente era bastante aficionado.

—¿Jeffrey? —llegó la voz suave, y él suspiró. Si había una mujer a la que nunca podría rechazar, sin importar las circunstancias, era su madre.

—Adelante —dijo, intentando ocultar su renuencia a invitarla a su santuario nocturno. La biblioteca era compartida entre la familia, por supuesto, pero, además de su estudio y su dormitorio, era una habitación donde usualmente podía estar solo, o si no solo, en silencio. Viola a menudo estaba sentada en el canapé del rincón, pero siempre tenía un libro en mano y lo dejaba en paz. Tenían una biblioteca bastante extensa para una casa londinense, con estanterías del suelo al techo que cubrían las paredes, muy parecida a su oficina pero en mayor volumen, y más a lo largo de la habitación en nichos, todas llenas de diversos libros de múltiples épocas, de muchos géneros diferentes. Se habían acumulado a lo largo de los años, y parecía que ningún Marqués de Berkley había sentido la necesidad de deshacerse de ninguno de ellos, ni de cambiar sustancialmente nada de esta casa. Parecía que la aversión al cambio era un rasgo de los Berkley que se había transmitido, y ahora residía en su propia alma.

Lady Berkley entró sigilosamente en la habitación, tomando asiento frente a Jeffrey en un sillón de cuero igual al suyo.

Su madre seguía siendo hermosa, por supuesto, y poseía un alma gentil. Sin embargo, había sido lo suficientemente fuerte para criar a seis hijos, y para seguir aconsejándolos tras la muerte de su

esposo, un hombre al que había amado con todo su corazón —aunque con quien no siempre había estado de acuerdo—.

Ella miró a Jeffrey ahora, con el profundo amor en sus ojos que tenía para todos sus hijos, una mirada que le decía que conocía parte del dolor que ahora albergaba.

—Jeffrey, dime qué ha pasado.

Era una orden suave, silenciosa, pero una orden al fin y al cabo. Jeffrey tomó otro sorbo de su bebida.

—Nada, madre —dijo, pero intentó sonreír, aunque le preocupaba que tal vez resultara más una mueca—. Por favor, no se preocupe. No es nada que no pueda determinar cómo manejar mejor.

—¿En serio, Jeffrey? —preguntó ella, arqueando las cejas—. Nunca te he conocido por encerrarte, por ser tan hosco con tus hermanas y conmigo. Puede que hayan bromeado contigo, es cierto, sobre tu actitud en el desayuno esta mañana, pero no es así como te crié. Si algo va mal, lo compartes, para que podamos ayudarte. No descargas tu ira en el resto de nosotros, Jeffrey. Puedes estar callado y leer tus periódicos, lo entiendo. Pero cuando Rebecca te pidió que le pasaras el azúcar, ¡lo hiciste parecer como si te hubiera pedido que cruzaras el mundo para conseguírselo!

Jeffrey miró la bebida en su mano, llenándose de remordimiento mientras su madre lo reprendía como a un niño, y sabía muy bien que se lo merecía.

—Tiene razón —dijo finalmente, girando el vaso entre sus manos —. Algo ha ocurrido. Me enamoré de Lady Phoebe Winters, pero luego descubrí que no es la mujer que pensaba que era. Fue deshonesta conmigo, me ocultó su verdadero ser, tomó acciones que no podría aprobar si fuera a convertirse en mi esposa... como le pedí que fuera. Sí —dijo ante la mirada de sorpresa de su madre—. Le pedí que se casara conmigo, ¿y qué hizo ella? Reveló ser una mujer que nunca podría aceptar.

Lady Berkley sostuvo su mirada por unos momentos mientras asimilaba sus palabras.

—Y esta... revelación, ¿llegó antes o después de que aceptara tu mano?

—Me dijo que aceptaría mi propuesta, pero solo si todavía la quería después de lo que me dijera.

—Bueno, eso, supongo, Jeffrey, se considera honestidad —dijo ella.

Él asintió a regañadientes, pero continuó.

—Esto fue después de semanas, madre. Semanas en las que pensé que estábamos desarrollando una relación que nos llevaba a algo. Sin embargo, me estaba utilizando. ¡Para nada más que su maldito periódico!

—Ah, ya veo —dijo Clarissa, sin parecer sorprendida en lo más mínimo, y Jeffrey la miró con recelo.

—¡No me diga que usted sabía de su papel como editora de esa basura!

La madre de Jeffrey lo miró con calma en respuesta, sin dejarse llevar por su ira.

—Tenía mis sospechas —dijo encogiéndose ligeramente de hombros—. Conocía sus opiniones sobre los asuntos escritos, sabía que tendría los medios para crear tal publicación, y también conocía a sus padres. La habrían criado para ser una mujer que expresara su opinión, que no se escondiera detrás de las apariencias de lo que se espera de una joven dama, y que creyera que la vida le ofrecía más que lo que típicamente se espera de una mujer. Quizás no quieras oír esto, Jeffrey, pero la admiro. Es valiente y hace lo que siente que es correcto. No necesariamente tienes que estar de acuerdo con ella, pero debes entender de dónde viene.

Su madre se inclinó hacia adelante ahora, y Jeffrey se sorprendió por su pasión por el tema, pues su madre solía ser bastante reservada en sus opiniones, permitiendo que sus hijos expresaran las suyas en su lugar.

—Piénsalo desde el otro lado, Jeffrey. Imagina si los roles estuvieran invertidos, si los hombres estuvieran relegados al hogar, a casarse bien y tener y criar hijos.

Él resopló ante la idea, pero ella lo ignoró y continuó.

—¿Cómo te sentirías al respecto? ¿Te sentirías asfixiado? ¿No querrías que se escuchara tu voz?

—Difícilmente se puede comparar, madre, porque entonces no me habrían criado con las expectativas que tengo actualmente.

—Eso es cierto —concedió ella—. Sin embargo, no conociste a los padres de Phoebe como yo. La criaron para que fuera consciente de su verdadero potencial, y ahora está compartiendo ese conocimiento con otras mujeres, que están despertando a las posibilidades que pueden estar disponibles para ellas. Es algo poderoso, Jeffrey, aprender que el mundo puede no ser necesariamente tan asfixiante como uno pensaba, encontrar un sentido de libertad en el conocimiento. Porque eso es lo que Phoebe está proporcionando: conocimiento.

Hizo una pausa por un momento, luego se inclinó hacia adelante y apoyó sus manos frías en las mejillas de él mientras miraba en sus ojos.

—Todo lo que te pido, Jeffrey, es que consideres mis palabras, y luego consideres las de ella.

Se levantó y caminó hacia un armario de esquina. Abrió las puertas inferiores, rebuscó un poco y, al encontrar lo que buscaba, regresó a él con un montón de periódicos en sus manos y se los tendió.

—Lee estos, Jeffrey —dijo—. No solo los titulares, sino realmente lee los artículos. No pienses en cómo podrían afectarte, sino en cómo reaccionarías si fueras mujer. ¿Qué pensarías? ¿Cómo responderías? Y no solo eso, imagina si cada otro periódico que lees fuera solo para los del género opuesto, y finalmente, hay algo que te sientes cómodo leyendo. ¿Cómo te sentirías?

Él tomó los periódicos de mala gana, y ella encendió otra vela, acercándosela para que pudiera leer mejor, ya que su actual vela casi consumida era demasiado tenue.

Comenzó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo y volvió la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—Oh, ¿y Jeffrey?

—¿Sí, madre?

—Simplemente quiero que seas feliz. Y por lo que puedo ver, Lady Phoebe Winters ciertamente te hace feliz. No importa si sería o

no la marquesa perfecta. Lo que importa es que sería la esposa perfecta para ti.

Con una mirada significativa que le decía que no esperaba ningún argumento, se marchó tan silenciosamente como había llegado, dejándolo solo con sus periódicos, su bebida y sus emociones arremolinadas... o eso pensó.

—Bueno, ciertamente tienes un dilema, ¿no es así?

—¡Ambrose! —Jeffrey se enderezó de golpe en su sillón al oír la voz de su hermano, que venía de las profundidades de la biblioteca. Se levantó, mirando entre las estanterías, hasta que lo encontró, apoyado despreocupadamente contra una librería junto a la pared. Jeffrey entrecerró los ojos para distinguirlo en la tenue luz, fulminándolo con la mirada a él y a su expresión petulante—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, espiando mi conversación privada, observándome para cualquier propósito enfermizo que puedas tener?

—El suficiente —dijo Ambrose, descruzando los brazos y avanzando hacia Jeffrey—. Así que, querido hermano, tienes una elección que hacer. ¿Mantienes tu reputación como el perfecto marqués, lleno de honor y responsabilidad, o doblas tu voluntad por una mujer, una que sería oh, tan inadecuada, a pesar de lo que madre pueda pensar? ¿Y qué pasaría entonces, con la pequeña publicación de Phoebe? ¿Le dirías a tus amigos, al Conde de Totnes, al Duque de Clarence, y a todos los demás, la verdadera identidad de la editora... tu prometida? ¡Oh, qué escándalo se armaría!

—Sí —dijo Jeffrey, con los labios apretados—. Ciertamente es, como dices, un dilema. Pero —tomó la decisión en ese instante, una que había sabido en su interior pero no había pronunciado en voz alta—, pase lo que pase, no revelaré nada sobre Phoebe y su papel en *El Semanario de las Mujeres*. Sería una traición demasiado grande, y sea lo que sea que ocurra entre nosotros dos, no quiero verla perseguida o herida por ningún otro.

—¿No? Qué galante por tu parte —dijo Ambrose—. Pero, ¿y si alguien más lo descubriera?

—¿A quién te estarías refiriendo? —preguntó Jeffrey sombríamente, sabiendo muy bien lo que Ambrose insinuaba.

—Bueno, Jeffrey, veo que estás tardando mucho más en tomar esta decisión que con cualquier decisión que *yo* te haya planteado jamás. Así que te sugiero que pienses mucho más detenidamente en lo que te he pedido. Solo una miseria, realmente, para tu propio hermano. Y no, no tengo planes de irme al campo, ni de aceptar un cargo militar. ¿Yo, en el ejército? ¡Ja, es risible! Sí, Jeffrey, piensa bien en tus próximas acciones, te lo *imploro*.

Se rio mientras rodeaba a Jeffrey y salía por la puerta, su risa haciendo eco por el pasillo. Jeffrey permaneció con los puños fuertemente apretados mientras observaba la sombra de su hermano alejarse.

CAPÍTULO 30

Las expresiones que sus amigas mostraban estaban mayormente llenas de compasión mientras escuchaban el relato de Phoebe. Julia ya conocía gran parte de la historia, pero Sarah y Elizabeth apenas estaban descubriendo muchos de los detalles. Phoebe finalmente se había unido a ellas en lo que antes había sido su paseo habitual, y sintió una punzada en el pecho cuando notó lo sorprendidas que estaban de verla.

Era difícil manejar tantas prioridades, pero sus amigas no deberían haber sido una de las descuidadas.

El día era cálido conforme la primavera avanzaba, aunque Phoebe no podía evitar el escalofrío que la había invadido y que no parecía querer abandonarla desde la visita de Jeffrey a *The Women's Weekly*. La hierba comenzaba a reverdecer, los árboles empezaban a brotar, pero a pesar de la belleza que emergía a su alrededor, Phoebe tenía dificultades para ver algo positivo en el día. Hoy se había despertado igual que el día anterior, deseando que todo hubiera sido simplemente una de esas terribles pesadillas extremadamente realistas que la atormentaban cuando estaba estresada por cualquier tipo de situación.

—Oh, Phoebe, lo siento muchísimo —dijo Sarah en un tono compasivo—. Pero quizás, solo quizás, puedas arreglarlo todo, ¿no crees?

—No estoy segura —respondió Elizabeth antes de que Phoebe pudiera decir algo. Hizo una pausa para sonreír a otro grupo de

damas que paseaban antes de continuar—. Sabíamos desde el principio que un final feliz probablemente no sería el resultado de una relación tan compleja, especialmente con el papel poco convencional que has jugado. Lo siento, Phoebe, que hayas perdido tu corazón, de verdad lo siento, aunque, por duro que me resulte decirlo, no puedo decir que esté demasiado sorprendida.

Julia y Sarah la miraron con incredulidad, que hablara tan insensiblemente a su amiga que estaba sufriendo, pero Phoebe levantó una mano para detener su defensa, aunque les estaba agradecida.

—Desafortunadamente, Elizabeth tiene razón —dijo, finalmente levantando la mirada del suelo para volverse hacia Julia a su izquierda, y Elizabeth y Sarah a su derecha. La flanqueaban como si fueran sus guardaespaldas, ahí para protegerla de cualquier cosa que pudiera dañarla, y odiaba que la vieran como un ser tan frágil en este momento—. Cuando comencé a intentar encantar a Jeffrey, nunca soñé que se convertiría en algo... vaya, apenas creía que él me notaría, y mucho menos que perdería su corazón por mí y yo el mío por él. Me sorprendió tanto como a cualquiera. Sin embargo, por mucho que mi corazón duela por haberlo perdido, también siento una carga aliviada de mis hombros por el hecho de que la verdad ahora le sea conocida.

Todas asintieron ante eso. La verdad siempre era lo mejor, ¿no es así?

—¿Crees que hablarás con él de nuevo? —preguntó Julia—. ¿Qué harás si lo ves en algún evento?

Phoebe hizo una pausa para reflexionar, y todas redujeron el paso junto con ella.

—En realidad —comenzó—, he decidido que debo hablar con él de todos modos.

—¿Lo harás? ¿Y qué le dirás? —preguntó Sarah con ojos muy abiertos.

—Debo disculparme —dijo Phoebe con decisión—. Sin importar los sentimientos que hayan surgido, sin importar que siga creyendo que estaba equivocado al pensar que el periódico debería ser discontinuado, también fue incorrecto y deshonesto de mi parte

intentar acercarme a él para determinar su progreso. Jugué con los sentimientos, los suyos así como los míos, al final, y aprendí mi lección, supongo. Solo que fue una lección muy difícil que desearía haber evitado.

—¿Así que preferirías no haberlo amado en absoluto? —preguntó Julia suavemente.

—¡No lo sé! —exclamó Phoebe—. ¿Supongo que es demasiado pedir tener amor y también la oportunidad de tener un propósito, de hacer lo que quiero con mi vida?

—¿Para una mujer? —preguntó Elizabeth, alzando una ceja—. Quizás sí lo es. Y por esa razón, Phoebe, tienes razón al hacer el trabajo que haces, al intentar cambiar el mundo en el que vivimos. Porque si fueras un hombre, la respuesta a esa pregunta sería completamente diferente.

Todas guardaron silencio mientras reflexionaban sobre las palabras de Elizabeth, y continuaron caminando a lo largo del Serpentine dentro del parque, saludando a los conocidos que se encontraban por el camino.

—¿Cuándo vas a hablar con él? —preguntó Sarah.

—Mañana —dijo Phoebe con tristeza mientras pensaba en la conversación que vendría. Probablemente sería la última y sería como cerrar la puerta a lo que podría haber sido, lo que nunca sería.

—¿Y el periódico? —preguntó Sarah.

Phoebe se encogió de hombros. —Nada ha sucedido todavía. Quizás Jeffrey no ha dicho nada. O tal vez está tomándose su tiempo. No estoy completamente segura. Sin embargo, estamos preparadas. Si debemos desocupar nuestra propiedad rápidamente, lo haremos. No creemos que haya ningún recurso legal que pueda tomarse, pero con el poder de un nombre noble, todo es posible. Sin embargo, persistiremos. No permitiré que *The Women's Weekly* deje de funcionar simplemente porque hombres cobardes sienten que podría dañar su forma de vida.

—Ese es el espíritu —dijo Elizabeth, intentando sonreír a Phoebe, pero era una expresión bastante dolorosa ya que todas conocían el resultado probable de la situación de Phoebe y el hecho de que, aunque pudiera luchar, sería una batalla difícil.

Phoebe tragó con fuerza para evitar las lágrimas que amenazaban, y sus pasos eran pesados mientras continuaba en silencio.

* * *

El día después de que su madre le proporcionara su sabiduría, así como el montón de periódicos que Viola había guardado, Jeffrey durmió durante la mayor parte de la mañana, lo que era tan impropio de él que Lady Berkley envió a su ayuda de cámara a determinar si se encontraba bien.

Sin embargo, había estado despierto hasta altas horas de la madrugada leyendo *The Women's Weekly*. Solo se habían impreso unos pocos números hasta el momento, pero leyó cada artículo cuidadosamente, luego lo releyó, y se quedó allí, contemplando las palabras, sus pensamientos sobre el tema, y cómo el artículo podría afectar a las mujeres que lo leyeran, como su madre le había sugerido.

Podía escuchar la voz de Phoebe en muchos de los artículos. Oh, no en los de moda o chismes, que por supuesto no le interesarían, sino en los editoriales, los que abogaban por el cambio, o describían la vida social: las palabras surgían como si ella misma estuviera hablando. Su inteligencia brillaba, su ingenio le hacía sonreír, y su propensión a determinar la exacta verdad en cada situación u opinión le asombraba.

Ahora, sentado en su estudio, los periódicos alineados en el escritorio frente a él una vez más, intentaba determinar sus propios sentimientos hacia ellos. Maxwell dormía en la cama para perros cerca de sus pies, completamente ajeno a la melancolía de Jeffrey, roncando mientras yacía de espaldas con las cuatro patas en el aire.

—¿Jeffrey?

Una cabeza se asomó por la puerta, y ante su asentimiento, Viola entró en la habitación, sentándose frente a su amplio escritorio de caoba. Maxwell solo resopló.

—Veo que has estado leyendo —comenzó, y él le dedicó una sonrisa torcida.

—¿Cuánto te contó madre?

—No mucho —dijo ella, pero ante su ceja levantada, se sonrojó ligeramente. Viola nunca podía decir una mentira—. Está bien, me contó un poco cuando no pude encontrar mi periódico reciente. Que los estabas leyendo para determinar si hay alguna verdad en ellos además de lo que lees en la superficie. Y que ahora sabías que Phoebe es la editora de *The Women's Weekly*.

—¿Tú también lo sabías? —preguntó, pasándose una mano por el pelo.

—Detente, tu pelo ahora está completamente de punta —dijo con un ceño de reproche, y él no pudo evitar sonreír ya que sonaba como una niñera. O una madre—. Pero sí, tenía mis sospechas. ¿Cómo no ibas a darte cuenta?

—Parece que no quería creer tal cosa —dijo con cansancio—. Aunque aparentemente todos los demás que la conocían lo sabían.

—No estábamos completamente seguros —dijo Viola tranquilizadora—. Sin embargo, parecía bastante probable. —Inclinó la cabeza y lo estudió—. Parece que has estado leyendo.

—Así es —asintió, aunque no dijo nada más.

—¿Y? —preguntó ella.

—¿Y qué?

—¿Y qué piensas ahora, Jeffrey? —terminó, poniendo los ojos en blanco.

Él sonrió ante lo fácil que era irritarla, como ocurría con todas sus hermanas. Eran bastante predecibles en ese sentido. A diferencia de su hermano, que era completamente lo contrario.

Se reclinó en su silla ahora, contemplando su respuesta, porque sabía cuánta importancia tenía, no solo para Viola sino para su propia comprensión, ya que podría determinar el curso de su futuro.

—Creo —comenzó lentamente—, que posiblemente hice algunas suposiciones sobre *The Women's Weekly* y sobre las propias opiniones de Phoebe que quizás no eran del todo ciertas.

Los ojos de Viola se iluminaron detrás de sus gafas, pero todo lo que dijo fue: —¿En qué sentido?

—Pensaba que Phoebe quería crear un gran cambio, trastornar nuestra sociedad actual, causar caos —continuó reflexivamente—. Pero sus artículos parecen afirmar que, de hecho, lo que ella cree es que las mujeres deberían tener voz, poder expresarse y tener un foro donde puedan sentirse cómodas, tanto para encontrar cosas que leer que les intriguen, como para abrir sus mentes a otras posibilidades. Eso sí tiene sentido para mí. También hubo algo que dijo madre, sobre imaginar cómo sería tener tanto tus opiniones como tu potencial reprimidos. Es difícil conjeturar, habiendo sido criado con todas las puertas abiertas, pero supongo que me sentiría completamente encerrado.

—Ella propone cambios en algunas de las leyes, para proporcionar a las mujeres más libertades, más opciones —señaló Viola, y Jeffrey era consciente de que su hermana se estaba asegurando de que comprendiera completamente todas las implicaciones de la posible elección que podría hacer.

—Sí, me doy cuenta de eso —asintió—. No puedo mentir y decir que estoy de acuerdo con todos sus artículos u opiniones, es verdad. Y sin embargo, hay algunos que sí entiendo. Si las mujeres tuvieran más poder para revisar sus propios contratos matrimoniales, por ejemplo, eso podría marcar una gran diferencia, ¿no es así? Y estoy de acuerdo con ella en que debería haber una ley que proteja a una mujer de un hombre que la pondría en peligro, aunque no tengo idea de cómo se determinaría al culpable en tal asunto.

Viola inclinó la cabeza, una lenta sonrisa comenzando a extenderse por su rostro. —Entonces dime, Jeffrey, ¿qué harás? ¿Irás a buscarla? ¿Harás las paces?

Él frunció el ceño.

—A pesar de que entiendo mejor muchos de sus principios, eso no cambia el hecho de que fue completamente deshonesta conmigo, que me utilizó para sus propios fines, me convirtió en un tonto.

Tamborileó distraídamente con las yemas de los dedos sobre la superficie del escritorio, y Viola se inclinó hacia adelante y colocó su propia mano sobre ellos para detener sus movimientos.

—¿No entiendes por qué tuvo que hacer tal cosa cuando tú tenías una opinión completamente diferente hace apenas unas

horas?

Él miró fijamente el escritorio, la suave mano de Viola, y cerró los ojos y suspiró. No quería ceder, no quería admitir ningún error en sus propias formas, pero quizás Viola sí tenía razón.

—¿Qué vale el orgullo? —persistió ella—. ¿Más que perder al amor de tu vida?

Pasó la mano por sus ojos mientras no podía evitar reírse con pesar ante las palabras de Viola, que mostraba tal madurez y gracia, y ella le devolvió la sonrisa con placer mientras le daba palmaditas en la mano.

—Ese es el espíritu. Ahora, ¿qué vas a hacer con respecto a informar sobre esta malvada editora que tan decididamente rastreaste? Porque hay algunos hombres que estarán esperando escuchar lo que tienes que decir, y debes estar preparado.

—Supongo que simplemente diré que no pude encontrarla.

Viola resopló. —Esa es una mentira terrible y nunca la creerán. No, debes decir que la rastreaste, pero que evadió tu captura. Que encontraste su lugar de trabajo, pero que escapó.

—Eso tampoco es creíble en absoluto, ¿que dejé escapar a una mujer y a todo un edificio?

—Lo será si eres convincente, y si inventas una historia que sea creíble... y debes ayudar a asegurar que nadie la encuentre jamás. ¿Cómo determinaste la dirección de la publicación?

—Visité la imprenta, pedí al propietario que entregara un mensaje a la editora, y luego seguí al mensajero.

—¿Lo ves? —dijo Viola con una mirada significativa—. Debes trabajar hacia atrás para ayudar a Phoebe a ocultar sus huellas de cualquier otro.

Asintió distraídamente y estaba a punto de coger pluma y papel para contactar con Phoebe, pero la puerta se abrió de golpe y Rebecca irrumpió, su largo pelo rubio ondeando tras ella en su prisa por encontrarlo. Cerró la puerta dramáticamente, asegurándose de que estaba cerrada antes de continuar su ritmo vertiginoso, y luego se detuvo en el escritorio de Jeffrey, extendiendo sus manos sobre la superficie. Sus ojos estaban muy abiertos mientras miraba primero a

Jeffrey y luego a Viola. Apenas notó a Maxwell cuando intentó saltar a sus brazos.

—Jeffrey —dijo, sus respiraciones saliendo en rápidos jadeos, como si hubiera corrido por toda la casa para encontrarlo, y era muy probable que así fuera—. Acabo de escuchar algo completamente perverso.

—¿Oh?

—Ambrose estaba hablando con su ayuda de cámara, y, oh Jeffrey, ¡va a destruir toda la publicación de Phoebe! No solo será destruida, sino que ella quedará completamente arruinada porque él va a exponer su secreto al mundo.

—Cálmate —dijo, levantándose y llevando sus manos a los hombros de su hermana, mientras la miraba a los ojos con una mirada lo más comedida posible—. Empieza por el principio y dime lo que escuchaste, cuándo y dónde lo escuchaste, y luego determinaremos nuestros próximos pasos a partir de ahí.

Ella asintió, empezando a recuperar el aliento, y Viola tiró de sus manos para animarla a tomar asiento junto a ella.

—Muy bien —dijo Rebecca, sus palabras aún saliendo rápidamente mientras finalmente se sentaba, aunque sus manos seguían retorciéndose con preocupación.

—Estaba pasando por las habitaciones de Ambrose, pues como sabes, sus habitaciones están junto a las mías. Oí voces, y algunas palabras llamaron mi atención.

Viola le dio una mirada de reojo, y Rebecca puso los ojos en blanco. —Está bien, espié a propósito. ¿Estás contenta ahora, Vi? Ambrose siempre está tramando alguna aventura, y quería escuchar la última. Así que, de todos modos, tenía la oreja en la cerradura de la puerta, y escuché a Ambrose diciendo que iba a hacer algo que te demostraría a ti, Jeffrey, la falacia de intentar controlarlo, de no apoyarlo en sus propios esfuerzos. Le dijo a su ayuda de cámara que Phoebe era la editora de *The Women's Weekly* —como todos adivinamos, Vi— pero que tú, Jeffrey, no ibas a hacer nada al respecto porque... bueno, quizás no debería repetir exactamente lo que dijo, pero algo relacionado con que estás bastante enamorado de Phoebe. De todos modos, dijo que tenía un plan para derribarla

él mismo. Que iba a reunir a Totnes y a todos los demás que desean ver el periódico destruido, e ir a la oficina y tomar todo lo que tuvieran, destruir el edificio, y luego denunciar los nombres de todas las mujeres que encontraran trabajando allí.

—¿Haría todo eso, arruinar las vidas de todas estas mujeres, para enfadarme a mí? —fue la primera pregunta que hizo Jeffrey, con ira burbujeando en su vientre. Sabía que su hermano era completamente egocéntrico, pero ¿por qué tomar esta acción contra la mujer que él amaba, contra mujeres que no tendrían ningún efecto sobre él?

Y ese era el verdadero "por qué", se dio cuenta. Ambrose no se preocupaba por los demás: solo había que mirar el esquema del que formaba parte, que se aprovechaba de aquellos con poco a su nombre. Había determinado, con razón, que le haría más daño a Jeffrey ver arruinada a alguien por quien se preocupaba que tomar venganza directa contra él. Rebecca confirmó sus sospechas.

—Dijo que esto es lo que te mereces, por apoyar a una mujer más que a uno de los miembros de tu propia familia. Dijo que ahora verás lo que sucede cuando te cruzas con él.

Jeffrey bajó la frente a su mano, frotándose las sienes.

—Dios mío —murmuró—. ¿Dijo cuándo se proponía actuar?

—Pondrá todo en marcha la próxima vez que hables con los caballeros, cuando compongas una mentira. Dijo que entonces te delatará, proporcionando sus pruebas. Dijo que hará que parezcas un tonto ante todos, como tú siempre le haces parecer a él. Sus palabras, no las mías.

—Así que al menos tenemos la posibilidad de fijar el momento nosotros mismos —reflexionó.

Jeffrey se levantó del escritorio, caminó de un lado a otro detrás de él, y luego finalmente rodeó su esquina, y levantó a su hermana en un gran abrazo, uno al que ella parecía completamente desacostumbrada, ya que dejó escapar un grito de sorpresa. Maxwell saltó de su sueño y comenzó a ladrar excitado, ya que parecía pensar que estaban empezando a jugar algún tipo de juego divertido.

—Gracias, Rebecca —dijo, volviendo a poner sus pies en el suelo y luego levantando a Viola y haciendo lo mismo con ella—. Y a ti también, Viola. No solo por tus palabras de hoy, sino por tu presencia en mi vida para evitar que fuera el marqués estirado y aburrido que podría haber sido, que nunca habría sabido cómo ver más allá de sus propios prejuicios y aprender que, quizás, hay otras opiniones por ahí que vale la pena escuchar. Ahora —dejó a las dos donde estaban, mirándolo boquiabiertas, mientras agarraba su capa y comenzaba a salir del estudio—, tengo mucho que hacer en unas pocas horas. Y por favor, señoras, no permitan que Ambrose sepa que me han hablado de esto. Gracias de nuevo.

Y, sin otra palabra, se marchó.

CAPÍTULO 31



Phoebe miraba fijamente la nota en su mano. Se había vestido con tanto cuidado esa mañana, preparada para hablar con Jeffrey, quizás por última vez. Y entonces había llegado la nota. El papel estaba arrugado, pues ya la había leído múltiples veces, demasiadas para ser aceptable. Era bastante triste, si era honesta consigo misma. No tenía idea de qué podría querer de ella ahora, pero presentía que no podía ser nada bueno, ¿verdad? No permitió que la esperanza entrara en su corazón, pues no podía soportar más la decepción que caería sobre ella cuando, sin duda, estuviera completamente equivocada.

Colocó la nota sobre el escritorio frente a ella, alisando los bordes arrugados. Miró alrededor de la oficina que consideraba en parte aún de su padre y en parte ahora suya, y suspiró profundamente. Era una mujer independiente, cierto, y se enorgullecía de ese hecho, pero había momentos, como este preciso instante, en que anhelaba hablar con sus padres, saber qué le aconsejarían hacer.

Volvió a mirar lo que tenía delante.

Phoebe,

Te pido que te reúnas conmigo dentro de dos días. Pasaré a recogerte a las dos de la tarde.

Jeffrey

Eso era todo. Breve, directo, pero escrito con su puño y letra, así que no era como si lo hubiera dictado. No había palabras de amor

eterno. Ni siquiera un "Tuyo, Jeffrey".

¿Qué podría querer? ¿La llevaría ante las autoridades para denunciarla como editora? Pero por supuesto que no. Ella no había hecho nada ilegal, nada malo, a pesar de que muchos probablemente pensaran lo contrario. Phoebe respiró hondo para calmar sus manos temblorosas. ¿Debería seguir sus órdenes?

Bueno, suponía que de todos modos había querido verlo, para disculparse. Pero había esperado hacerlo hoy, para terminar con eso y seguir adelante con su vida, si podía. Al menos lo intentaría con todas sus fuerzas.

Alcanzó un trozo de papel y su pluma para responder a su nota antes de que pudiera convencerse de lo contrario. Era una mujer fuerte, se dijo a sí misma, y no iba a permitir que el desamor cambiara eso, que la hiciera débil o indecisa. Y, a pesar de que ambos sabían que era capaz de escribir con mucha más elocuencia, se permitió un pequeño momento de mezquindad al responderle prácticamente en el mismo estilo que su nota original. Pensó en dirigirla al Marqués de Berkley, pero quizás eso era ir demasiado lejos.

Jeffrey,
Te veré a las dos en punto el miércoles.
Phoebe

* * *

Los siguientes dos días fueron a la vez los más largos y los más cortos de la vida de Jeffrey. Los pasó preocupado por si podría tener éxito tanto en ganar la mano de Phoebe como en mantenerla a salvo de la persecución de su hermano, el Conde de Totnes, y los muchos otros nobles que deseaban su caída —un grupo del que él mismo había formado parte no hace mucho tiempo. Si tan solo pudiera convencerlos de algo de lo que él mismo había llegado a comprender: que así como dos partidos coexistían en el Parlamento, también podrían coexistir, quizás, las diferentes ideas de aquellos

que estaban de acuerdo con las creencias de Phoebe y los que se oponían a ellas.

Se había acostumbrado a verla regularmente, y el tiempo sin su presencia se alargaba interminablemente. Consideró cómo sería su vida si ella eligiera un camino sin él, y le parecía infinitamente sombría y desolada sin ella. Incluso ahora, cuando pensaba en su vida antes de que ella entrara en ella, parecía desprovista de la vitalidad que había llegado a conocer, creada por su sonrisa y su ingenio, que habían invadido su alma y capturado su corazón.

Sin embargo, habían sido unos días muy ocupados. Tenía mucho que lograr para asegurarse de que todo estuviera en orden, pero, con un poco de ayuda de su fiel y eficiente secretario, había completado todo para la fecha límite que él mismo se había impuesto.

Ahora su carruaje se detenía frente a la casa de Phoebe, y él retorcía sus manos en su regazo, decidido a no mostrar ni un ápice de nerviosismo una vez que estuviera en su compañía. Descendió y estaba a mitad del camino hacia la puerta cuando ella salió, seguida por su doncella. Ah, así que había decidido que esta sería una visita formal, con una carabina apropiada hoy.

No estaba seguro de cómo saludarla, pero ella resolvió el problema por él.

—Jeffrey —dijo con un movimiento de cabeza mientras se acercaba, y su corazón dolía con la necesidad de alcanzarla y tomarla en sus brazos. Pues su rostro estaba demacrado, sus mejillas hundidas, y ese labio inferior tan lleno que constantemente lo llamaba estaba siendo mordisqueado por sus propios dientes.

Pero en lugar de eso, simplemente le devolvió el gesto y le ofreció su brazo.

—Te ves encantadora —dijo mientras caminaban hacia el carruaje, y era cierto que su vestido, asomando bajo su ondulante capa azul marino, era de un rojo escarlata que se adaptaba perfectamente a su tez, y nada podía ocultar el verde sensual de sus ojos, ni lo impresionante que era su rostro. Le devolvería la vitalidad muy pronto, se prometió, y por mucho que deseara decirle lo que le esperaba, hacerlo arruinaría todo.

—Gracias —dijo ella, y cuando subió al carruaje, finalmente mostró algo de emoción al notar que Maxwell la estaba esperando, con la cola moviéndose excitadamente. Tomó la cara del perro entre sus manos y le dio un rápido beso en la nariz mientras tomaba asiento en el carruaje, su doncella acomodándose arriba con el cochero. Cuando finalmente estuvieron solos —salvo por el perro—, ella miró a Jeffrey de manera penetrante, poniéndolo ligeramente nervioso. Jeffrey se sentó frente a ella, con las piernas estiradas, aunque ella claramente se movió lo más lejos posible de él para que no hubiera riesgo de que se tocaran accidentalmente. Phoebe se sentó con las manos apretadas en su regazo, su postura tan recta que incluso la madre más estricta del *ton* la aprobaría. Su rostro era estoico, sin emociones, y él deseaba desesperadamente saber en qué estaba pensando.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella sin rodeos.

Él sonrió. Ella siempre iba al grano lo más rápido posible.

—Lo descubrirás pronto —prometió, y ella entrecerró los ojos.

—Me gustaría saber si debo preocuparme por nuestro destino.

Por supuesto. Estaba preocupada de que él la hubiera recogido para provocar la desaparición de *The Women's Weekly*. Le molestaba que sospechara tales acciones de él, que no entendiera que sus sentimientos por ella eran lo suficientemente fuertes como para superar cualquier otra cosa que alguna vez hubiera sido una preocupación.

—¿De verdad piensas tan poco de mí? —preguntó, mirándola desde el otro lado del carruaje, inclinándose hacia ella con los codos sobre los muslos.

—¿Por qué debería pensar lo contrario? —preguntó ella, con una fina ceja arqueada—. Esa fue tu intención desde que nos conocimos, ¿no es así? Y dejando todo lo demás a un lado, *tú* has sido nada más que honesto conmigo.

Hizo una pausa por un momento, con la mirada en el suelo como si estuviera sumida en una profunda contemplación.

—Jeffrey...

Pero él levantó una mano. No quería que le dijera nada más, no hasta que llegaran a su destino y revelara lo que había en su interior.

—Ten paciencia conmigo un momento más —dijo—. Luego podemos tener una conversación sincera. ¿De acuerdo?

Ella asintió y luego guardó silencio, y durante los siguientes minutos, el único sonido que se escuchaba era el trotar de los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas del carruaje sobre los adoquines debajo de ellos.

* * *

Se estaba comportando como una necia. ¿Por qué no podía exigir que le dijera adónde la llevaba, y por qué no podía forzar las palabras de disculpa? Debería ser una conversación fácil. Entonces él podría simplemente dar la vuelta y llevarla a casa, y todo quedaría olvidado. O eso esperaba.

Era una tortura estar sentada aquí frente a él. Solo tenía que moverse un poco y sus piernas descansarían una contra la otra. O si se inclinaba hacia él, podría extender una mano y tocarlo. Cerró los ojos por un momento, pues incluso el pensamiento de entrelazar sus dedos con los suyos le provocaba una calidez que recorría todo su cuerpo. Oh, cómo lo extrañaba. No había querido admitirlo, ni siquiera a sí misma. Pero si no podía pasar dos días sin él, ¿cómo iba a sobrevivir el resto de su vida?

Quizás no debería haber venido a esta reunión después de todo. Porque entonces no tendría que pasar por este dolor nuevamente de estar tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Trató de calmarse acariciando al perro, que estaba contento de estar acostado en el asiento junto a ella, con la cabeza sobre su regazo. Gracias a Dios que él estaba aquí para calmar un poco sus nervios.

Salió de sus ensoñaciones cuando el carruaje comenzó a cruzar un puente, y miró por la ventana el Támesis debajo, sorprendida de encontrar que estaban en Lambeth. ¿Qué estaban haciendo en este barrio de Londres? No estaba lejos de sus propias oficinas, es cierto, pero ¿qué propósito tendría Jeffrey para traerla aquí? Cuando lo miró, con los ojos abiertos en señal de interrogación, él simplemente sonrió y le indicó que saliera del carruaje.

Ella salió, sin encontrar nada frente a ella más que un edificio anodino. Parecía que sería bastante grande por dentro, y Jeffrey le ofreció un brazo, con un brillo en los ojos y una sonrisa en los labios mientras ella lo tomaba con renuencia, todavía en silencio. Estaba a punto de preguntar dónde estaban y qué estaban haciendo aquí, pero sabía que él no respondería a su pregunta y lo descubriría pronto. Por lo menos, dudaba que él la estuviera mirando con tal satisfacción si fuera a hacer algo nefasto, ¿verdad?

Phoebe miró hacia atrás y le dijo a Nancy que podía quedarse con el carruaje si quería; el día era cálido, y Nancy parecía estar disfrutando de la compañía del cochero de Jeffrey, ya que actualmente estaban en medio de una animada conversación. No era como si Jeffrey fuera a seducirla en medio de lo que parecía ser un almacén abandonado, y además, ciertamente era demasiado tarde para arruinarla, ¿no? Nancy sonrió y asintió, y Phoebe se volvió para seguir a Jeffrey con cierta aprensión.

Jeffrey le dijo a Maxwell que se quedara, pero el perro tenía otras ideas y pronto trotaba felizmente detrás de ellos.

Los edificios a la derecha e izquierda eran almacenes de diversos tipos. Uno parecía ser un fabricante de muebles, y sus sospechas se confirmaron por los sonidos de hombres construyendo en el interior. El otro lado parecía ser algún tipo de fabricante de ropa, y el edificio al que se dirigían estaba completamente desprovisto de cualquier pista sobre lo que pudiera contener en su interior. Estaba construido de ladrillo rojo, con una simple ventana en arco en el frente, que no ofrecía más que un vistazo a la oscuridad del otro lado.

Jeffrey sacó una llave de su bolsillo para abrir la puerta, y Phoebe lo miró interrogante.

—¿Este edificio es tuyo? —preguntó, a lo que él simplemente sonrió pero no dijo nada para confirmarlo—. Oh, eres exasperante —murmuró, y él se rio ligeramente por lo bajo mientras abría la puerta y la hacía pasar.

El vestíbulo de entrada estaba abierto pero era austero, con paredes de ladrillo expuesto y un sencillo hogar en una esquina, sin nada más que ocupara la habitación. Había un pequeño pasillo al final, y Jeffrey la condujo hacia él y a través de él, luego pasó por

las puertas a la izquierda y a la derecha y abrió la puerta al final del pasillo.

—¿No pretenderás secuestrarme y mantenerme en este edificio como tu cautiva, verdad? —preguntó, cada vez más curiosa.

—Ese no era mi plan, pero ahora me has dado una idea —dijo con una sonrisa maliciosa, y ella no pudo evitar la reluctante sonrisa que jugó en sus labios ante eso. Él abrió la puerta, y ella entró, entrecerrando los ojos en la tenue luz, tratando de determinar qué había ante ella. Sus ojos comenzaban a adaptarse a la oscuridad cuando escuchó el rasguño de las uñas de Maxwell y el eco de las botas de Jeffrey en las tablas del suelo detrás de ella, y pronto él estaba retirando las cortinas para permitir que la luz entrara en la habitación. Ella jadeó cuando el sol inundó la estancia, partículas de polvo arremolinándose en el aire frente a ella, pero sin distraerla de lo que tenía delante.

—Una imprenta —susurró casi con reverencia, y se volvió hacia Jeffrey, que ahora sonreía ampliamente, con las manos detrás de la espalda mientras observaba su reacción.

—Tu señora Ellis me dijo en mi primera visita a *The Women's Weekly* que tenías todo lo que necesitabas para tu periódico excepto una imprenta —dijo él—. Bueno, ahora tienes una.

Ella solo pudo mirarlo con asombro mientras avanzaba, pasando su mano por la máquina. No era nueva en absoluto y obviamente había realizado algún trabajo en su tiempo, pero haría un trabajo admirable y, aparentemente, era suya, si ella elegía aceptarla.

Era el regalo más considerado que él podría haber elegido para ella. Mientras la mayoría de las mujeres disfrutarían de joyas o vestidos de baile del último estilo, para Phoebe, esto significaba más que cualquier lujo.

—Pero... —se volvió hacia él, con confusión recorriéndola—. ¿Por qué?

—Esa es una historia algo larga —dijo él, dando un paso vacilante hacia ella—. Pero primero debo saber: ¿la aceptarías? Y al hacerlo, ¿me aceptarías a mí?

CAPÍTULO 32



Phoebe lo miró atónita, abrumada no solo por su regalo sino por sus palabras. ¿Aceptarlo? ¿Después de todo lo ocurrido?

—Pero Jeffrey —comenzó, levantando una mano y luego dejándola caer, insegura de lo que pretendía hacer, o incluso decir—. Después de todo lo que pasó, de todo lo que hice... ¿aún me quieres?

—Phoebe —cruzó la habitación hacia ella, se arrodilló frente a ella, claramente ajeno al polvo y los escombros que se habían acumulado en el suelo bajo sus rodillas, sus finos pantalones negros ahora cubiertos de suciedad—. Debo admitir que tu confesión me desconcertó. Y si fuera el mismo hombre que era la noche que nos conocimos en la sala de estar de la casa del Conde de Torrington... bueno, ciertamente habría tenido una reacción diferente. Pero desde que te conocí, desde que pasé tiempo contigo, he llegado a conocer quién eres realmente, y al hacerlo, entiendo mucho mejor tu forma de ver la vida, los roles que todos desempeñamos. Puede que hayas mentido, es cierto, pero ahora entiendo por qué lo hiciste, y nunca te alejaste de la mujer que dices ser.

Hizo una pausa por un momento.

—También debo admitir que tuve algo de ayuda para ver mi error. Tengo la bendición de tener mujeres en mi vida que nunca temen compartir su infinita sabiduría conmigo. Estaba molesto por tu falta de honestidad, de verdad lo estaba, aunque estoy empezando a entender por qué elegiste ocultarme tales verdades.

Pero más que nada, Phoebe, he llegado a darme cuenta de que no puedo pasar mi vida sin ti. Eres todo lo que necesito en una mujer, aunque nunca lo supe hasta hace poco. Eres fuerte, independiente, decidida, valiente, y no tendrás reparos en decirme exactamente lo que necesito oír. No sé cómo viví sin ti, y te pediría que no me obligues a intentar hacerlo nunca más.

Phoebe no se dio cuenta de que había lágrimas cayendo por su rostro hasta que vio una gota caer sobre la mano de Jeffrey donde sostenía la suya, y se quitó los guantes porque, en ese momento, necesitaba sentir sus cálidas manos sobre las de ella. Entrelazó sus dedos entonces, y se hundió en el suelo con él, olvidándose completamente del polvo debajo.

—Jeffrey —dijo inclinándose hacia él, mirándolo a sus ojos marrones oscuros que ya no eran duros, sino cálidos y afectuosos, justo como el hombre mismo—. No pensé que podría pasar otro momento contigo, sabiendo lo tortuoso que sería dejarte de nuevo. Pero tenía que reunirme contigo para disculparme, y antes de que sigamos adelante, debes permitirme hacerlo. Porque tenías razón. Te utilicé, al menos al principio. Pero luego me encontré completamente enamorada de ti, y no tenía idea de qué curso de acción tomar. Intenté decirte la verdad, una y otra vez, pero parecía que cada intento era frustrado, ya sea por la presencia de otra persona o... distracción —se sonrojó ligeramente ante eso, y él sonrió como si pareciera entender exactamente a qué se refería.

—No puedo hacer nada para corregir ese error más que disculparme. Y sí, *por supuesto* que te aceptaré. Te aceptaré a ti, a tu asombrosa familia y a tu maravilloso perro —quien actualmente olfateaba alrededor de sus pies, preguntándose qué podrían estar haciendo los dos, estaba segura—. Ya has demostrado que me conoces mejor que probablemente nadie más, aunque no era necesario que llegaras a tales extremos para probar lo que sientes por mí.

—En realidad —su rostro se ensombreció ligeramente—, hay más necesidad de la que crees. Pero ven, hablaremos de eso en el carruaje. Tu hermoso vestido probablemente esté arruinado a estas alturas.

—Nada que un buen lavado no pueda arreglar —dijo, aunque le permitió ayudarla a ponerse de pie.

Se inclinó hacia él ahora, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

—Te amo, Jeffrey, y pasaré el resto de mi vida demostrándote cuánto —dijo suavemente.

—Te tomaré la palabra —dijo con una risa, y luego capturó su boca con la suya. Presionó un beso cálido y firme en sus labios antes de retroceder ligeramente—. Y te amo, Phoebe, más de lo que jamás podrías imaginar.

La besó una vez más, esta vez con más fuerza, más insistente, y ella prácticamente se derritió en sus brazos, su pulso acelerándose ante la idea de que tendría esto, lo tendría a él, por el resto de su vida. Nunca pensó que sería posible, pero ahora que lo era, que él la aceptaba por todo lo que ella era, su corazón parecía a punto de estallar de alegría.

Y en cuanto al periódico... bueno, todavía quedaba un obstáculo más entre ellos, suponía. Retrocedió ligeramente cuando el pensamiento se deslizó en su mente, recordándole lo que había causado la distancia entre ellos para empezar.

—¿Qué hay de la publicación? —preguntó, y él le rodeó la cintura con un brazo, llevándola hacia la puerta.

—Ven —respondió, y Maxwell pareció creer que el comando era para él, ya que dejó de olfatear por los rincones y se acercó a ellos, siguiéndolos por la puerta—. Te lo contaré todo.

* * *

Jeffrey deseaba poder aprovechar este momento para regocijarse en la celebración del hecho de que la mujer que amaba iba a ser su esposa, que lo había aceptado después de todo lo que habían pasado, sobre lo que había parecido completamente imposible. Pero esta era la vida, y la vida tenía una manera de interrumpir incluso los momentos más felices. Y así, primero, tenían que determinar la

mejor manera de enfrentar la adversidad que quedaba. Él le explicó todo lo que había ocurrido de la manera más sucinta posible.

—Así que tu hermano ahora desea poner fin a *El Semanario de las Mujeres* —murmuró ella en respuesta desde su lugar en el carruaje, en el asiento junto a él esta vez, donde pertenecía, aunque Maxwell los miraba algo afligido desde el asiento frente a ellos.

Jeffrey asintió.

—Sí, aunque Ambrose solo elige hacerlo para vengarse de mí. No tiene nada que ver contigo.

—Ahora sí tiene que ver conmigo —dijo, aferrando su mano con más fuerza—. Por muchas razones. Es mi periódico, y si te está atacando a ti, entonces lo tomo como un insulto para ambos.

Su pecho se hinchó ante sus palabras, ante el hecho de que ahora veía a los dos como uno solo.

—Yo mismo habría enfrentado de todas formas el dilema de qué decir a todos aquellos que continuarían preguntándome sobre el progreso de mi tarea de determinar cómo cesar tu publicación —dijo gravemente—. Aunque habría sido mucho más simple sin Ambrose involucrado, quien tiene mucho más conocimiento del que nos gustaría. Tengo un plan, sin embargo, uno que espero pueda protegerte.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —dijo de repente, interrumpiendo sus pensamientos mientras se volvía hacia él—. Me doy cuenta de que tu madre y tus hermanas jugaron un papel, pero ¿por qué finalmente decidiste que el periódico debería continuar? Porque espero, por tus palabras, que ya no tengas el impulso de eliminarlo.

Jeffrey asintió lentamente, comprendiendo su pregunta.

—Debo decirte, Phoebe, que nunca me convertiré exactamente en un suscriptor de *El Semanario de las Mujeres* —dijo con una pequeña risa—. Sin embargo, tuve la oportunidad de leerlo, leerlo realmente, de principio a fin. Y después de algunas conversaciones propias, comencé a intentar ponerme en el lugar de una mujer leyéndolo, y ciertamente puedo ver su atractivo.

Ella resopló algo ante la idea de él como mujer, pero simplemente levantó una ceja y continuó.

—Tampoco puedo decir que esté completamente de acuerdo con cada argumento presentado en sus páginas, particularmente los editoriales de 'una Dama'. Aunque he descubierto que tiene mucho sentido, es elocuente, ingeniosa y presenta los problemas de una manera que hace extremadamente difícil argumentar en su contra. En cualquier caso, ya no creo que su publicación traerá completa discordia a nuestra sociedad. Pero eso me lleva a la razón de la imprenta. Y la ubicación en la que nos encontramos.

Ella asintió, y él se inclinó hacia adelante.

—Oh, Jeffrey —dijo ella, interrumpiendo su soliloquio, y pasando sus suaves y frescas manos sobre lo que él sabía que seguramente eran las líneas en su rostro. Sus hermanas siempre le decían que necesitaba sonreír más, o continuaría envejeciendo a un ritmo mucho más rápido de lo que sería deseable.

Y supo entonces, en ese momento, que ahora tenía lo que, o más bien a quién, necesitaba para mantenerlo joven, para mantenerlo mucho más feliz, despreocupado y comprensivo, de lo que jamás estaría solo, o si hubiera elegido una esposa por cualquier motivo que no fuera el amor.

—Te pones demasiada carga sobre ti mismo —continuó ella, y él sonrió, sabiendo que sus palabras eran ciertas, y que ella estaba comenzando a conocerlo mejor que la mayoría de los demás.

—Tal es el camino de un hombre con cuatro hermanas, la responsabilidad de múltiples propiedades y un hermano intrigante que no sabe nada de responsabilidad —respondió—. Por eso ha resultado afortunado que encuentre a una mujer que puede cuidar de sí misma, aunque no estoy seguro de por qué tal pensamiento nunca se me había ocurrido antes.

—Oh, ¿esa es la única razón por la que me querías? —preguntó con una risa, y él negó con la cabeza lentamente.

—Debo confesar que había mucho más que eso —dijo, ya sin reírse mientras cedía a los pensamientos y deseos que lo consumían y la rodeaba con un brazo. La atrajo hacia él para que quedara pegada a su cuerpo, y se inclinó para besarla. Solo una probada, se dijo a sí mismo, y luego seguirían con los asuntos pendientes.

Pero su cuerpo, parecía, tenía otra cosa en mente, y Phoebe ciertamente no parecía tener ningún problema con ello. La besó fuerte y rápido, embriagándose de la mujer que temía haber perdido para siempre. Sabía tan dulce, como té y pasteles, pensó, aunque había un matiz en ella que nunca antes había experimentado con ninguna otra mujer. Era deseo, se dio cuenta. Ella lo deseaba tanto como él a ella, y eso lo volvía loco de anhelo por ella.

El carruaje se detuvo abruptamente, y él se apartó aturdido de Phoebe para ver que habían regresado a su casa.

—¿Está tu tía en casa? —preguntó, con la mente en una niebla.

—No, creo que iba a salir de visita esta tarde —respondió Phoebe, y Jeffrey dejó escapar un suspiro en un intento por calmar su acelerado corazón, por apagar el fuego que ardía dentro de él.

—Quizás deberíamos bajar y caminar —dijo, sus dedos golpeando implacablemente en el asiento a su lado, sabiendo que la única manera en que podría resistirse a hacerle el amor en este mismo momento sería estar en algún lugar público, en algún lugar donde no tendría elección en el asunto.

Porque su obstinada voluntad se estaba desvaneciendo lentamente. Esta mujer tenía el poder que nadie más parecía poseer: el poder de hacerle olvidar todo, de dejar de lado la precaución y de permitirse vivir.

Ella lo miró ahora con cierta incredulidad y simplemente extendió su mano.

—Ven.

Él la tomó.

CAPÍTULO 33



Phoebe lo condujo a su casa, pidiéndole a Nancy que llevara té al salón.

Nancy fue rápida, y en el momento en que lo entregó, Phoebe la despidió, diciéndole que ella y el marqués tenían asuntos urgentes que discutir, y que no se les debía molestar hasta que Phoebe la llamara. Si Nancy entendió o no el significado subyacente de la conversación, Phoebe no estaba segura, y Nancy tampoco parecía importarle.

—Supongo que probablemente estará afuera coqueteando con tu cochero —murmuró Phoebe, pero entonces sus pensamientos sobre Nancy y el cochero se desvanecieron cuando Jeffrey se colocó detrás de ella. Su cuerpo se presionó contra su espalda, y él inclinó el rostro hacia su cuello mientras sus dedos comenzaban a recorrer sus brazos. Ella se estremeció, aunque estaba lejos de sentir frío, y sus labios besaron la piel sensible sobre su hombro. Se arqueó contra él, deleitándose en el hecho de que este hombre era suyo, que la aceptaba por todo lo que era y todo lo que hacía. Ya no había secretos, nada entre ellos, excepto, quizás, algunas capas de ropa de más.

—Ven —dijo ella nuevamente, esta vez casi en un susurro. Abrió la puerta del salón, tomando su mano y llevándolo por el pasillo hasta su propia habitación. Empujó la puerta, la habitación carmesí y crema los recibió, y vio a Jeffrey detenerse momentáneamente para

contemplar las cortinas en cascada, el escritorio y la cama, donde su atención se mantuvo.

—¿Y exactamente dónde ha ocurrido la remodelación?

Phoebe se sonrojó y se volvió para mirarlo mientras se mordía el labio ante su pregunta.

—Puede que hayamos usado la excusa de la remodelación como una estratagema para explicar mi ocupación —dijo, mirándolo rápidamente, esperando que no se molestara por lo que había sido otra mentira, aunque estaba relacionada con la primera y en realidad había sido idea de Elizabeth y no suya.

Él negó con la cabeza mientras ocultaba la sonrisa que parecía jugar en sus labios, y Phoebe se dio cuenta de que nunca había creído en la mentira.

Ahora tomó ambas manos de él entre las suyas, mirándolo con una sonrisa, pero él la interrumpió.

—¿Deberíamos esperar para hacer el amor nuevamente hasta después de casarnos? —preguntó, pero su voz era ronca, áspera, su garganta llena de lujuria incontenible... por ella. Esto la hizo temblar de anticipación por sentirlo contra ella, dentro de ella, una vez más.

—Quizás deberíamos —respondió, manteniendo su rostro impasible, y él asintió, aunque estaba en conflicto.

Ella le dio un momento más de sufrimiento antes de comenzar a reírse de su agonía y él la miró, perplejo.

—Lo siento, eso fue malvado de mi parte. Quizás... —dijo, su sonrisa desvaneciéndose mientras se inclinaba hacia él una vez más —. Deberíamos vivir el momento y sucumbir a lo que ambos estamos anhelando muchísimo en este momento.

Envolvió sus brazos alrededor de su cuello entonces, y él gimió antes de inclinarse sobre ella, tomando su boca con la suya. Era un beso de desesperación, sí, pero había algo más en él. También era un beso de promesa, que solidificaba el amor que se habían declarado, mientras el deseo y la emoción contenidos fluían entre ellos.

En un fluido movimiento, Jeffrey se agachó, colocando un fuerte brazo debajo de sus rodillas mientras la levantaba y la llevaba a la cama. La depositó suavemente, y por un momento ella se preguntó

adónde había ido su pasión cuando él se quedó inmóvil. Pero entonces levantó la mirada hacia él y lo vio acumulado en sus ojos, que estaban más penetrantes que nunca.

—Esta vez —murmuró—, voy a hacerlo bien.

—¿Tan mal estuvo la última vez? —preguntó, arqueando una ceja.

—No diría exactamente que hubiera algo malo en ello; de hecho, fue *muy* bueno, para ese momento en particular —confesó, y un mechón de su cabello rubio cayó sobre su frente—. Sin embargo, hoy, te sentirás *amada*, Phoebe Winters, próximamente Worthington.

Comenzó dejando caer tiernos besos sobre su rostro, antes de repetir los besos ligeros como plumas que tanto le gustaban sobre su cuello. Comenzó a bajar poco a poco el corpiño de su vestido, su toque volviéndola loca mientras alcanzaba detrás de ella y comenzaba a desabrochar los botones en la espalda de su vestido. Afortunadamente era un vestido sencillo de día, no algo complejo que le causara ningún tipo de frustración. Tenía el vestido alrededor de su cintura en cuestión de momentos, y con la facilidad de un mago, pronto lo había desterrado al suelo. Comenzó a trabajar en su ropa interior a continuación, y su cuerpo hormigueaba de anticipación. Sin embargo, cuando finalmente la tuvo desnuda ante él, Phoebe —quien nunca en su vida recordaba haber sido tímida— tuvo el repentino impulso de cubrirse. ¿Qué pensaría de ella? Antes, no se había desnudado completamente, pero hoy...

—Tú —dijo él, con la voz aún más profunda que antes—, eres increíblemente hermosa.

Sintió entonces un rubor cubriendo su cuerpo, comenzando en sus mejillas y extendiéndose hasta sus dedos de los pies, por más que solo el hecho de estar allí expuesta ante él.

—Tu turno —dijo con picardía, y él sonrió y accedió. Ella se incorporó entonces, desabrochando los botones de su chaqueta, su chaleco, y eventualmente casi arrancando su corbatín.

—Y dicen que las mujeres usamos demasiadas capas —refunfuñó, y él se rió.

—Esto no es cosa de risa —murmuró mientras abandonaba sus intentos de desabrocharle la camisa, dejándoselo a él mientras se

concentraba en la abertura de sus pantalones, satisfacción llenándola una vez que finalmente lo liberó.

—Bien hecho, amor —dijo él, antes de descender sobre ella una vez más, apenas dándole tiempo para saciarse de él. Sin embargo, lo que vio la hizo jadear sin aliento. Porque era divino. Era todo músculo duro, su pecho bien definido cubierto con la más ligera salpicadura de vello rubio, su torso esculpido hasta donde los músculos descendían en una V. Si no lo hubiera sabido mejor, se habría preguntado cómo sería posible que los dos encajaran.

Pero su mente se despejó de todo excepto de las sensaciones que la recorrían cuando su cuerpo duro y caliente se presionó contra el suyo, y ella se movió inquieta contra él. Él encontró sus labios con los suyos, mientras sus manos sostenían su cabeza, despojando su cabello de las horquillas que habían mantenido el moño en su lugar. Pronto pudo sentir su cabello fluyendo libremente alrededor de sus hombros, tal como había llegado a aprender que a él le gustaba exactamente.

Sus manos parecían estar en todas partes a la vez: en su cabello, luego deslizándose por sus brazos, la piel de gallina elevándose tras su toque. Era lento y gentil, por mucho que ella anhelara que simplemente la tomara, que la poseyera ahí mismo en ese momento. Esto era una tortura, pensó con un jadeo cuando él rodeó sus pezones con sus pulgares, y por la expresión de su rostro, parecía que él se sentía como ella. Entonces, ¿por qué, oh por qué, no la liberaba de esta locura, permitiéndoles a ambos encontrar la satisfacción? Él inclinó su cabeza entonces, su lengua llegando tan ligeramente a su pecho, rodeándolo, y ella gritó su nombre.

—Jeffrey, ¿podrías simplemente... oh, Dios mío...

No tenía palabras mientras él continuaba haciendo deliciosas y tortuosas cosas con su lengua, primero en un pecho y luego en el otro. Sus manos comenzaron a encontrar su camino más abajo, hasta que estuvieron en sus caderas, que se sacudieron hacia él en respuesta. Deslizó sus dedos por sus piernas hasta sus rodillas, y luego muy lentamente comenzaron a encontrar su camino de regreso hasta la seda de su...

Habiendo tenido suficiente de esto, Phoebe decidió mostrarle exactamente lo que le estaba haciendo. Colocó sus manos en su propio pecho, sintiendo el vello áspero bajo su piel, antes de recorrer el fino y flexible músculo de su torso. Amasó con insistencia mientras descendía aún más, y justo cuando encontró la V debajo de su cintura que tanto había admirado antes, envolvió sus brazos alrededor de él, llevándolos a su trasero y clavando sus dedos mientras lo atraía hacia ella.

—Phoebe —jadeó él—. No... tú estás...

—¿Qué? ¿Torturándote? —preguntó maliciosamente, y él cerró los ojos con fuerza y asintió. Ella se rió entonces, y antes de que él se diera cuenta de lo que estaba haciendo, ella se volteó, lanzando una pierna sobre él para que ahora estuviera encima y en control.

—Phoebe, qué estás...

—Silencio —dijo, llevando un dedo a sus labios—. Ahora lo haremos a mi manera.

—¿Entiendes que mi intención era hacerte el amor delicadamente? —dijo con sequedad, y ella se rió, negando con la cabeza.

—Bueno, entonces te sentirás terriblemente decepcionado —dijo en voz baja, inclinándose para morder su labio inferior, y él dejó escapar otro gemido.

No estaba del todo segura de lo que estaba haciendo, pero sabía solo lo que necesitaba en ese momento, y eso era él.

Phoebe se levantó y, con las manos de él en sus caderas ayudándola a guiarse, se deslizó sobre él, luego comenzó experimentalmente a moverse hacia adelante y hacia atrás. Oh, esto estaba más allá de las palabras, pensó mientras echaba la cabeza hacia atrás mientras el placer la llenaba. Jeffrey la guiaba hacia adelante y hacia atrás, y cuando ella lo miró, vio la mezcla de dolor y placer en su rostro que igualmente llenaba todo su cuerpo.

Se inclinó sobre él, su cuerpo encontrando ahora el ritmo que era tan natural como cualquier cosa que le hubiera ocurrido antes, y pronto estuvo casi sollozando en anticipación de lo que vendría. Sus manos se elevaron una vez más a sus pechos, y en el momento en que comenzó a jugar con sus pezones, el placer comenzó a

recorrerla en oleadas, una exaltación inexplicable que no podía expresar con palabras.

Jeffrey dio un grito él mismo, y pronto estaba pulsando dentro de ella, su liberación permitiéndole encontrar la suya propia.

Cuando ambos terminaron, Phoebe se derrumbó sobre él, agotada así como llena de una alegría que nunca había creído posible. Porque a diferencia de la última vez, ahora sabía que esto no era solo un momento en el tiempo entre los dos, sino más bien el comienzo de una vida juntos. Apenas podía creerlo, y quería comprobar una vez más con él que esto —ella— era lo que realmente quería, y sin embargo sabía que era verdad, sabía que él era el hombre para ella, así como ella era la mujer para él.

—¿Te he dicho cuánto te amo? —murmuró él en su cabello.

—Un par de veces —dijo ella—, aunque no creo que me canse de escucharlo.

—Te amo, Phoebe —dijo—. Y aunque podría pasar todo el día en esta cama haciéndote el amor, he estado distraído por demasiado tiempo. Hay algunos... asuntos urgentes que debemos discutir. Tu futuro —nuestro futuro— podría depender de ello.

—Bueno, eso suena terriblemente grave —dijo, incorporándose ahora, y cuando él asintió, se sorprendió ante la expresión seria que nuevamente cubría su rostro. Todo lo que quería hacer era inclinarse, tomar su cara perfectamente afeitada entre sus manos y besar esos labios fuertes y serios. Besaría sus ceños fruncidos, suavizaría las líneas que cubrían su rostro, calmaría sus preocupaciones. Todo lo que prometió hacer por el resto de sus días juntos. Pero primero, claramente él tenía algo en mente, y ella sabía que era mejor no seguir distrayéndolo de su propósito. Así que en lugar de hacer lo que deseaba, torpemente se deslizó fuera de él, fuera de la cama, y comenzó a recoger sus prendas.

Encontrando que su vestido estaba incluso más sucio de lo que hubiera pensado, cruzó hacia su armario, buscando algo apropiado. Eligió un vestido violeta bastante similar al rojo y se dio la vuelta para encontrar a Jeffrey poniéndose la camisa sobre la cabeza.

—¿Te apetece el papel de doncella esta tarde? —preguntó, y cuando su rostro fue visible nuevamente, él asintió.

—Prometo hacer lo mejor posible, mi señora —dijo—, aunque confieso que no puedo hacer nada con tu cabello. Soy mucho más hábil desarmando, según parece.

—Así es —dijo ella con ironía, poniéndose su camisa interior y luego levantando su vestido sobre su cabeza, girándose hacia él—. Estoy lista.

Incluso el roce de sus dedos contra su espalda puso sus nervios de punta una vez más, pero aparentemente había cosas que discutir. Una vez que los dos estuvieron vestidos —hasta cierto punto— ella lo guió nuevamente fuera de la habitación hacia el salón, donde el té se había enfriado, aunque los pasteles permanecían, invitándolos.

—Entonces —dijo Phoebe, tomando asiento en uno de los sofás —. ¿Qué era lo que tenías que decirme?

CAPÍTULO 34



Jeffrey suspiró, deseando poder olvidarse de todo lo demás y simplemente llevar a esta mujer de vuelta a la cama, donde continuaría deleitándola, demostrándole cuánto la amaba. O incluso llevarla a casa y compartir con su familia la noticia de que ambos iban a casarse. Cuán feliz estaría su madre, y ya podía imaginar la alegría de sus hermanas ante la idea de una boda. Pero primero, había asuntos más serios que debían atender.

—Sabes que comencé a investigar sobre *El Semanario de las Mujeres* no completamente por decisión propia, sino debido a la insistencia de otros nobles —comenzó, recostándose contra el sofá. Tenía que sentarse frente a ella, o de lo contrario se vería tentado a olvidar nuevamente todo aquello de lo que quería hablarle.

Ella asintió, y él continuó.

—Obviamente, no voy a revelarles tu identidad, ni he tenido intención de hacerlo desde hace tiempo. Iba a ser bastante fácil decirles que no pudiste ser encontrada, aunque eso requeriría que te mudaras de tu edificio actual.

—¿De ahí el edificio que compraste? —preguntó ella, arqueando una ceja.

—Parcialmente, sí —dijo él—. Aunque los asuntos se han vuelto algo... complicados por el hecho de que mi hermano, Ambrose, sabe que tú eres la editora de dicha publicación. Ambrose guarda un rencor contra mí por no apoyarlo en sus bastante nefastos y cuestionables planes, y ahora siente que puede encontrar justicia no

solo haciéndome quedar como un mentiroso sino también desacreditando a la mujer que amo.

—Ya veo —dijo ella, mirando hacia la distancia, y él prácticamente podía ver su mente trabajando mientras ella mordisqueaba su labio inferior.

—Tiene la intención de seguirme al club y cree tener pruebas que pueden demostrar que no soy todo lo que aparento —dijo él—. Pero demostraré que ese no es en absoluto el caso.

—¿Y cómo planeas hacerlo? —preguntó ella.

—Primero —dijo él, inclinándose hacia adelante—, ahora requerirá bastante trabajo de tu parte. Es parcialmente por eso que compré la imprenta. Porque no puede haber conexiones que conduzcan a ti. Encontré a tu impresor, Phoebe, y desafortunadamente no requirió mucho seguir esa pista. Como estaba bastante... preocupado cortejándote y por lo tanto ya no te estaba buscando, de lo contrario te habría encontrado incluso antes. Si alguien más decidido toma la cruzada, entonces debes ser imposible de rastrear.

Ella levantó una mano y él se detuvo por un momento.

—¿Sí?

—Aunque sabía que ya no nos perseguías, por así decirlo, ¿me estás diciendo que no tienes ningún problema con que yo —como tu esposa— continúe publicando tal periódico?

Él se inclinó sobre la mesa y tomó las manos de ella entre las suyas.

—Phoebe, he llegado a entender que parte de lo que te hace ser quien eres, la mujer de la que me enamoré, es el propósito y la pasión que tienes. Si te lo quitara, solo crecería el resentimiento hacia mí, ¿no es así?

Ella miró al suelo y luego volvió a levantar la vista hacia él.

—Aunque me gustaría negarlo, supongo que esto es algo cierto. Por supuesto que seguiría amándote, pero resentiría el hecho de que todo me fuera arrebatado, sí. Hay otro problema, sin embargo. Ahora estamos ganando dinero, pero gran parte del periódico todavía depende de mi herencia, el dinero que yo aporto. Y soy la única propietaria. Si —cuando— nos casemos, todo eso será tuyo.

Él asintió lentamente, conmovido ante la idea de que ella confiara en él con todo lo que le pertenecía, y al mismo tiempo consciente de lo que significaría para ella entregárselo todo.

—Cuando nos casemos, Phoebe, lo mío es tuyo y lo tuyo es mío. Sin embargo, si te hace sentir mejor, podemos hacer un pequeño ajuste al contrato matrimonial para que puedas conservar algunos de los fondos a tu nombre —y la publicación.

Ella le sonrió entonces, con gran agradecimiento, y eso le calentó el corazón.

—Supongo que habrá muchas de estas negociaciones por venir —dijo ella, mordisqueando nuevamente su labio inferior, y él asintió —. Pero si lo hacemos pensando solo el uno en el otro, estoy segura de que todo saldrá bien.

Él se inclinó hacia adelante, besándola muy suavemente en los labios, antes de volver a acomodarse en el sofá.

—Ahora, en cuanto a desacreditar a mi hermano —continuó—, sé exactamente cómo hacerlo.

* * *

Jeffrey entró a White's al día siguiente, confiado en su plan, aunque le recorría un ligero nerviosismo. Porque si fallaba... pero no lo haría. Eso no era una opción, no ahora que finalmente había logrado casi todo lo que había estado buscando durante tanto tiempo.

—¡Berkley!

Una mesa llena de caballeros lo saludó mientras entraba. Podía leer la especulación en sus miradas, con la excepción de una: Clarence. En su lugar, el Duque se reclinó con una sonrisa en su rostro mientras observaba a Jeffrey, como si estuviera ansioso por saber lo que Jeffrey tendría que decirles a todos.

Jeffrey les hizo un gesto de saludo con la cabeza antes de pedir su brandy habitual y acomodarse en una silla en la esquina de la mesa.

—¿Y bien? —preguntó Lord Totnes, su rostro ya enrojecido por demasiada bebida, a pesar de que aún era temprano en la tarde—.

¿Finalmente tienes algo que reportar, Berkley, o sigues encontrando otros asuntos mucho más importantes?

Ignorando a Totnes por un momento, por el rabillo del ojo, Jeffrey no se sorprendió en absoluto al ver a Ambrose deslizarse por la puerta, y fue preocupante cuán convincente fue su sorpresa al ver a Jeffrey.

—¡Ah, hermano! —dijo, tomando asiento junto a él—. No esperaba verte aquí, pues rara vez visitas estos lugares últimamente, ahora que has encontrado una mujer.

Jeffrey se volvió hacia él con las cejas levantadas.

—No recuerdo que fueras un visitante frecuente de White's.

Su padre, que siempre había tenido debilidad por Ambrose mientras imponía todo el deber y la responsabilidad sobre Jeffrey, había asegurado, antes de fallecer, una membresía para su hijo menor, aunque Ambrose prefería con mucho establecimientos menos respetables.

—Bueno, uno no puede discutir con la calidad de su whisky —dijo Ambrose con una amplia sonrisa.

—Es cierto —respondió Jeffrey, aunque se preguntaba cómo podía Ambrose permitirse tales licores cuando constantemente estaba prácticamente suplicándole dinero a Jeffrey.

—¡Berkley! —ladró Totnes nuevamente, decidido a no ser ignorado, y Jeffrey finalmente se volvió hacia él con un suspiro exagerado para que el hombre fuera consciente de exactamente lo que pensaba de su llamado.

—¿Tenías una pregunta para mí, Totnes? —preguntó con sarcasmo mientras tomaba un sorbo de su bebida.

—Sabes muy bien que sí, Berkley —dijo Totnes, inclinándose hacia adelante sobre la mesa y señalándolo con un dedo.

—Si crees que puedes simplemente señalarme con el dedo así, Totnes, y que obedeceré tus órdenes, entonces te diré exactamente qué puedes hacer con ese dedo.

Totnes se puso aún más rojo, si eso era posible, pero se recostó en su silla y cruzó los brazos sobre su pecho, murmurando para sí mismo mientras lo hacía.

—Lo que Totnes estaba intentando preguntar tan groseramente —dijo Lord Torrington—, es si has hecho algún progreso en determinar quién es el editor de esta revista para mujeres que tanto desprecias, a fin de provocar su desaparición.

Jeffrey escuchó a Ambrose resoplar ligeramente detrás de él, y se detuvo un momento para lanzar una mirada fulminante a su hermano.

—De hecho —comenzó lentamente, sabiendo que necesitaba interpretar el papel requerido si iba a vender esto adecuadamente. Tomó un sorbo de su bebida con indiferencia, como si lo que tenía que decir no fuera de mucha importancia—, encontré el edificio donde se ubicaba la publicación.

—Eso no sería del todo difícil —dijo Totnes—. Imagino que solo tuviste que preguntar por ahí. Difícilmente puede ser un secreto.

—Fue bastante simple —acordó Jeffrey—. Visité el edificio —en Fleet Street— y fui recibido por la editora. Me informó que la publicadora no estaba en el edificio, y que debería volver en dos días.

—Muy bien —dijo Torrington—, ¿y luego?

—Y luego regresé, y todos habían desaparecido.

—¿Qué? —exclamó el coro de voces alrededor de la mesa, todos sorprendidos por sus palabras.

—Todos habían desaparecido —repitió Totnes—. No puedes hablar en serio. ¿Te refieres a las personas?

—Los escritores, los editores, sus archivos, diablos, incluso sus lápices... todo había desaparecido. Limpiado por completo.

—¿Así sin más? —tronó Totnes—. ¿Continuaste la búsqueda?

—Por supuesto que lo hice —dijo Jeffrey, manteniendo la nariz alta en el aire con todo el estatus noble que pudo reunir—. Pero han desaparecido completamente.

—Así que has fracasado —dijo Totnes con un resoplido, pareciendo como si quisiera decir más pero, en el último momento, se abstuvo de hacerlo—. Muy bien. Si esa es tu respuesta, asignaremos a alguien más para la tarea.

—Una excelente idea, Lord Totnes —finalmente intervino Ambrose, y Jeffrey sonrió. Había estado esperando que su hermano

hablara. Ambrose continuó—: Me temo que mi querido hermano se ha vuelto ligeramente... prejuicioso.

—¿Prejuicioso? —intervino Torrington—. ¿De qué manera?

—Bueno —dijo Ambrose, saboreando este momento, y se enderezó, respiró hondo e hinchó el pecho tanto como pudo. Miró alrededor de la habitación para asegurarse de tener la atención completa de todos—. La editora de *El Semanario de las Mujeres* no es otra que... la mujer que Jeffrey está cortejando.

Hubo una pausa por un momento mientras las cabezas de cada hombre en la mesa giraron hacia él, inseguros de cómo reaccionar. Jeffrey esperó un instante antes de estallar en carcajadas. En el momento en que su risa comenzó a resonar por la habitación, Clarence se unió, y pronto el resto de los hombres añadieron sus risitas, aunque ninguna fue tan exuberante como la de Jeffrey, ya que Ambrose todavía parecía particularmente decidido a que creyeran sus palabras.

—¡Es verdad! Lady Phoebe Winters. Ella es la editora, y está dirigiendo *El Semanario de las Mujeres*. Jeffrey se ha enamorado de ella, y ella lo ha ablandado hasta el punto de que no le importa permitir que continúe una publicación tan detestable.

—¿Hablas en serio, Ambrose? —preguntó finalmente Jeffrey, conteniendo ahora su alegría, al notar que Totnes todavía parecía algo escéptico—. ¿Piensas que *Lady Phoebe* —una dama, interesada en un buen matrimonio con un marqués— arriesgaría todo su futuro emprendiendo tal empresa? Y además, ¿crees que yo haría de tal mujer mi marquesa?

—Ahora sí lo creo —dijo Ambrose acusadoramente—, porque ese es exactamente el camino que has elegido.

—Oh, Ambrose, realmente desearía que no hiciéramos esto aquí, frente a todos.

—¿Hacer qué? —preguntó Ambrose, entrecerrando los ojos.

—Permitir que todos conozcan nuestros asuntos familiares... tu deseo de provocar mi desgracia, con la esperanza de que ya no tendrías que ocuparte de tu propia propiedad. Soy consciente de que tu mayor sueño es deshacerte de mí para que tú mismo pudieras convertirte en marqués.

—Aunque tendría que matarte para lograrlo —respondió Ambrose con ironía, haciendo que Jeffrey se detuviera por un momento, hasta que sonrió.

—Bueno, si algo me sucediera, ahora tenemos una sala llena de testigos que pueden hablar de tus intenciones.

Se rio como si todo fuera una broma, aunque su cuerpo estaba tenso. ¿Realmente así se sentía su hermano hacia él? Sabía que no estaban en los mejores términos, pero esto iba bastante lejos, ¿no? Esta era la única parte de su plan que realmente le molestaba, aunque tendría que lidiar con su relación con su hermano después de este encuentro.

Jeffrey notó que Ambrose había comenzado a sudar ligeramente mientras daba un asentimiento tenso. —Quizás sea mejor que hablemos en privado —finalmente acordó, y Jeffrey ahora lo despidió con un gesto.

—Ah, no, hemos comenzado esto ahora, y los hombres están interesados en conocer el final, ¿no es así? —les preguntó a todos, y los hombres asintieron. Por supuesto que estaban interesados. Incluso el lacayo cercano miraba con atención absorta.

Hubo una pausa por un momento y Jeffrey esperó, ya que todo dependía de lo que sucediera a continuación.

—Para añadir una opinión desde fuera de la familia Worthington —dijo finalmente Clarence desde la esquina, tan indiferente como siempre—. Lady Phoebe difícilmente podría estar dirigiendo un periódico con sus frecuentes compromisos sociales.

—Casi nunca la veo en una fiesta —replicó Totnes, claramente mucho más inclinado a creer las palabras de Ambrose.

El Duque se encogió de hombros. —No es muy aficionada a esos eventos, según me han dicho. Pero pasa mucho tiempo con sus amigas más cercanas. Caminan a diario, toman el té juntas. Me he familiarizado bastante con su calendario social ya que me he interesado en una de las compañeras más cercanas de Lady Phoebe, aunque no me gustaría nombrarla hasta que hayamos determinado la seriedad de nuestra relación.

—¿Oh?

Jeffrey no estaba seguro de quién hizo la pregunta. Este era un nuevo chisme, y no solo tuvo el efecto deseado de dar credibilidad a la inocencia de Phoebe de lo que la acusaban, sino que también distrajo a los hombres. Jeffrey se habría reído si hubiera estado en privado, o con Phoebe. Porque claramente los hombres estaban tan interesados en los chismes del día como los lectores de *El Semanario de las Mujeres*.

—Sí —dijo el Duque como si sus palabras no tuvieran importancia —. Ella habría sabido si tal dama estuviera dirigiendo algo como un periódico.

Jeffrey asintió y suspiró como si su siguiente noticia le molestara ligeramente. —Y parece que mi madre y mis hermanas le han tomado mucho cariño al periódico. Al principio, por supuesto, esto me irritó mucho. Sin embargo, ahora estoy descubriendo que cuando las cinco están ocupadas leyendo sobre las últimas modas y chismes escritos en esta publicación, tienen muchas menos probabilidades de molestarme mientras leo mis noticias matutinas en la mesa del desayuno. Y eso es algo que no me perturba en lo más mínimo.

El Conde de Totnes se puso de pie ahora, aunque su paso era ligeramente inestable mientras caminaba alrededor de la mesa. —¿Así que crees que deberíamos permitir que esta publicación continúe porque te gusta beber tu café en paz?

—No es solo café —dijo Jeffrey—. ¿No ha habido un momento en que desearías que las mujeres en tu vida te dejaran en paz?

Totnes se detuvo un momento para considerar eso, y aunque tomó unos instantes para que las palabras de Jeffrey se filtraran en su cerebro empapado de alcohol, después de un tiempo su semblante enojado cambió a uno que mostraba promesa de ser agradable.

—Así que hay algunos editoriales de mujeres expresando sus opiniones —dijo Clarence, y Jeffrey podría haberse inclinado sobre la mesa y besado a su amigo no solo por cumplir con sus deseos, sino por ir mucho más allá—. ¿Qué importa? No es como si realmente pudieran *hacer* algo al respecto. Mientras los hombres mantengan su poder dentro del parlamento —y siempre lo harán— las mujeres

tienen lo que siempre han tenido, simplemente sus palabras. Solo que esta vez está en papel. Digo, caballeros, que no desperdiciemos más nuestros esfuerzos en esta búsqueda infructuosa y dejemos que las mujeres hagan lo que les plazca. ¿Están de acuerdo?

Hubo algunos murmullos alrededor de la mesa mientras los hombres tanto discutían como conversaban entre ellos hasta que finalmente se escucharon algunos "síes", y Jeffrey tuvo que esforzarse para mantener la compostura.

Le llegaron murmullos, principalmente de Totnes y Torrington, por supuesto, pero este era el poder de un duque como Clarence: su opinión importaba más que la mayoría, y cuando hablaba, la gente escuchaba.

—¡Esto es ridículo! —explotó Ambrose desde su extremo de la mesa, y Clarence se volvió, muy lentamente, para mirarlo con toda su autoridad ducal grabada en su rostro. Levantó una ceja hacia Ambrose, como desafiándolo a continuar su línea de pensamiento. Ambrose, desafortunadamente, no era tan perceptivo como debería haber sido, pues las palabras continuaron brotando—. ¡Todos están tomando la palabra de un hombre embelesado! Vamos, ¿no deberíamos, al menos, hacer una visita a este establecimiento para determinar si mi hermano es un mentiroso o no?

Hubo una pausa, mientras todos esperaban la respuesta de Jeffrey al desafío de su hermano.

—Adelante —dijo con un gesto despreocupado de su mano—. He terminado con este asunto. Ve, Ambrose, haz lo que te plazca.

Ambrose asintió y se puso de pie, mirando alrededor para determinar si alguno lo seguiría, y finalmente Totnes comenzó a tambalearse tras él, haciéndole señas a Torrington para que lo acompañara.

Una vez que los tres se hubieron marchado, Jeffrey respiró profundamente, sabiendo que no encontrarían nada, que esto finalmente estaba cerca de terminar. Cuando los demás comenzaron a pasar a otros asuntos, Jeffrey encontró un asiento junto a su amigo.

—Gracias, Clarence —dijo Jeffrey en voz baja, y Clarence se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa.

—Nunca me agradó mucho Totnes —dijo, terminando su bebida de un trago—. Fue una buena excusa para meterme bajo su piel, si no otra cosa.

Se rio entonces, y Jeffrey se sintió afortunado de ser amigo del Duque, pues no querría estar en su lado malo.

—Y debo decir —continuó Clarence, en voz mucho más baja ahora mientras miraba alrededor para asegurarse de que el resto de los hombres ya no estuvieran escuchando—. Te has encontrado con una mujer excepcional. Siempre pensé que prefería a una mujer que pudiera controlar, pero ahora me pregunto si quizás sería más divertido encontrar una mujer con algo más que una risita y una sonrisa.

Jeffrey simplemente levantó su copa hacia Clarence en un brindis, mientras se sentaba con cierta satisfacción y ahora contemplaba lo que el futuro podría deparar.

CAPÍTULO 35



Phoebe llenó la imprenta con tinta y revisó que el papel se alimentara correctamente antes de tirar de la palanca y ponerla a funcionar una vez más. Mientras la máquina comenzaba a imprimir las letras en el papel, se maravilló nuevamente de sus capacidades. Una cosa era entregar tu copia a un impresor y recoger los papeles una vez que estaban preparados. Era algo completamente diferente ver la magia suceder ante tus propios ojos.

La puerta —cerrada para evitar que el ruido llegara a las escritoras— crujió al abrirse detrás de ella, y Phoebe se volvió para encontrar a Rhoda que había entrado en la habitación.

—No deberías estar preocupándote por esto ahora —la reprendió Rhoda, aunque sonreía mientras lo hacía—. Tienes asuntos mucho más urgentes entre manos.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Phoebe, volviéndose hacia Rhoda, preocupada.

—No —dijo Rhoda con una risa—. Pero creo que tu suegra y tu tía te están esperando en la tienda de Madame Boudreau.

—¡Oh no, llego tarde! —exclamó Phoebe y corrió hacia la puerta, pero no sin antes volverse hacia Rhoda—. ¿Te encargarás de la impresión hoy?

—¡Por supuesto! —dijo Rhoda, haciendo gestos con las manos hacia la puerta—. ¡Ahora vete!

Phoebe encontró su sombrero y salió corriendo por la puerta, aunque cuando estaba a mitad de camino calle abajo, recordó que

Nancy estaba dentro y se dio cuenta de que estaba demasiado lejos para ir caminando. Nancy la había acompañado hoy para la visita a la modista y el carruaje las esperaba calle abajo, para no llamar la atención sobre su ubicación.

—Maldición —dijo Phoebe, regresó, y luego instó al cochero a que se apresurara a la tienda.

Phoebe entró corriendo por la puerta, sin aliento cuando llegó, pero la madre de Jeffrey o no lo notó o no le importó demasiado. Hoy era la prueba final del vestido de Phoebe. La boda tendría lugar en solo unos días, este mismo sábado. Jeffrey había considerado mejor no esperar demasiado, con lo que Phoebe ciertamente estaba de acuerdo. Por supuesto, había habido mucho que resolver, con el contrato matrimonial así como con toda la situación con Ambrose, pero de alguna manera, todo había salido según el plan.

Phoebe se sorprendió y se alegró al entrar por la puerta y encontrar no solo a la tía Aurelia y a la madre de Jeffrey, sino también a sus cuatro hermanas y a sus tres amigas más cercanas. Madame Boudreau se movía entre todas ellas con una eficiencia practicada durante mucho tiempo, y Phoebe no estaba muy segura de cómo expresar su agradecimiento por tener a tales mujeres en su vida.

—¡No puedo creer que estén todas aquí! —exclamó.

—Oh, no nos lo perderíamos —dijo Sarah con una sonrisa.

—¡Además, tenemos que asegurarnos de que no descubras la verdadera personalidad de Jeffrey y lo abandones antes de casarte! —exclamó Rebecca, y Phoebe no pasó por alto el codazo que Viola le dio en el costado. Phoebe simplemente se rio.

—Afortunadamente creo que he llegado a conocer todas sus facetas y aun así me casaré con él —respondió con ironía, y Lady Berkley mostró una expresión de tal felicidad que Phoebe casi comenzó a llorar en ese momento. Cielos, ¿cuándo se había convertido en semejante desastre emocional? Rápidamente buscó a Madame Boudreau para probarse el vestido antes de mostrar demasiada emoción delante de todas ellas.

Y cuando salió y giró frente a ellas, con los largos pliegues de satén crema arremolinándose a su alrededor, las joyas del vestido

brillando con la luz, solo podía esperar que Jeffrey se sintiera tan impresionado como estas damas, a juzgar por las expresiones en sus rostros. Les sonrió a todas, preguntándose cómo había llegado a ser tan afortunada.

* * *

Una semana después

St. George's, Hanover Square

Phoebe respiró profundamente mientras esperaba en el vestíbulo en la parte trasera de St. George's. La gente llenaba los bancos frente a ella, la mayoría de ellos rostros que había visto de paso pero que en realidad no conocía bien. Todos habían venido a ver al Marqués de Berkley casarse con una mujer de la que apenas habían oído hablar hasta hace poco: Lady Phoebe Winters. No tenía conexiones reales, apenas tenía familia de la que hablar y, para la mayoría, era tanto un misterio como la identidad de la editora de *The Women's Weekly.*

Dos vidas, reflexionó, y sin embargo eran una y la misma en lo que concernía a Jeffrey, y él era todo lo que importaba.

Él estaba al final del pasillo, lo sabía, y sin embargo estaba demasiado lejos para que ella pudiera verlo, así que en lugar de eso se concentró por un momento en las vidrieras, bajo las cuales sabía que él estaría de pie. A pesar de toda la gente llenando los bancos frente a ella y del hombre que la esperaba al final del pasillo, Phoebe nunca se había sentido tan sola. Miró hacia arriba, a las vigas de la iglesia, a las ventanas que emitían luz diurna en lo más alto, y cerró los ojos mientras sentía la presencia de sus padres a su lado, imaginando que su padre estaba con ella, sosteniendo su brazo. De repente su brazo se elevó, entrelazado con otro, y los ojos de Phoebe se abrieron para encontrar a Aurelia a su lado.

—¡Tía Aurelia! —exclamó—. Pensé que estarías en el frente de la iglesia, en el mejor asiento.

—Bueno, no podía dejarte caminar todo ese trayecto sola, ¿verdad? Particularmente con todas esas capas de tela. ¿Y si

tropezaras?

Sonrió suavemente y apretó el brazo de Phoebe con delicadeza.

—Tus padres estarían muy orgullosos de ti —dijo—. Te estás casando con un apuesto marqués, es cierto, pero por lo que realmente estarían agradecidos es por el hecho de que te estás casando por amor, y que este hombre te hará feliz por el resto de tus días.

—Sí —dijo Phoebe suavemente—. Sí, lo hará. Gracias, tía Aurelia, por todo.

—Eso no es necesario. Te quiero como si fueras mía, y siempre lo haré —respondió Aurelia, con lágrimas formándose en sus ojos, aunque se apresuró a parpadear para alejarlas—. Ahora, será mejor que nos pongamos en marcha o todos pensarán que lo has abandonado.

Y con eso, instó a Phoebe a avanzar, y comenzaron el largo camino hacia el altar. Hubo bastantes murmullos, por supuesto, porque Phoebe iba escoltada por su tía, pero a ella no le importaba en absoluto. Esta era su vida, y su boda, y lo que importaba era el hombre que estaba al final de este viaje. Jeffrey estaba tan apuesto como siempre, alto, corpulento e imponente, su cabello rubio perfectamente peinado hacia atrás desde su rostro duro y cincelado. Pero entonces sus ojos encontraron los de Phoebe mientras ella se acercaba, y toda su expresión se suavizó, sus labios curvándose ligeramente hacia arriba, sus ojos volviéndose de un tono más claro, menos severos al llenarse de amor. Y cuando un mechón se escapó de su cabello perfectamente peinado y cayó sobre su frente, cualquier nervio que quedara la abandonó y ella le devolvió la sonrisa. Porque conocía al hombre que muchos no conocían: el hombre que estaba dispuesto a aceptarla por quien era, por cuáles eran sus pasiones, que pasaba por alto sus propios muchos defectos y la amaba de todos modos.

Phoebe besó a la tía Aurelia en la mejilla y subió para pararse junto al hombre que iba a convertirse en su esposo. Lo miró, se inclinó cerca y susurró solo para sus oídos: —Te amo.

* * *

Mientras que la iglesia había estado llena, el desayuno de bodas era, gracias a Dios, simplemente para sus familias y amigos más cercanos. La casa de Jeffrey en Londres había sido escandalosamente decorada, obra de su madre y sus hermanas.

—¿Era realmente necesario todo esto? —les preguntó mientras llegaban a casa, y un trozo de tela rosa larga casi le cayó encima desde donde estaba colgada sobre el balcón.

—Por supuesto que lo es, Jeffrey —dijo Penny indignada desde donde los esperaba, prácticamente rebotando sobre las puntas de sus zapatillas rosas de cabritilla. Las hermanas de Jeffrey ciertamente tenían gusto por el rosa, pensó Phoebe mientras miraba a su alrededor los arreglos florales que cubrían la entrada y la escalera. Apenas podía imaginar cómo debían verse las habitaciones interiores.

Aunque en secreto, pensó, mientras doblaban la esquina de la escalera y entraban en la sala de estar, adivinaría que simplemente lo hacían para molestar a Jeffrey. A sus hermanas les encantaba irritarlo, y Phoebe lo encontraba particularmente entretenido, aunque nunca se lo diría.

La madre de Jeffrey, que había entrado momentos antes que ellos, se acercó a saludarlos. Tomó las manos de Phoebe entre las suyas y besó sus mejillas. —Bienvenida a casa —dijo, con una lágrima deslizándose por su rostro, y Phoebe apretó sus manos en respuesta.

Se inclinó y susurró al oído de Lady Berkley: —Me aseguraré de que sea feliz, lo prometo.

Lo que, por supuesto, solo condujo a más lágrimas, y Jeffrey miró a Phoebe con algo parecido al horror. —Quizás sea mejor que sigamos con este desayuno —dijo, intentando guiarla lejos de su madre y hacia la mesa, pero Clarissa lo detuvo colocando una mano en su brazo.

—Oh, Jeffrey, nunca fuiste de los que toleran las lágrimas —dijo, tomando el pañuelo que Jeffrey le ofrecía—. Se pensaría que ya

estarías acostumbrado.

El momento se rompió, sin embargo, cuando fuertes ladridos llegaron a la habitación desde el corredor exterior, y Jeffrey miró a su alrededor todas las decoraciones perfectamente colocadas, los arreglos florales en sus jarrones de cristal. —No, no, no —gritó—. ¡Maxwell! Quédate...

Pero la cuidadora de Maxwell —nada menos que Annie, que entró corriendo detrás del perro— había perdido todo el control, y Maxwell felizmente irrumpió en la habitación, casi derribando a Jeffrey con exuberancia desinhibida.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo ves? —preguntó Phoebe mientras Maxwell dirigía su atención hacia ella, cubriéndole la cara con una lamida de su enorme y húmeda lengua.

—Desde antes de que saliera para la boda —dijo, sacudiendo la cabeza mientras le entregaba lo que debía haber sido un segundo pañuelo. Aparentemente había anticipado la necesidad de ellos hoy.

Ella rio entonces, siguiendo a su esposo —cielos, se sentía extraño decir tal cosa— al comedor, donde la mesa estaba repleta de todo tipo de confituras que uno pudiera soñar, y donde su nueva familia y amigos más cercanos esperaban.

No era, por supuesto, el tipo de desayuno de bodas que uno podría esperar en la casa del marqués. De hecho, Jeffrey le dijo, era reminiscente de la mayoría de los desayunos celebrados en esta casa.

—Esto probablemente será un cambio para ti —reflexionó, y ella asintió.

—Eso sería quedarse corto —concordó ella—. Típicamente mi compañía cada mañana es una pila de papeles.

—La mía también —dijo él, volviéndose hacia ella con cierta sorpresa—. Aunque mi lectura es continuamente interrumpida por preguntas y comentarios interminables destinados a volverme loco.

—Ah, así que eres consciente de que lo hacen a propósito.

—Por supuesto que sí —gruñó—. Pero mantengo la apariencia, para no arruinar su diversión.

Cuando ella rio, Jeffrey sonrió con pesar antes de volver sus ojos cálidos hacia su familia alrededor de la mesa, aunque su mirada se

endureció ligeramente cuando recayó en Ambrose.

—¿Teníamos que invitarlo? —le preguntó a Phoebe, y ella asintió. De hecho, le había dicho a Jeffrey sin lugar a dudas que absolutamente debía invitar a su hermano a su boda o nunca se lo perdonaría en el futuro.

—Sé que ha actuado de forma absolutamente espantosa, y entiendo tu reticencia —había dicho—, pero es tu hermano, y un día mirarías hacia atrás y estarías disgustado porque esto solo habría aumentado la división entre ustedes.

—Bien —había cedido finalmente—. Pero después de esto, se irá a su finca en el campo. El hombre debe aprender algo de responsabilidad, algo de decencia.

Con eso, Phoebe estuvo de acuerdo. Después de la escena en White's hace apenas unas semanas, Jeffrey había continuado hasta la casa de Phoebe, donde relató todo el incidente, incluido el hecho de que Ambrose no regresó a White's, ni tampoco Totnes. Torrington, sin embargo, fue lo suficientemente hombre como para informar a todos ellos, algo avergonzado, que era, de hecho, como Jeffrey había dicho. El edificio estaba vacío, con apenas algo que quedara en él para probar que alguien lo había ocupado en el último mes.

—Sé que todavía te preocupa que algunos puedan venir por ti —le había dicho Jeffrey, a lo que ella asintió. Suponía que una parte de ella siempre lo estaría—. Pero mantén tu anonimato, y todo estará bien. Y Phoebe —había continuado—. No te pido que ocultes tu nombre a los demás porque me avergüence de ti. Quiero que sepas eso. Simplemente me gustaría que pudieras mantener tu forma de vida así como hacer lo que te impulsa a hacer.

Phoebe había asentido, comprendiendo. Una parte de ella anhelaba poder mostrar su rostro, estar orgullosa de lo que estaba haciendo, vincular su nombre a la publicación que ahora era parte de ella. Pero entendía la reticencia de Jeffrey, y él había hecho tanto por ella, había hecho tantas concesiones, que lo mínimo que podía hacer era mantener el nombre de Berkley alejado de cualquier desprestigio. Así que continuaría en su capacidad actual, haciendo lo

que la hacía feliz, con el pleno apoyo del hombre que amaba a su lado.

CAPÍTULO 36



El desayuno de boda transcurrió rápidamente, con alegría, y después, aunque sabía que Jeffrey estaba impaciente por comenzar la noche de bodas, a pesar de ser media tarde, ella buscó a sus amigas y las condujo al salón para un momento a solas.

—Oh, Phoebe, apenas puedo creer que este sea tu hogar ahora —dijo Sarah, suspirando ante el romanticismo de todo mientras se dejaba caer en el sofá, con sus faldas extendiéndose a su alrededor. Julia asintió en acuerdo, colocando una mano sobre el brazo de Phoebe y apretándolo suavemente.

—Siempre has sido determinada, Phoebe Winters... o debería decir Worthington. Estoy muy orgullosa de ti y de todo lo que has logrado.

Elizabeth se sentó junto a Sarah, sacudiendo la cabeza con asombro.

—Nunca pensé que fuera posible, Phoebe, y lo siento por ello. Supongo que subestimé tanto a ti como a Lord Berkley —dijo.

—Puedo entender tus sentimientos, Elizabeth. Y tienes razón. Yo misma subestimé a Jeffrey desde el momento en que lo conocí, así que difícilmente puedo culpar a otros por hacer lo mismo —dijo Phoebe desde su asiento en el sillón de la esquina—. Y te agradezco por ser siempre honesta conmigo. Si no otra cosa, eres una brújula moral que todos tenemos la fortuna de tener como parte de nuestras vidas.

—Esa es una manera muy amable de decirme que soy una entrometida pesimista que debería mantener su nariz fuera de los asuntos ajenos —dijo Elizabeth con un suspiro, pero las demás rápidamente le aseguraron que estaba siendo demasiado dura consigo misma.

—Y, oh, Phoebe, la boda fue tan hermosa —continuó Sarah, y mientras sus amigas seguían charlando, Phoebe permaneció en silencio por un momento mientras asimilaba todo lo que la rodeaba. Era afortunada de tener amigas como estas, y estaba decidida a que, a pesar de estar ahora casada, siempre las haría una prioridad.

—¿Qué hay de Aurelia? —preguntó Elizabeth—. ¿Se mudará contigo?

—No —Phoebe negó con la cabeza—. Le preguntamos si le gustaría, pero dijo que preferiría estar por su cuenta, así que mantendrá la casa. Creo que disfruta bastante de su independencia y su capacidad para ir y venir a su antojo. Por eso fue una terrible carabina, aunque perfecta para mí. Probablemente nos acompañará cuando regresemos a la casa de campo de Jeffrey para el verano, pero aquí en Londres conservará su propia residencia.

—Eso es realmente encantador —dijo Julia—, pues así la casa de tus padres permanecerá dentro de tu familia.

—Así será —dijo Phoebe suavemente—. No creo que pudiera dejarla ir nunca.

—Ni debes hacerlo —coincidió Elizabeth, y Phoebe sonrió, tan contenta de tener mujeres en su vida que la comprendían completamente.

* * *

—¿Por fin se han ido?

—¿Quiénes, todos mis seres queridos?

—Sí —dijo Jeffrey, mientras permanecía junto a su esposa en la entrada de su hogar, donde despedían con la mano los carruajes que partían—. Ahora si pudiera deshacerme de mis propios seres queridos con tanta facilidad.

Maxwell claramente entendió sus palabras, pues pronto estaba en posición de firmes al lado de su amo.

—Oh, Maxwell —dijo Phoebe, agachándose junto al perro, sin darse cuenta de que sus faldas de satén estaban por todo el suelo y Maxwell no tenía reparos en pisarlas—. Espero que no te importe que ahora vaya a monopolizar gran parte del tiempo de tu amo. Sin embargo, deberías estar contento ya que ahora también tienes una ama.

—No creerás realmente que puede entenderte, ¿verdad?

—Hasta cierto punto, supongo que probablemente puede —replicó Phoebe—. ¿Dónde duerme?

—Originalmente se suponía que dormiría en los establos detrás de la casa —comenzó Jeffrey, ya suspirando interiormente por su falta de control sobre el maldito perro. O su familia. O su esposa—. Pero pasó toda la noche llorando en la puerta, así que le permitimos entrar, donde se suponía que debía quedarse en una cama para perros en el salón. Pero entonces...

—Duerme en tu cama, ¿no es así?

—Así es.

Phoebe comenzó a reírse de su fastidio, y Jeffrey no pudo evitar sonreír con ella.

—Bueno, Maxwell, vas a tener que hacerte a un lado esta noche —dijo ella, acariciándole la cabeza mientras se levantaba.

—Creo, esposa —dijo Jeffrey con sequedad—, que Maxwell tendrá que quedarse en el suelo.

—¿Oh? —dijo Phoebe mientras él la acercaba más a él—. ¿Y por qué sería eso?

—Porque tengo planes para ti que involucran la cama.

Bajó la cabeza, con la intención de besarla, de mostrarle una muestra de lo que estaba por venir, cuando unos pasos comenzaron a descender las escaleras, y él se apartó de ella con desgana.

—La siguiente tarea es casar a mis hermanas —murmuró, haciendo que Phoebe riera.

Pero no era ninguna de las hermanas de Jeffrey, ni su madre, ni un sirviente. La risa de Phoebe disminuyó un poco cuando Ambrose bajó las escaleras, con su ayuda de cámara detrás de él, cargado

con baúles en cada brazo. La sonrisa de Phoebe se desvaneció ligeramente cuando Ambrose se detuvo frente a ellos, mirándolos a ambos con hostilidad en su mirada.

—Bueno —dijo finalmente—. Me marcharé, entonces, lo que seguro te complacerá, Jeffrey.

—Nunca quise que llegáramos a esto —respondió Jeffrey, con el rostro duro—. Pero te deseo la mejor de las suertes. Sé que si te lo propones, tendrás éxito.

—Bueno, no habrá nada más con qué ocupar mi tiempo, ¿verdad?, en medio de Peterborough —preguntó Ambrose con sarcasmo, y Phoebe dio un paso adelante, la sorpresa cruzando el rostro de Ambrose cuando ella tomó sus manos entre las suyas.

—Sé feliz, Ambrose —dijo ella, y él aparentemente no tuvo respuesta para eso, ya que simplemente asintió secamente hacia ella.

—Ya me he despedido de los demás —dijo en un tono cortante mientras se dirigía hacia la puerta, su ayuda de cámara siguiéndolo —. Adiós a ambos.

Phoebe apoyó la cabeza en el hombro de Jeffrey mientras lo veían alejarse.

—Espero que llegue a entender que solo querías lo mejor para él —dijo.

—Tal vez —respondió Jeffrey—. Tal vez no.

El mayordomo estaba a punto de cerrar la puerta detrás de Ambrose cuando un chico vino corriendo por el camino. —¿Señorita Phoebe? ¿Señorita Phoebe, es usted?

Phoebe le hizo señas al chico para que entrara por la puerta, y el mayordomo la cerró firmemente detrás de él, con algo de consternación en su rostro mientras miraba al pilluelo callejero.

—Vaya, Ned —dijo ella, sorprendida por su presencia—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me encontraste?

El chico recuperó el aliento. —Uno de los sirvientes de su antigua casa me dijo dónde vivía ahora. —Antes de que Phoebe pudiera preguntar cómo el ingenioso muchacho conocía su dirección anterior, sacó dos hojas de papel dobladas, arrugadas y parcialmente manchadas de dentro de su chaqueta—. La señorita Collette tiene

dos versiones de su columna para el periódico, y estaba preocupada por incluir un par de piezas. La señora Ellis, que acaba de volver de su boda, le dijo que no la molestara, que ella se encargaría, pero la señorita Collette me pidió que se las entregara de todos modos, y entonces...

Phoebe asintió secamente, tomando los dos pedazos de papel de él, leyéndolos con un rápido vistazo.

—Esta —dijo, devolviéndole una página—. Mantenemos fuera las piezas sugestivas, incluyendo solo lo que puede ser probado.

—La señorita Collette dijo...

—Ella quería mi opinión, ahora la tiene. Gracias por venir a verme, Ned, y fue muy ingenioso de tu parte encontrarme aquí.

—In-ge...

—Fuiste muy astuto.

—Ah —su rostro se iluminó—. Gracias, señorita Phoebe. ¡Buenos días, y buenos días, señor!

Jeffrey levantó una mano en respuesta mientras el chico salía volando por la puerta tan rápido como había llegado. El mayordomo cerró la puerta tras él y, ante el asentimiento de Jeffrey, continuó por el pasillo, fuera de la habitación.

Jeffrey hizo una pausa por un momento. —No creo que los pilluelos callejeros en nuestra puerta ayuden mucho con el anonimato. Pero debo decir, Phoebe, que parece que estamos solos, si puedes creerlo. Permíteme escoltarte a la alcoba, donde yo...

—¡Jeffrey!

Phoebe lo sintió tensarse, y cuando levantó la mirada hacia él, tenía los ojos fuertemente cerrados, como si al cerrarlos pudiera bloquear cualquier vista o sonido que intentara interrumpirlos. Pero sus esfuerzos, por supuesto, fueron en vano, ya que Penny y Annie doblaron la esquina, persiguiéndose una a la otra, con rizos y satenes volando mientras se detenían repentinamente frente a ellos. Fue Annie quien se detuvo primero, y Penny se chocó contra su espalda tan fuerte que cayó sentada.

—Jeffrey, sé que hoy fue tu boda, pero esta noche hay un baile en casa de los padres de Georgia, y quiero ir mucho, y no veo ninguna razón por la que no pueda, ya que es una simple fiesta en

casa, y aunque Penny dice que soy demasiado joven, no veo por qué no puedo...

—Annie —dijo Jeffrey, levantando una mano para detener el flujo de palabras—. Puedes ir a cualquier baile o fiesta que quieras... después de tu presentación en sociedad.

—Pero...

—No discutas, ahora no —dijo con exasperación, y Penny se puso de pie con la nariz alta en el aire y una enorme sonrisa de júbilo dirigida a su hermana. Continuaron su camino fuera de la habitación, Annie haciendo pucheros mientras se iba, lanzando una mirada fulminante a Jeffrey antes de cruzar la puerta.

—¿Estás segura de que estás preparada para todo esto? —preguntó Jeffrey a Phoebe, quien sabía que sus ojos debían estar muy abiertos.

—Es demasiado tarde para decidir otra cosa, ¿no? —preguntó Phoebe, riendo, y Jeffrey sonrió con algo de desazón.

—Tienes razón... te he atrapado ahora —dijo, y Phoebe gritó sorprendida cuando él se inclinó y la levantó—. Ahora, no tendré más interrupciones. Vamos, esposa, subamos a la alcoba.

Maxwell ladró con alegría.

—¡Tú no, Maxwell! —exclamó Jeffrey, pero el perro los siguió escaleras arriba.

—Soy demasiado pesada para que me cargues —protestó Phoebe, pero Jeffrey negó con la cabeza.

—Eso es completamente absurdo —se burló—. Y si continúas con esa línea de pensamiento, creeré que no me consideras lo suficientemente fuerte, lo que sería bastante ofensivo para mi hombría.

Ella resopló. —Eso es ridículo. Un hombre no se define por...

Él la silenció con una mirada. —He llegado a aceptar tu forma de pensar en muchos aspectos, Phoebe, pero en esto, no discutirás conmigo.

Ella arqueó una ceja, pero cuando abrió la boca para hacer precisamente eso, él la silenció deteniéndose en el corredor de arriba y bajando sus labios sobre los de ella, y ella olvidó por completo lo que iba a protestar.

En el fondo, Phoebe escuchó un leve pío de quien supuso era una doncella sorprendida, ya que estaba segura de que las hermanas de Jeffrey tendrían mucho más que decir sobre tal espectáculo en su pasillo.

Jeffrey, sin embargo, ya no parecía importarle quién pudiera estar cerca o lo que cualquiera pudiera pensar, mientras usaba su bota para abrir la puerta del dormitorio. A pesar de que Phoebe había pasado mucho tiempo en la casa durante las últimas semanas mientras planeaban esta boda, esta era la primera vez que había estado en su alcoba. Era masculina, por supuesto, las paredes azul marino y verde bosque, el ladrillo de una impresionante chimenea cubriendo una pared, el fuego apenas unas brasas ya que no se esperaba, por supuesto, que estuvieran en la alcoba en medio de la tarde.

Phoebe, sin embargo, no requería calor adicional, pues pronto Jeffrey estaba cubriendo su cuerpo con el suyo, y se estaba volviendo aún más hábil en liberar su cabello de sus horquillas, aunque ella había dejado la mitad fluyendo por su espalda para su boda, ya que sabía que a él le encantaba. Por primera vez, él la desvistió lenta y suavemente, y ella se relajó, sin apresurar nada. Lo anhelaba, anhelaba su cuerpo sobre el suyo, tanto como siempre lo había hecho antes, y quizás porque ahora sabían con certeza que no era la última vez que estarían juntos, sino la primera de toda una vida como uno solo, se tomaron el tiempo para explorar, para deleitarse, para disfrutar.

Y cuando se unieron, fue tan mágico como siempre había sido, y Phoebe tuvo que cerrar los ojos ante la dicha que la llenaba.

—Te amo, Phoebe —susurró Jeffrey en su oído mientras ella apoyaba la cabeza sobre su pecho, con la mano extendida sobre sus gloriosos músculos abdominales. Él le pasó una mano por el cabello, luego entrelazó sus dedos en sus rizos sueltos.

—Y yo también te amo, Jeff...

Pero sus palabras fueron interrumpidas por un golpe en la puerta, ante el cual Maxwell, que había estado dormitando en la alfombra frente a la cama, comenzó a ladrar ferozmente.

—¿Jeffrey? —Era su madre esta vez—. ¿Estás ahí? No podemos localizarte, ni a Phoebe, y nos preguntábamos...

Él gimió en voz alta y se cubrió los ojos con un brazo.

—¡Ya voy, madre! —llamó, y luego colocó un beso en la frente de Phoebe—. ¿Continuaremos esto más tarde? —preguntó.

—Así será —dijo ella con un asentimiento y una risa, y a regañadientes se separaron, con un último y rápido beso... sabiendo que habría muchos más por venir.

EPÍLOGO



TRES MESES DESPUÉS

—¿Jeffrey? —Phoebe entró corriendo a la casa en busca de su marido. Había escrito lo que esperaba fuera una pieza brillante, y apenas podía esperar a que él la leyera. Desafortunadamente, no lo encontró de inmediato, aunque sí se topó con cada una de las hermanas de Jeffrey, así como con su madre, por lo que pasó una buena hora antes de llegar a la biblioteca, donde, sabía, debería haber comenzado su búsqueda.

—Aquí estás —dijo, ahora exhausta no solo por su trabajo con *The Women's Weekly*, sino por su rápido viaje a casa, su carrera por la casa y por escuchar atentamente y estar de acuerdo con las penas de tres de las cuatro hermanas de Jeffrey.

Maxwell ahora saltaba a su alrededor alegremente, y ella se arrodilló junto a él para reconocer sus afectos.

—Gracias, Maxwell —dijo mientras él le dejaba un gran y baboso beso en la mejilla—. Sabes cómo hacer que una mujer se sienta amada.

—¿Y yo no? —preguntó Jeffrey, levantándose de su escritorio con un guiño.

—Lo haces bastante bien —dijo ella, inclinando la cabeza mientras lo miraba—, aunque podrías aprender algo de entusiasmo de tu perro.

Él negó con la cabeza mientras reía con pesar, luego le besó la mejilla y dio un paso atrás, sujetándola por los hombros.

—Te ves... emocionada —reconoció y ella asintió, haciéndole un gesto para que volviera a su escritorio.

—Escribí algo —dijo, sentándose frente a él, mientras Maxwell apoyaba su enorme cabeza en su regazo.

—Debe ser algo especial —comentó él—, porque escribes todos los días, y sin embargo no creo que nunca hayas parecido tan interesada en compartirlo.

—Oh, solo escucha —dijo, y entonces comenzó a leer el artículo que aparecería en la edición de la próxima semana.

Una mujer se encuentra en una posición interesante. Se espera que se case bien, que tenga hijos y que cuide de su hogar. Toda mi vida nunca entendí esto. Pensaba que no era suficiente, que no le daba a una mujer un verdadero propósito. Así que busqué marcar la diferencia. Determiné mi pasión. Y con los medios que tuve la fortuna de que me proporcionaran, creé un medio en el que podía compartir mis pensamientos con el mundo.

Todavía creo que las mujeres son capaces de más que criar familias y cuidarse unas a otras, más que cumplir con sus deberes sociales en bailes y fiestas, o lo que sea.

Y sin embargo, me he dado cuenta de que, en cierto modo, estaba equivocada. El matrimonio, cuando ese matrimonio es con la persona que amas, es más importante que cualquier otra cosa en la vida. Y el privilegio de criar hijos —de formar personas mientras crecen y maduran hasta la edad adulta— es tanto una gran responsabilidad como la forma más elevada del amor.

No creo que eso signifique que una mujer deba renunciar a todo lo demás para tener amor y matrimonio. Porque si encuentra a un hombre que la ame, que verdaderamente la ame, por la mujer que es, entonces él entenderá lo que ella necesita para prosperar.

Soy una de las afortunadas —una mujer enamorada de un hombre que la ama, toda ella, a cambio. No todas tienen tanta suerte. Algunas tienen la fortuna de tener amor, o de tener propósito, o de tener ambos como uno solo. Sea lo que sea que tengas la fortuna de lograr en la vida, disfrútalo. Ámalo. Ama con todo tu corazón y con toda tu alma, y nunca tengas miedo.

Terminó y lo miró.

—He estado equivocada en muchas cosas —dijo—. Solía pensar que una no podía amar y ser ella misma al mismo tiempo. Pero el amor no obstaculiza nada. Solo lo mejora.

Él tomó sus manos y se inclinó sobre el escritorio.

—Y estoy orgulloso de ser el hombre que mejorará tu vida por el resto de tus días —dijo, con una sonrisa en los labios—. Tu artículo

es maravilloso. Y será muy leído, ya que *The Women's Weekly* está ahora en boca de todos en Londres.

—Difícilmente —dijo ella con una risa.

—Es verdad —insistió él—. De hecho, es de lo único que oigo hablar. No sé qué lo causó, pero de alguna manera has pasado de ser escandalosa a sensacional.

—Te contaré un secreto —dijo, inclinándose, con voz baja—. Son las damas. Ellas pueden aceptarlo —y al hacerlo han cambiado las opiniones. Los caballeros creen que tienen el control. —Le guiñó un ojo y añadió—: Pero, por supuesto, no lo tienen.

—¿Es así?

—Lo es.

Apretó sus manos.

—Oh, y una cosa más.

—¿Sí?

—Con toda esta conversación sobre el amor... pronto habrá más.

Sus cejas se fruncieron. —¿Qué quieres decir? Sé que Ambrose está, muy lentamente, empezando a cambiar, particularmente porque se ha enamorado perdidamente de una señorita del campo pero...

—Lo cual es encantador, realmente lo es —interrumpió Phoebe—. Pero no me refería a eso.

—No, entonces qué...

Y entonces ella le sonrió, y esa sonrisa le dijo todo lo que necesitaba saber. Ya no serían solo ellos dos —no es que alguna vez lo fueran, por supuesto, al menos no en esta casa—, pero el amor del que ella hablaba crecería más allá de ellos, ya que pronto otro se uniría a su familia.

Y él apenas podía esperar.

* * *

Querido lector:

¡Espero que hayas disfrutado del primer libro de Las Damas Poco Convencionales! Como escritora, me divertí mucho escribiendo la

historia de Phoebe. Ella ve el mundo de la Regencia como muchos de nosotros lo veríamos si alguna vez viajáramos en el tiempo. Ciertamente no es la norma de la época, pero solo se necesita una persona para comenzar a marcar la diferencia.

La historia de Julia es la siguiente. Ella explora el pasado y los amores que nunca dejó ir, incluidas las carreras de caballos y el hombre del que se enamoró cuando era niña. Puedes leer un adelanto de su historia en las páginas siguientes o descargarla aquí.

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a sorteos, noticias, rebajas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho denodadamente para que mis plantas sobrevivan y que descubro casi a diario los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable pero con aspecto de lobo.

Español

English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para así estar en contacto diario.

Hasta la próxima, y… ¡feliz lectura!

Con amor,

Ellie

* * *

Dama de fortuna
Las damas poco convencionales
Libro 2

Con todo lo que se interpone entre ellos, ¿están dispuestos a arriesgarlo todo por su amor prohibido?

Lady Julia Stone tiene todo lo que una mujer podría desear: unos padres que se aman tanto como la aman a ella, la capacidad de vivir

sus sueños gestionando su propio caballo de carreras y, ahora, un duque interesado en conquistar sus afectos. Entonces, ¿por qué se siente insatisfecha?

Habiendo crecido como hijo de una doncella y un mozo de cuadra, Eddie Francis sabe lo afortunado que es por haber logrado sus ambiciones de convertirse en un jinete reconocido en toda Inglaterra. Pero un secreto del pasado y una acusación actual contra su persona le han hecho despreciar a los nobles para los que trabaja, y cuestionar todo lo que creía cierto.

Todo cambia durante una fatídica carrera en el hipódromo de Newmarket, cuando Julia toma una decisión improvisada de disfrazarse como jinete y tomar las riendas ella misma. Cuando es descubierta por nada menos que Eddie Francis, el hombre que una vez amó, debe confiar en él para que guarde su secreto y la ayude a encontrar la victoria.

UN ANTICIPO DE DAMA DE FORTUNA



Ocho años después ~ Abril, 1815 ~ Londres

—¿Le gustaría bailar?

Julia, sumida en profundos pensamientos sobre la selección de un jinete para su preciada yegua, Orianna, levantó la mirada asombrada, pues parecía como si el hombre hubiera aparecido de la nada, materializándose en el aire frente a ella.

Sabía perfectamente que la tarjeta de baile atada a su muñeca estaba prácticamente vacía, salvo por dos nombres: un espacio marcado para más tarde en la noche por el bien intencionado esposo de su amiga Phoebe, y otro por un amigo de su hermano. Por lo tanto, Julia no vio otra opción que asentir mientras se ponía de pie. El hombre que tenía delante se alzaba muy por encima de ella, aunque aquello no era en absoluto sorprendente, pues Julia pasaba la vida estirando el cuello para mirar a los demás.

Pero cuando sus ojos alcanzaron el rostro de él, tuvo que contenerse para no jadear en voz alta. ¿El Duque de Clarence? ¿Deseaba bailar con *ella*? Miró alrededor para ver si había alguna otra mujer cerca a quien pudiera estar dirigiéndose, pero no, parecía que, en efecto, se lo estaba pidiendo a ella. Usando cada pizca de contención dentro de sí para mantener la sorpresa fuera de su rostro, Julia tomó su brazo mientras él la conducía a la pista de baile donde los músicos tocaban una cuadrilla —gracias a Dios. Julia no estaba segura de poder mantener una conversación completa o el contacto físico que un vals implicaría.

—Sois amiga de Lady Phoebe, ¿no es así? —preguntó el Duque, a lo que Julia asintió. Ah, así que de ahí venía todo esto. El Duque era buen amigo del esposo de Phoebe, el Marqués de Berkley. Debían de haberle persuadido para que se compadeciera de ella. Julia y el Duque se alinearon cuando comenzaron las notas del baile, y cuando se reunieron, Julia reunió su valor.

—Vuestra excelencia —dijo Julia rápidamente—. No os sintáis obligado a pasar tiempo conmigo por alguna deuda con vuestros amigos. Yo...

Los ojos del Duque se endurecieron ligeramente mientras se separaban y Julia tomaba la mano de su siguiente pareja antes de que ella y el Duque volvieran a girar juntos.

—No hago nada que no sea por propia elección, Lady Julia —dijo con voz firme, y Julia solo pudo asentir antes de que el baile los separara una vez más. Fue lo último que hablaron durante toda la pieza, ya que el tiempo juntos era limitado. Julia estudió al hombre mientras se acercaban y separaban. Ciertamente era apuesto; no se podía negar. Su cabello era del color de la medianoche, sus ojos de un azul tan penetrante que resultaba difícil no quedar atrapada en su hechizo. Pero había algo en él que hacía que Julia se sintiera incómoda. Era como si intentara ver a través de ella, tratando de evaluar sus pensamientos. Y no le gustaba, ni un poco.

Cuando el baile terminó, ella hizo una reverencia, y él se inclinó profundamente sobre su mano, sorprendiéndola al posar sus labios sobre ella.

—Hasta que nos volvamos a encontrar, Lady Julia —fue todo lo que dijo antes de soltarla, y Julia se alejó rápidamente, sintiendo un gran alivio cuando encontró a dos de sus amigas esperándola al lado de la pista de baile.

—¿Estabas bailando con el Duque de Clarence? —preguntó Elizabeth, con la sorpresa en su tono acentuada por una notable decepción—, ya fuera por Julia o por el Duque, Julia no estaba del todo segura.

—Así es —respondió Julia, inclinándose hacia ellas mientras Sarah le entregaba un vaso de limonada—. Apenas podía creerlo yo

misma. Supuse que Phoebe o Lord Berkley debieron haberle pedido que bailara conmigo, pero él me aseguró que no era el caso.

—Bueno, ciertamente es apuesto —dijo Sarah con un leve suspiro, evaluando al hombre que ahora caminaba de vuelta a través de la sala, deteniéndose para hablar con muchos conocidos por el camino.

—Las apariencias pueden engañar —dijo Elizabeth secamente, y sus amigas se volvieron para mirarla.

—¿Qué significa eso? —preguntó Julia, pero Elizabeth negó con la cabeza.

—Nada de importancia. Simplemente estoy siendo mi típico yo malhumorado.

—Oh, Elizabeth, no hables así de ti misma —la reprendió Sarah, pero Elizabeth simplemente se encogió de hombros con elegancia.

—Es cierto, y soy plenamente consciente de ello. Sin embargo, cuando una conoce la verdad sobre las realidades del carácter de ciertas personas, es difícil pensar de otra manera.

—¿Y qué es lo que sabes del Duque? —preguntó Julia con curiosidad mientras Phoebe se unía a ellas.

—Nada de importancia. Nos conocimos en nuestra juventud, eso es todo. He conocido al Duque durante demasiado tiempo como para dejarme llevar por sus encantos.

—En realidad no fue particularmente encantador —dijo Julia mientras daba un sorbo a su bebida—. De hecho, no había nada en él que me atrajera especialmente. Ni en ninguno de los caballeros aquí o en cualquier otra fiesta, desafortunadamente, para consternación de mi madre.

Julia miró ahora al otro lado de la sala, encontrándose con los ojos de su madre. Estaba radiante, por supuesto, claramente habiendo notado que Julia había honrado la pista de baile con un duque. Julia suspiró. Si tan solo hubiera podido rechazarlo, porque ahora las esperanzas de su madre estarían por las nubes y Julia no dejaría de oírlo durante días.

Cuando su hermano mayor se había casado, sus padres se habían llenado de alegría. Martin siempre había hecho precisamente lo que se esperaba de él, y ahora él y su esposa, la hija de un

marqués, nada menos, esperaban que su primer hijo naciera este mismo verano. Samuel, el otro hermano de Julia, era conocido por todos como un libertino que disfrutaba de la compañía de demasiadas mujeres, por lo que su madre había puesto sus miras en las perspectivas matrimoniales de Julia.

Desde el debut en sociedad de Julia hace tres años, su madre le había sugerido un joven elegible tras otro, pero ninguno le convenía a Julia, ni provocaba en ella ninguna otra emoción que aburrimiento o, en casos excepcionales, un simple poco de afecto amistoso. Afortunadamente, sus padres nunca la presionarían para que aceptara a un hombre que no deseara, habiendo conocido la felicidad perfecta a través de su propio matrimonio, pero ella podía notar que se estaban frustrando con su falta de interés en aceptar cualquier tipo de cortejo o interés de los caballeros que venían a visitarla.

—Bueno, al menos has tenido tu buena cantidad de pretendientes —dijo Sarah algo melancólicamente, pero Julia negó con la cabeza a su amiga.

—Solo por quién es mi padre —respondió—. Vaya, el resto creo que me considera una niña, o incluso un niño.

Cuando Phoebe empezó a reírse, Julia entrecerró los ojos hacia su amiga.

—Eso puede ser divertido, Phoebe, pero tú con tus hermosas curvas apenas puedes imaginar cómo debe ser.

Phoebe puso una mano en el brazo de Julia.

—Solo me río porque eres una de las criaturas más hermosas que jamás he visto.

Julia puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar la sonrisa que cruzó su rostro ante las palabras de Phoebe. Siempre podía confiar en sus amigas para decir lo que necesitaba escuchar, aunque en ese momento no deseaba otra cosa que terminar con esta fiesta.

—¿Alguna de vosotras irá a Newmarket a finales de mes? —preguntó esperanzada, pero todas excepto Elizabeth negaron con la cabeza.

—No con el nuevo bebé en casa, pero supongo que tú irás, ¿verdad? —preguntó Phoebe, y Julia asintió con entusiasmo. Con el

amor de su padre por los caballos, asistían a todas las carreras importantes, por supuesto, y era una de las tradiciones familiares que Julia realmente amaba en lugar de lamentar.

—¡Apenas puedo esperar! —dijo—. Padre me ha dado control total sobre Orianna, por lo que estoy eternamente agradecida, y apenas puedo esperar para hacerla correr. He elegido un nuevo jinete para ella. Es joven, pero quería darle una oportunidad, y creo que lo hará admirablemente bien.

Estaba a punto de continuar contándoles sobre los competidores a los que Orianna se enfrentaría, pero pudo notar por las miradas en blanco en los rostros de sus amigas que simplemente la estaban complaciendo y tenían poco interés en escuchar todo lo que Julia quería compartir sobre los preparativos de Orianna. Pero, oh, había sido tan divertido, entrenar a Orianna. La yegua pasaba gran parte de su tiempo con el entrenador, por supuesto, pero Julia asistía a casi todas las sesiones y a menudo hacía gran parte del trabajo ella misma. Orianna lo era todo para ella, y si tuviera que pasar el resto de sus días sola con sus caballos, lo haría felizmente.

El Marqués pronto vino a buscarla para su baile obligatorio, aunque Julia se preguntó cuál era el sentido cuando él pasó todo el tiempo mirando a su esposa, Phoebe, que esperaba al otro lado de la sala.

Unos bailes más tarde, Julia pudo, bendita sea, marcharse para regresar a la residencia londinense de su familia. Sería una noche en la que renunciaría a mucho sueño, pero valdría la pena.

Porque cada mañana, mucho antes de que el resto de la *alta sociedad* estuviera siquiera despierto, Julia llamaría a la pobre Maybelle y, acompañada por un mozo de cuadra, se escabulliría a Hyde Park, donde, en las primeras horas de la mañana, podría montar todo lo que quisiera y tan rápido como deseara. No podía montar a horcajadas, desafortunadamente —no aquí, donde cualquiera podría potencialmente verla—, pero seguía siendo una especie de libertad. Una sonrisa se dibujó en los bordes de sus labios mientras pensaba en ello mientras esperaba que le trajeran su capa, y su madre, de pie junto a ella, malinterpretó completamente su expresión.

—Oh, Julia, yo también estoy contentísima —dijo Lady St. Albans, juntando sus manos—. ¡Un duque, nada menos! Y es tan apuesto. El hecho de que te invitara a bailar, bueno, querida, no estoy segura de por qué captaste su atención justo ahora, pero quizás es simplemente que el Duque está listo para sentar cabeza y reconoce la joven elegible que eres. Espero que asista a las carreras de Newmarket. Tal vez podamos hacer arreglos para que vosotros dos os conozcáis mejor, ¿no crees?

Julia permitió que su madre continuara parloteando sin interrumpirla. Debería detenerla y decirle que no era más que un baile, pero sería mucho más fácil permitir que el Duque perdiera el interés en ella que destruir ella misma los sueños de su madre. Cuando nada resultara de las intenciones del Duque, su madre pasaría al siguiente pretendiente potencial.

—¿Estamos listas? —preguntó su padre, uniéndose a ellas, y las dos mujeres asintieron.

—Padre, he estado pensando —dijo Julia mientras se acercaban a su carruaje que les esperaba—. Tengo una nueva estrategia para Orianna en Newmarket, aunque algo dependerá de lo que veamos de los otros caballos en la carrera de este fin de semana en Middlesex.

Comenzó a esbozar sus ideas para una carrera inicial de calentamiento para presentar a Orianna a la pista de Newmarket, seguida de su entrada a la gran carrera el sábado diez días después, cuando todos estarían presentes. Su padre asintió pensativamente, y Julia agradeció tener a alguien con quien pudiera hablar de tales cosas; alguien que realmente estuviera interesado en lo que ella tenía que decir.

—¿Estás seguro de que esto es sensato? —preguntó su madre una vez que hubieron entrado en el carruaje—. No estoy segura de que Julia deba tener algo que ver con tales asuntos, Garnet. Podría perjudicar su elegibilidad.

—Oh, no lo creo —dijo su padre, y Julia podría haber cruzado el carruaje y abrazado a su padre. Lo habría hecho, si su madre no pareciera tan disgustada por su desacuerdo—. Cualquier caballero

digno de mi Julia entenderá el atractivo de las carreras de caballos, ¿no es así?

Lady St. Albans no parecía estar de acuerdo, pero en lugar de discutir con su marido, simplemente suspiró y se recostó contra los cojines mientras miraba por la ventana. Julia estaba segura de que su madre estaba imaginando vestidos de novia y coloridos ramos mientras revivía el baile de Julia con el Duque de Clarence.

Los propios sueños de Julia nunca coincidirían con los de su madre. Porque sus pensamientos estaban muy lejos —estaban en Newmarket, con Orianna, en el hipódromo.

* * *

Encuentra Dama de fortuna en Amazon y en Kindle Unlimited.

OTRAS OBRAS DE ELLIE ST. CLAIR

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

El secreto del apuesto detective

La pista del bastardo brillante

En busca del rebelde recluido

Las damas poco convencionales

Dama de misterio

Dama de fortuna

Dama de la providence

Dama de charada

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Rebeldes de la Regencia Serie Completa: Libros 1-4

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Navidad

Su deseo de Navidad

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

ACERCA DE LA AUTORA



A Ellie siempre le ha gustado leer y escribir, y también la historia y las historias. Lleva muchos años escribiendo cuentos cortos, pequeños ensayos y, sobre todo, lo que verdaderamente le apasiona, novelas románticas.

Ha habido romanticismo en todas las épocas de la historia, y a Ellie le encanta explorar distintos periodos, culturas y localizaciones geográficas. Independientemente del lugar y el momento, el amor siempre triunfa. Tiene debilidad por los «chicos malos» y por las heroínas con carácter, por lo que nunca faltan ambos en sus novelas.

No hay nada que guste más a Ellie y a su marido que pasar tiempo en casa con sus dos hijos y el perro cruce de husky que forma parte de la familia. Durante el verano lo más normal es encontrarla paseando cerca del lago, y todo el año empujando el cochecito de bebé por todas partes. Pero lo que nunca le falta es el portátil en el regazo ni un libro entre las manos.

También le encanta escribirse con sus lectoras, así que… ¡ponte en contacto con ella, no te arrepentirás!

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com